

UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE CATALUNYA (UPC)
Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (ETSAB)

DOCTORADO EN PROYECTOS ARQUITECTONICOS
Línea 3: La arquitectura desde el medio ambiente histórico y social



CULTURA, ARQUITECTURA Y ESPACIO URBANO
LA COMUNIDAD MEXICANA Y
LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO
EN HOUSTON, TEXAS

Tesis presentada para obtener el título de
Doctor por la Universitat Politècnica de Catalunya

Candidato a Doctor: Barry A. Espinosa-Oropeza

Director: Dr. José Luis Beraud Lozano

Co-director: Dra. Magda Saura Carulla

Barcelona, febrero de 2012

El paraíso del especulador inmobiliario ... es una red global de parcelas intercambiables en donde todo es posible y la única ley es la del mercado. En consecuencia, todas las culturas son igualmente manipulables, igualmente explotables, igualmente propensas a la "contaminación".

Josep Muntañola Thornberg

Resumen/Abstract

Palabras clave: *cultura, multiculturalismo, arquitectura, espacio urbano, teoría socio-espacial, semiótica, Houston, México-americana*

Esta disertación examina el papel de la cultura en la producción del espacio urbano de las ciudades multiculturales contemporáneas. El argumento principal de la tesis establece la existencia de una relación dialéctica entre el espacio de los asentamientos humanos, la cultura y la estructura socioeconómica; esto implica que el espacio es a la vez producto de la agencia de individuos y grupos sociales así como herramienta para la reproducción de la estructura socioeconómica imperante. En las ciudades multiculturales del capitalismo tardío este proceso de estructuración espacial incluye una dimensión cultural particular que se hace aparente cuando las desigualdades sociales asociadas a este modo de producción se expresan en el contexto físico, siendo el espacio de los grupos étnicos y/o culturales minoritarios el más afectado por el desarrollo urbano desigual. Considerando la correlación entre la adecuación cultural del contexto físico con el desempeño y la competencia de los individuos, así como la creciente diversidad cultural de las ciudades contemporáneas, el estudio de este tema se presenta como un elemento relevante en la epistemología del diseño y planeación urbano-arquitectónicos.

El estudio de esta relación se explora a través de la integración de la dimensión cultural a la epistemología de la teoría de la producción del espacio o teoría socio-espacial, como es concebida por Henri Lefebvre y desarrollada posteriormente por Mark Gottdiener. Como caso de estudio, se analiza la experiencia de la comunidad México-americana en Houston tanto en su relación con la cultura hegemónica angloamericana como en su papel en la producción de su entorno físico inmediato. Esto se realiza mediante la construcción de un modelo socio-semiótico conformado, en su dimensión significativa o semántica, por los códigos ideológicos que han influido en su construcción y, en su dimensión sintáctica, por los elementos morfológicos urbanos y su combinación sintagmática en el contexto construido. Para este fin, se elabora un análisis historiográfico del desarrollo de la ciudad de Houston detallando la participación de los distintos grupos socioculturales involucrados en éste, así como la ideología hegemónica que informa sus acciones. Este análisis se complementa con el estudio morfológico del área urbana conocida como el "Segundo Barrio", uno de los distritos más representativos de la comunidad México-americana en esta ciudad tejana.

Prefacio y Agradecimientos

El propósito de esta investigación es examinar la interrelación entre las dimensiones sociales, político económicas y culturales en la producción del espacio urbano y su arquitectura. Particularmente, el papel de la diversidad cultural y étnica en el espacio de las ciudades multiculturales del presente.

Desde hace varios años, numerosos contingentes de inmigrantes internacionales han transformando visiblemente las ciudades alrededor del mundo. La mayoría de estos migrantes busca establecerse en los centros de actividad y trabajo que conforman las grandes ciudades de los países desarrollados. El establecimiento de estos grupos supone una transformación en las relaciones sociales y procesos culturales que tienen lugar cotidianamente en estos asentamientos urbanos. Los constantes movimientos migratorios que a nivel mundial afectan a millones de personas y la creciente preponderancia de la ciudad como forma de asentamiento de las sociedades contemporáneas nos obligan a reflexionar sobre el papel de las comunidades de inmigrantes en el desarrollo local, regional y global de las ciudades así como su expresión arquitectónica.

A diferencia del pasado, cuando era común el desarrollo orgánico de las ciudades, construidas y habitadas por un grupo cultural único, cada vez con más frecuencia las ciudades son compuestas por sociedades multiculturales que reflejan en su forma e imagen, es decir en su traza y su arquitectura dicha diversidad. La cultura tiene un papel fundamental en la configuración del contexto construido y, diariamente, diversos grupos culturales negocian sus diferencias y redefinen su identidad en el espacio que habitan y comparten. Como reflejo de la interrelación entre los diversos grupos sociales que conforman la ciudad, los elementos del contexto construido representan la ideología y deseos de quienes, no sin conflicto, lo habitan, regulan y apropian, es decir, de quienes le dan significado. Este es un hecho de particular importancia para los grupos socio-culturales de inmigrantes.

El estudio sobre la inmigración y su efecto en el lugar destino (un país, estado, ciudad o sociedad particular) ha sido documentado y analizado en el campo de la economía, la sociología y la etnología incontables veces, de manera puntual y específica. Sin embargo, en su mayoría, estos estudios no rebasan las fronteras de la especialización académica desde la que se realizan. Más aún, la aproximación hacia este tema desde una perspectiva que contempla la

aportación de los grupos socioculturales inmigrantes a la producción y transformación del espacio urbano y su morfología es escaso. Su insuficiencia en el cuerpo del conocimiento de la disciplina de la arquitectura y el diseño urbano, además, de las tendencias demográficas y sociales que están tomando forma en varios países del mundo, tendiendo hacia una creciente tensión entre “nativistas” y extranjeros, hacen de este estudio una necesidad actual para el mejor entendimiento de la interrelación entre sociedad y medio ambiente.

¿De qué manera se ve reflejada la interrelación entre inmigrantes y ‘nativos’ en el espacio urbano? ¿De qué manera se relacionan con el contexto construido? ¿Cuál es el papel de este segmento social en la producción del espacio urbano? Estas son las cuestiones que el siguiente estudio plantea observar.

Para este fin, se propone un análisis del papel de uno de los grupos sociales actualmente más representativos de la condición del ‘extranjero’ en conflicto con la cultura local: la comunidad México-americana. Geográficamente, el estudio se centra en Houston, Texas, la cuarta ciudad más grande de los Estados Unidos y un centro de atracción para distintos grupos inmigrantes (asiáticos, indios, africanos, árabes, europeos, latinos) que rápidamente la están transformando en un modelo de la ciudad multicultural del siglo XXI.

La investigación se apoya en tres premisas fundamentales: 1) la correlación existente entre el contexto construido y la cultura; 2) la importancia del fenómeno migratorio internacional y su repercusión en la diversidad cultural y composición étnica de las ciudades actuales; 3) la producción social del espacio físico urbano y su semantización en lo que se denomina los “signos del lugar”.

Una de las primeras cuestiones que surgen al hablar de una cultura específica en relación con la producción urbana es la de cómo se representa la misma en el contexto construido. Consecuentemente, la atención al diseño del espacio urbano y arquitectónico debe integrar la observación de los usos particulares que los distintos grupos culturales les dan a estos lugares, en este caso, la comunidad México-americana en la ciudad de Houston. Además, es preciso observar la manera en la que estos mismos mensajes son recibidos e interpretados por otros grupos sociales que participan, interactúan y conviven en este espacio.

Los mitos, es decir, la cultura, la política, la economía, la religión, las convenciones sociales, etcétera, determinan los modos “permisibles” de apropiación del espacio. Cada cultura, o grupo social, hace uso del lugar de acuerdo con sus mitos. Es por esto que el contexto urbano

es un importante objeto de significación. La ciudad posee un significado distinto para cada grupo social, y cada grupo social basa la organización de la vida cotidiana en estos símbolos concebidos. Sin embargo, ésta no es una relación causal. Una vez determinado el espacio, éste a su vez re-define los mismos mitos que lo configuraron. Descubriendo el espacio, es decir, habitándolo, se negocian y renuevan las costumbres, los valores y los deseos. Por eso el espacio público de las ciudades —el lugar de encuentro por excelencia de grupos sociales distintos— desempeña un papel tan importante.

La significación y la legitimación de la estructura social son dos de las funciones más importantes que desempeñan la arquitectura y el espacio urbano. Las calles, banquetas, plazas, fuentes, edificios, y hasta los anuncios publicitarios y grafiti que adornan sus paredes constituyen signos o señales mnemotécnicas que sirven para orientar al habitante en su transcurso por la vida cotidiana y su relación con otras personas. Como canales de mediación, los elementos del contexto construido están organizados por la interacción social y son utilizados como herramientas para facilitar la convivencia cotidiana, organizarla y dirigirla.

Es por esto, que en las sociedades estratificadas el control del espacio —incluyendo sus representaciones físicas— es tan importante y tan disputado. En estas sociedades, gran parte de las decisiones sobre qué tipo de estructuras se construyen, dónde, y cuándo, no está en las manos de las personas que duermen, comen, juegan, trabajan, y se reproducen en esos lugares, sino en las de determinados agentes poderosos que ejercen un gran control sobre éstos. Si uno de los atributos del espacio urbano es que refleja las decisiones de propietarios, inversionistas, desarrolladores, constructores, políticos, burócratas y miembros de las profesiones ambientales, conocer quienes son los agentes que intervienen, con que capacidad y bajo que estructura ideológica es una premisa fundamental para entender el papel de la arquitectura en el proceso de la producción del espacio urbano.

Como se verá a lo largo de la investigación, varios estudiosos del entorno habitado han indicado que es a través del uso y diseño del espacio que las posibilidades de transformación se presentan. Es gracias a esta planeación y apropiación física que el espacio adquiere identidad y se define como un espacio determinado y único; es decir, como lugar. El lugar sirve de “puente” para enlazar dimensiones distintas, relaciona al pasado con el presente; enlaza los deseos y aspiraciones de distintos grupos sociales y hace posible la interacción —aunque no

sea siempre cordial— entre personas. Entender cómo puede la arquitectura y el urbanismo proveer de contextos habitables expresivos y libres, sí, como productos de una ideología imperante, sufren de las mismas deficiencias y prejuicios de un espacio social estratificado y un espacio físico fragmentado y mercantilizado es vital para la justificación moral de estas disciplinas.

La finalidad de este estudio es contribuir al entendimiento de los factores que participan en la creación de los asentamientos humanos que habitamos cotidianamente. De esta manera, se busca ampliar la perspectiva desde la que los profesionales del espacio humano (arquitectos, urbanistas, diseñadores) contemplan su tarea. Parafraseando al sociólogo urbano Mark Gottdiener, el análisis del objeto arquitectónico debe de tomar en cuenta todo el espacio y todos los procesos que lo conforman, y no limitarse sólo a las formas, a la arquitectura como objeto estético para ser contemplado. Igualmente, considero que la profesión de la arquitectura debe incluir en su ejercicio la constancia de la responsabilidad de participar en la transformación de la sociedad moderna en una sociedad humanista, estudiando y organizando el espacio urbano de manera que permita el desarrollo positivo de la vida cotidiana, los deseos y las aspiraciones de sus habitantes.

Finalmente, quiero agradecer el apoyo de todas las personas que hicieron posible esta empresa: al profesor Josep Muntañola i Thornberg, por sus enseñanzas, especialmente, su introducción al estudio de la semiótica y la topogénesis; y, especialmente, a mi tutor, José Luis Beraud, quien se aventuró ciegamente conmigo y ha sido incondicional en su apoyo y sabio consejo desde un principio y durante todo este recorrido; espero haber respondido a su altura. Por supuesto, cualquier defecto, falla u omisión que este trabajo pudiera tener es sólo responsabilidad mía. Por último, quiero dedicarle este trabajo a tres personas muy especiales en mi vida: a mi padre y a mi madre, quienes han apoyado y animado mis inquietudes académicas por años y a quienes les debo muchísimo; y, a mi esposa, por todo su amor e infinita paciencia. Muchas gracias a todos.

SUMARIO

Listado de ilustraciones

Listado de abreviaturas y símbolos

Introducción

Contexto 1

Cultura, multiculturalismo y contexto construido 4

La producción del espacio 7

Estructura de la investigación 10

Capítulo I

La Producción del espacio urbano en la “Ciudad de la Libre Empresa”

Los primeros asentamientos 12

Anglos, mexicanos y la mercantilización del territorio en la historia de Texas 15

La revolución urbana en Texas 28

El contexto urbano de Houston 39

Conclusiones 48

Capítulo II

La arquitectura y la producción social del espacio

El concepto del espacio 50

Corrientes del pensamiento urbano 58

Conclusiones 94

Capítulo III

Cultura, arquitectura y espacio urbano

El significado de la cultura 97

Multiculturalismo 118

Espacio urbano, arquitectura, cultura y diferencia 127

Conclusiones 145

Capítulo IV

Los signos del lugar: la producción del espacio y la significación en la arquitectura

Las dimensiones de la producción espacial 151

La significación en la arquitectura 165

Conclusiones 197

Capítulo V

La comunidad México-americana y la producción del espacio urbano en Houston

<i>Mexicanos en el comienzo de Houston</i>	201
<i>Análisis sociosemiótico del espacio urbano de la comunidad México-americana</i>	221
<i>Conclusiones</i>	268

Conclusiones Generales

<i>El espacio como producto</i>	274
<i>Agencia y estructura</i>	275
<i>Houston como paradigma de la ciudad del siglo XXI</i>	278
<i>Arquitectura, espacio urbano y sociedad</i>	280

Bibliografía

<i>Obras citadas</i>	282
<i>Obras consultadas</i>	288

Índice general	290
-----------------------	------------

Listado de ilustraciones

Mapas y planos	Pag. #
Mapa de Texas 1836	18
Mapa de territorio cedido a empresarios para su colonización	21
Plano de Houston a un año de su fundación (1837)	39
Plano de Houston, fondo y figura, año 1837	40
Plano de Houston, fondo y figura, año 1890	41
Plano de Houston, fondo y figura, año 1942	41
Plano de Houston, fondo y figura, año 2010	46
Houston — East End (Segundo Barrio y Magnolia Park)	206
Perspectiva aérea de Magnolia Park — 1891	206
Distribución racial de Houston, año 2010	228
Distribución económica según ingreso anual por familia en Houston, 2010	228
Distribución racial de Houston-Inner Loop, año 2010	229
Distribución económica según ingreso anual por familia en Houston-Inner Loop, 2010	229
Cambio en la percepción de la población hacia los inmigrantes, 1994-2008	233
Plan maestro de las futuras líneas del tren ligero	252
‘Bordes’ limítrofes del Segundo Barrio.	261
Fondo y figura; uso de suelo del Segundo Barrio	264
Uso de suelo en el borde colindante entre el Segundo Barrio y el centro de Houston	265
Corte esquemático del Segundo Barrio	265
Fotografías	
La Tormenta de Galveston 1900	34
Jacales típicos de la región	204
Tranvía de Magnolia Park — 1904	207
Asociación cívica México-americana celebrando la Independencia de México — 1929	208
Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe	208
Fábrica de textiles “Oriental Textile Mills”	209
Quiosco central en el Parque Hidalgo en Magnolia Park	235
Vista aérea de Clayton Homes en el Segundo Barrio	237
Felix Restaurant	238
Parque recreativo y centro deportivo “Moody Park”	239
Parque recreativo y centro deportivo “Moody Park”, detalle	240
Centro cultural “Talento Bilingüe de Houston”	241
Taco truck “Los Regios”	243
Guadalupe Plaza, en el Segundo Barrio	246
Guadalupe Plaza, en el Segundo Barrio	246

Harrisburg Plaza, en el Segundo Barrio	247
Harrisburg Plaza, en el Segundo Barrio, detalle de pavimento	247
Harrisburg Plaza, en el Segundo Barrio, detalle de pavimento	248
Harrisburg Plaza, en el Segundo Barrio, mural	248
Centro comercial 'étnico', en el Segundo Barrio	250
Centro comercial 'étnico', en el Segundo Barrio	250
Restaurante "Gorditas Aguascalientes"	251
"Veracruz" Mexican Restaurant	251
Supermercados Teloloapan	252
Estadio de fútbol de los Dínamos de Houston	253
Restaurante "Hacienda los Corrales" en el Segundo Barrio	255
Centro comercial "Chema" en el Segundo Barrio	255
Vivienda unifamiliar tipo 'bungalow' en el Segundo Barrio	256
Vivienda unifamiliar tipo 'bungalow' en el Segundo Barrio	256
Mural en la fachada del edificio de la Sociedad Mutualista Obrera Mexicana	257
Mural del restaurante "Hacienda Los Corrales", en el Segundo Barrio	257
Mural "Birth Place of Houston" en el East End	258
Mural "Birth Place of Houston" en el East End, detalle	258
Tramo elevado de la autopista I-59, al borde del Segundo Barrio	261
Tramo elevado de la autopista I-59, al borde del Segundo Barrio	262
Lote baldío entre autopista I-59 y el Segundo Barrio	262
Descomposición del tejido urbano en el Segundo Barrio	263
Descomposición del tejido urbano en el Segundo Barrio	263
Fábrica abandonada, desindustrialización del Segundo Barrio	266
Fábrica abandonada, detalle de mural "Renacimiento Chicano"	266
Conjunto de vivienda en alquiler de clase media alta al borde del Segundo Barrio	267

Figuras

Modelo del signo según Saussure	157
Modelo del signo de Hjelmslev	161
Modelo sígnico lingüístico	162
Modelo sígnico ERC	163
Modelo sígnico de Saussure aplicado al signo arquitectónico /escalera/	168
Códigos morfológicos con sus articulaciones positivas (<i>eufóricas</i>) y negativas (<i>disfóricas</i>).	179
Descomposición de un signo urbano	186
Descomposición semiótica del medio ambiente construido	188
Modelo del <i>Templum</i> de Muntañola	196

Población de la ciudad de Houston, por raza	217
Evolución diacrónica del espacio y comunidad México-americana en Houston	224
Substancia del contenido del signo espacial de Houston	224
Forma del contenido del signo espacial de Houston	226
Forma de la expresión del signo espacial México-americano de Houston	259
Modelo semiótico del espacio urbano México-americano en Houston	267
Movimiento dialéctico del espacio producido	270
Momentos de la producción del espacio México-americano de Houston	271

Listado de abreviaturas y símbolos

AEC	Antes de la Era Común
EA	Era Común
ERC	Expresión en Relación al Contenido
LULAC	Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos (<i>League of United Latin American Citizens</i>)
MUD	Distrito de Servicios Municipales (<i>Municipal Utility District</i>)
OPEP	Organización de Países Productores de Petróleo
S _d	Significado
S _r	Significante

INTRODUCCIÓN

Contexto

Un domingo por la tarde, un conjunto musical ambienta un evento especial que acontece en un pequeño centro comercial. Se trata de la apertura de una nueva sucursal de “Supermercados Teloloapan”, una pequeña cadena de tiendas de abarrotes que se especializa en productos hispanos. Mientras el conjunto toca música de banda, una persona despacha tacos de carne asada que en días regulares se venderán en la tienda. Un jinete a caballo y en atuendo típico complementa el espectáculo con su presencia.

Este suceso en sí parecería demasiado trivial para mencionarse si no fuera por el contexto en que toma lugar: la celebración ocurre en un centro comercial, concretamente en el estacionamiento de un “strip mall” de Sharpstown, un suburbio caracterizado por una alta concentración de habitantes de origen latino, ubicado al lado oeste de la ciudad de Houston, en el Estado de Texas de los Estados Unidos de América. Este evento en apariencia tan cotidiano es un claro ejemplo de un fenómeno cada vez más común en las ciudades contemporáneas: la manera en que grupos sociales provenientes de culturas diversas intervienen en la conformación del espacio urbano.

Supermercados Teloloapan son propiedad de Clemente Ayala, un inmigrante del pueblo de Teloloapan, México. Él y su mujer abrieron su primera tienda de abarrotes en Houston en 1994. Actualmente, su cadena de Supermercados Teloloapan tiene nueve sucursales en la zona metropolitana de Houston.⁽¹⁾ El éxito de los Ayala es encomiable. En un entorno en el que los “megamercados” como Wal-Mart dominan el sector comercial, la supervivencia y rentabilidad de los pequeños comerciantes es complicada. Pero más admirable, y a la vez relevante, es el hecho de que la familia Ayala, como inmigrantes, forman parte de un grupo social que, a pesar de ser minoría y encontrarse normalmente relegado, adquiere cada vez mayor trascendencia en la conformación de las ciudades de todo el mundo.

Houston, en particular, debido a su pujante economía, bajo costo de vida y relativa laxitud para con los inmigrantes, se ha transformado en cuestión de unos cuantos años en una de las ciudades más diversas de Estados Unidos. Esta posición, aunada a las condiciones históricas,

¹ Moreno, Jenalia. 2008. “Neighborhood markets growing into local chains: Supermercados compete with bigger stores by serving immigrants’ tastes”. *Houston Chronicle*, Julio 23. En línea, URL: <http://www.chron.com/dispatch/story.mpl/business/5904536.html> (consultado 15/10/2010).

económicas y sociales de su desarrollo hacen de esta ciudad un paradigma de la ciudad global del siglo veintiuno.

Todos los días, alrededor del mundo un enorme contingente de personas dejan su país de origen para buscar mejores oportunidades en otro país. Actualmente, la mayoría de estos migrantes se establecen en las ciudades. Consecuentemente, para entender ésta es preciso analizar cuál es el papel de la comunidad inmigrante en la producción de su espacio sociofísico. La presencia de comercios como los Supermercados Teloloapan, que buscan atender a ese sector de la población proporcionándole aquellos productos que le son familiares, ayudan al mismo tiempo a establecer las características del contexto construido donde se asientan. Con sus acciones, ya sea conscientemente o no, contribuyen a la producción de un espacio determinado que atrae a unas personas mientras que rechaza a otras. Es decir, a través de su intervención los inmigrantes ayudan a definir los *lugares* dentro del tejido urbano que expresan una identidad particular.

El propósito de esta investigación es analizar el papel que la comunidad México-americana, una de las comunidades de inmigrantes más representativas de la ciudad de Houston, ha representado en la creación y evolución de este centro urbano. De esta forma, se pretende contribuir al entendimiento de la interacción entre cultura y espacio urbano. Esto en miras de que sea de utilidad para el mejoramiento del diseño y planeación de las ciudades como entornos más adecuados a la realidad multicultural contemporánea y futura.

La hipótesis principal de esta investigación es que los grupos de inmigrantes juegan un papel en la configuración del contexto construido. ¿Pero, cuál es la importancia de la construcción de espacio por y para la diversidad sociocultural? ¿Cómo ocurren éstas intervenciones en el espacio físico de las ciudades? ¿Cuál es el resultado de las transformaciones en el contexto construido en el plano social? ¿Cómo se relacionan la cultura, la arquitectura y el espacio urbano en las sociedades multiculturales? Estas son las preguntas que a través del análisis del caso de estudio de la ciudad de Houston y la comunidad mexicana se intentarán responder.

Una segunda hipótesis indica que el grado en que determinado grupo social puede intervenir en la creación del contexto construido que habita depende en gran medida del modo de producción bajo el que opera la sociedad en donde se encuentra inserto. En una socie-

dad igualitaria todos tendrían las mismas oportunidades para adecuar su entorno inmediato a sus necesidades. No obstante, en nuestras sociedades capitalistas la capacidad para transformar el contexto físico esta dividida jerárquicamente por clases sociales. La capacidad de agencia para intervenir en la producción del espacio depende de la capacidad económica y política de las personas (pudiendo ser éstas tanto personas físicas como “personas morales” es decir, instituciones y empresas).

Descripción del contexto houstoniano

Houston, al igual que muchas otras ciudades de América y Europa, ha tenido un importante crecimiento debido a la inmigración de personas de origen diverso. A partir de la apertura a la migración legal de países no-europeos a mediados de los años sesenta, han llegado a los Estados Unidos individuos y familias de todas partes del mundo, por ejemplo, Vietnam, China, Taiwan, Corea, Filipinas, India, Africa, Guatemala, El Salvador y México. Houston ha sido el destino de un buen número de ellos.

Demográficamente, Houston se encuentra en el lugar número cuatro entre las ciudades más grandes de los Estados Unidos. Además, como uno de los centros urbanos más importantes del sur de los Estados Unidos, ubicado en el Estado de Texas, colindando con México, ha sido un popular destino para la población latina. De acuerdo con el último censo realizado, de sus 2.15 millones de habitantes, 26.4% son de origen extranjero. Las personas de origen latino, tanto nacidas en Estados Unidos como extranjeras, suman el 37.4% de su población. Además, residen en Houston un considerable número de personas de origen asiático y africano y en casi la mitad de los hogares (41.3%) se habla un idioma distinto al inglés.(2)

Como resultado, en el contexto urbano de Houston se puede observar la transformación de un espacio antaño predominantemente “angloamericano” en un espacio multicultural, de barrios étnicos y extensas zonas urbanas enteramente segregadas racial y culturalmente. El barrio chino al oeste de la ciudad, uno de los más grandes del país y el barrio méxico-americano al este, uno de los más antiguos, son algunos ejemplos. Estas transformaciones del espacio urbano pueden ser apreciadas en las fachadas de los edificios y en los letreros e imágenes que los adornan; así como en las actividades que alojan.

² U.S. Census Bureau. s.f. *State and County QuickFacts*. En línea, URL: <http://quickfacts.census.gov/qfd/states/48/4835000.html> (consultado 3/12/2010).

Como reflejo de la interrelación entre los diversos grupos sociales que conforman la ciudad, los elementos del contexto construido representan la ideología y deseos de quienes, no sin conflicto, lo habitan, regulan y apropian, es decir, de quienes le dan significado. La cultura desempeña un papel fundamental en la configuración del contexto construido y, diariamente, diversos grupos culturales negocian sus diferencias y redefinen su identidad; al igual que el espacio en el que habitan.

Este es un hecho de particular importancia para los grupos socioculturales de inmigrantes. Sin embargo, comúnmente estos son quienes menos posibilidad tienen de participar en la construcción de su medio ambiente. La comunidad México-americana es un paradigma de los grupos sociales minoritarios que observan una limitada capacidad de agencia en la producción de su entorno inmediato y sufren las consecuencias del desarrollo desigual a nivel local, regional y global.

Cultura, multiculturalismo y contexto construido

El contingente de personas que emigran de sus países debido a un conjunto de factores, mayormente económicos, registra un incremento considerable en los últimos años. Su relevancia en la demografía de varios países industrializados y potencias mundiales es cada vez mayor. Por ejemplo, en los Estados Unidos el porcentaje de inmigrantes registrados en relación a su población total es del 12.4%; constituyendo casi 40 millones de personas.⁽³⁾ En la Gran Bretaña, del crecimiento de 2.2 millones de habitantes ocurrido entre 1991 y 2001, alrededor de 1.14 millones se debió a la migración extranjera.⁽⁴⁾ Y, en Canadá, 1 de cada 5 habitantes nacieron en el extranjero y se estima que para dentro de 9 años (2020) el crecimiento de esta nación dependerá exclusivamente de la inmigración internacional.⁽⁵⁾

El establecimiento de estos grupos supone una transformación en las relaciones sociales y en los procesos culturales que tienen lugar en la convivencia urbana cotidiana. A su vez, esto se ve reflejado en el uso, apropiación y transformación del espacio urbano y la arquitectura de la ciudad. Los crecientes movimientos migratorios que a nivel mundial afectan a millones de personas y la preponderancia de la ciudad como forma de asentamiento obligan a reflexionar sobre el papel de las comunidades de inmigrantes en el desarrollo y la producción del espa-

³ U.S. Census Bureau. 2005-2009. *American Community Survey*. En línea, URL: http://factfinder.census.gov/servlet/SAFFFactsCharIteration?_submenuId=factsheet_2&_sse=on (consultado 3/12/2010).

⁴ Wood, Phil & Charles Landry. 2008. *The Intercultural City: Planning for Diversity Advantage*. London: Earthscan, p.25.

⁵ Statistics Canada. *Population Projections for Canada, Provinces and Territories, 2005-2031*. En línea, URL: <http://www.statcan.gc.ca/pub/91-520-x/00105/4095095-eng.htm> (consultado 15/01/2011).

cio físico que habitan y comparten con otros grupos sociales.

Desde hace varias décadas, disciplinas como la antropología cultural, la etnología y la sociología han hecho de las costumbres, religión, mitos, organización social y demás construcciones culturales de sociedades diversas, antiguas y modernas, su objeto de estudio. Dentro de estas disciplinas, algunos cuantos investigadores se han enfocado en la relación entre el contexto construido y la cultura.(6) Su relevancia radica en la manera en que han adaptado los descubrimientos basados en las observaciones de culturas tradicionales a las complejidades del medio ambiente actual, mayormente urbano y multicultural, sin duda muy diferente al entorno tradicional de culturas anteriores.

Si anteriormente era común el desarrollo orgánico de los asentamientos humanos, construidos y habitados por un grupo cultural único, debido sobre todo a dos importantes fenómenos: las migraciones del campo a la ciudad y de un país a otro, en el futuro la norma serán los asentamientos de carácter urbano compuestos por sociedades multiculturales. En teoría, estas ciudades multiculturales reflejarán en su forma e imagen, es decir, en su traza y su arquitectura, dicha diversidad. Lo que esta tendencia indica es que aquellos asentamientos construidos por sociedades homogéneas que actualmente pasan por un periodo de transformaciones demográficas mencionadas serán a su vez transformados paulatinamente en lugares de formas y contenidos heterogéneos que corresponden a las distintas necesidades y deseos de una población cada vez más variada social y culturalmente.

Ciudad global, inmigración y multiculturalismo

El fenómeno de la migración y su impacto en los centros urbanos es sumamente complejo. Económicamente, la apertura de los mercados internacionales al “libre comercio” ha tenido determinadas consecuencias en el desarrollo y composición de las ciudades de todo el mundo. Las políticas neoliberales de naciones y la competencia entre ciudades por atraer empresas multinacionales y el capital económico y político que les acompaña ha supuesto mayores dificultades para mantener el bienestar de las comunidades locales.(7) Además, la concentra-

⁶ Ver, por ejemplo, Rapoport, Amos. 1969. *House form and Culture*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall; Rapoport, A. 1977. *Human aspects of urban form*. Oxford: Pergamon Press; Rapoport, A. 1990. *The Meaning of the Built Environment. A Non-verbal communication Approach*. Tucson: The University of Arizona Press; Rapoport, A. 2003. *Cultura, arquitectura y diseño*. Barcelona: EdicionsUPC; Low, Setha M. 1988. “Cultural Aspects of Design: An Introduction to the Field”. *Architecture & Behavior*. Vol. 4, no. 3; Díaz Moore, Keith (ed.). 2000. *Culture-meaning-architecture: critical reflections on the work of Amos Rapoport*. s.l.: Ashgate Publishing; Low, Setha M. & Denise Lawrence-Zúñiga (eds.). 2003. *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden: Blackwell Publishing.

⁷ Cf.: Harvey, David. 2006. *Spaces of Global Capitalism*. London; New York: Verso.

ción de estas empresas en unos cuantos centros urbanos ha transformado las relaciones internacionales entre “ciudades globales” haciendo, por ejemplo, que Nueva York tenga más en común con Tokio que con Oklahoma.⁽⁸⁾ Por otro lado, aquellas metrópolis exitosas en la competencia por la captación de recursos humanos y económicos, han visto acrecentada su influencia y peso político, colocando a los actores políticos locales al mismo nivel que los políticos estatales y federales —piénsese por ejemplo en el alcalde de Londres, que tiene a su disposición un presupuesto público igual o mayor que el total de toda Inglaterra—. Esto, sin duda, ha renovando el debate entorno al significado de *ciudadanía*.⁽⁹⁾

Estas transformaciones estructurales tienen importantes consecuencias sociales que también deben ser analizadas. La concentración de los recursos en los centros urbanos de unos cuantos países desarrollados han hecho de estas ciudades polos de atracción para todo tipo de personas. Para muchos esto implica aprender a convivir con personas de origen y cultura diferentes. Diversos grupos sociales que escasamente conocían de la existencia del otro anteriormente, ahora deben aprender a convivir en un espacio común con el fin de que la “amenaza” que aparenta ser la diversidad para quienes no están acostumbrados a ella se transforme en una ventaja.

A pesar de que estas condiciones son cada vez más comunes, aún existen pocos estudios respecto a la relación concreta entre multiculturalismo y la ciudad. Algunas de las aportaciones más destacables son las realizadas por los planificadores urbanos Phil Wood y Charles Landry.⁽¹⁰⁾ Igualmente, Michael Burayidi ha hecho una importante aportación con la edición de *Multiculturalism and Urban Planning* que compendia interesantes trabajos de varios investigadores en el tema.⁽¹¹⁾ Por su parte, la urbanista Leonie Sandercock, quien ha trabajado en las ciudades y países más diversos del mundo, como Los Ángeles, Sydney y Vancouver, hace una importante aportación a la teoría de la diversidad y el contexto urbano con su concepción de lo que implica la nueva “cosmópolis” del siglo XXI.⁽¹²⁾

Por otro lado, algunos teóricos políticos como Rainer Bauböck o Bhikhu Parekh han enfocado su atención en el nuevo papel de la “ciudadanía” en las relaciones multiculturales, así

⁸ Sassen, Saskia. 2001. *The Global City: New York, London, Tokio*. Princeton: Princeton University Press.

⁹ Cf.: Bauböck, Rainer. 2003. “Reinventing Urban Citizenship”. *Citizenship Studies* Vol. 7, no. 2: 139-160. En línea, URL: <http://www.eui.eu/Import/ResolvedResources/PDF/C/CitizenshipStudiesfinal0403.pdf> (consultado en 25/09/2009).

¹⁰ Wood, Phil & Charles Landry. *The Intercultural City*.

¹¹ Burayidi, Michael (ed.). 2000. *Urban Planning in a Multicultural Society*. Westport, Connecticut; London: Praeger.

¹² Sandercock, Leonie. 2003. *Cosmopolis II: Mongrel Cities of the 21st Century*. London, New York: Continuum.

como lo que implica la nueva realidad urbana en la creación de las identidades culturales nacionales.(13) Estos autores, entre otros, informan el presente estudio de forma importante. No obstante, la mayoría de estas propuestas se ha visto limitada en sus alcances debido a su omisión del problema fundamental detrás de los problemas de convivencia o desigualdades sociales urbanas: el problema de la producción del espacio.

La producción del espacio

Espacio y sociedad

La capacidad de las personas para transformar su entorno, sin duda, es importante. Más aún, pensar que las acciones de individuos como los Ayala, que establecen un negocio, construyen una casa o simplemente realizan su vida cotidiana en una zona particular de la ciudad, son en su conjunto enteramente responsables de la creación del contexto construido es caer en la común equivocación del determinismo social, un error que ha acompañado muchos de los fracasos que se le atribuyen al diseño y planeación del medio ambiente, dando una mala reputación a las posturas e intentos posteriores que han tratado de rescatar la dimensión social de las profesiones del contexto construido.

Marx alguna vez comentó que el ser humano hace la historia, pero no en circunstancias de su propia elección sino en circunstancias determinadas por el pasado.(14) Lo mismo puede decirse del espacio físico que el ser humano habita. El ser humano hace del contexto físico natural lugares habitables, pero no los hace en el vacío, sino acotado por las circunstancias sociales, económicas y culturales en las que se encuentra, es decir, sobre la base de la historia.

Al igual que las teorías sobre multiculturalismo y espacio urbano, las limitaciones de las aproximaciones al diseño del espacio habitable desde el punto social flaquean por su inadecuación para tratar el problema fundamental del proceso de su producción. Este vacío epistemológico puede ser solventado a través de la implementación de la *teoría de la producción del espacio*. De acuerdo con esta teoría, aunado a las acciones de los individuos sobre su entorno, existe una serie de circunstancias *estructurales* que conforman el trasfondo social, económico, político y cultural que las hace posibles en primer lugar. Consecuentemente, la producción del espacio es un *proceso dialéctico* entre las acciones de los grupos sociales y el soporte estructural sobre el que actúan.

¹³ Parekh, Bhikhu. 2006. *Rethinking Multiculturalism: Cultural Diversity and Political Theory*. New York: Palgrave Macmillan.

¹⁴ Marx, Karl. 1852. *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. s.l.: Marxists Internet Archive. En línea, URL: <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1852/18th-brumaire/ch01.htm> (consultado 19/10/2010).

El análisis del espacio en general acompaña a la historia de la filosofía y, en particular, el espacio urbano ha sido materia de estudio desde que se comenzó a observar como una forma de asentamiento humano predominante a raíz de la Revolución Industrial. Durante este tiempo la sociología urbana aportó importantes teorías respecto a éste. En el siglo XX, a partir de los sesenta, un número de teóricos desde distintas disciplinas confluyeron en este mismo tema al percatarse de la importancia del espacio como objeto material social, esto es, como expresión de la estructura político-económica y herramienta ideológica. A través de sus análisis, distintas conexiones entre el espacio y la esfera social comenzaron a ser develadas, por ejemplo, la relación entre el Poder y la vigilancia a través del diseño espacial (Foucault), las transformaciones sociales y la vida urbana (Sennett, Mumford), o la transmisión de significados a través de sus formas (Barthes, Eco, Greimas).(15)

Estas teorías revolucionaron en gran medida la epistemología de los estudios urbano-arquitectónicos. No obstante, en su mayoría reducían el espacio y el contexto construido ya sea al papel de herramienta (ideológica) o el de trasfondo físico para los procesos sociales; un contenedor donde ocurre la vida cotidiana.

La influencia de la teoría estructuralista althusseriana y el subsiguiente desprestigio del marxismo y la aversión a cualquier esbozo de lo que constituyera una “Teoría General” marcaban la tesitura de sus investigaciones. A pesar de esto, paralelamente unos cuantos estudiosos reconocían en el espacio una relación más profunda con la sociedad. Para ellos, esta relación se caracterizaba por tener una naturaleza *dialéctica*, por consiguiente, el espacio es visto a la vez como un *producto* de las condiciones histórico-sociales y un medio que hace posible la producción y reproducción de las relaciones sociales. Esta es la premisa que fundamenta la teoría de la *producción del espacio* o, en términos del sociólogo urbano Mark Gottdiener, la *teoría socio-espacial*.(16)

La producción del espacio y la teoría socio-espacial

El principal impulsor de esta teoría de la producción del espacio fue el filósofo-sociólogo francés Henri Lefebvre, basando sus observaciones en el materialismo dialéctico. Su investi-

¹⁵ Ver, por ejemplo.: Foucault, Michel. 1975. *Vigilar y Castigar*; Sennet, Richard. 1977. *The Fall of Public Man*; Mumford, Lewis. 1961. *The City in History*; Barthes, Roland. 1964. *La Torre Eiffel*; Eco, Umberto. 1968. *La Estructura ausente. Introducción a la semiótica*; Greimas, Algirdas J. 1976. *For a Topological Semiotics*. Ver bibliografía incluida.

¹⁶ Gottdiener, Mark. 1997. *The social production of urban space*. Austin: University of Texas Press.

gación al respecto data de la primera mitad del siglo XX y continuará por el resto de su vida, hasta principios de los noventa. Pero la versión más elaborada de su teoría la publicaría en 1974 bajo el título de *Production de l'espace*.(17)

Desde entonces, algunos sociólogos y geógrafos marxistas especializados en el contexto urbano habían ya reconocido el importante valor de la teoría socio-espacial de Lefebvre, incorporándola a sus propias aportaciones científicas al tema. No obstante, debido al apogeo de las teorías estructuralistas y el rechazo de sus críticas a la izquierda comunista francesa, el trabajo de Lefebvre pasó desapercibido por mucho tiempo. No fue sino años más tarde, gracias a la traducción al idioma inglés del libro mencionado, que en los noventa la teoría lefebvrea comenzó a ver un renacimiento y a influir considerablemente en el campo angloparlante de los estudios urbanos, lo cual le dio una mayor proyección.

Entre los teóricos que reconocieron la importancia de esta teoría se encuentra David Harvey, geógrafo marxista inglés, que en 1973 publicara su obra seminal *Social Justice and the City* y que incorporara varios de los elementos de la teoría de Lefebvre a su propio análisis.(18) Igualmente destaca el trabajo de Mark Gottdiener quien utilizara la teoría de la producción del espacio como fundamento de su “teoría de la producción social del espacio urbano” y como un importante elemento de una nueva “sociología urbana crítica”.(19)

A partir del trabajo de Lefebvre, Harvey y Gottdiener, varios investigadores han aplicado y complementado la teoría de la producción del espacio desde distintas perspectivas. Por ejemplo, en la relación entre la naturaleza y el desarrollo geográfico desigual (Neil Smith); en el posmodernismo y la teoría social crítica (Edward Soja); o, en la relación entre el espacio, la identidad cultural y la diferencia (Kanisha Goonewardena *et al.*).(20) Igualmente, en relación a esta perspectiva teórica y de gran relevancia a esta investigación es preciso mencionar el estudio crítico de la producción del espacio urbano de la ciudad de Houston realizado por Joe Feagin.(21)

¹⁷ Lefebvre, Henri. 1974. *Production de l'espace*. s.l.: Editions Anthropos. Información tomada de la versión en inglés de Blackwell Publishing *The Production of Space*, publicada en 1991 (ver bibliografía incluida).

¹⁸ Harvey, David. 2009 [1973]. *Social Justice and the City*. Athens, Georgia: University of Georgia Press.

¹⁹ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*; Gottdiener, Mark & Ray Hutchison. 2006. *The new urban sociology*. Boulder: Westview Press.

²⁰ Cf.: Goonewardena, K., S. Kipfer, R. Milgrom & C. Schmid (eds.). 2008. *Space, difference, everyday life: reading Henri Lefebvre*. New York: Routledge; Smith, Neil. 2008. *Uneven development: nature, capital, and the production of space*. Athens, Georgia: The University of Georgia Press; Soja, Edward W. 1989. *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London & New York: Verso.

²¹ Feagin, Joe. 1988. *Free Enterprise City: Houston in Political-Economic Perspective*. New Brunswick & London: Rutgers University Press.

Estructura de la investigación

Primeramente, con el fin de situar la investigación en el espacio geográfico-temporal del caso de estudio, se elaborará un análisis historiográfico del desarrollo de Houston. A través de este análisis, se observará el papel que las comunidades angloamericana y mexicana han tenido en la construcción del Estado de Texas, así como de la ciudad de Houston en particular. Se enfatizará en la actuación de los distintos agentes sociales en la producción del espacio de esta ciudad, así como los motivos detrás del asentamiento y desarrollo de este centro urbano. A través de estas acciones veremos como una ideología particular emerge, conformando los patrones culturales que definirán la evolución de Houston.

A continuación, en el siguiente capítulo se elaborará con detalle el marco teórico que fundamenta la investigación, concentrándose en la teoría de la producción del espacio de Henri Lefebvre y los autores mencionados. A su vez, se justificará la elección de esta teoría como fundamento epistemológico, comparándola con otras explicaciones al fenómeno urbano. Un invaluable guía para esta empresa será el trabajo de Mark Gottdiener, quien en su libro *The Social Production of Urban Space*, se dio a la tarea de analizar las principales corrientes de la sociología urbana.

En el tercer capítulo, se intentará integrar la teoría de la producción del espacio al discurso epistemológico de la cultura y la diversidad, de manera que se pueda franquear el vacío de ésta última a la vez que se adecua la teoría socio-espacial al contexto multicultural de las ciudades contemporáneas. Para esto, se reflexionará en torno al concepto fundamental de 'cultura', un concepto comúnmente utilizado pero pocas veces definido con exactitud. Seguidamente, se construirá el marco alrededor del concepto de la 'diversidad', justificando su valor por medio de argumentos de tipo pragmático, económico y moral.

Una particularidad de la cultura es que no es algo directamente abordable. Como comenta Amos Rapoport, el análisis de la cultura se realiza comúnmente a través de las manifestaciones materiales de la sociedad en cuestión. Por lo mismo, el tercer punto de apoyo que sostiene esta investigación se basa en el análisis de las manifestaciones físico-sociales del espacio urbano y su significación. Con este fin, revisaremos una de las disciplinas mejor equipadas para esta empresa: la semiótica del espacio y la arquitectura.

En el cuarto capítulo se observará cómo la semiótica del espacio y la arquitectura elaboran modelos de análisis que vinculan el mundo de los significados —la semántica de la ideolo-

gía— con el mundo de los objetos —la sintaxis. Este es un campo que, al igual que el papel del espacio en la teoría crítica, tuvo un apogeo en los años sesenta y setenta. Varios semiólogos importantes han incluido dentro de su campo el estudio de la significación de la arquitectura, el espacio y la ciudad. Entre los pioneros, cabe mencionar el trabajo de Umberto Eco, Algirdas Greimas y Roland Barthes.⁽²²⁾ A partir de estas investigaciones, otros más han generado importantes avances en la epistemología de la semiótica urbano-arquitectónica. Destacan, por ejemplo, Geoffrey Broadbent, Donald Preziosi, Phillipe Boudon, Françoise Choay, Alexandros Lagopoulos, el propio Mark Gottdiener y Josep Muntañola, entre otros.⁽²³⁾

Finalmente, en el quinto y último capítulo se aplicarán las conclusiones obtenidas del análisis del marco teórico así como del desarrollo historiográfico de la ciudad de Houston al grupo sociocultural en cuestión: la comunidad México-americana. De esta forma, se intentará construir un modelo que explique, por un lado, las características y motivos que definen la participación de esta comunidad en la producción del espacio houstoniano, así como la tipología de sus manifestaciones materiales. Por otro lado, justificar así la importancia de la cultura y la arquitectura en la producción del espacio de las ciudades contemporáneas y futuras y la importancia que éstas tienen a su vez en la conformación de la sociedad.

²² Para una aproximación a sus obras relacionadas con la semiótica de la arquitectura, la ciudad y el espacio, ver la bibliografía incluida; también ver: Muntañola Thornberg, Josep. 2000. *Topogénesis: fundamentos de una nueva arquitectura*. Barcelona: EdicionsUPC.

²³ Ver, por ejemplo: Broadbent, Geoffrey. 1977. "A plain man's guide to the theory of signs in architecture". *Architectural Design* July / August, pp. 474-482; Preziosi, Donald. 1979. *The Semiotics of the Built Environment. An introduction to Architectonic Analysis*. Bloomington; London: Indiana University Press; Muntañola Thornberg, Josep. 1980. *Topogénesis Tres: Ensayo sobre la Significación en Arquitectura*. Barcelona: Oikos-tau; Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). 1986. *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. New York: Columbia University Press; Muntañola Thornberg, Josep (ed.). 1999. *Arquitectura: Texto y contexto. Transcripciones I*. Barcelona: EdicionsUPC.

CAPÍTULO I

LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO EN LA “CIUDAD DE LA LIBRE EMPRESA”

A lo largo de los tres primeros capítulos de esta investigación se construirá un discurso que desde distintas perspectivas confluyen en una misma premisa: 1) la relación dialéctica entre la naturaleza social del ser humano expresada a través de sus objetos materiales culturales, sus instituciones; 2) la estructura de su modo de producción; 3) la carga ideológica que da forma a los pensamientos y sensibilidades con los que se comprende la realidad del mundo exterior del ser humano. En otras palabras, la premisa de la producción social del espacio urbano, la conformación de la cultura y la significación de los objetos materiales como componentes del tejido lógico, ético y estético de la realidad circundante del ser humano, su *res extensa*.

En primer lugar, es preciso comenzar por hacer una revisión histórica del contexto social, tanto a nivel local, como regional y nacional, para develar la realidad ideológica que se esconde detrás de lugar comunes, idiosincrasias y mitos que tienen su expresión en la morfología de la forma urbana de esta ciudad. Y, de esta forma, poder explicar el desarrollo del espacio sociofísico de la ciudad de Houston, al igual que el papel de la comunidad México-americana en éste.

Los primeros asentamientos

Texas, junto con Luisiana y Florida, constituyen tres de los Estados norteamericanos de la costa del Golfo de México que en algún momento representaron el borde nororiental de la Nueva España, la colonia española en América, durante los siglos dieciséis al diecinueve. En 1519, al mismo tiempo que el conquistador español Hernán Cortés se dirigía hacia Veracruz y al centro de México con rumbo a Tenochtitlán, Alonso Álvarez Pineda recorría la costa norte del Golfo, mapeando por primera vez las orillas de Texas desde su embarcación marítima.

Años más tarde, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, de regreso de la expedición de Florida de 1527 a cargo de Pánfilo de Narváez, encalló en una pequeña isla junto con los únicos otros tres sobrevivientes de la fallida expedición, cerca de lo que hoy es Galveston. Después de permanecer cautivos de una de las tribus indígenas de la región por casi seis años, los cuatro españoles lograron escapar hacia el oeste llegando en mayo de 1536, después de ocho años

de travesía por el interior del continente, a la ciudad de Culiacán en la costa norte del Pacífico mexicano.

Su recuento de las vivencias que pasó en estos años, plasmado en su escrito *La Relación* (1542), que elaborara a su regreso a España, describe por primera vez las características y habitantes del territorio tejano. En éste, Cabeza de Vaca relató algunas de las historias que supuestamente escuchó contar durante su viaje que, como es costumbre, describen enormes ciudades al norte, abundantes en oro y plata. Entusiasmado por estas historias, el virrey Antonio de Mendoza organizó en 1540 una expedición que partiera desde México en busca de dichas ciudades. No obstante, el capitán Francisco Vázquez de Coronado, al frente de la nueva expedición, sólo se encontró con las aldeas de barro de los indios Pueblo y las chozas de pasto de los indios Wichita en Kansas.

Paralelamente, Hernando de Soto exploraba el norte de Texas con resultados similares, llegando hasta la zona boscosa del noreste de Texas, en donde se encontró con los nativos de la tribu Tejas (1), pero sin encontrar las riquezas prometidas. Nada de oro, nada de plata. Estos decepcionantes resultados provocaron el desinterés de la corona española por este territorio, a excepción de la zona que se extendía a lo largo de la ribera del Río Bravo, donde varias misiones se establecieron con el fin de evangelizar a la población nativa.

Un ejemplo de estas misiones, quizás la más conocida y de mayor trayectoria, es la de Santa Fe, fundada en 1609 en lo que en la actualidad es Nuevo México. Cincuenta años más tarde, los misioneros seguirían en su empeño por llevar a Dios a los indios paganos, fundando en el año de 1659 la misión de Nuestra Señora de Guadalupe (en la actual ciudad de Juárez) y alrededor de 1680 otra más en Corpus Christi de la Isleta. Esta última representó el primer asentamiento europeo en el territorio de Texas.

Auge y decadencia de la presencia europea

En 1685, el francés Robert Cavelier, miembro de la colonia francesa de Quebec en Canadá, buscando la desembocadura del Río Misisipí en territorio francés desembarcó en la bahía de Matagorda en la costa tejana, varios cientos de kilómetros al sur de su objetivo. Ahí erigió el fuerte de San Luis (Saint Louis). Pero al tratarse de territorio español, sus acciones provocaron una gran indignación a la corona ibérica.

¹ 'Tejas' es el nombre que esta tribu le daba a los españoles, el cuál significa 'amigo' o 'aliado'. Consecuentemente, los españoles bautizaron como 'indios Tejas' a los miembros de la tribu Hasinai (de los Caddo).

Las relaciones en ese entonces entre ambos países no eran muy estrechas y los españoles, al enterarse de la infracción de Cavelier salieron al encuentro del fuerte. No obstante, dos años después de su fundación, cuando finalmente llegaron al fuerte los españoles encontraron con que el hambre y los indios Karankawas, una tribu hostil de la región, ya habían acabado con los franceses.

Después de la experiencia con los franceses, los españoles tomaron la decisión de hacer más visible su presencia en este territorio para dejar en claro su posesión. De tal forma, establecieron lazos con algunas de las tribus indias localizadas principalmente en el área occidental del lugar, como los Caddo, de los cuales forman parte los indios Tejas, bautizando con este nombre a todo el territorio. Siguieron fundando misiones, siendo San Francisco de los Tejas, fundada en 1690, la primera misión católica de esta zona de Texas. No obstante, después de un breve periodo de convivencia, paulatinamente los indígenas fueron alejándose de los recién llegados, derivando finalmente en hostilidad. El recelo de los locales, aunado a malas temporadas de sequía y epidemias que azotaron la región causaron que los españoles nuevamente abandonaran tan sólo tres años después.

Para 1699, habiendo establecido asentamientos más firmes en Luisiana, los franceses estaban de nuevo a las puertas de Texas. Pero las relaciones entre los dos países se encontraban en mejores términos y esto hizo posible la colaboración entre colonias, activando el intercambio comercial y la ayuda en la construcción del territorio. Los franceses, extraordinarios exploradores y hábiles negociadores, que además de hablar español comandaban varias lenguas nativas, ayudaron a los españoles a establecer seis nuevas colonias en Texas.

Poco tiempo después y con el fin de conectar estas misiones del este de Texas con la misión de San Juan Bautista al sur del Río Bravo, se fundó en 1718 la misión de San Antonio de Valero —hoy conocida como El Alamo— a orillas del río San Antonio.⁽²⁾ Esta misión, junto con el presidio San Antonio de Béxar o Villa de Béxar pasó a ser el asentamiento español más importante de Texas y el origen de la actual ciudad de San Antonio, la ciudad más antigua del Estado y la segunda más grande. La importancia de este asentamiento se verá comprobada años más tarde cuando tejanos y mexicanos se disputen su control en el conflicto

² El Alamo es el lugar donde ocurrió la famosa batalla entre el ejército tejano independentista y las fuerzas de Antonio de Santa Ana, de México en 1836. A la fecha, la frase "recuerden El Alamo" es un grito de guerra para los americanos y es uno de los eventos que han marcado las relaciones entre anglo-tejanos y mexicanos.

independentista.⁽³⁾

Otras misiones y presidios siguieron, esta vez sin ayuda de los franceses, con los que España estaba nuevamente en guerra. Entre estas misiones figuran San José y San Miguel de Aguayo (año 1721), Nuestra Señora del Pilar (1721), Nuestra Señora del Espíritu Santo Zúñiga (1722) y Nuestra Señora de Loreto o La Bahía, más tarde nombrada Goliad (1722). Posteriormente, fundaron la colonia de Nuevo Santander (1749) justo al norte del Río Bravo, así como 23 nuevos asentamientos repartidos por todo el territorio, pero sobre todo en la zona sur de Texas, donde a la fecha los hispanos son mayoría, por ejemplo, Laredo, uno de los más importantes puertos de entrada a los Estados Unidos.

Los españoles siguieron fundando y creciendo sus colonias en Texas, sobre todo en la porción sur del Estado, pero las continuas hostilidades de las tribus Apache, Comanche y Wichita, de las más violentas y difíciles de controlar, no permitieron su expansión más al norte de San Jacinto. Si acaso, algunas colonias se asentaron en el territorio boscoso del noreste de Texas, cerca de Luisiana, y en territorio de los indios Caddo, más pacíficos y con quienes habían establecido tratos, pero éstas tampoco prosperaron. Esto se debió parcialmente a las políticas comerciales del gobierno de la Nueva España, quien prohibía el intercambio comercial con otras colonias que no fueran parte de la Nueva España, limitando su capacidad de crecimiento, en especial la de aquellas colonias que se encontraban más alejadas de las ciudades establecidas de la región, como Matamoros o Laredo.

Para 1772, en medio de la decadencia del imperio español y con recursos muy limitados, el Marqués de Rubí, en nombre del emperador Carlos III, después de una travesía por la zona que lo llevó del Golfo de California hasta Luisiana, decretó abandonar todas las misiones y presidios de Texas con excepción de San Antonio de Béxar y La Bahía. De tal manera, para el año de 1809, la población hispana en territorio de Texas sumaba apenas alrededor de 4,155 personas. Este dato demográfico es de especial relevancia, ya que, como se verá más adelante, la poca presencia hispana en la región durante el desarrollo de Houston define en parte su participación en la producción del espacio de esta ciudad.

Anglos, mexicanos y la mercantilización del territorio en la historia de Texas

La historia de Texas, tanto como república independiente que como parte de los Estados

³ Un dato poco conocido es que San Antonio ha sido la ciudad más disputada de Norteamérica. También fue ahí donde Francisco I. Madero preparó la Revolución Mexicana. Cf.: Ferhenbach, T.R. 2003. *The Seven Keys to Texas*. New York: e-reads.

Unidos de América, se encuentra directamente ligada al desarrollo del capitalismo moderno.⁽⁴⁾ Su origen estriba en los intereses comerciales y la especulación territorial de España, Francia, México, EE.UU., y el propio Texas, tanto en su breve periodo de nación independiente, como posteriormente, como miembro de la Unión Americana.⁽⁵⁾ Como comenta el sociólogo americano David Montejano, una de las autoridades en materia de la historia de Texas: “Para explicar el particular desarrollo de Texas y del suroeste [de los Estados Unidos] en general, uno debe comenzar por observar a los arquitectos principales de la región, el elemento orientado hacia la exportación y basado en el capital de la gente fronteriza, los mercaderes y los abogados inmobiliarios”.⁽⁶⁾

Generalmente, la corriente historiográfica principal tiende a minimizar la importancia de estos actores así como su influencia en la evolución histórica del Estado de Texas. No obstante, algunos cuantos historiadores han trazado las circunstancias en las que los miembros de la incipiente burguesía comercial angloamericana se vieron sumamente beneficiados. Las acciones e intrigas de dueños de esclavos, especuladores, ganaderos y agricultores, así como la inculcación de ciertas ideologías, como el supuesto “Destino Manifiesto”—que enmascara el voraz expansionismo estadounidense— y la superioridad de la raza blanca, se conjuntaron en este territorio para dar forma a uno de los Estados más grandes e influyentes de los Estados Unidos.

Los bordes mismos de Texas fueron trazados en respuesta a la lucha por dominar las regiones comercialmente estratégicas de la frontera como el Paso del Norte y la región intermedia entre Río Nueces y el Río Bravo. Antes de pasar a formar parte de la República de Estados Unidos de América, este Estado fronterizo era parte del territorio mexicano. No obstante, en 1835, a raíz de la derrota del ejército de Santa Ana en San Jacinto obtiene su soberanía e independencia, formando así la República de Texas.

De hecho, el control de la navegación del Río Bravo con el propósito de extender el comercio de Santa Fe en Chihuahua, donde nace el río, y así conectar Matamoros en la desembocadura del Golfo de México con el resto de los Estados Unidos y Europa, fue uno de los principales motivos de la invasión estadounidense a México de 1845. Aunque, oficialmente, la excusa

⁴ Cf.: Montejano, David. 1987. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*. Austin: University of Texas Press; Ferhenbach, T.R. 2003. *The Seven Keys to Texas*. New York: [e-reads] Book.

⁵ Cf.: Richardson, Rupert N., Adrian Anderson, Cary D. Wintz & Ernest Wallace. 2005. *Texas, The Lone Star State*. 9th ed. New Jersey: PrenticeHall.

⁶ Montejano, D. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas*, p. 15.

estadounidense para tal acto fue un supuesto episodio en el cual México había “derramado sangre americana en suelo americano” durante un altercado ocurrido entre los ejércitos de ambos países en una franja de territorio disputado entre el Río Nueces y el Bravo conocida como la “zona de nadie”.

Con la victoria estadounidense en 1848, México se vio forzado a aceptar oficialmente el curso del Río Bravo como la frontera divisoria entre los dos países; a ceder las provincias de Nuevo México y Alta California por un precio de 15 millones de dólares, y a aceptar la transformación de las relaciones político-económicas con su vecino del norte, con ulteriores consecuencias negativas para el primero.⁽⁷⁾ Como explica Montejano: “La Guerra México-Estados Unidos aseguró el dominio del mercantilismo americano en el territorio anexado, así como lo que permaneció de México”.⁽⁸⁾

A nivel regional, el propósito de la primera colonia angloamericana en Texas —fundada por Moses y Stephen F. Austin— corresponde a estos mismos motivos, buscando establecer un asentamiento que conectara el importante comercio de Santa Fe con el Atlántico. Era tal el deseo por controlar esta zona comercial que, una vez independizado, llevó a Texas al borde de un conflicto armado con Nuevo México, que ya formaba parte de los Estados Unidos, cuando Texas se apoderó de una extensión importante de territorio que le correspondía a Nuevo México. El altercado fue apenas evitado por la intervención del Congreso americano quien compensó a Texas con 10 millones de dólares, a cambio que regresara un territorio que nunca le había pertenecido.(Fig. 1)

⁷ Cf.: Zinn, Howard. 2005. *A People's History of the United States: 1492-Present*. New York: Harper Perennial, pp. 149-169.

⁸ Montejano, D. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas*, p. 16.

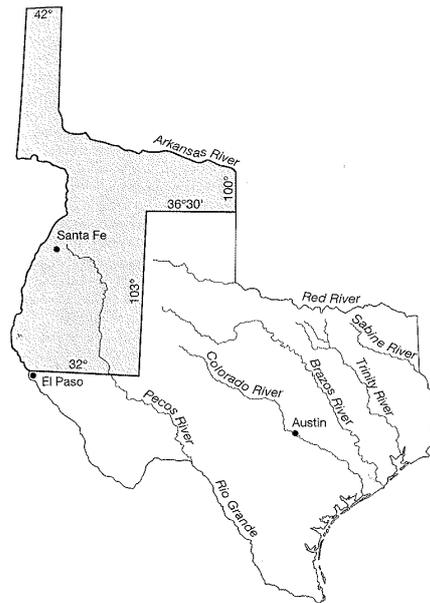


Fig. 1.- Mapa de Texas 1836

En gris, territorio de Nuevo México, Kansas, Oklahoma y Colorado anexo ilegalmente por Texas y luego vendido a los EE.UU.

Fuente: Richardson, Rupert N., *et al.*, *Texas, the Lone Star State*.

En resumen, más allá de las explicaciones románticas nacionalistas popularmente difundidas entre la población y en los libros de historia, la creación del Estado de Texas se debe a las motivaciones económicas de varios grupos sociales disputándose este territorio. Las palabras del coronel Thomas Jefferson Green, escritas en su diario durante su marcha como prisionero de guerra por Texas en 1842 demuestran el trasfondo de los motivos detrás del conflicto entre México y EE.UU., e ilustran a la perfección la ambición expansionista, el espíritu capitalista y los sentimientos de superioridad racial y cultural que caracterizaban a los angloamericanos de la época:

El Río Bravo, desde su desembocadura hasta su nacimiento [...] es capaz de mantener una población de varios millones, con una variedad de productos que ningún río sobre el continente norte puede presumir. Este río, una vez asentado con la iniciativa e inteligencia de la raza inglesa, mandará anualmente una exportación tal que requerirá de millones de barcos de vapor para transportarla a su delta, mientras que sus pieles, lana y metales podrán ser incrementados a un estimado que hoy pudiera parecer quimérico.⁽⁹⁾

Empresarios angloamericanos

Hasta unos años antes de la independencia de México en 1821, la inmigración de anglos al

⁹ Citado por Florence J. Scott. 1935. "Spanish Land Grants in the Lower Rio Grande Valley", tesis de maestría, Universidad de Texas, p. 116, en Montejano, D. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas*, p. 18.

territorio de la Nueva España estaba prohibida.⁽¹⁰⁾ A pesar de esto, varios se establecieron en asentamientos en una indefinida zona fronteriza entre Luisiana y Texas, lejos del control de gobierno mexicano.

En 1820, las Cortes españolas decidieron abrir la inmigración a este territorio a quienes juramentaran respetar y defender la constitución y la monarquía españolas. Una vez que se hubo independizado México de España, esta política no se transformó drásticamente, pero el nuevo gobierno mexicano mantuvo una política bastante liberal respecto a quién podía inmigrar y habitar en Texas. Por tal motivo, muchos anglos solicitaron títulos de propiedad en la región.

Uno de los primeros anglos en establecerse en este territorio fue Moses Austin, padre de Stephen Austin, figura central en la revolución de Texas. Moses estableció junto con su hijo 300 familias angloamericanas en la fértil ribera entre los ríos Brazos, Colorado y Bernard. Moses Austin tenía el papel de *empresario*, una figura que actuaba como especie de agente inmobiliario. Los *empresarios* se encargaban de solicitar permiso al gobierno mexicano para traer colonos —podían ser nacionales o extranjeros, pero los *empresarios* se promocionaban sobre todo en las colonias norteamericanas—, construir un asentamiento habitable y dividir la tierra otorgada entre las familias que lo acompañaban.

A través del trabajo de los *empresarios* y por cuenta propia, de 1820 a 1830, miles de angloamericanos se asentaron en Texas, muchos de ellos trayendo consigo a sus esclavos negros, aún cuando la esclavitud fuera ampliamente rechazada —aunque no legalmente prohibida— en México.⁽¹¹⁾ Entre 1821 y 1824, no sin sus dificultades causadas por el usualmente inhóspito medio ambiente de Texas, entre sequías y ataques indios, la colonia de Austin fue poblándose paulatinamente hasta formar lo que se conoce como “Los Antiguos Trescientos”, los primeros habitantes angloamericanos en establecerse oficialmente en Texas.⁽¹²⁾

En 1824, bajo el gobierno federalista mexicano, el Congreso redactó la Constitución de 1824, en la cuál participó activamente como miembro del Congreso el tejano Erasmo Seguín, alcal-

¹⁰ “Anglo” o “anglosajón” se usan como términos intercambiables para denominar a la población de raza blanca de origen germano proveniente principalmente de Inglaterra que colonizó el territorio de los Estados Unidos a partir de 1620. Aunque posteriormente individuos de otras nacionalidades y etnias europeas emigraron a esta región (e.g., italianos, rusos, alemanes, húngaros, etcétera) la tendencia es a agrupar bajo este epíteto a todo aquel perteneciente a la raza blanca en este país. Este investigación asume la misma postura. Cf.: Ferhenbach, T.R. *The Seven Keys to Texas*.

¹¹ De acuerdo a Ferhenbach, la mitad de los pobladores blancos eran pequeños agricultores que despreciaban la esclavitud y a los esclavos, la otra mitad eran hacendados con miles de esclavos que buscaban expandir la zona de producción algodonera del sur de los EE.UU. Cf.: Ferhenbach, T.R. *The Seven Keys*, p.4.

¹² Richardson, Rupert N. et al. *Texas, The Lone Star State*, p. 57.

de de San Antonio Béxar y padre de Juan Seguín, también alcalde de San Antonio y figura importante en la independencia de Texas. Como parte de las provisiones constitucionales, el Congreso dispuso que Texas pasara a formar parte del Estado de Coahuila, convirtiéndose en el Departamento de Texas. A su vez, una nueva ley de colonización surtió efecto.

Bajo estas nuevas medidas de colonización la figura del *empresario* adquirió gran importancia. Cada *empresario* hacía una solicitud al gobierno mexicano para establecer una colonia en Texas. Bajo este contrato, tenía a su cargo promover la colonia entre posibles inmigrantes, establecer asentamientos productivos de al menos 100 familias en un lapso de seis años, administrar y salvaguardar la colonia y procurar el cumplimiento de las leyes mexicanas dentro de la misma. En recompensa, cada empresario recibía cinco sitios (9,000 hectáreas) de pastizales y cinco labores (358.4 hectáreas) de tierras de cultivo por cada 100 familias establecidas, pudiendo cobrar por un máximo de 800 familias.⁽¹³⁾

Pronto casi la totalidad del territorio de Texas fue dividido entre unos cuantos *empresarios*, la gran mayoría anglosajones. De origen mexicano solamente Martín de León y Lorenzo de Zavala se contaban entre éstos. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Lorenzo de Zavala vendiera su contrato a la empresa inmobiliaria neoyorquina Galveston Bay and Texas Land Company, dejando a Martín de León como único *empresario* mexicano.(Fig. 2) Algunos *empresarios* fueron más exitosos que otros, como Stephen Austin, llegando a cobrar la máxima de 800 familias y estableciendo nuevos contratos más de una vez. Pero, la consecuencia última de la exitosa labor de los *empresarios* fue la expansiva oleada de inmigrantes anglos que poblaron el territorio México-tejano.

¹³ *Op. Cit.*, p. 60.

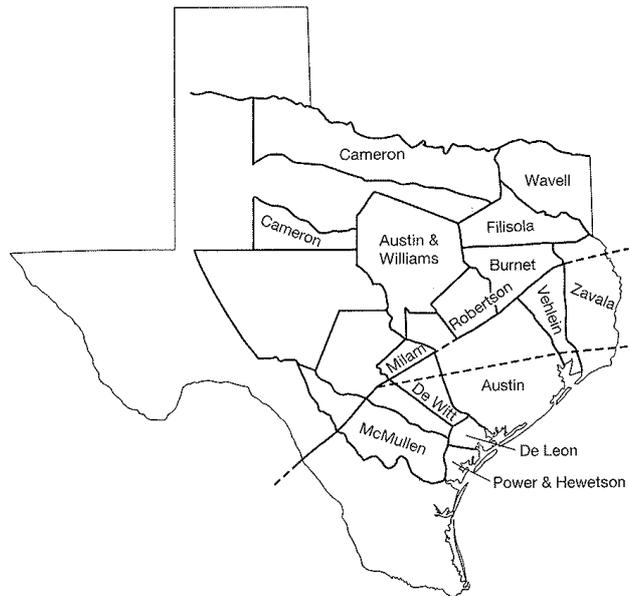


Fig. 2.- Mapa de territorio cedido a empresarios para su colonización.
Fuente: Richardson, Rupert N., *et al.*, *Texas, the Lone Star State*.

En pocos años los habitantes anglo-tejanos superaban diez a uno a la población hispana y aunque en papel hubieran desechado su ciudadanía estadounidense como requisito para establecerse en México, en realidad nunca adoptaron la cultura local. Los anglos establecieron escuelas en inglés, continuaron observando la religión Protestante (otro de los requisitos era convertirse al catolicismo) y mantuvieron su habitual distanciamiento con la autoridad y otras instituciones sociales mexicanas.⁽¹⁴⁾ Consecuentemente, en 1828 el Gral. Manuel Mier y Terán, después de una inspección al territorio tejano recomendó revisar la política migratoria ya que la población anglo superaba con creces a la mexicana, gozaban de mayor bienestar económico, poseían esclavos y mostraban un desprecio al lenguaje y las leyes del país. Su conclusión fue que México debía actuar pronto al respecto o considerar a Texas como “perdido para siempre”.⁽¹⁵⁾

Dos años después entró en vigor la Ley del 6 de Abril de 1830, que prohibía el asentamiento de ciudadanos de países adyacentes al territorio mexicano y suspendía todos los contratos de propiedad no llevados a término. A su vez, se hicieron varios esfuerzos por atraer a colonos europeos y esclavos libres, pero sin mucho éxito, en parte debido a la fuerte oposición de los hacendados esclavistas ya establecidos en Texas. Prácticamente la medida de ley fue ignora-

¹⁴ Ferhenbach, T.R. *The Seven Keys*, pp. 30-31.

¹⁵ En Richardson, Rupert N. *et al.* *Texas, The Lone Star State*, p. 62.

da por completo por los angloamericanos, quienes seguían llegando en masa a la región.

Algunos *empresarios*, entre ellos Stephen Austin, beneficiados por la relación con México y de alguna forma más comprometidos con la integridad nacional trataron de poner algún semblante de orden y paz entre gobierno y colonos. No obstante, el gobierno duramente centralista y autoritario de López de Santa Ana, que comenzó a cobrar los impuestos y hacer cumplir estrictamente las leyes que anteriormente se habían pasado por alto, exacerbó las tensiones. Finalmente, la situación culminó en la Guerra de Independencia de Texas del 2 de octubre de 1835 al 21 de abril de 1836.

A partir de ese momento, más que ningún otro grupo sociocultural, anglos y mexicanos figuran como los actores principales en la fundación y desarrollo de Texas, si bien no en iguales circunstancias. En un censo realizado en 1834 por militares mexicanos, la población de Texas, calculada entre 21,000 a 30,000 habitantes, se componía aproximadamente de 15,000 anglos, 4,000 mexicanos y 2,000 esclavos. Durante la década de 1820-30 el crecimiento regional se debió prácticamente al asentamiento de los inmigrantes estadounidenses, la mayoría de ellos granjeros provenientes de los estados del sur de Estados Unidos, sobre todo, Luisiana, Alabama, Arkansas, Tennessee, y Misuri, en ese orden. Dichos inmigrantes llegaban con una cultura tan arraigada como cualquier otro grupo social, lo que algunas veces provocaba conflictos con los mexicanos, pero en general eran honestos y trabajadores.

Es preciso señalar un punto importante de este éxodo masivo de los estadounidenses al territorio mexicano. La razón principal de esta expansiva colonización fue la disponibilidad en Texas de tierras asequibles, algo cada vez menos común en los Estados del este de Norteamérica. En la costa este, los monopolizadores ya habían acaparado y controlado el mercado de la propiedad territorial y no se podía comprar menos de 80 acres (32.3 hectáreas) a un precio de \$1.25 por acre y cuyo pago era estrictamente en efectivo. En cambio en Texas, un *sitio* (1800 hectáreas) costaba alrededor de 150 dólares, pagables a largo plazo y después de un periodo inicial de varios años de gracia.⁽¹⁶⁾

A pesar de esto, los lazos socioculturales entre los anglo-tejanos y su país de origen no se rompieron de ninguna manera. Sin duda, estos lazos eran más fuertes que los que los unían a su país adoptivo, México.

¹⁶ *Op. Cit.*, p. 67.

La independencia de Texas

Son muchas las razones de la separación de Texas del Estado mexicano. Entre ellas figura especialmente el interés de los Estados Unidos por ese territorio (en dos ocasiones había intentado comprarlo a México). Sin lugar a dudas, Estados Unidos fue el gran beneficiado de la independencia y subsiguiente anexión de Texas a su territorio. Pero, también se ha especulado acerca de los intereses de la sociedad esclavista de la región, quienes veían amenazado su modo de vida por las cada vez más severas leyes mexicanas en esta cuestión. Los Estados americanos del sur, fundamentados en la mano de obra de los esclavos, veían muy provechoso el anexar Texas al resto de su dominio.⁽¹⁷⁾

Igualmente, las diferencias culturales y prejuicios —aunque no tan extendidos antes de la independencia— añadieron combustible al impulso separatista. Sobre todo, la diferencia de cultura política entre anglos y mexicanos, siendo los primeros por costumbre recelosos del gobierno y de cualquier medida oficial que interfiera con su afán de auto-dependencia; mientras que México pasaba por una serie de tumultos políticos, insurgencias y pugnas por el control del país durante el periodo de la independencia de España y la incipiente constitución del Estado mexicano.⁽¹⁸⁾

Las clases sociales y la explotación territorial

Todas las anteriores son razones válidas para explicar la separación de Texas de México, así como algunas diferencias culturales entre anglos y mexicanos de la región. No obstante, a pesar de que frecuentemente se presentan las disputas territoriales en la frontera entre estos dos países como disputas entre bandos definidos de acuerdo a raza y nacionalidad, en realidad, se trata de un conflicto más complejo, donde se mezclan raza e identidad cultural, pero también, tensiones entre clases sociales.

Un ejemplo claro de esto es el caso de Lorenzo de Zavala, prominente empresario y figura política del federalismo mexicano, así como en la guerra de independencia tejana. Zavala, originario de Yucatán y cuya fortuna se extendía por todo el país, era miembro de la elite latifundista mexicana compuesta por un puñado de individuos que poseían y gobernaban la vasta extensión del territorio norte del país (desde la Alta California hasta Texas).

Después de exiliarse en los Estados Unidos, en donde negoció la venta de miles de hectáreas

¹⁷ *Op. Cit.*, pp. 86-88.

¹⁸ *Ibid.*

que poseía en el este de Texas a una compañía neoyorquina, escribió una crónica sobre su viaje —precediendo al famoso libro de Tocqueville— en donde alababa la cultura americana y criticaba la mexicana, admirando el espíritu mercantilista de la primera y censurando lo reaccionario de la segunda.

Unos años más tarde, asentado en Texas y fuertemente opuesto a la dictadura de Santa Ana, participó activamente en la liberación de Texas de manos del gobierno centralista mexicano. Una vez ganada la independencia de Texas, Zavala fue designado como vicepresidente del primer gobierno tejano, puesto que ejerció brevemente ya que murió de pulmonía poco tiempo después.⁽¹⁹⁾

Además de Zavala, otros miembros de la burguesía mexicana en Texas conscientes de que la forma en que las circunstancias cambiarían para ellos una vez que Texas ganara su independencia, pero que no deseaban ver disminuida su capacidad político-económica en la región, forjaron convenientes uniones con aquellos aventureros estadounidenses recién llegados que se lanzaban a la “conquista del oeste” pero que no poseían los medios económicos para establecerse. Antes de ellos, especuladores y abogados inmobiliarios ya se habían encargado de decomisar, parcelar y cotizar el territorio. De tal forma, se dieron lugar arreglos matrimoniales entre mexicanos pudientes y comerciantes anglosajones que permitían a los primeros disfrutar de la continuidad del arreglo social existente y a los segundos comprar un terreno arable y financiar sus operaciones productivas y comerciales. Este intercambio ayudó a conformar una “estructura de paz” en la región; circunstancia necesaria para el adecuado funcionamiento del mercado comercial.⁽²⁰⁾

Conforme las condiciones sociales fueron asentándose gracias a esta estructura de paz creada a partir de los arreglos entre las clases dominantes de ambas partes y la subordinación de los mexicanos menos privilegiados, las actividades comerciales de exportación de productos y explotación de los productos de la tierra surgieron de manera predominante. Estas nuevas actividades mercantiles terminaron la tarea de desposeer a aquellos mexicanos que aún se aferraban a sus tierras. Muestra de esto es la creación del pueblo de Brownsville, al otro lado de la frontera con Matamoros, el paso más importante de productos entre la región norte de México y Estados Unidos. Este nuevo asentamiento fue ideado por Charles Stillman, oficial

¹⁹ Cf.: Richardson, R. *et al.* *Texas, The Lone Star State*; ver también.: *The Handbook of Texas Online*. s.v. “Zavala, Lorenzo De”. En línea, URL: <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/ZZ/fza5.html> (consultado 10/06/2010).

²⁰ Montejano, D. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas*, p. 34.

del ejército estadounidense quien, al terminar la guerra, organizó una compañía inmobiliaria con el fin de dividir y comercializar el territorio de lo que anteriormente habían sido tierras ejidales de Matamoros y que pasara a manos de EE.UU. después de la capitulación de México.(21)

Por último, hay que señalar la actuación de los abogados inmobiliarios, cuyas acciones fueron primordiales en la privatización y comercialización del espacio físico de Texas. Estos le-gistas profesionales trabajaban tanto para los nuevos colonizadores como para los latifundis-tas mexicanos, por ejemplo, legalizando sus títulos de propiedad emitidos por el Estado me-xicano. La influencia política y vasta fortuna en cobros y tierras que los abogados inmobilia-rios terminaron poseyendo los convirtieron en una potencia de desarrollo de la región, tanto en el campo como en los incipientes centros urbanos, incluido Houston.(22)

Ideología anglosajona en Texas

El historiador T.R. Ferhenbach —una de las autoridades en la historia de Texas— ha señalado enfáticamente el papel de la ideología en el desarrollo histórico de Texas. De acuerdo con Ferhenbach, Texas es el resultado de la combinación del *ethos* de la vieja Europa —en particu-lar de las Islas Británicas— con la experiencia fronteriza del Oeste Americano, que llevó a los primeros tejanos a atravesar las montañas Apalaches y la larga extensión del Misisipí. Esta travesía y las extremas condiciones de la vida en la frontera, aunado al bagaje sociocultural que los inmigrantes anglos traían consigo, conformaron el *mythos* que caracteriza a los teja-nos aún en la actualidad y que sobrepasa divisiones de clase, ocupación y región de origen, formando básicamente “una sola cultura y una consciencia”.(23)

Ferhenbach afirma que debido a que la mayoría del crecimiento en Texas se debió a naci-mientos locales de anglos o a la inmigración de personas de origen europeo (e.g., Alemania, Suiza, Polonia, etcétera) que se integraron a la cultura anglo-tejana, este *ethos* que caracteriza a los tejanos permaneció prácticamente inalterado por más de un siglo, al menos hasta 1970. Los “verdaderos tejanos”, comenta, “descienden por sangre o por tradición de esa vasta pe-grinación trans-apalaches que resultó en arrebatar Norteamérica de la Naturaleza indómi-ta, los indios y los mexicanos”.(24) No obstante, a partir de la década de 1970, la inmigración

²¹ *Op. Cit.*, pp. 41-43.

²² *Op. Cit.*, pp. 43-47.

²³ Ferhenbach, T.R. *Seven Keys*, p. 2.

²⁴ *Op. Cit.*, p.3.

de otros países no europeos, como China, Vietnam, Filipinas y, por supuesto, México y otros países latinoamericanos, como El Salvador, Venezuela, además de algunos países del Caribe, tomaron mayor precedencia en el crecimiento de la población de Texas.(25)

Los primeros tejanos, descendientes de clanes y familias europeas, sobre todo escocesas e irlandesas, aversas a la organización social del viejo continente, “buscaban tierra y oportunidad, sin duda —pero también estaban conscientemente huyendo de algo: la visión del mundo en la cual la comunidad o el Estado trascienden a la familia personal y su bienestar individual”.(26) Consecuentemente, Ferhenbach estima que si bien los tejanos no son únicos entre la población estadounidense en practicar el *privatismo*—esta es una característica heredada de la antigua cultura—, sí son entre los más reacios a la organización comunitaria.(27)

De acuerdo con Ferhenbach, la cultura anglosajona de los primeros inmigrantes arribó con tanto ímpetu y potencia que provocó el paulatino rechazo y miedo de la población hispanomexicana en Texas. Para el historiador, esta cultura era tan dominante que “si [los anglos] hubieran sido incorporados exitosamente, habrían cambiado el curso de la sociedad mexicana”.(28) Una cultura que además, afirma, sobrepasaba las distancias clasistas o los vínculos afectivos con la tierra. Ricos y pobres mantenían una misma ideología. Comenta:

Ambos eran atomistas, Protestantes puritanos de estilo sureño, ferozmente auto-motivados y auto-suficientes, orgullosos e intolerantes, fuertes trabajadores y ambiciosos. Ambos tenían una pasión por la tierra; ambos la arruinaron por sus propios intereses (siempre había más); ambos eran impacientes con el gobierno (que inevitablemente los siguió) excepto en lo que les servía a sus deseos e intereses; ambos tenían una profunda sospecha de la organización social más allá de la familia y de las antiguas tradiciones regionales de las gentes angloparlantes.(29)

No obstante, Ferhenbach parece olvidarse de los miles de esclavos llevados a la fuerza a Texas y que fueron el motor que sostuvo el “Reino Algodonero” de principios del siglo XIX, una empresa que mantuvo a los ricos hacendados blancos que llegaron a la región y que al mismo tiempo perjudicaba a los pequeños agricultores independientes (también blancos)

²⁵ *Op. Cit.*, p. 8.

²⁶ *Op. Cit.*, p. 3.

²⁷ Los sociólogos Mark Gottdiener y Ray Hutchison han señalado que la falta de autonomía política y administrativa de las colonias inglesas en Norteamérica son la causa del desarrollo de un ambiente socio-económico de tipo “laissez-faire” que evolucionó en una cultura de privatismo que “se refiere a la cultura cívica que aparta los intereses sociales en favor de la búsqueda privada de metas individuales” (Gottdiener, M. & Hutchison, R., *The new urban Sociology*, p. 89).

²⁸ Ferhenbach, T.R. *Seven Keys*, p. 6. El historiador, de origen anglo-tejano en algunas ocasiones parece minimizar la importancia de los hispanos en Texas, aduciendo a su reducido número, y de obviar la naturaleza belicosa y destructiva de los angloamericanos, así como sus contados prejuicios raciales, que tantas veces han causado el temor y rechazo del mundo.

²⁹ Ferhenbach, T.R. *Seven Keys*, p. 5.

que se valían de su propio trabajo para subsistir. Esta omisión es significativa ya que al suprimir los conflictos socioeconómicos provocados por la utilización de esclavos en perjuicio de los pequeños agricultores; desliga estos hechos de la explicación causal de los prejuicios raciales que la población blanca de clase baja manifiesta hacia los afroamericanos e hispanos, concediéndoles un origen casi natural, una parte “innata” de la cultura anglosajona.

La tierra

Otra importante característica que define a la ideología anglo-tejana es su relación con la tierra. Por una parte, la inmensidad del paisaje de Texas, además de facilitar las condiciones de aislamiento social e independencia personal tan buscadas por los anglos, también dejó una fuerte impresión en la psique de esta gente, tanto por su extensión como por su tosquedad. La obstinación de los anglos por conquistar el territorio a cualquier precio llevó a la ruina a muchos de ellos, y aquellos que progresaron terminaron arruinando la tierra. “La conquista agraria de Texas”, comenta Ferhenbach, “destruyó mucho de éste, en una batalla en la que el resultado es aún incierto”.(30)

Ferhenbach también recalca la diferencia de la relación entre los anglos y la tierra con la de otras culturas locales. Los anglos, a diferencia de los mexicanos y los nativos americanos de la región, no sentían ningún lazo afectivo con la Naturaleza. Desde el punto de vista anglosajón, la tierra era solamente un medio para ser explotado, al servicio del hombre. De tal forma, los que llegaron a Texas con este bagaje hicieron tal cual. “Los tejanos no hicieron este daño intencionalmente, aunque procedieron con éste a voluntad”, comenta el historiador:

Eran ignorantes de la tierra y sus imperativos; trataron de adecuarla a ellos en vez de adecuarse a ella. El anglo no podía hacer de otra manera: estaba atrapado tan firmemente como los Comanches en los imperativos de su cultura, la cuál demandaba que la tierra se pusiera en uso, que la tierra y el agua se demarcara en reservas privadas y que su uso fuera para el beneficio privado.(31)

La combinación del agreste territorio y el implacable capitalismo angloamericano destruyó a miles de personas; anglos, mexicanos e indios americanos por igual. Pero mientras que “la sequía y la devaluación de los precios de las materias primas; los bancos y los abogados; la pobreza y las requisiciones hipotecarias, rompieron más corazones tejanos y llenaron más cementerios en las planicies que todas las guerras”,(32) las ideologías del progreso, de las bondades del crecimiento, del obstinado pragmatismo y de la determinación del éxito o el

³⁰ *Op. Cit.*, p. 29.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*

fracaso de acuerdo a las habilidades personales del individuo se consolidaban. De la misma forma, la explotación de la tierra como algo necesario e inevitable se convirtió en el “Destino Manifiesto” de los angloamericanos.(33)

Años más tarde, estos mismos sentimientos acompañarán a los habitantes del Texas rural en su migración a las ciudades emergentes de mediados del siglo diecinueve y principios del veinte. Reemplazados por la nueva maquinaria agrícola del campo industrializado y desposeídos de sus tierras, llevarán sus prejuicios y preferencias a los centros urbanos, moldeando el contexto socio-espacial de las ciudades tejanas.

La revolución urbana en Texas

El desarrollo de la “Ciudad del Libre Comercio”

Desde su formación en la época colonial británica en el siglo XVII, los asentamientos urbanos de Norteamérica fueron fundados sobre los principios del capitalismo europeo y del tradicionalismo puritano del Protestantismo anglosajón. Houston, aunque comparándose con los primeros asentamientos urbanos de la Costa Este se trate de una ciudad “joven”, en términos generales puede decirse que ha seguido la misma línea histórica de desarrollo que el resto de las ciudades norteamericanas.

Fundada en 1836, poco más de dos siglos después del famoso desembarco de los puritanos ingleses en Plymouth (1620), la ciudad de Houston tiene su inicio en una empresa de John Kirby Allen y Augustus Chapman Allen. Provenientes de Nueva York, los hermanos Allen convencieron al gobierno de los Estados Unidos de la viabilidad de formar un asentamiento más allá del Misisipí, que sirviera de puerto comercial para la recién formada y expansiva República de Texas. Así, aprovechando las favorables condiciones a la migración anglosajona del nuevo gobierno tejano y financiados con capital federal, compraron 26.88 kilómetros cuadrados de territorio a lo largo del serpenteante Río Búfalo.(34) (Fig. 3)

³³ *Ibid.*; *op. cit.*, pp. 32-38.

³⁴ El Río Nueces y el Río Bravo, ambos al sur del Río Búfalo ya eran extensamente usados mercantilmente, no obstante servían principalmente a los asentamientos fronterizos del sur de Texas, recorriendo de oeste a este el territorio tejano. En cambio, el Río Búfalo bañaba la planicie central y la zona este del Estado, lugares donde se ubicaban los nuevos asentamientos de los colonizadores anglosajones.



Fig. 3.- Ubicación de Houston, Texas.

Fuente: Autor.

Los hermanos Allen, veteranos estafadores inmobiliarios, habían operado por seis años en el área de las extensas praderas de Texas —donde la agresiva y pujante compraventa del territorio era algo de orden común— antes de su *opus magnum* houstoniana. Para este proyecto, promovieron su nueva “ciudad de papel” por todo el país, atrayendo a incautos a la pantanosa región, incómodamente húmeda e infestada de mosquitos, mediante la falsa descripción de ser “el lugar más sano de Texas”, además de poseer una atractiva topografía, abundante agua y céntrica localización.(35)

La estratagema de los Allen dio resultado. Y, de esa forma, continuando la febril expansión territorial del Oeste Americano, Houston fue paulatinamente poblado, principalmente por familias que provenían de la región sureña del país, particularmente de Alabama y el estado vecino, Luisiana. A partir de 1800, el crecimiento urbano en todo Estados Unidos se hace más aparente, consolidando ciudades como centros mercantiles, puntos de recolección de los productos agrícolas y materias primas producidos en el campo; así como centros de distribución de productos manufacturados. El desarrollo en Houston siguió igualmente este camino y, con el tiempo, se convirtió en un importante centro mercantil de la región.(36)

³⁵ Buchanan, James E. (ed.). 1975. *Houston: A Chronological and Documentary History: 1519-1970*. New York: Oceana, p. 69, en Thomas, Robert D. & Richard W. Murray. 1991. *Progrowth Politics: Change and Governance in Houston*. Berkeley: IGS Press, University of California, p. 28n.

³⁶ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, p. 37.

Época mercantil de Houston (1836-1901)

Varios son los factores coyunturales y estructurales que se vieron implicados en la extraordinaria expansión de ciudades del suroeste norteamericano como Houston. Entre ellos, destacan la “fiebre de tierra”, que atrajo a miles de inmigrantes a todo Texas; el surgimiento de las ciudades mercantiles a principios del siglo XIX y la paulatina industrialización del campo a finales del mismo siglo que obligó a miles de campesinos arruinados a emigrar a los nuevos centros urbanos.⁽³⁷⁾ Y, más tarde, la agresiva explotación comercial del territorio como bien inmobiliario.

La primera ola de crecimiento urbano en los Estados Unidos tuvo lugar alrededor de 1800, a partir del surgimiento de las ciudades mercantiles. Estas ciudades, establecidas a lo largo de los ríos navegables del territorio (e.g., el Río Misisipí) conectaban al campo con el mercado y proveían de productos manufacturados. La vida se centraba en el puerto, los muelles, almacenes, la aduana y tesorería.⁽³⁸⁾

En esa época, Nuevo Orleans era el puerto número uno del oeste de los Estados Unidos. No obstante, con la expansión territorial hacia el Pacífico, un nuevo puerto más cercano a estas nuevas colonias era necesario. Galveston, en la costa tejana del Golfo de México, fundado en 1816 como presidio y consolidado como puerto mercantil en 1825, estaba ubicado en esta pujante región y en poco tiempo se convirtió en el principal puerto de EE.UU.

Inicialmente, la posición estratégica de la ciudad de Galveston en el delta del río relegaba a Houston a un papel secundario en el ciclo comercial del algodón limitando su crecimiento. Además, Galveston era más antigua y estaba mejor establecida, contando con un importante puerto mercantil y una población mayor a la de Houston. Añadido a esto, el lecho del Río Búfalo que conectaba Houston con el Golfo era muy poco profundo para permitir el acceso de grandes embarcaciones hasta el lugar, por lo que la transportación de las pacas de algodón tenía que pasar a manos de la ciudad de Galveston antes de poder ser embarcada por mar a su destino final. No obstante, unos años más tarde Houston competiría con Galveston por la posición de primer puerto de la región, desarrollando paulatinamente las condiciones que lo permitieran.

Primeramente, en 1839, se encargó de despejar de ramas y raíces el Río Búfalo, de manera

³⁷ Cf.: Montejano, D. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas*, pp. 106-129.

³⁸ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, p. 37.

que la navegación de pequeñas embarcaciones río arriba hasta su puerto fuera posible. Al poco tiempo se construyeron varias líneas de ferrocarril y modernas instalaciones portuarias. Aprovechando su cercanía a las tierras agrícolas de la región (a Galveston lo separaban varios kilómetros de pantanos y ríos del resto del Estado), utilizaron esta nueva oferta de infraestructura para atraer el comercio de estos agricultores. Y, por último, procuraron establecer una buena relación comercial con Galveston mientras la necesitaban.⁽³⁹⁾

La cercanía a las granjas algodoneras de las porciones este y centro de Texas y los bosques de coníferas del sureste de Texas ayudó a que Houston se convirtiera en un importante exportador de productos a nivel nacional y el más importante traficante de algodón de los Estados Unidos y Europa. En la década de 1850, exportaba 115,000 pacas de algodón al año, mismo que era vendido a Inglaterra. Unos años más tarde —después de un hiato causado por la Guerra Civil que redujo la exportación de algodón— para la década de 1890, Houston circulaba millones de pacas, tanto por mar como por tierra, gracias a la nueva infraestructura ferroviaria que unió a la ciudad con el resto del país. Hacia principios del siglo XX, Houston ya alojaba la casa mercantil algodonera más importante del mundo y comerciaba en millones de pacas al año, distribuyéndolas a toda Europa y Asia. En 1930 se convirtió en el puerto más importante de todo el continente americano para la exportación de algodón y, en general, el puerto más importante del sur de los EE.UU.⁽⁴⁰⁾

Desarrollo mercantil y política

A pesar de que, como se comentó anteriormente, la ideología profesada y extendida en Texas era ferozmente anti-gobierno, despreciando la intervención de éste en la vida y asuntos privados de las personas, incluyendo la manera en que efectuaban sus actividades comerciales, la realidad del desarrollo mercantil de la región expone un panorama muy distinto. De hecho, uno de los factores más importantes para el desarrollo de Houston fue el efectivo cabildeo de la elite comercial en el Congreso y la Casa Blanca. La intervención del Estado, tanto a nivel federal como regional fue crucial para el desarrollo económico de Houston, beneficiando enormemente a la elite comercial local, al tiempo que ésta vituperaba la intervención del gobierno en materia de recaudación de impuestos o la provisión de educación y salud públicas.

³⁹ *Op. Cit.*, p. 39

⁴⁰ Feagin, Joe. *Free Enterprise City*, pp. 48, 49, 60. Ni si quiera el hiato en la comercialización del algodón durante la Guerra Civil significó pérdidas para Houston. Simplemente, tuvo una transición hacia otros productos destinados al ejército Confederado, como alimentos, equipo y uniformes. De hecho, la guerra posicionó mejor a Houston, debido a que otras ciudades mercantiles del sur de los EE.UU. quedaron devastadas por el conflicto, pero dejó a Houston intacto.

Gracias a la intervención del Estado, fueron haciéndose de fondos públicos para financiar las mejoras del Río Búfalo en 1853, necesarias para su navegación, así como el posterior dragado del canal para permitir el acceso a barcos de mayor tonelaje en 1857. Igualmente, su intervención facilitó el establecimiento del nodo ferroviario regional (aún cuando logísticamente Houston no fuera el lugar más favorable para esta operación); así como el financiamiento de la construcción de varias vías privadas (ca. 1856). En total, para 1860 Houston tenía 5 líneas de ferrocarril distintas y más de 563 kilómetros de vías, cifras impresionantes considerando el corto tiempo y el hecho de que Houston sólo contara con 5,000 habitantes.(41)

En 1869, el Congreso federal declaró a Houston como puerto de entrada internacional y autorizó un puesto de aduana comercial. También financió un nuevo estudio orográfico del canal y autorizó \$200,000 dólares para su mejoramiento. Unos años más tarde, en 1873, el ferrocarril de Houston se conectó con la red nacional. Y, en 15 años (1875-1890) aumentó de 2,655 a 13,657 kilómetros de vías y 17 líneas de ferrocarril.(42) Tantos trenes convergían en Houston y tan importante era su puerto que se le apodó “la parrilla urbana” (en inglés, “iron-ribbed city”) y el lugar “donde los diecisiete ferrocarriles se encuentran con el mar”.(43)

Desarrollo industrial en Houston (1901-1960s)

Thomas y Murray han señalado tres parteaguas importantes en la etapa de desarrollo industrial de Houston. El primero de ellos indica el comienzo de la era industrial local, en 1901, a raíz del descubrimiento de yacimientos petroleros en la región. Cuatro décadas más tarde, el desarrollo industrial impulsado por la participación de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y la consecuente inversión del Estado en la infraestructura petroquímica y redes de oleoductos, marca un segundo parteaguas en su evolución. Y, en tercer lugar, el embargo petrolero de 1973 a 1974 realizado por la coalición de países orientales miembros de la OPEP supone otra transformación en la industria houstoniana.

A pesar de que las acciones a finales del siglo XIX mejoraron la capacidad comercial de Houston, no colocaron *ipso facto* a la ciudad en la posición preeminente que ansiaban los empresarios locales. En primer lugar, las rivalidades con el puerto de Galveston se acrecentaron y la relación entre ciudades no era tan cordial como antes. Además, el propio desarrollo de

⁴¹ Thomas, R. D & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, p. 39.

⁴² *Op. Cit.*, p. 40.

⁴³ Feagin, J. *Free Enterprise City*, p. 182.

Galveston afectó negativamente a Houston, quitándole recursos, capital y mercado. Aunado a esto, Houston competía con otras ciudades regionales mejor colocadas comercialmente: al suroeste, San Antonio, que controlaba el mercado de la frontera; al noroeste, Dallas, un importante destino ferroviario; y al este, Nuevo Orleans.(44)

Además, Houston no gozaba del capital de inversión de las grandes ciudades del este, como Boston, Nueva York o Filadelfia. La inversión industrial en la zona suroeste de los Estados Unidos a principios del siglo veinte era una tercera parte de la de los centros urbanos del noreste. De hecho, gran parte de la inversión en las incipientes ciudades del suroeste era de capitalistas del noreste (de Nueva York, por ejemplo), quienes controlaban el ferrocarril, los embarcaderos y los aserraderos de la zona. Para colmo, se encontraba en una de las regiones más pobres del país, con tan sólo el 61% del ingreso per capita nacional, lo que no mejoraba sus perspectivas de inversión.(45)

El inicio de la industria en Houston no fue tan favorable como su desarrollo mercantil. La mayor consolidación de los centros urbanos mercantiles-industriales del Este los proveía de una mayor reserva de mano de obra calificada, más capital de inversión y mejor infraestructura de transporte. Además, su localización era más cercana a las materias primas industriales (hierro, carbón, etcétera), lo que hacía más difícil la competencia de Houston con éstos.(46)

Aunque Houston se perfilaba como un centro urbano regional importante, a diferencia de otros como Galveston, por ejemplo, que era el principal puerto y una de las ciudades más ricas de los Estados Unidos, no era competencia a nivel nacional. Una serie de sucesos históricos transformaron estas circunstancias, impulsando a Houston hacia un acelerado crecimiento y posicionándolo como la ciudad más importante de la región y uno de los puertos más importantes de Norteamérica; además de abrir su trayectoria a la producción industrializada.(47)

Primeramente, como ya se mencionó, en vista de la desventaja del puerto de la ciudad respecto a Galveston, en 1909 la elite mercantil de Houston, encabezados por el empresario y figura política Jesse Jones, puso en marcha su influencia política en Washington para conse-

⁴⁴ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 40-41.

⁴⁵ *Op. Cit.*, p. 41.

⁴⁶ *Op. Cit.*, p. 42.

⁴⁷ *Op. Cit.*, pp. 42-43.

guir el financiamiento federal necesario para el dragado del canal de navegación del Río Búfalo y para el mejoramiento de la infraestructura portuaria. La participación de influyentes empresarios de Houston en el gobierno federal fue decisiva, ya que la ciudad no tenía ni los medios ni el poder político para hacer un gasto de esa magnitud, no en Texas, donde la actitud generalizada hacia el gasto público era negativa.(48) De esta manera, se efectuaron los trabajos para el acceso de grandes naves directamente a la orilla de la ciudad.

En segundo lugar, el descubrimiento de los primeros pozos petroleros de Texas en 1901, en Spindletop y en otros yacimientos en la región noreste del Estado a unos cuantos kilómetros de Houston, abrió las puertas del desarrollo industrial en Houston. Este descubrimiento, que coincidió con la transición del carbón al petróleo como combustible, impulsó el establecimiento de refinerías, petroquímicas y fábricas de herramientas para la exploración, cavado y extracción del preciado crudo; creando enormes fortunas para unos cuantos inversionistas.(49)

Además, una catástrofe natural ayudó a Houston a tomar la posición número uno como puerto mercantil. El 8 de septiembre de 1900, un huracán tocó tierra en la bahía de Galveston, provocando grandes marejadas que superaron el rompeolas, devastando la ciudad en pocas horas. La magnitud de la tormenta y la falta de prevención del gobierno de Galveston provocó la muerte de entre 6000 y 8000 personas, una sexta parte de la población total, arrastrando con su puerto y casi la totalidad de sus edificios.(Fig. 4) Hasta la fecha, éste ha sido el desastre natural más devastador de la historia de los Estados Unidos.(50) Houston, ubicado a unos 80 kilómetros río arriba, sufrió pocos daños.

⁴⁸ Una instancia —y ejemplo de las contradicciones inherentes al sistema capitalista americano— donde el discurso ideológico de la elite actuó en su contra. También sirve de ejemplo para demostrar como la actuación de diversos agentes sociales en el desarrollo del espacio no siempre representa una acción coordinada, sino contradictoria y desigual, provocando el reflejo de las estas deficiencias en el espacio físico.

⁴⁹ El enigmático magnate Howard Hughes, originario de Houston y fundador de Hughes Tools, es uno de los más famosos millonarios petroleros, pero como él hay otros varios con un perfil más discreto. Otro dato interesante es que dos de las cuatro empresas involucradas en el megadesastre ecológico de la plataforma petrolera de British Petroleum en abril del 2010 en el Golfo de México, la operadora Transocean y Cameron Tools, son enormes empresas fundadas y establecidas en Houston, con su origen en la época del descubrimiento de Spindletop y los grandes yacimientos del este de Texas.

⁵⁰ A comparación, el huracán Katrina de 2005, causó 2,057 fallecimientos; cf.: Gibson, Christine. 2006. "Our 10 Greatest Natural Disasters", *American Heritage*, August/September. En línea, URL:

<http://www.americanheritage.com/events/articles/web/20060905-natural-disasters.shtml> (consultado el 10/06/2010).

Después de la tragedia, el gobierno de Galveston accedió a construir un rompeolas que mantuvo a salvo la ciudad por más de un siglo; hasta el 13 de septiembre de 2008, cuando el huracán Ike tocó tierra a unos cuantos kilómetros de la ciudad. La crecida oleada provocada por Ike superó el rompeolas, inundando gran parte de la ciudad y causando graves daños materiales pero, afortunadamente, pocas muertes. A partir de la Gran Tormenta de 1900, Galveston nunca recuperó su primacía portuaria.



Fig. 4.- La Tormenta de Galveston en 1900.
Fuente: Galveston and Texas History Center.

Gracias a estos eventos, unos naturales y otros causados por el hombre —pero, ambos en relación con la explotación del territorio como producto— Houston fue impulsado a una nueva era de desarrollo económico y crecimiento urbano. Esta expansión demográfica, económica y urbana no tendrá par entre las ciudades americanas y no verá un alto hasta bien entrado el siglo veinte.

En 1920, entrado Houston en la potente industria petrolera que comandará el crecimiento industrial en todo el mundo y prácticamente durante todo el siglo XX, sobrepasó por primera vez a Nuevo Orleans en el valor agregado por manufactura. Durante la Depresión de 1929, nuevamente gracias al cabildeo de empresarios locales que consiguieron varios de los contratos de obras públicas establecidos durante el New Deal con el fin de reactivar la economía, y gracias a la demanda del combustible pétreo (también impulsada principalmente por el gobierno federal), Houston volvió a beneficiarse de sus conexiones en Washington. En esta terrible época para millones de estadounidenses, mientras que las ciudades del norte y del sur declinaban por igual, Houston incrementó su producto interno bruto y su nivel de

capital de inversión (aunque sin alcanzar los niveles de las grandes potencias industriales como Nueva York o Chicago, que aún a pesar de la crisis, mantenían una inversión tres veces mayor que su contraparte tejana).(51)

Mientras tanto, la industria mercantil houstoniana seguía creciendo. En la década de los 30, Houston se convirtió en el tercer puerto a nivel nacional.(52) No obstante, por mucho tiempo la inversión industrial en Houston no fue tan grande como para permitir las costosas operaciones de exploración, extracción, refinamiento y distribución del crudo. Además, la repentina abundancia del combustible —debido a los descubrimientos de vastos yacimientos en México, Venezuela y el Medio Oriente, entre otros países— lo hacía extremadamente barato, lo que disuadía a muchos capitalistas de invertir en dicha empresa.(53)

Bajo la presión de empresarios petroleros, el gobierno de Franklin D. Roosevelt intervino para regular el mercado y escalar los precios del crudo, controlando la producción nacional e imponiendo tarifas arancelarias al combustible extranjero. La medida palió un poco la caída de los precios, pero el suceso que en verdad dio un nuevo impulso a Houston fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La escasez de caucho durante el conflicto obligó a los americanos a buscar un sustituto sintético, derivado del petróleo y que requería grandes cantidades de éste. El gobierno invirtió enormes sumas para la creación de instalaciones petroquímicas que lo manufacturaran. Además, racionó la gasolina, no porque el combustible fuera escaso, sino para conservar las llantas de los vehículos militares. Esto incrementó considerablemente el precio del crudo.

La existencia previa de industrias petroquímicas y la conveniencia de tener un puerto marítimo fácilmente accesible para transportar el nuevo producto, nuevamente benefició a la ciudad. Houston fue seleccionado entre otras ciudades y setecientos millones de dólares fueron invertidos para la creación de plantas petroquímicas y una fundidora para la fabricación de los cientos de miles de kilómetros de oleoductos que se necesitarían para conectar a Houston con Nueva York y suplir así el combustible.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, las instalaciones petroquímicas construidas con di-

⁵¹ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 43-45.

⁵² *Op. Cit.*, p. 45. En el año 2008, Houston ranqueó segundo lugar a nivel nacional por tonelaje manejado, arriba de Nueva York y Los Angeles y en 2005, número uno en valor comercial, procesando \$34, 138 millones de dólares. Cf.: *Port Industry Statistics*. s.l.: AAPA. En línea, URL: <http://www.aapa-ports.org/Industry/content.cfm?ItemNumber=900&navItemNumber=551> (consultado el 13/6/2010).

⁵³ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 45-46.

nero del tesoro público fueron vendidas a intereses privados a precios por debajo del mercado.⁽⁵⁴⁾ Jesse Jones, por ejemplo, quien había fungido como jefe del comité para la reconstrucción nacional en la Depresión (la Reconstruction Financial Corporation) y Secretario de Comercio de la administración Roosevelt, fue uno de los beneficiados. Alrededor de 450 millones de dólares del presupuesto federal fueron invertidos en industrias privadas y sociedades público-privadas de manufactura petrolera y petroquímicas. Aunado a esto, el gobierno federal actuaba como principal comprador y consumidor de estos productos.⁽⁵⁵⁾

Estos sucesos históricos descritos ilustran al menos dos hechos relevantes que definieron gran parte del crecimiento económico del siglo XX. Por un lado, la relación existente entre la capitalización de la industria y los conflictos armados, sobre todo en los Estados Unidos, que marca el inicio de su “economía militarizada”, o “complejo industrial-militar”. Y, por otro lado, la desproporcionada y desigual inversión del presupuesto público en ciudades selectas, beneficiando a unas mientras abandona a otras, en una competencia interurbana cuyas consecuencias se ven reflejadas en el deterioro de la calidad de vida y la destrucción del medio ambiente, tanto en las zonas metropolitanas como en el campo y reservas naturales.

La era post-industrial de Houston (1960s-a la fecha)

La era post-industrial de Houston esta intrínsecamente relacionada con su posición como la “capital energética” de EE.UU. Debido a que su industria esta principalmente relacionada con la extracción, procesamiento y distribución de petróleo, Houston es una ciudad cuyo desarrollo ha estado ligado al destino del crudo en el resto del mundo. En este sentido, Houston ha sido una “ciudad global” mucho tiempo antes de la etapa del capitalismo tardío, y el inicio de la “globalización”.

Como se comentó, la culminación de la Segunda Guerra Mundial supuso la privatización de la industria petrolera, así como la consolidación del mercado nacional e internacional de hidrocarburos que colocó a Houston en una posición privilegiada. Durante las siguientes décadas, el “boom” energético impulsado por las políticas del Estado, incluyendo la creación de la extensa red de carreteras por todo el territorio nacional y la fabricación masiva de automóviles personales, supuso un alto grado de consumo de combustible y derivados de petróleo. Como uno de los principales comerciantes del crudo, Houston experimentó un crecimiento considerable.

⁵⁴ Feagin, J. *Free Enterprise City*, pp. 65-69; cf.: Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 46-47.

⁵⁵ Feagin, J. *Free Enterprise City*, p. 66; cf.: Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, p. 47.

Particularmente, la década de los setenta es favorable para la industria en Houston. Gracias al embargo petrolero de las naciones orientales del cartel de la OPEC realizado en 1973, mientras que el resto del país pasaba por un periodo de crisis energética que trastocó momentáneamente la confianza en el hidrocarburo como única fuente de energía, Houston se vio beneficiado por la gran demanda y escalada de precio del combustible. Este boom en la industria petrolera se mantuvo por el resto de la década gracias a la explosión del conflicto bélico en el medio oriente entre Iraq e Irán entre 1979 y 1980.

Sin embargo, el crecimiento de Estados Unidos ante esta escalada en los precios fue insostenible y en los ochenta la demanda energética decayó cuando el país se sumió en una recesión que marcaría el futuro de la nación como país industrial. Finalmente, la recesión económica nacional de esta década puso un alto a más de un siglo de crecimiento económico en Houston.

A partir de este suceso, sumado a la creciente competencia a nivel mundial en la explotación petrolera y el agotamiento de los yacimientos locales del crudo —aunque Houston refinaba y procesaba más petróleo que el que extraía localmente— la industria petroquímica de la ciudad dejó de tener la importancia de antes y nuevas formas de inversión comenzaron a ser exploradas. Como el resto del país, Houston paulatinamente comenzó a moverse hacia otros mercados, como los corporativos financieros y la investigación.

Para Thomas y Murray, dos eventos sucedidos unos años antes auguran esta transición de centro de manufactura a ciudad post-industrial: en 1962, la inauguración del Centro Espacial para vuelos espaciales tripulados de la NASA; y, en 1968, la reubicación de Nueva York a Houston del complejo corporativo de la empresa Shell Oil. La importancia de estos casos radica en su dimensión simbólica, el primero “transmitiendo la imagen de una ‘ciudad del futuro’”, y la segunda “anunciando la emergencia de Houston como un centro corporativo de importancia”, ya que, como indican los autores, “las imágenes urbanas son importantes, especialmente para las ciudades que están tratando de atraer operaciones corporativas y trabajadores extremadamente movibles”.(56)

En el contexto urbano de Houston, además de la subsecuente transformación demográfica que estos cambios estructurales supusieron —pasando paulatinamente de una población compuesta sobre todo por trabajadores industriales poco calificados y personal técnico hacia

⁵⁶ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, p. 54.

una composición de sujetos profesionales y trabajadores administrativos de “cuello blanco”— la etapa post-industrial del desarrollo económico marcará la importancia del papel del espacio urbano como producto.

El contexto urbano de Houston

La traza inicial de Houston consistía en una retícula ortogonal que se extendía de Este a Oeste unos cuantos kilómetros —12 cuadras en su parte más ancha, 8 en la más angosta— a lo largo del Río Búfalo y hacia el sur —de 6 a 2.5 cuadras— sumando en total un poco más de 23 kilómetros cuadrados.(57)(Fig. 5) Funcionalmente, era compuesto mayormente por bodegas, desmotadoras de algodón, instalaciones ferroviarias y oficinas de bancos que servían a la industria agrícola del sureste de Texas. Los productos más comercializados en el Estado eran el algodón y la madera. Utilizaban el pequeño puerto de Houston para viajar por el cauce del Búfalo y transportar su producto al puerto de Galveston, desde donde era cargado en embarcaciones transatlánticas para ser exportado al mercado nacional e internacional.

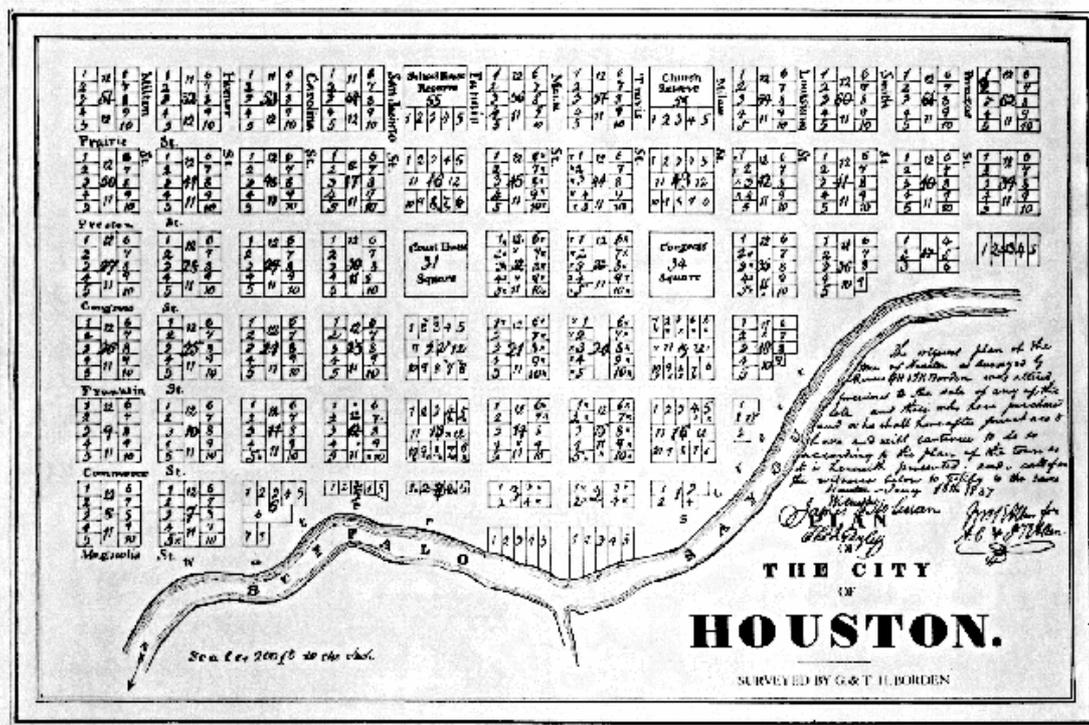


Fig. 5.- Plano de Houston a un año de su fundación (1837).

Fuente: Biblioteca de la Universidad de Texas, Colección Perry Castañeda.

Houston, a pesar de los muchos esfuerzos de los hermanos Allen por promocionarlo, comen-

⁵⁷ Feagin, J. *Free Enterprise City*, p. 11.

zó siendo un pequeño asentamiento comercial sin mucho crecimiento inmediato. Pero, a partir de 1850 (fecha del primer censo) a 1860, su población se duplicó pasando de 2,396 a 4,845 habitantes; un crecimiento del 102%. Y, para 1900, Houston contaba ya con 44,633 habitantes, convirtiéndose en la segunda ciudad más grande del Estado, detrás de San Antonio, que fue fundada más de cien años antes; augurando una brillante carrera para Houston.

Durante la segunda mitad del siglo diecinueve y hasta las primeras décadas del siglo veinte, la ciudad gozó de un crecimiento acelerado sin igual. Solamente en la década de 1920-30, pasó de 138,276 a 293,352 habitantes y cada año que pasaba más familias inmigraban a la ciudad en busca de fortuna. Insospechadamente, la tasa media de crecimiento durante esta época fue de un extraordinario 80.3%.⁽⁵⁸⁾

En cuanto a su estructura urbana y la forma en que se fue desarrollando espacialmente, Houston se caracteriza, como se ha comentado, por haberse iniciado como una empresa de especulación inmobiliaria. En esto no es distinta a otras ciudades del oeste americano; sin embargo, la importancia que la explotación comercial del territorio en Houston tuvo y continúa teniendo hasta la fecha no tiene paralelo con ninguna otra ciudad de los Estados Unidos. Esto en sí mismo es bastante significativo, tomando en cuenta que este país es uno de los más extensos del mundo y uno (si no el primero) de los más agresivos en cuanto a expansión, colonización y explotación de la tierra se refiere. Simplemente, en un periodo de cincuenta años aproximadamente (1837-1890) la ciudad se extendió más de tres veces su tamaño inicial. Para 1942, volvió a duplicar su extensión y ya planeaba aún mayor desarrollo. Actualmente, la ciudad es alrededor de cincuenta veces mayor que las 59 hectáreas que la conformaban en su comienzo, eso sin contar el territorio circundante anexado a su municipalidad pero fuera de los límites territoriales urbanos.(Figs. 6-8)

⁵⁸ *Op. Cit.*, p. 8; cf.: Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 28-30.

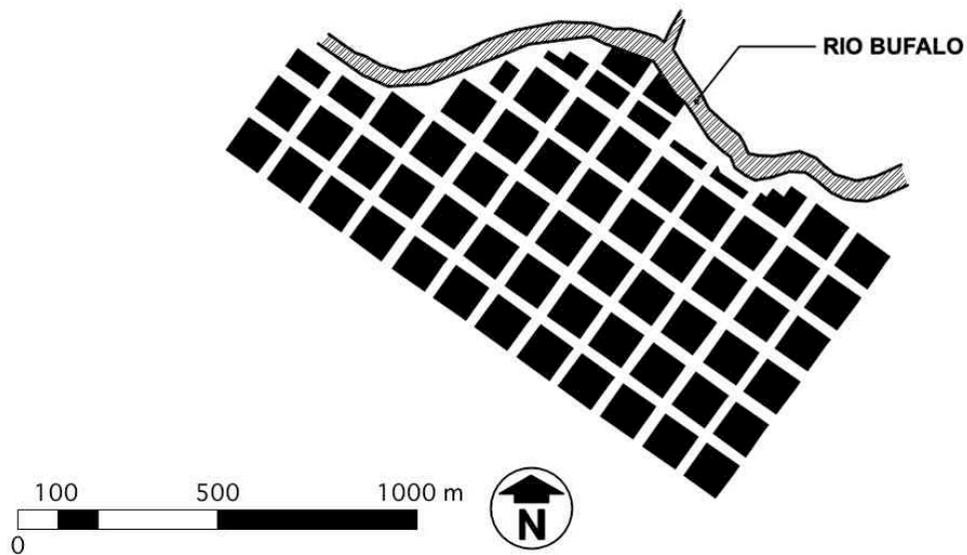


Fig. 6.- Evolución histórica de la expansión territorial de Houston. Mancha urbana, 1837.
Fuente: Autor, basado en plano de la Colección Perry Castañeda.

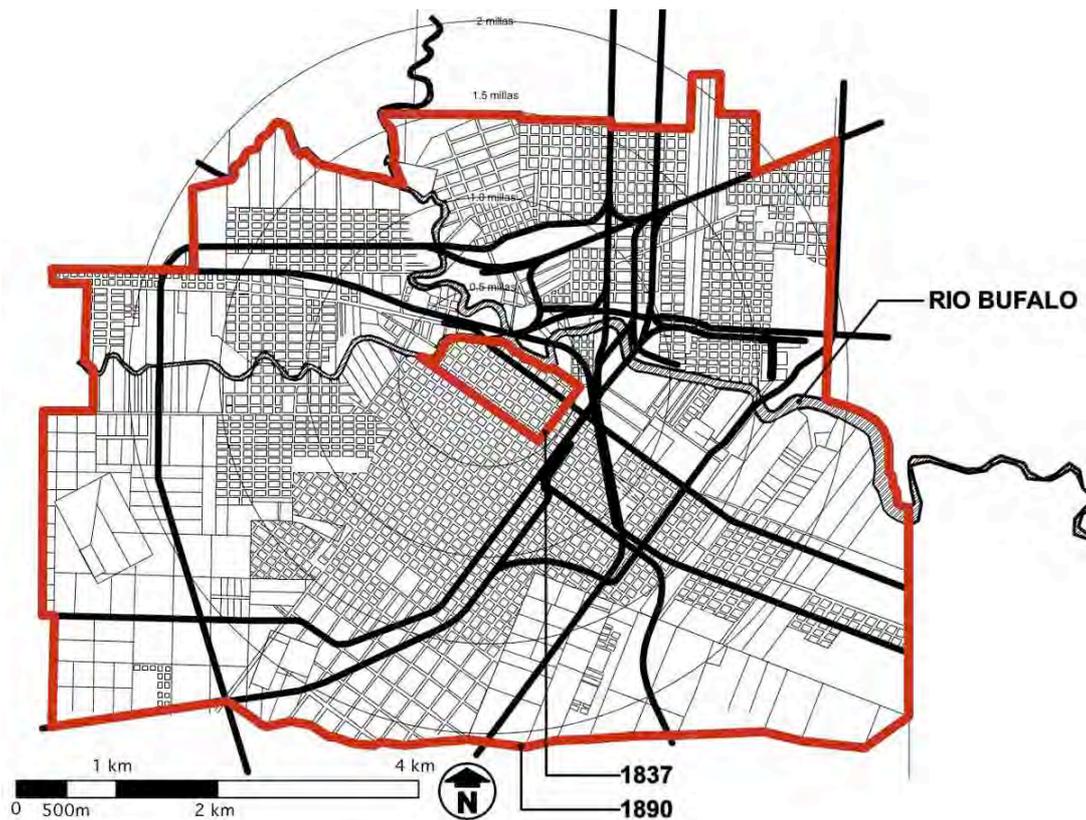


Fig. 7.- Evolución histórica de la expansión territorial de Houston. Mancha urbana, 1890.
Fuente: Autor, basado en plano de Wm. W. Thomas & Co., Real Estate Agents, julio de 1890.

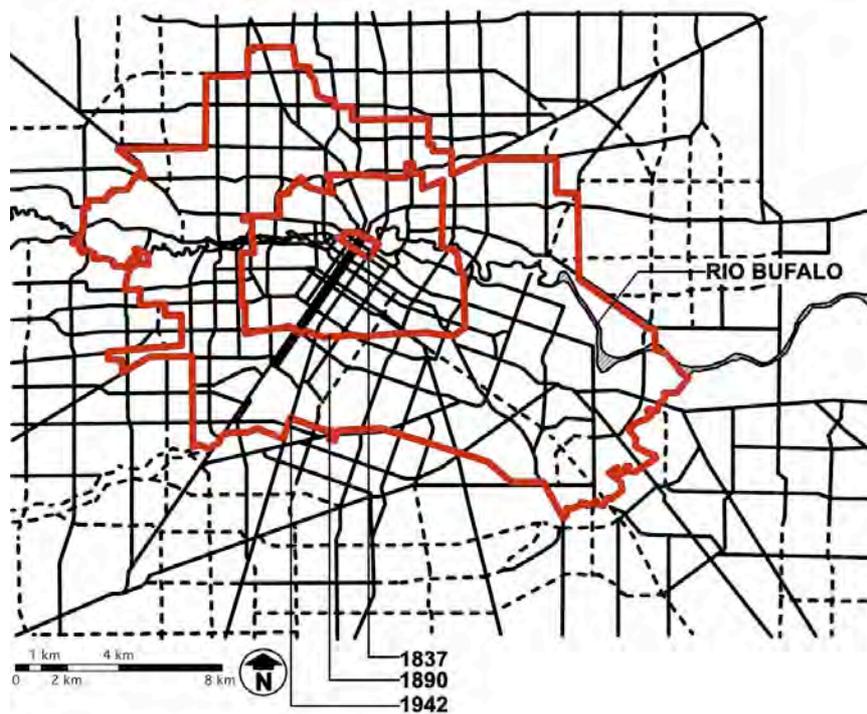


Fig. 8.- Evolución histórica de la expansión territorial de Houston.
Fuente: Autor, basado en plano de Houston City Planning Commission, noviembre de 1942.

Varios factores han influido en el desarrollo de la ciudad a lo largo de sus 174 años de historia. Geográficamente, Houston se encuentra en la planicie costera de Texas. Consecuentemente, la inexistencia de accidentes topográficos que formaran barreras naturales que obstruyeran la construcción de nuevos asentamientos ha facilitado la continua extensión de la ciudad. Por lo mismo, a diferencia de las ciudades coloniales del este, limitadas por la vieja traza urbana, el mar Atlántico, las montañas y los ríos que los rodean, Houston tiene a su disposición todo el territorio deseado y pocos obstáculos para su explotación. Además, sin saberlo, los hermanos Allen habían escogido situar la ciudad sobre uno de los acuíferos subterráneos más grandes de Norteamérica.

Culturalmente, a pesar de la fuerte co-dependencia entre el gobierno y la clase dominante de Houston, ésta última ha utilizado efectivamente la herramienta ideológica del *laissez-faire* para explotar el espacio de manera sin igual. Alimentando la arraigada idiosincracia de independencia y autosuficiencia del individuo, del modelo familiar como unidad social máxima y la desconfianza a la intervención del gobierno o cualquier otro agente social organizado prevaleciente en Texas, la clase capitalista en Houston ha sabido convencer a propios y extraños de ser un lugar donde cualquiera puede prosperar si trabaja duro, donde no hay dife-

rencias de sexo, color, discapacidades o religión para alcanzar la fortuna. Al mismo tiempo, ha convencido al gobierno de participar en este escenario no sólo no interfiriendo en los asuntos de la industria privada, sino apoyando abiertamente al libre mercado y la explotación espacial como motor de desarrollo.(59)

La explotación del canal de navegación del Río Búfalo y la construcción de la infraestructura ferroviaria alrededor ya se han señalado como factores determinantes en el desarrollo de la ciudad. Más allá de las aparentes manifestaciones físicas que estas empresas suponían espacialmente —mediante la construcción de vías, que unían y seccionaban al mismo tiempo segmentos de la ciudad, fábricas, bodegas, estaciones, etcétera— y de la atracción que estos centros de trabajo suponían para el establecimiento de la población trabajadora, el control del desarrollo de la ciudad se encontraba en las manos de personajes como Jesse Jones, y demás miembros de la elite capitalista, que formaban una coalición de líderes empresarios auto-denominados los “constructores del Houston moderno”.(60)

Estos empresarios, cuyas actividades abarcaban desde instituciones bancarias, aserraderos, petroquímicas, medios de comunicación y empresas constructoras, poseían extensas conexiones con el gobierno local y federal —algunos de ellos incluso ejerciendo cargos públicos—. Esta importante influencia dentro de la esfera política les benefició con innumerables contratos públicos de desarrollo urbano, construyendo infraestructuras viales, sanitarias, oficinas de gobierno y demás. También, gracias a estas relaciones fueron partícipes de tratos favorables con el gobierno para acaparar miles de metros cuadrados de propiedad privilegiada a bajos precios en zonas de futuro desarrollo.

La actividad de este grupo abarcó temporalmente un periodo de casi la totalidad del siglo veinte (de 1920 a mitades de 1980, aproximadamente). Gracias a los proyectos otorgados, financiados prácticamente por los impuestos de los trabajadores de Houston, Texas y el resto del país, este contado grupo de individuos incrementaron considerablemente sus fortunas.(61) Al mismo tiempo fueron responsables en gran medida de la expansión de la mancha urbana de la ciudad.

Con la corporativización de Houston, la hegemonía de estos viejos actores fue diluyéndose entre las empresas multinacionales y sus agentes ejecutivos provenientes de otros lugares,

⁵⁹ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 46-47.

⁶⁰ Feagin, J. *Free Enterprise City*, p. 120.

⁶¹ *Op. Cit.*, pp. 120-134.

cuyos intereses eran salvaguardados por instituciones pro-desarrollo como la Cámara de Comercio de Houston.⁽⁶²⁾ Notablemente, varios empresarios inmobiliarios asumieron posiciones de liderazgo dentro de la Cámara, señalando la creciente importancia que el desarrollo urbano adquiriría como generador de riqueza.⁽⁶³⁾

La reestructuración económica de los años posteriores a la recesión que implicó la apertura de los mercados internacionales y la desregularización del capital financiero, marcando el comienzo del “capitalismo tardío”, atrajo a varias empresas corporativas a la ciudad de Houston. Para el contexto construido esto supuso una enorme inversión en el parque inmobiliario de oficinas y residencias para los nuevos profesionales que llegaban a la ciudad. Docenas de enormes rascacielos de los arquitectos más prestigiados comenzaron a poblar el panorama de la ciudad.⁽⁶⁴⁾ Mientras que en 1970 la ciudad contaba con casi tres millones de metros cuadrados de oficinas, ocupadas al 90%, en tan sólo ocho años (1978) la cifra aumentó al doble, alrededor de 6 millones de metros cuadrados y aproximadamente 95% de su ocupación; cuatro años más tarde, en 1981, los metros cuadrados de oficina sumaban más de 8.5 millones, estaban ocupados al 94% y para 1986 había 15 millones de metros cuadrados disponibles.⁽⁶⁵⁾

Debido a este extraordinario crecimiento, Houston era admirado por la crítica especializada como modelo de crecimiento para otras ciudades norteamericanas. No obstante, lo que no es comúnmente comentado es que esta exorbitante construcción de edificios de oficinas estaba financiada no sobre la base de la demanda de espacio —premisa fundamental de la teoría del libre mercado— sino sobre una burbuja de inversión especulativa que atrajo capital financiero tanto del excedente generado por los altos precios del petróleo como de inversionistas extranjeros atraídos por el desarrollo de la ciudad. Para finales de los años setenta, Houston era, después de Nueva York, la ciudad con mayor inversión extranjera en edificios de oficinas; y, para 1980, una sexta parte del total de la propiedad privada disponible en la ciudad estaba en manos de tan sólo diez compañías privadas.⁽⁶⁶⁾

⁶² Aunque los miembros de esta vieja oligarquía seguían representados en la Cámara a través de los representantes de las diversas empresas que presidían, algunos han señalado que la inclusión de corporaciones nacionales y transnacionales así como la muerte de algunos de sus más influyentes individuos restó fuerza al selecto grupo. *Cf.: Op. Cit.*, pp. 134-136, 142-146.

⁶³ Incluso, según Feagin, es debido al cabildeo de este grupo de desarrolladores urbanos dentro de la Cámara que se prestó mayor atención a la decadente infraestructura de la ciudad; *cf.: Op. Cit.*, p. 143.

⁶⁴ Por ejemplo, edificios de I.M. Pei, Skidmore, Owings and Merrill, Philip Johnson, Cesar Pelli, entre otros.

⁶⁵ Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 55, 59; ver también: Feagin, J. *Free Enterprise City*, p. 192.

⁶⁶ Feagin, J. *Free Enterprise City*, pp. 180-181. Entre estas empresas están por ejemplo, compañías petroleras como Exxon, Tenneco y Hughes Tool, bancos como First City National Bank, desarrolladores inmobiliarios (Gerald Hines Interests) y empresas de comunicación como IBM.

La explosión de la burbuja energética en 1982, así como de la burbuja inmobiliaria a finales de la misma década a causa de la sobreproducción del parque, la devaluación de los salarios de la clase media y baja, aunado a las prácticas corruptas de las asociaciones de Ahorros y Préstamos (Savings & Loans) y de los desarrolladores inmobiliarios que sacudieron a los Estados Unidos, provocó una crisis en Houston como nunca había experimentado en sus más de 100 años de crecimiento constante. Para 1984, millones de metros cuadrados del parque comercial e industrial fueron abandonados; cientos de requisiciones de viviendas y una tasa de desempleo del 10% devaluando el mercado inmobiliario en un cuarto de su valor (25%).⁽⁶⁷⁾

Debido a estos motivos, morfológicamente, el espacio post-industrial de Houston se distingue por sus edificios corporativos. Sin embargo, a diferencia de otras ciudades como Nueva York o Chicago, los rascacielos houstonianos han aparecido tanto en su centro geográfico como en la periferia, donde varios parques de oficina fueron construidos siguiendo el desarrollo de los anillos periféricos, la construcción de la zona comercial de lujo de “La Galería” y la expansión suburbana de enormes conjuntos de viviendas unifamiliares y apartamentos al oeste de la ciudad.

La falta de barreras físicas topográficas, así como la provisión de tierras rurales en su periferia, disponibles a precios sumamente bajos —debido al general abandono del campo— y un gobierno acomodaticio a los intereses comerciales que favorecía a los desarrolladores, facilitándoles el proceso legal para comprar, parcelar, construir y aminorando el riesgo de inversión en nuevos terrenos, han sido los principales factores detrás de la expansión suburbana de Houston.

Además, las agresivas campañas políticas para anexar el territorio circundante a la jurisdicción de la ciudad de Houston también han sido determinantes para su expansión. A diferencia de otras ciudades de Norteamérica, que vieron constreñido su crecimiento horizontal debido a la existencia de un cinturón de suburbios autogobernados, Houston ha logrado efectivamente circunvalar semejante situación. Mediante la creación de Distritos de Servicio Metropolitanos (MUDs, en inglés), que facilitan la inversión privada en áreas exteriores a la ciudad, y varios mecanismos legales que le dan a ésta los poderes necesarios para anexarse y/o

⁶⁷ Thomas, R. D. & R. W. Murray, *Progrowth Politics*, p. 56; ver también: Barna, Joel Warren. 1992. *The See-Through Years: Creation and Destruction in Texas Architecture and Real Estate, 1981-1991*. Houston: Rice University Press, pp. 23-34; y, Feagin, J. *Free Enterprise City*, pp. 189-193. El hecho de que este suceso acontecido tan sólo unos cuantos años atrás y de características tan similares a la recesión económica que sacudió al mundo en el 2008 fuera olvidado tan pronto es funesto para el futuro.

governar el territorio circundante, Houston se ha convertido en una de las ciudades más grandes en superficie; además de contar con una enorme reserva territorial, lo que garantiza la disponibilidad de terrenos vacantes para el futuro crecimiento urbano. (68) (Fig. 9)

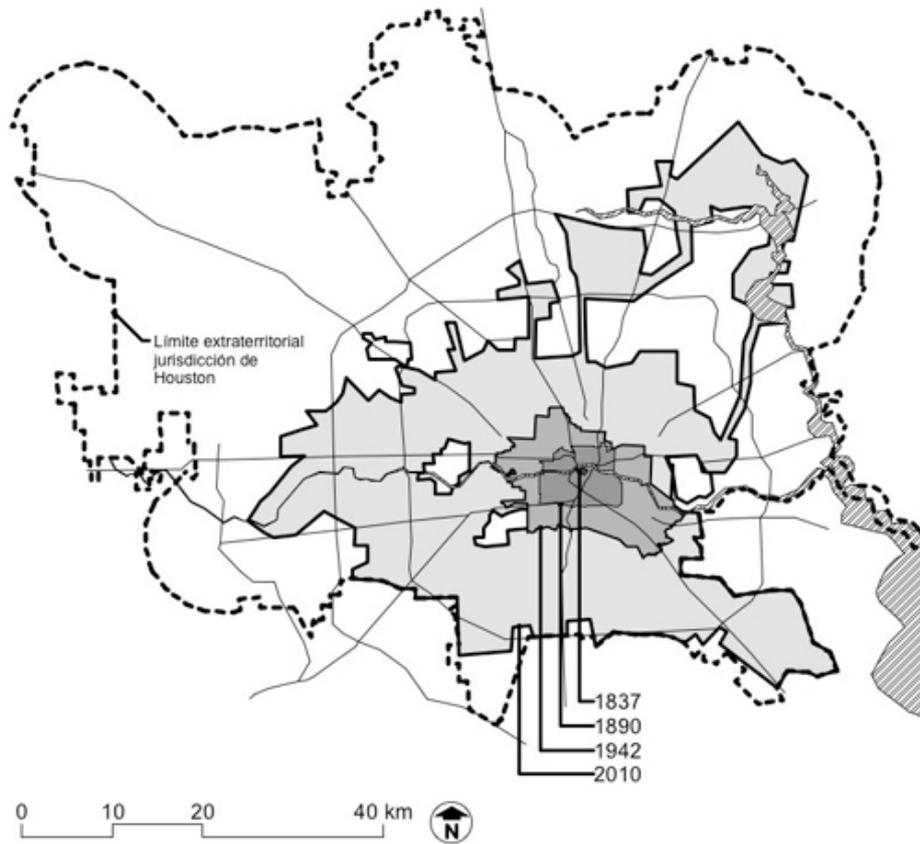


Fig. 9.- Evolución histórica de la expansión territorial de Houston.
Fuente: Autor, basado en plano de Harris County, 2010.

Por otro lado, la adhesión a la ideología del libre comercio es tan marcada en Houston que los desarrolladores privados se han distanciado por completo de cualquier proyecto que implicara la supervisión estatal, la remoción de barrios deteriorados, o la construcción de proyectos de asistencia social, aún cuando representen ganancias económicas para ellos. El único motivo por el cual se le ha dado mayor atención a la infraestructura urbana de servicios públicos (drenaje, pavimentado, agua potable, escuelas, transporte público, etcétera) en los últimos años es porque la nueva generación de la elite comercial y profesional ha reconocido la necesidad de proveer de un espacio urbano habitable para poder competir con otras ciuda-

⁶⁸ El modelo de los Desarrollos de Servicio Metropolitanos se centra en el financiamiento público de la construcción de la infraestructura necesaria (red de agua, drenaje, vialidad, etcétera) sin que el desarrollador privado tenga que costearlo ya que al venderse el desarrollo la deuda es traspasada a los propietarios de las viviendas. Políticamente, a la ciudad le interesa esta expansión porque representa una mayor base demográfica con obligaciones fiscales a la ciudad. Cf.: Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrowth Politics*, pp. 128-138.

des a nivel mundial. Por lo mismo, organizaciones como la Cámara de Comercio, inversionistas inmobiliarios y figuras públicas han perseguido un programa urbano enfocado al desarrollo de Houston con el fin de “maximizar su posición económica en el mercado”.(69)

Esto ha implicado la transformación del modelo de bajos impuestos/mínimos servicios bajo el que operaba la ciudad anteriormente y que es (a la fecha) preferido por la mayoría de sus habitantes. Muchos profesionales y empresarios del circuito inmobiliario han reconocido el beneficio que estas mejoras podrían brindar y, ante una escasa demanda debido a la recesión económica de los años anteriores, han puesto su peso detrás de este nuevo modelo. No obstante, como se comentó anteriormente, este tipo de programa de desarrollo urbano no distribuye el presupuesto público indiscriminadamente, beneficiando por igual a la población general, sino que enfoca los recursos disponibles a los proyectos de infraestructura que favorecen a los desarrolladores privados, desviándolos de su utilización en proyectos de asistencia social.(70)

Finalmente, cabe notar que la explosión demográfica de la ciudad durante las primeras décadas del siglo veinte coincide oportunamente con la invención y comercialización del automóvil. A diferencia de otras ciudades cuya forma urbana se había consolidado anteriormente, en una época de carretas y peatones, Houston tuvo la ventaja de tener a su disposición el terreno libre para la planeación de calles y anchas avenidas que sirvieran al nuevo transporte motorizado, mismo que además es impulsado por productos derivados del petróleo, los cuales forman parte importante de la industria local, por lo que rápidamente se generó un “culto al automóvil” entre sus habitantes.

El único motivo por el cual en Houston ha habido un retorno a la ciudad central es porque en los últimos años los desarrollos suburbanos ya no han sido tan rentables como lo fueron en los ochenta y noventa. A su vez, una mayor influencia política de las minorías raciales y movimientos ciudadanos abandonados a su suerte por muchos años en el decadente circuito interior, ha obligado a desarrolladores y políticos a revisar su postura, a costa de demandas legales o la pérdida del poder político.(71)

En resumen, las palabras de Thomas y Murray sirven perfectamente para ilustrar la situación del desarrollo urbano de la ciudad de Houston:

⁶⁹ *Op. Cit.*, p. 310.

⁷⁰ *Op. Cit.*, pp. 320, 341.

⁷¹ *Op. Cit.*, pp. 371-389.

Houston se comenzó como una iniciativa comercial y se convirtió en un “paraíso para el especulador”. Los objetivos de los intereses comerciales se convirtieron en el espíritu del desarrollo de la zona: un decidido impulso para desarrollar y explotar los recursos de la zona —su abundante tierra y recursos minerales, así como su existente o posible acceso a la transportación tanto por tierra como por mar— para producir ganancias máximas. Durante el siglo veinte, estas actividades transformaron exitosamente el carácter económico, demográfico y gubernamental de Houston y la zona metropolitana circundante.(72)

Conclusiones

La historia de Houston demuestra su posición como caso paradigmático de la producción del espacio urbano fundamentado en el capitalismo, que centra el valor del espacio en su capacidad para generar riqueza. Desde su asentamiento inicial, la clase capitalista local ha dirigido la política pública hacia aquellas medidas consideradas más oportunas para allanar el camino a la explotación del espacio. En su evolución histórica es posible observar el papel de la coalición pro-crecimiento, formada entre el Estado y el capital, tal como ha sido teorizado por Gottdiener; un punto que se tocará más adelante.(73)

Igualmente, el desarrollo de Houston ha demostrado ser un desarrollo desigual, sustentado a costa de la mayoría y en beneficio de unos cuantos, mismo que se ha expresado en el contexto físico de la ciudad.(74) La elite comercial de Houston trabajó arduamente para capturar proyectos de inversión públicos y privados que impulsaran el desarrollo de la ciudad, como el dragado del Canal de Navegación de Houston y el ferrocarril panamericano. No obstante, este desarrollo benefició principalmente a esta elite industrial y comercial, pero no necesariamente a la clase trabajadora.(75)

La llanura del territorio, el éxito de la ciudad para atraer inmigrantes y la labor de la coalición entre gobierno y la elite mercantil para extender la mancha urbana y proveer de la infraestructura necesaria para su explotación son algunos de los factores estructurales más importantes que han determinado el crecimiento de Houston. Pero además, fundamentando estas acciones se encuentra una serie de premisas ideológicas que las justifican. La gente que inmigraba al territorio tejano venía con una ideología concreta respecto a la tierra y a la organización social. La obsesión por la posesión territorial es acompañada por un alto grado de

⁷² *Op. Cit.*, p. 394.

⁷³ Cf: Gottdiener, Mark. 1997. *The social production of urban space*. Austin: University of Texas Press.

⁷⁴ Feagin, J. *Free Enterprise City*, pp. 22-39.

⁷⁵ Uno de los motivos es que la industria petroquímica requiere de importantes cantidades de capital pero relativamente poca mano de obra. El limitado número de trabajadores que se requieren además tiende a ser de tipo calificado, esto es, técnicos y profesionales. Para la mano de obra semi y poco calificada no existen muchas opciones. Cf.: Thomas, R. D. & R. W. Murray, *Pro-growth Politics*, p. 51; también: Ferhenbach, T.R. *Seven Keys*, p. 53.

privatismo, esto es, una posición social individualista, que valora la independencia y autosuficiencia de las personas y reniega cualquier compromiso o dependencia comunitaria.(76)

La efectiva campaña que la elite capitalista había puesto en marcha desde le época de las plantaciones para reforzar la ideología del “*laissez-faire*” que promovía las bondades del capitalismo, sobre todo el “libre comercio”, la autosuficiencia y la superación individual, así como la amenaza que representan las instituciones sociales y comunitarias, disminuía la posibilidad de que los trabajadores se organizaran en sindicatos y uniones, haciéndolos más vulnerables. Mientras tanto, los empresarios se beneficiaban de las alianzas que forjaban con la clase política en el gobierno de Houston, el Congreso de Texas y en Washington.

Además, como se comentó anteriormente, la justificación de como se interviene en y sobre el espacio procede de la cultura; consecuentemente, las manifestaciones espaciales producidas se verán cargadas de un simbolismo cultural, expresando los valores de la sociedad que lo conforma. La imagen que una ciudad proyecta, como bien señalan Thomas y Murray, es importante, debido a la significación simbólica que posee.

Esto apunta a una dimensión cultural relevante tanto en las relaciones sociales como en el proceso de la producción del espacio urbano. La carga ideológica-cultural de los miembros de una sociedad, por ejemplo, la anglosajona, “colorea” la manera en que percibe el entorno, incluyendo a los *otros*, aquellos sujetos no pertenecientes a su grupo social y que en mayor o menor medida poseen una idiosincrasia distinta. Esto puede ser un generador de conflictos cuando dos culturas distintas tienen que convivir en un mismo espacio.

En los siguientes capítulos se ahondará en el fundamento teórico que explica el papel de la producción del espacio en la conformación económica, cultural y social de las personas, así como el lugar de la cultura en este proceso productivo y su relación con la ciudad, sobre todo como es estructurada socialmente en el presente. Igualmente, se analizará el papel de la dimensión significativa del espacio.

⁷⁶ Gottdiener, Mark & Ray Hutchison. *The new urban sociology*, pp. 89-90.

CAPÍTULO II

LA ARQUITECTURA Y LA PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO

Contrario a la creencia de que la arquitectura es una disciplina autosuficiente, cuyas obras existen por sí mismas, y que, por ende, se rige por reglas internas en un sistema cerrado, existen varias razones para considerar que ésta tiene una relación estrecha con otras disciplinas del contexto físico, psíquico y social, por ejemplo, el urbanismo, la geografía, la psicología ambiental, la sociología y hasta la política. Una de estas razones es que la arquitectura es una representación del espacio y tiempo de la sociedad que la crea, al igual, por ejemplo, que la música, la pintura o la forma y traza de las ciudades.

La diferenciación académica y práctica de la profesión de la arquitectura en las especialidades de la planeación urbana, el diseño urbano, la arquitectura de paisaje y el diseño de interiores es un fenómeno reciente. Hasta la época del academicismo en el siglo XIX la arquitectura era un gran campo de actividad no enteramente diferenciado de otras artes y tampoco profesionalizado; monjes, escultores, reyes y filósofos por igual, planificaban espacios arquitectónicos. Sin duda, la continua especialización de la disciplina de la arquitectura ha permitido grandes avances técnicos y tecnológicos que han acarreado algunos beneficios, pero estos no necesariamente se traducen a un mejor entendimiento de nuestra interacción dentro y con el espacio que habitamos.

No obstante, es importante entender los motivos de la fragmentación de estas disciplinas, así como las consecuencias que acarrea. La fragmentación de estas “ciencias” o “artes” del espacio es resultado de una epistemología establecida en la base de un modelo espacial abstracto y apoyado por un sistema socioeconómico que encuentra este modelo convenientemente útil. Debido a que esta circunstancia prevalece en el conocimiento académico, para entender la relación entre la arquitectura, la cultura y el espacio urbano debemos primero analizar como es que esto ocurre. Para tal fin, es necesario precisar algunos conceptos que se utilizarán frecuentemente a lo largo de esta investigación para evitar en la medida de lo posible algunas de las ambigüedades que acompañan nociones complejas como la de ‘espacio’ o ‘producción’.

El concepto del espacio

El espacio mental

La historia del concepto del espacio ha acompañado a la historia de la civilización desde su inicio, pero, como señala el filósofo Edward Casey, no fue sino hasta después de un hiato de varios siglos que abarca desde la Antigüedad Griega hasta la Edad Media que el espacio vuelve a tomar precedencia en las reflexiones filosóficas del mundo Occidental.(1) Esto se debe en gran medida a la hegemonía alcanzada por el cristianismo, culminando en la concepción del espacio absoluto de los pensadores renacentistas del siglo XV y XVI y más tarde de los racionalistas del siglo diecisiete.

Uno de los momentos clave en el desarrollo del concepto del espacio es la disertación realizada por Descartes en el siglo XVI que define el momento en que el espacio, como un elemento del “reino de lo absoluto”, se convierte en la base de la epistemología científica. El tratamiento que Descartes da al espacio se centra en la determinación de la existencia del espacio fuera del sujeto. El espacio cartesiano (*res extensa*) existe independientemente del sujeto (*res cogitans*) y es un atributo divino. Esto quiere decir que la existencia del espacio no es relativa al individuo, sino *absoluta*. (2)

Medio siglo más tarde, Leibniz concibe al espacio en referencia a su ocupación por un cuerpo cualquiera. Esta concepción del espacio es diferente a la cartesiana ya que para Leibniz el espacio es “indiscernible” hasta que es ocupado. La ocupación del espacio por un cuerpo brinda la posibilidad de asignarle orientación y límites y, con esto, la posibilidad de discernirlo.(3) Esto supone no la cancelación del espacio absoluto, sino su *relativización*, debido a la concepción de Leibniz de un espacio que puede llenarse de cuerpos intercambiables, o *mónadas* cuya única característica que los vuelve diferentes entre sí es su posición en relación a otros cuerpos.(4)

Sin embargo, a pesar de sus diferencias, tanto la noción del espacio cartesiano, como la con-

¹ Más que un *hiatus*, podría calificarse de un movimiento circular de la consideración del espacio (‘chora’ para los griegos) como totalidad en la filosofía pre-aristotélica y anterior a la consideración primaria del lugar (‘topos’) a partir de Aristóteles, volviendo paulatinamente hacia el espacio con Epicuro y los neo-platónicos hasta Tomás de Aquina en la Edad Media y regresando al lugar en el siglo XVIII a través de la fenomenología. Cf.: Casey, Edward. 1998. *The fate of place: a philosophical history*. Berkeley: University of California Press. En este libro Casey elabora un minucioso análisis de la historia del concepto del espacio y el lugar desde Mesopotamia hasta Deleuze y Guattari. A pesar de que en su detallado análisis incluye figuras como Foucault, Derrida o Irigaray, apenas y hace una mención del filósofo-sociólogo Henri Lefebvre, a quien varios le atribuyen la restauración de la dimensión espacial a la filosofía marxista (sobre el aislamiento intelectual que padeció Lefebvre por sus asociaciones políticas han escrito sus biógrafos y estudiosos).

² Lefebvre, Henri. 1991. *The Production of Space*. Malden: Blackwell Publishing, pp. 1, 2.

³ *Op. Cit.*, pp. 169-71.

⁴ Casey, E. *The fate of place*, pp. 150-179.

ceptuación de Leibniz —y, a la postre, el de la mayoría de los filósofos— se basan en un modelo abstracto del espacio. Sin importar si se trata de la *res extensa* de Descartes o la mónada de Leibniz, ninguno de estos conceptos se refiere a la existencia *física* del ser humano, sino a conceptos lógico-matemáticos que habitan el *espacio mental*. Al respecto, es ilustrativo el comentario de Casey sobre la doble ocupación de estos pensadores del espacio ya que intuye el motivo por el que el reino del espacio mental domina el desarrollo de este concepto a partir del Renacimiento:

Volver al siglo diecisiete es zambullirse en un mundo turbulento en el que la alquimia competía con la física, la teología con la filosofía, la política con la religión, las naciones entre sí, individuos con sus almas atormentadas. Ningún tratamiento singular puede hacer justicia a este variado periodo de la historia de la humanidad. Podemos, sin embargo, escoger nuestro camino a través atendiendo a un conjunto de figuras que se ocuparon expresamente con cuestiones de lugar y espacio: Gassendi, Newton, Descartes, Locke y Leibniz. Cada uno de estos pensadores —con la excepción de Locke— era también un prominente científico, y esta doble identidad no es un accidente. Evaluar el lugar y el espacio en el primer siglo de la modernidad es por fuerza tomar en cuenta tanto el pensamiento científico como el filosófico.(5)

De esta manera, durante los siglos XVI y XVII el paulatino predominio del concepto del espacio abstracto sobre los espacios social y físico conforma el terreno en el que la racionalización del mundo se establece, dando pie a las explicaciones lógico-matemáticas del mundo natural y a la prioridad de lo visible y comprobable sobre lo vivido.(6)

El espacio físico

A pesar de esta dominación epistemológica, desde del siglo XVIII aparecen los esbozos de posturas alternas que buscan restablecer la posición del cuerpo con respecto al espacio, no como un cuerpo indefinido subordinado *al* espacio, sino como *origen* mismo de éste. Entre estas posturas destaca la conceptualización del filósofo Immanuel Kant, quien se desprende de la tónica del espacio absoluto establecida en el siglo anterior y retoma el papel que los antiguos griegos le cedían al cuerpo en el origen del universo.(7)

El cuerpo, para Kant, hace posible la concepción del espacio porque conforma el referente *direccional* y *posicional* necesario para ubicarlo. Mientras que para Descartes y Leibniz, el espacio tiene su origen en un punto fijo, definido e inamovible (por ejemplo, el punto 0,0,0 de una matriz tridimensional), el espacio kantiano tiene su origen en el *sujeto mismo* que percibe

⁵ *Op. Cit.*, p. 137.

⁶ Cf.: Lefebvre, H., *The Production of Space*, caps 1 y 4. ; Casey, E. *The fate of place*, caps. 7, 8, 9; ver también, Smith, Neil. 2008. *Uneven development: nature, capital, and the production of space*. Athens, Georgia: The University of Georgia Press, cap. 3.

⁷ Casey, E. *The fate of place*, pp. 202-211.

el espacio gracias a su propio cuerpo. Como indica Casey:

Kant demuestra que el papel del cuerpo en el emplazamiento de cosas en regiones es el de proveer a esas cosas con una direccionalidad que carecerían si fuesen consideradas solamente como ocupando posiciones relativas entre ellas. Sin la implementación de este papel, las entidades materiales estarían *des-orientadas*, careciendo de la direccionalidad definitiva de “derecha” e “izquierda”, “arriba” y “abajo”, “frente” y “detrás”. Estos pares de términos, tomados en conjunto, describen las tres dimensiones del espacio: la dimensionalidad del espacio sigue de la direccionalidad del cuerpo.(8)

Más aún, no sólo es el cuerpo de cualquier objeto el que se convierte en el centro del espacio, colocando la génesis espacial en el mundo físico, sino *concretamente* en el cuerpo humano:

[E]s solo porque nuestros propios cuerpos son experimentados como bifurcados *de antemano* en lados pareados y partes (e.g., manos derecha e izquierda, pecho y espalda, cabeza y pies) que podemos percibir a los objetos sensibles como colocados y orientados en regiones que reúnen y reflejan nuestras propias bifurcaciones. Las cosas no están orientadas en y por sí mismas; necesitan de nuestra intervención para *hacerse* orientadas. Tampoco están orientadas por una operación mental pura: el a priori de la orientación pertenece al cuerpo, no a la mente.(9)

No obstante el énfasis que la corporeidad tiene en el pensamiento de Kant en un principio, en la evolución de su filosofía, Kant se retrae nuevamente hacia el espacio abstracto del idealismo, es decir, hacia el espacio mental de la razón y la intuición. A consecuencia de esto, el argumento filosófico a favor del cuerpo humano y la fisicalidad del mundo como origen del espacio se debilitará por varios años.(10)

No será hasta un siglo más tarde que el cuerpo y el mundo natural retomen su relevancia en la conceptualización del espacio. Después de un nuevo hiato temporal en el que la consideración del tiempo precede a la del espacio, será a través de la obra fenomenológica de los filósofos Edward Husserl y Maurice Merleau-Ponty que se recupere la noción del cuerpo humano como origen de la realidad.(11)

La postura de Husserl se enfoca en la “posición privilegiada” del cuerpo humano, sobre todo como cuerpo vivo que es ‘portador del Yo’ y del ‘lugar de las sensaciones sentidas por este Yo’. Igualmente, el filósofo enfatiza su cualidad para *centralizar* las relaciones espaciales en ese cuerpo: el Yo es también el ‘aquí’.(12)

⁸ *Op. Cit.*, p. 205.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Op. Cit.*, pp. 203, 207.

¹¹ *Op. Cit.*, pp. 210, 211.

¹² *Op. Cit.*, p. 217.

Al igual que Kant, Husserl orienta el espacio en relación con la simetría corporal (izquierda, derecha, etcétera). No obstante, a diferencia del primero, complementa estas relaciones con la idea de que el *centro estable* del mundo es el cuerpo humano, mientras que todo lo demás se configura a su alrededor. “*El espacio absoluto depende del aquí absoluto*”, explica Casey, “lo que es propuesto por Newton como en sí mismo incorpóreo (y ciertamente como no teniendo conexión crucial con el cuerpo humano) no puede ser constituido, menos aprehendido, excepto mediante un cuerpo que en su movilidad esencial esté siempre simplemente *aquí* — aquí donde yo estoy en el lugar”.(13) De esta manera, el espacio en su totalidad sólo puede existir mientras exista un cuerpo que lo origine; lo que es más, es debido a la movilidad corporal (*kinestesia*) que es posible comprender el espacio.

Similarmente, Merleau-Ponty supone el origen del espacio en el cuerpo vivo y su movimiento, pero no el movimiento *en concreto* sino la *experiencia* de éste. Una experiencia que llama ‘pre-objetiva’.(14) Esta experiencia brinda al espacio dos características: *expresividad* y *orientación*. A su vez, estas cualidades permiten que el cuerpo *habe* espacio. De esta forma, el espacio trasciende la categoría aristotélica de ‘contenedor’, así como la subjetividad idealista del concepto kantiano de ‘espacio *en mí*’ como una forma intuitiva.(15)

El espacio social

Después de un par de siglos en ebullición, el concepto del espacio abstracto encarna en el positivismo del siglo XIX. Este positivismo se sirve de la noción del espacio abstracto para racionalizar las circunstancias en las que el progreso social depende de y es medido de acuerdo con desarrollo tecnológico y económico. La apoteosis de la Revolución Industrial acelera el paso del crecimiento económico y el papel de la ciencia se canaliza al mejoramiento de sus herramientas, procedimientos y métodos productivos.

En este momento, al considerar el papel de la humanidad en su conjunto y no sólo del sujeto en particular, se agrega otra dimensión al concepto del espacio, distinta a la mental y a la física: el *espacio social*.

De acuerdo con Neil Smith, es a Emile Durkheim a quien se le acredita el concepto de espacio social alrededor de la última década del siglo XIX, utilizándolo como una metáfora de las

¹³ *Op. Cit.*, p. 220.

¹⁴ *Op. Cit.*, p. 229.

¹⁵ *Op. Cit.*, pp. 230-231.

características de las interacciones entre individuos o grupos (e.g., la división de trabajo, clases sociales, lazos afectivos, etcétera).(16) De esta forma, Durkheim señala la importancia de la ‘exterioridad’ en la conformación del individuo, así como en el análisis de la sociedad.(17)

Esta dimensión externa adquiere gran importancia en el pensamiento de Durkheim, ya que las formas en que los individuos se agrupan socialmente repercuten en su desarrollo. Por ejemplo, para el sociólogo, la ciudad se convierte en la máxima expresión de la vida colectiva —muchas veces con consecuencias negativas—, así como el lugar propio de la división de trabajo, originando, como comenta Lezama, “un doble incremento: por una parte, de la densidad material, es decir, de la población y, por otra, de la densidad moral, que se muestra en un incremento de las interacciones y de los vínculos que resultan de una población altamente concentrada”.(18) Esto genera a su vez profundos cambios en la estructura y desarrollo social positivos, como el progreso tecnológico, pero también negativos, como el deterioro de la calidad humana.(19)

Es en este momento, durante el transcurso del siglo diecinueve, que la ciudad se va convirtiendo gradualmente en la forma de asentamiento dominante. Los asentamientos urbanos se transforman en polos de atracción —no necesariamente voluntaria— de la población rural. Desposeídos de sus tierras, o presionados por la escasez de recursos, cientos de personas son obligados a emigrar del campo a la ciudad. Pero el crecimiento exponencial de las ciudades y la velocidad de su desarrollo conduce al deterioro de las condiciones de habitabilidad para un número cada vez mayor de individuos, convirtiéndolas en focos de infección, crimen y contaminación. En pocas palabras, la ciudad es el lugar en donde las peores patologías sociales se manifiestan. Para finales del siglo, ante este desorden social, la reacción de los pensadores de la época es estudiar cómo este nuevo “hábitat” en el que el ser humano se desenvuelve repercute en su persona.

A partir de la Revolución Industrial, el análisis del espacio social se liga entrañablemente a la conceptualización del espacio urbano. De esta forma, el discurso sobre espacio social se concentra en el estudio sobre los procesos sociales como ocurren en la ciudad, es decir, sobre la “urbanización”, por un lado, y por otro, en la morfología que ésta exhibe, esto es, en el

¹⁶ Smith, N., *Uneven development*, pp. 103, 104.

¹⁷ Giddens, Anthony. 1994. *Capitalism and modern social theory: An analysis of the writings of Marx, Durkheim and Max Weber*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 86, 87.

¹⁸ Lezama, José Luis. 2002. *Teoría social, espacio y ciudad*. México: El Colegio de México, p. 130.

¹⁹ *Op. Cit.*, p. 131.

“urbanismo”.(20) De estos estudios se derivan dos tendencias para ver la relación entre espacio y sociedad: una ve a la ciudad como el escenario donde fuerzas socioeconómicas y políticas se desenvuelven en el “drama humano”, mientras que la otra analiza la manera en que el comportamiento humano *evoluciona* en este medio ambiente.(21)

Es en este contexto que Marx y Engels analizan las circunstancias en las que el espacio físico, el mundo natural, y el ser humano en su colectividad interactúan. Retomando las ideas filosóficas sobre el idealismo dialéctico de Hegel, pero —como es frecuentemente expresado— “poniéndolas de cabeza”, Marx, postula que la realidad se realiza a través del acto de *producir materialmente*. Esto es, mientras que para Hegel es la Idea Absoluta la que produce al mundo y, subsecuentemente al ser humano, quien, mediante su labor productiva, busca ascender (*transcender*) progresivamente a un estado superior de conciencia y, por ende, de nuevo a la *Idea Original*, Marx invierte el sentido de esta afirmación y coloca la creación de la realidad en manos del ser humano.

Como indica Lefebvre, para Marx es a través de la actividad productora que el ser humano como *ser social* “produce su propia vida, su propia conciencia, su propio mundo”, al grado de que no existe nada que se escape de esta acción. De tal forma, en el materialismo dialéctico de Marx “no hay nada, en la historia o la sociedad, que no tenga que ser logrado y producido”, comenta Lefebvre, “la ‘Naturaleza’ misma, como es aprehendida en la vida social por los órganos de los sentidos, ha sido modificada y, por ende, en cierto sentido producida”.(22)

La explicación de Marx es relevante no sólo porque relaciona el espacio material con el cuerpo humano, sino con su actividad física y cognitiva. Esta actividad es realizada en conjunto con otros seres humanos, es decir, *socialmente*. Con esto, Marx brinda la posibilidad de observar al ser humano como un ser social y, en consecuencia abre el camino a la reintegración de un *espacio social* al concepto compuesto por el espacio abstracto o mental y el espacio físico o natural.(23)

Aunque Marx se centra en la relación del espacio físico con la sociedad como fuente de producción por un lado, y como extensión geográfica (extensión que el intercambio de produc-

²⁰ Gottdiener, Mark & Ray Hutchison. *The new urban sociology*, p. 45.

²¹ *Op. Cit.*, p. 52.

²² Lefebvre, H., *The Production of Space*, p. 68.

²³ Se trata, efectivamente, de una re-integración ya que antes de la Edad Media, por cientos de años, los mundos de lo percibido, concebido y vivido eran considerados como indivisibles —baste mencionar el concepto de la polis griega, o el origen de la palabra en latín: ‘mundus’. (Cf.: Lefebvre, H., *The Production of Space*, pp. 12, 14, 242; ver también: Casey, E., *The Fate of Place*, pp. xiv, 262-264).

tos requiere sortear —a través de rutas de comunicación y acuerdos comerciales, por ejemplo— y, por ende, un elemento en las relaciones de producción), sus contribuciones no se limitan a la epistemología de las ciencias económicas y políticas. Su influencia también ha sido perceptible en las aproximaciones teóricas del análisis del espacio sociofísico, empezando a principios del siglo XX por Tönnies, Simmel y Weber, y épocas posteriores, sobre todo en las décadas de los sesenta y setentas del siglo XX, a raíz de las severas crisis urbanas ocurridas a nivel mundial, pero particularmente en Francia.(24)

En conclusión, a partir de este esbozo de la historia del concepto del espacio en la Era Moderna, podemos observar la transición de una concepción espacial enteramente objetiva y abstracta (e.g., la *res extensa* cartesiana) a una noción del espacio relativa a la historia y circunstancias del ser humano en sociedad. Esta transición corresponde con los cambios sociales que transcurren a lo largo de este periodo, que abarca aproximadamente de la Edad Media hasta nuestros días.

En las consideraciones de algunos analistas, las transformaciones de la concepción del espacio a lo largo de la Historia son en gran medida el resultado de cambios sociales determinantes incluyendo, sobre todo, la reestructuración del sistema económico-político vigente en cada época. Por ejemplo, en palabras de Neil Smith, “con el desarrollo de las economías sociales basadas en el intercambio comercial, una segunda naturaleza emerge y con ella una fisura entre la unidad del lugar y la naturaleza”, marcando de esta forma “el origen de la creciente concepción abstracta del espacio empleada en la ciencia física”.(25)

Hasta la fecha la concepción del espacio abstracto sigue en vigencia y su influencia es aparente tanto en la filosofía como en la epistemología de las ciencias sociales y naturales. No obstante, la existencia y relevancia de las dimensiones material y social del espacio son imprescindibles para cualquier consideración fehaciente de la realidad humana.

El espacio se conforma de una componente física, otra social y otra mental que interactúan dialécticamente y que sólo pueden ser comprendidas en su totalidad. Las condiciones sociales repercuten en el modo de pensamiento del espacio abstracto y el espacio material se configura conforme al espacio social. De acuerdo con esto, es preciso comprender el papel del

²⁴ Cf.: Lezama, J.L., *Teoría social, espacio y ciudad*, pp. 132-134; ver también: Gottdiener, Mark. 1997. *The Social Production of Urban Space*, p. 71.

²⁵ Smith, N. *Uneven development*, p. 107.

espacio de acuerdo con la historia de la humanidad como ser social.

La manera en que se determina la relación entre estos tres conceptos espaciales ha definido el pensamiento de la relación entre el ser humano y el mundo a lo largo de la historia. Como se verá a continuación, esto es aparente en las tres corrientes principales en las que se divide la sociología urbana: la Escuela Ecologista, la corriente ortodoxa del marxismo estructuralista y la teoría socio-espacial.

Corrientes del pensamiento urbano

La Escuela Ecologista

La escuela de la ecología urbana tiene su fundamento en la ecología natural, la rama de la biología que estudia el comportamiento de los organismos vivos en el ecosistema que habitan. Esta corriente surge a finales del siglo diecinueve, producto de la difusión científica positivista de la época y gracias, sobre todo, al esfuerzo de Robert Park, Ernest Burgess y Roderick McKenzie, de la Universidad de Chicago, principios del siglo veinte. Comúnmente es considerada como la teoría que inaugura la ciencia de la sociología urbana y su impacto en las ciencias sociales es considerable, repercutiendo en la epistemología de las disciplinas de la sociología general, la economía y la geografía urbana.

Como es de esperarse, una teoría que se ha desarrollado por casi un siglo tiene muchos pormenores. Sin duda, el gran número de particularidades que la distinguen complican la revisión minuciosa de su evolución. Además, existen numerosos escritos sobre la historia de la sociología urbana que ofrecen panoramas más completos de ésta. No obstante, considero necesario comentar brevemente sobre las principales características y limitaciones de esta teoría para ubicar el tema de estudio dentro del panorama general de los estudios urbanos.⁽²⁶⁾

Contrario al énfasis que en Europa pensadores como Marx, Weber y Simmel dieron a los procesos económicos del capitalismo en la conformación del contexto urbano, la teoría ecologista basa sus ideas en la analogía entre la evolución biológica de los organismos y su ajuste al medio ambiente —que resulta en la diferenciación celular y en la creciente complejidad del organismo— con la organización social del ser humano y su “evolución” funcional (e.g., la división de trabajo). A partir de este fenómeno, el colectivo de individuos que conforma una

²⁶ Los trabajos aquí citados de Lezama y Gottdiener & Hutchison y que sirvieron de guías a esta investigación son excelentes fuentes de datos respecto a la historia y desarrollo de la sociología urbana, incluida la corriente ecológica. Además puede consultarse la obra clásica de Park, Burgess y McKenzie, *The City* (ver siguiente nota y bibliografía incluida).

‘comunidad’ trabaja interdependientemente y de acuerdo con su entorno físico para encontrar un equilibrio que permita su coexistencia y desarrollo.

En términos generales, la ecología humana se divide en dos etapas. La primera etapa tiene su inicio con el establecimiento de la sociología urbana como ciencia a principios de siglo XX y coincide con el amplio y significativo auge que tuvo la teoría evolutiva de Darwin, en la cual se basa para fundamentar sus propias explicaciones. El énfasis en esta etapa radica en la conducta innata del ser humano para agruparse socialmente. De esta manera, explica los patrones urbanos como manifestaciones físicas de la naturaleza humana, conformada por la combinación de dos niveles o ‘estímulos’ específicos de la especie: el *biótico* y el *cultural*.(27)

El impulso biótico o biológico conlleva una competencia por la supervivencia personal en un contexto específico, que en los asentamientos urbanos repercute socialmente, activando la competencia económica y, consecuentemente, la división funcional del trabajo. Así, tanto la forma urbana como la estructura funcional de la sociedad se explican como el resultado de la competencia económica que ordena una y otra según su demanda. Esta noción está estrechamente ligada a la importancia que se le da al área central de la ciudad como posición dominante del espacio urbano —denominada la “cabeza” del organismo social de la ciudad—. Gottdiener comenta al respecto:

De acuerdo con McKenzie, la cualidad fundamental en la lucha por la existencia es la “posición” o el aspecto específico de la localidad de un individuo, institución o colectividad. McKenzie concebía las relaciones espaciales como dependientes de las fuerzas de competencia económica y la selección funcional. Estas afectaban la posición espacial y a la vez que las locaciones físicas cambiaban bajo el impulso de estas fuerzas, las relaciones sociales también lo hacían.(28)

El impulso biótico tiene su origen en lo que los miembros de la Escuela Ecologista de Chicago denominaban el “ciclo de estructura interna”. Este ciclo se compone de los procesos de *invasión, competencia, sucesión y acomodamiento* de las especies; procesos que los ecologistas urbanos retoman de la biología para explicar la primacía de los asentamientos urbanos sobre el campo, el establecimiento y suplantación de grupos étnicos en distintas áreas de la ciudad en diversos momentos, así como la diferenciación espacial de acuerdo a sus usos, además del crecimiento centrífugo de la ciudad a partir del centro tal como lo explica el modelo concén-

²⁷ Park, Robert E., Ernest W. Burgess & Roderick D. McKenzie. 1967. *The City*. Chicago: The University of Chicago Press, p. 4, 5, 20-22, 53, 64. Cf.: Berry, Brian J. L. & John D. Kasarda. 1977. *Contemporary Urban Ecology*. New York: Macmillan Publishing Co., p. 4; Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 27; Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, pp. 52, 53; Lezama, J. L., *Teoría social, espacio y ciudad*, pp. 183-211.

²⁸ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, pp. 29, 30.

trico de Burgess.(29)

En combinación con el impulso biótico, el impulso cultural resulta de la suposición de que los seres humanos son animales comunicativos. La interacción social que se da a través del intercambio de símbolos, el común acuerdo y la libertad de elección permite tanto la competencia como la cooperación entre individuos; culminando en un consenso de *orden moral*.(30) De esta manera, los procesos económicos, políticos y culturales que efectúan la transformación del espacio son el resultado de la suma de las acciones de todos los individuos que *voluntariamente* operan de acuerdo a este orden moral y a las leyes naturales de equilibrio.

Mientras que el impulso biótico regula el comportamiento de la *sociedad* en su totalidad definiendo la “naturaleza humana”, el impulso cultural ayuda a formar un sentimiento de *comunidad*, mediante la creación de lazos de cooperación que resultan de los valores culturales compartidos por personas en común. (31)

A pesar del equilibrio que en un principio conceden a ambos niveles o estímulos de la sociedad, los miembros de la Escuela Ecologista gradualmente van relegando el estímulo cultural a un segundo plano, aduciendo que la separación de los valores culturales (que varían de comunidad en comunidad) de los aspectos biológicos del comportamiento urbano hace posible definir los aspectos más universales del comportamiento humano que entran en el juego de la competencia económica y selección natural.(32) Consecuentemente, el enfoque de la ecología humana se concentró en el nivel biótico, dejando para la disciplina de la psicología social lo referente al nivel cultural.(33)

La relegación de las características culturales en la explicación del entorno urbano, así como la excesiva abstracción y reducción del fenómeno urbano —productos de una necesidad por explicar en términos científicos y absolutos— provoca la crítica temprana de la teoría ecológica urbana. Los modelos diagramáticos de Burgess o McKenzie fallan al ser sobrepuestos al espacio real y caótico de las ciudades, limitando la fuerza explicativa de sus teorías.(34) De esta manera, la teoría ecológica se ve impedida por su consideración de la sociedad urbana como una organización social horizontal, igualitaria en principio y paulatinamente diferen-

²⁹ *Op. Cit.*, p. 30; cf.: Park, R. E., E. W. Burgess & R. D. McKenzie. 1967. *The City*, pp. 47-62.

³⁰ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 28.

³¹ Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, p. 52.

³² Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 29; Lezama, J. L., *Teoría social, espacio y ciudad*, p. 209.

³³ Berry, B. J. L. & J. D. Kasarda. *Contemporary Urban Ecology*, p. 4.

³⁴ *Ibid.*; Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 34; Lezama, J. L., *Teoría social, espacio y ciudad*, pp. 229, 230.

ciada económica y funcionalmente a través de la competencia, que existe en un vacío y es, por ende, regulada por mecanismos internos.

Consecuentemente, la teoría ecologista omite el hecho de que la interacción no siempre ocurre sin conflicto, además del papel de la influencia de factores externos a la localidad que afectan en ella y que son jerárquicamente más significativos, como la intervención del Estado o los mercados económicos globales. Como se verá más adelante, estas características distinguen enfáticamente a la teoría ecológica de las teorías socio-urbanas basadas en el pensamiento marxista.

La segunda etapa de la escuela ecologista

A pesar de las críticas que esta teoría recibe —aún dentro de sus mismos adherentes— a partir de la segunda mitad del siglo veinte, el impulso de un grupo importante de economistas urbanos y geógrafos, dirigido por el sociólogo americano Amos Hawley, sirve para consolidar la visión de la forma urbana basada en las normas socio-biológicas y despojada por completo de los elementos culturales.⁽³⁵⁾ Con la publicación de su obra seminal *Human Ecology*, Hawley plantea una nueva formulación de la teoría ecológica urbana que busca superar las limitaciones descubiertas en el trabajo de los primeros ecologistas urbanos.⁽³⁶⁾

Esta nueva postura se centra en la organización de los ecosistemas humanos basados en tres proposiciones principales: adaptación, crecimiento y evolución; centrando su análisis en el sistema social —a diferencia de los primeros ecologistas— y no en los patrones físicos de asentamientos humanos.⁽³⁷⁾ Basando el desarrollo de la comunidad social en estas tres características, la ecología humana justifica la omisión de las nociones de clase, status y relaciones de poder, dándole a la estratificación social una explicación naturista, “explicando la distribución no equitativa de los recursos sociales sin la necesidad de mencionar conflicto, es más, como producida mediante la ‘cooperación’”.⁽³⁸⁾

Para la ecología humana, la tecnología es el factor determinante en la conformación de las comunidades humanas ya que permite una mejor movilidad a través del espacio. Esto es, a

³⁵ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 36. De acuerdo a Gottdiener, la importancia de esta teoría en la formación del pensamiento ortodoxo de economistas y geógrafos urbanos ha sido subestimada.

³⁶ Publicada en 1950, bajo el título de *Human Ecology: A Theory of Community Structure*; años más tarde (1986) Hawley publicaría su libro *Human Ecology: A Theoretical Essay*, reafirmando el lugar de esta postura teórica así como su importancia dentro de los estudios urbanos (ver bibliografía incluida).

³⁷ Hawley, Amos. 1986. *Human Ecology: A Theoretical Essay*. Chicago; London: The University of Chicago Press, p. 7; cf.: Berry, B. J. L. & J. D. Kasarda. *Contemporary Urban Ecology*, pp. 11-12.

³⁸ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 37.

través de los avances en la tecnología de las comunicaciones, es posible minimizar la “fricción del espacio”, haciendo posible la interacción entre individuos y comunidades, así como el intercambio de productos e ideas.(39) De esta manera, se incrementa la “densidad social” que permite el crecimiento de la organización social y la evolución de la civilización. “Los pueblos civilizados [...] son aquellos que han adquirido un alto grado de movilidad”, comenta Hawley.(40)

Además, esta postura tiene su base en la consideración de la expansión territorial como el instrumento necesario para el desarrollo social. De acuerdo con Hawley, la creciente complejidad y diferenciación de labores que permiten el progreso de la civilización sólo pueden ocurrir maximizando la interacción humana. Para que esto ocurra es necesario la expansión territorial de los asentamientos humanos y así facilitar tanto el acceso a las rutas de intercambio como el flujo de la población, lo que permite, nuevamente, incrementar la densidad social de la organización.(41)

Otra de las características de la segunda escuela ecologista es su alejamiento del concepto de la ‘competencia’ como generador de la organización social. Contrario al énfasis que la primera escuela pone en este concepto, la teoría ecologista posterior pone más valor a las relaciones de ‘cooperación’, simplificando las relaciones sociales a los procesos de *simbiosis* y *comensalismo* encontrados en otros sistemas naturales.(42) Debido a que el crecimiento socio-espacial es producido en base a la cooperación conjunta de los miembros de la comunidad, la expansión territorial no sólo es moralmente buena y económicamente necesaria, sino inevitable.

Esto es importante para el desarrollo de las disciplinas que estudian el espacio urbano, como la economía urbana y la geopolítica, ya que ha demostrado ser en gran medida el fundamento de la teoría del beneficio social basada en el crecimiento que éstas comúnmente exhiben. Como señala Gottdiener:

Como hasta ahora se ha planteado, ecologistas y geógrafos parecen sugerir que la forma urbana se configura como la inevitable consecuencia de la innovación tecnológica. Por ende, era poco lo que cualquiera de nosotros podía hacer, por ejemplo, para alterar el patrón de esparcimiento de la ciudad una vez que el au-

³⁹ Hawley, A. *Human Ecology: A Theory of Community Structure*. New York: The Ronald Press Company, pp. 236-238, 264.

⁴⁰ *Op. Cit.*, p. 325.

⁴¹ *Op. Cit.*, p. 348; ver sobre todo: caps. 18, 19 y 20; cf.: Berry, B. J. L. & J. D. Kasarda. *Contemporary Urban Ecology*, p. 12.

⁴² Hawley, A. *Human Ecology: A Theory of Community Structure*, pp. 67, 203; Hawley, A. *Human Ecology: A Theoretical Essay*, pp. 30-38.

tomóvil fue introducido en forma masiva.(43)

En resumen, podemos señalar las siguientes características como indicativas de la postura ecologista en el estudio de los asentamientos urbanos:

1. El estímulo biótico y la adecuación de conceptos biológicos darwinianos como explicación del comportamiento humano y la organización social.
2. El despojamiento de la importancia de los valores culturales en la generación del espacio.
3. La adhesión a la expansión territorial y la innovación tecnológica como factores de desarrollo social.
4. La importancia de la posición central como origen y fuente del crecimiento y diferenciación funcional y social.
5. La difusión del sistema urbano como un sistema en equilibrio, en el que la cooperación y competencia económica actúan de manera ordenada, ignorando la posibilidad de conflictos y conforme a las leyes de un mercado sin prejuicios o tendencias, un mercado perfecto.
6. La dependencia en modelos socioeconómicos abstractos, simplificados y ajenos a la complejidad real.
7. La confusión de la actividad de clasificar descriptivamente el contexto urbano con la conformación de una teoría analítica de comportamientos sociales, fetichizando el espacio y atribuyendo al objeto urbano la voluntad y características propias de los agentes sociales.

A partir de la segunda mitad del siglo veinte las limitaciones de la teoría ecológica urbana comienzan a mostrarse como insuperables debido al acelerado avance del desarrollo urbano y los conflictos que acarrea. La misma expansión territorial por la que abogan los ecologistas comienza a minar los fundamentos de la teoría en la medida en que ésta se encuentra de repente incapacitada para explicar las transformaciones urbanas ocurridas.

Aunque dichas transformaciones abarcan más de un siglo, y que los modelos teóricos de la Escuela Ecologista casi desde un inicio se habían presentado indemostrables en la realidad, es a partir de la Segunda Guerra Mundial y la subsecuente explosión demográfica que los cambios urbanos abruman los intentos de explicación. La ineficacia de la teoría ecológica urbana para responder a estos cambios y construir un modelo epistemológico adecuado, ter-

⁴³ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 74.

mina por limitarla al papel de instrumento clasificatorio y descriptivo de la realidad socio-espacial.

Esta suplantación del análisis por la descripción ha sido perjudicial para el entendimiento del espacio urbano, pero, a pesar de sus limitaciones, sigue siendo ampliamente difundida. Su influencia ha implicado la explicación de los fenómenos sociales asociados con la ciudad —positivos y negativos— a partir de un origen “natural” y no a causa de factores estructurales del sistema económico, político y cultural en el que se desarrollan. En palabras de Gottdiener:

Las explicaciones dominantes enfatizan un punto de vista del cambio basado en la demanda. Tratan los patrones espaciales como el producto de las preferencias del consumidor, esto es, como el efecto espacial de las elecciones locacionales de negocios y propietarios de vivienda. Por ende, los cambios socio-espaciales son percibidos descriptivamente y en términos demográficos, como si la economía funcionara de acuerdo con los deseos de las masas manifestados en el mercado. [...] Dichos tratamientos descriptivos de la reestructuración socio-espacial [...] son reconocidos como mistificaciones ideológicas porque proveen un cierto tipo de evidencia, que es falsa, de que dichos cambios son, de alguna forma, naturales o, mejor dicho, una representación orgánica de las preferencias individuales.⁽⁴⁴⁾

La Escuela Ecologista aportó en un principio un valioso cuerpo de técnicas de análisis, información y clasificación de la vida social de los asentamientos humanos. De tal manera, contribuyó a la creación de una disciplina científica encaminada al estudio de la sociedad urbana. No obstante, las limitaciones teóricas de su modelo explicativo hacen de ésta una teoría fallida.

Basando el desarrollo de la forma espacial urbana como producto del proceso de adaptabilidad inherente en los organismos vivos para adaptarse a los cambios ambientales —sean estos cambios tecnológicos, de organización social, o naturales—, esta teoría decide ignorar las condiciones culturales (raciales, políticas, económicas, etcétera) que intervienen en la producción del espacio y justifica la competencia por los recursos, los conflictos y desequilibrios socioambientales como parte del proceso natural de evolución por el que cualquier ecosistema pasa.

Como ha sido frecuentemente demostrado, las circunstancias en que el espacio social es producido implica más que el impulso biótico o el desarrollo tecnológico que la Escuela Ecologista alegan como su causa. Ha sido el papel de otras corrientes, como la teoría urbana mar-

⁴⁴ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, pp. 255, 256.

xista estructuralista y post-estructuralista, así como la teoría socio-espacial, develar el mito del determinismo biológico que aún al día de hoy permea las disciplinas del espacio.

La sociología urbana marxista

El estudio de la ciudad desde una perspectiva marxista se origina en los estudios realizados a finales del siglo diecinueve por Karl Marx, Friedrich Engels y Max Weber, quienes analizaron directamente e indirectamente el entorno urbano como producto de las fuerzas políticas, económicas y culturales del sistema capitalista en la sociedad industrial. Aunque existen ciertas diferencias en sus aproximaciones a la relación de los asentamientos humanos con la estructura socioeconómica, coinciden en su afirmación de considerar a las ciudades como una expresión física de la consolidación del capitalismo sobre el sistema feudal que le precede.

Mientras que para Marx la ciudad es la culminación de la hegemonía de la clase burguesa sobre la aristocracia feudal terrateniente, para Weber, la ciudad es el resultado de la alianza de la clase política con los mercaderes y artesanos de las ciudades en contra de los señores feudales que dominaban el campo.(45) Igualmente, el enfoque de su análisis varía: mientras que Marx se centra en las relaciones de producción, enfatizando el papel de la estructura económica, Weber se enfoca en los aspectos político-culturales de la sociedad.(46) Sin embargo, será Friedrich Engels quien se concentrará directamente en las condiciones sociales de la naciente ciudad industrial, estudiando las “grandes ciudades” de Inglaterra, especialmente Manchester, el principal centro textil a nivel mundial de la época y paradigma de la sociedad industrial.(47)

Conjuntamente, en el análisis de estos tres autores la ciudad es vista fundamentalmente como resultado de los procesos sociales que se desenvuelven sobre la estructura político-económica imperante, sobre todo, la lucha de clases y la acumulación del capital. (48) Estos mismos principios son los que darán forma a la escuela sociológica marxista de los años se-

⁴⁵ Lezama, J. L., *Teoría social, espacio y ciudad*, p. 125.

⁴⁶ Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, p. 66.

⁴⁷ Engels, Frederick. 1998[1895]. *The Condition of the Working Class in England*. Documento electrónico transcrito por Tim Delaney a partir de la edición publicada en 1969 por Panther Edition. La primera versión inglesa del texto fue publicada en Nueva York (1887) y Londres (1891). URL: <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1845/condition-working-class/> (consultado 12 marzo 2009).

⁴⁸ Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, p. 67.

senta, en adelante.(49)

La sociología crítica urbana

A pesar de la empatía y activismo de Robert Park y demás proponentes de la teoría ecologista para con las minorías y los desposeídos que habitaban las ciudades que eran objeto de su estudio, las limitaciones del modelo explicativo urbano de la Escuela de Chicago fueron un incentivo para adoptar una posición teórica más crítica al respecto; sobre todo a raíz de la explosión de los disturbios urbanos de los sesenta en los Estados Unidos. A la vez, debido a las propias revueltas laborales y estudiantiles que tenían lugar en Francia en ese momento, surge a finales de los sesenta, una escuela de sociología urbana crítica de las circunstancias presentes en esa época.

Como indica Lezama, para entonces, Francia llevaba varios años de una sistemática intervención del Estado en el desarrollo económico y urbano del país debido la creencia que la planificación urbana era el medio para el crecimiento económico. Por lo mismo, el gobierno francés decide adoptar una postura basada en la tecnología y la ciencia de la planificación, enlistando a sociólogos de distintas universidades para la investigación urbana de tal forma que el Estado pudiera “contar con una fuerza de trabajo calificada para sustentar política e ideológicamente las obras públicas”.(50) El resultado, sin embargo, fue la concentración del poder en manos de un gobierno burocrático centralizado y una sociedad fuertemente estratificada.(51)

Como crítica a este sistema surge un modelo de pensamiento sobre la ciudad y lo urbano basado en la filosofía marxista.(52) Esta escuela europea de sociología urbana se convierte en una fuerte influencia para el desarrollo del análisis marxista gestándose en los Estados Unidos en ese momento con la intención de sustituir la “gastada aplicación de correlaciones factoriales descriptivas urbanas por una vibrante síntesis que pudiera, por un lado, descubrir los procesos mediante los cuales el entorno urbano ha tomado su forma actual y, por el otro, explicar las características del desarrollo espacial desigual y las crisis asociadas con él”.(53)

⁴⁹ Es curioso observar el modo en que, a pesar de restablecer la cualidad social del espacio después de su relegación a un segundo plano por varios siglos, la teoría marxista es a su vez relegada por varias décadas, durante la primera mitad del siglo veinte, mientras que el determinismo científico y el espacio abstracto prosperan como herramientas útiles del capitalismo, solamente para resurgir en los años sesenta, en el momento de una profunda transformación económica, demográfica y social similar a la Revolución Industrial que vivió Marx, y que inaugura otro periodo del capitalismo conocido ahora como Capitalismo Tardío.

⁵⁰ Lezama, J. L., *Teoría social, espacio y ciudad*, p. 244.

⁵¹ *Op. Cit.*, p. 245.

⁵² *Op. Cit.*, p. 247.

⁵³ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 71.

De acuerdo con Gottdiener, las distintas vertientes de la escuela crítica de la sociología urbana basadas en el marxismo pueden agruparse de acuerdo con los aspectos del modo de producción capitalista que enfatizan como determinantes del espacio de la ciudad. De tal forma, estas corrientes pueden dividirse en:

- 1) Teorías basadas en el conflicto de clases;
- 2) teorías sobre el papel de la acumulación del capital en la producción urbana;
- 3) teorías que resaltan la relación dialéctica entre el espacio social y la estructura cultural, económica y política.(54)

La primera de estas teorías señala que la forma urbana está determinada por los conflictos entre la clase trabajadora y la clase capitalista. Por tal motivo, la locación de los centros de producción depende más de la relación entre estas clases que de factores como la cercanía a vías de comunicación o mercados de venta. Por ejemplo, para evitar transgresiones al proceso productivo, los dueños de fábricas pueden preferir localizarse en regiones periféricas, alejadas de los centros urbanos que conglomeran un importante número de trabajadores.

La cercanía entre trabajadores puede facilitar la organización de movimientos laborales en busca de mejores condiciones para ellos. Al aislar a los empleados de la fábrica se evita semejante evento. De igual forma, la migración de industrias a otros países puede aducirse que obedece a la posibilidad de contar con una mano de obra barata, pero, también por la búsqueda de un lugar donde exista una débil (o corrupta) organización laboral y donde los miembros de la fuerza laboral se componga de individuos culturalmente reprimidos, por ejemplo, niños y mujeres.(55)

Por su parte, las teorías que se enfocan en el papel de la acumulación del capital, basan el desarrollo de la forma urbana en la necesidad del capitalismo por ampliar su base de operaciones. Debido a que la acumulación necesita de la continua expansión del sistema productivo (los medios de producción, el circuito de intercambio, el territorio controlado y el trabajo), el capitalismo requiere de la continua expansión del espacio urbano.(56) Como ha escrito el geógrafo marxista David Harvey, uno de los principales proponentes de esta teoría: “La urbanización siempre ha sido acerca de la movilización, producción, apropiación y absorción

⁵⁴ *Op. Cit.*, caps. 4, 5; Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, pp. 70-83.

⁵⁵ Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, p. 72.

⁵⁶ Hill, R. 1974. “Capital Accumulation and Urbanization in the U.S”. *Comparative Urban Research* 2: 39-60, en Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 87.

de los excedentes económicos".(57)

Para la teoría de la acumulación del capital, el proceso acumulativo que comienza con la producción de bienes eventualmente —debido a la inherente competencia del capitalismo y la tendencia a generar excedentes— se desborda de los confines de la fábrica en busca de inversiones con mejores rendimientos. Consecuentemente, las ganancias de la producción de bienes son invertidas en el contexto físico tanto para el consumo (casas, restaurantes, cines, etcétera) como para su utilización en el proceso productivo (redes carreteras, fábricas, etcétera), generando de esta forma un nuevo circuito para el movimiento del capital, esto es, el *segundo circuito de capital*.(58)

Este segundo circuito de capital opera sobre la base de la posibilidad de generar ganancias mediante la inversión especulativa, la producción y la compraventa de bienes inmobiliarios. Para este efecto, se ponen en marcha varios mecanismos: por un lado, un sistema de financiamiento que permite el movimiento del capital excedente del primer circuito al segundo; por otro lado, la participación del Estado como organismo que regula el uso del espacio físico y estimula la inversión en el segundo circuito de capital ya sea directamente (a través de obras públicas) o indirectamente (promoviendo un buen 'clima empresarial'). Luego entonces, el gobierno y las instituciones financieras trabajan a manera de "centro neurológico colectivo", a cargo de las relaciones entre circuitos y, consecuentemente, de la forma urbana.(59)

De acuerdo con la teoría de la acumulación, en el espacio urbano confluyen intereses variados, pero todos bajo un mismo principio: la continua expansión del valor excedente. Sin embargo, debido a la naturaleza coercitiva del capitalismo (i.e., el juego de 'suma cero'), esta intervención en el espacio resulta inevitablemente *desigual*. Esta desigualdad es generada por la competencia entre capitalistas por las locaciones y tecnologías que estiman les proporcionarían mayores ventajas ante sus competidores y, por tanto, mayores beneficios económicos.(60)

Neil Smith denomina este fenómeno como el "subibaja" del capital:

Si la acumulación de capital supone el desarrollo geográfico y si la dirección de este desarrollo es guiado

⁵⁷ Harvey, David. 1989. *The Urban Experience*. Baltimore: John Hopkins University Press, p. 53.

⁵⁸ *Op. Cit.*, p. 61-65.

⁵⁹ *Op. Cit.*, p. 65.

⁶⁰ *Op. Cit.*, p. 43-53; ver también: Harvey, David. 2006. *Spaces of Global Capitalism*. London; New York: Verso, pp. 95-109.

por la tasa de rendimiento, entonces podemos pensar en el mundo como una ‘superficie de rendimiento’ producido por el capital mismo, en tres escalas distintas[...] La movilidad del capital conlleva el desarrollo de áreas con una alta tasa de rendimiento y el subdesarrollo de aquellas áreas donde una baja tasa de rendimiento corresponde. Pero el proceso de desarrollo en sí mismo lleva hacia la disminución de esta tasa de rendimiento mayor [...] Esto es, el capital intenta columpiarse de un área desarrollada a una subdesarrollada, después, en un punto más adelante, de vuelta hacia la primera área que para entonces se encuentra subdesarrollada, y así subsecuentemente.(61)

En la sociedad capitalista, el espacio se pretende como una herramienta más al servicio de la producción de riqueza. El Estado y la clase capitalista se alían de manera que se establezca el control de la lucha de clases y la reproducción de las relaciones de producción. Así mismo, el espacio urbano se configura para estimular el consumo y mantener un ambiente “adecuado” para la inversión comercial e industrial. Además de esto, valores culturales subyacentes (e.g., prejuicios raciales o de género) agregan un punto más de conflicto a la de por sí tensa lucha de clases. Todos estos factores influyen en las decisiones respecto al proceso de urbanización.

Como se verá a continuación, estas afirmaciones son similares a las planteadas por la teoría socio-espacial —esta similitud no es gratuita, ya que, como el mismo Harvey reconoce, retoma de Henri Lefebvre varios aspectos de su teoría sobre la producción del espacio—. La diferencia principal entre estas posturas radica en que la teoría de la acumulación concentra la producción del espacio en el proceso de la producción en general, esto es, en la idea de que el espacio es controlado y construido orquestalmente por una clase capitalista bajo el respaldo del Estado con el fin de obtener beneficios económicos —directa o indirectamente— mediante su explotación.

Por lo mismo, el desarrollo desordenado y desigual de las ciudades es explicado por las teorías de la acumulación como el resultado de la competencia entre fracciones de capital por apropiarse de esos recursos. Esto supone, parafraseando a Gottdiener, una excesiva facultad intuitiva de la clase capitalista para actuar exitosamente en favor de sus intereses, además de una omnipotencia incontestable gracias al apoyo absoluto del aparato estatal; esto, sin contar además con el hecho de que los capitalistas, políticos y banqueros también hacen uso del espacio en su vida cotidiana, por lo que también pueden expresar intereses personales en lo que a éste se refiere.(62)

Particularmente, Gottdiener ha señalado dos errores “reduccionistas” en la formulación de la

⁶¹ Smith, N. *Uneven development*, pp. 197-198.

⁶² Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, pp. 98, 99; Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, p. 80.

teoría de la acumulación de Harvey. El primero, al asignar al proceso de la acumulación de capital el papel más importante en la producción del espacio; y segundo, al reducir el concepto del espacio a su componente material.

En el proceso productivo, Harvey reduce el papel del espacio a las formas del contexto construido, por ejemplo, implicando que a través de la renovación de la infraestructura urbana el capital obtiene mayores rendimientos debido a que hace más eficiente la producción y el consumo de bienes. Contrario a esta hipótesis, Gottdiener señala un aspecto distinto en la producción del espacio: éste no puede ser limitado a su componente material porque el *diseño del espacio* también juega un papel importante tanto en su conformación física como en la interacción que tiene con la estructura socioeconómica ya que: “el mal diseño y la planeación descoordinada pueden de hecho *impedir* la formación de capital, siendo *improductivo* y, por lo tanto, no funcional para la clase capitalista en absoluto”.(63)

En resumen, al incluir los elementos de la estructura socioeconómica en el proceso productivo de los asentamientos humanos, tanto la teoría de la lucha de clases como la teoría de la acumulación suponen un gran avance en el entendimiento del espacio dentro del contexto social mayor; superando las limitaciones epistemológicas de la teoría ecológica urbana. No obstante, estas teorías urbanas marxistas ortodoxas caen nuevamente en la trampa funcionalista que condiciona a la teoría convencional.

Al determinar el contexto de las ciudades como el efecto de una causa en particular (lucha de clases, tecnología o circulación del capital), ignoran la naturaleza *dialéctica* de los procesos sociales y recaen en el “reduccionismo endémico” de la teoría ecologista.(64) Igualmente, rechazan o relegan a un segundo plano la capacidad de agencia de las personas, el concepto de la *diferencia* (cultural, racial, de género, etcétera) dentro de la composición de la sociedad urbana y la importancia del *espacio vivido* en la transformación del espacio social. Como se verá enseguida, la teoría socio-espacial integra estos conceptos dentro de su epistemología, suponiendo una mejor aproximación al problema de la producción social del espacio urbano.(65)

La teoría socio-espacial

La tercera de las teorías urbanas basadas en el marxismo es la teoría socio-espacial.

⁶³ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 187 (énfasis añadido).

⁶⁴ *Op. Cit.*, p. 108.

⁶⁵ *Op. Cit.*, pp. 198-200; Gottdiener, M. & R. Hutchison, *The new urban sociology*, p. 80; ver también: Goonewardena, K. *et al.* (eds.). *Space, difference, everyday life*, pp. 6-8.

Tiene su fundamento en la teoría de la producción del espacio de Henri Lefebvre, quien a lo largo de una fructífera carrera como sociólogo y filósofo, estudió la relación entre el modo de producción capitalista, el Estado, la ideología y la vida cotidiana bajo una perspectiva marxista.⁽⁶⁶⁾ Posteriormente, varios autores, entre los que destacan Mark Gottdiener y David Harvey, profundizan en estas proposiciones, actualizándolas de acuerdo a las circunstancias propias del capitalismo tardío, sobre todo en relación con los fenómenos de la globalización, la expansión y conglomeración de centros urbanos en regiones metropolitanas, el desarrollo desigual y el neoliberalismo.

Aunque todos estos factores se vieron acrecentados durante la vida de Lefebvre —quién incluso anticipaba muchos de ellos en sus escritos, como es el caso de la urbanización casi total del mundo a principios del siglo presente—, éste nunca definió una teoría concreta al respecto. O, mejor dicho, ejemplificando lo que para el filósofo implica el pensamiento dialéctico, Lefebvre nunca pretendió concretar sus ideas, dado que “el camino de lo ‘concreto’ conduce a través de la activa negación teórica y práctica, a través de contraproyectos o contraplanes [...] y, en consecuencia a través de la intervención activa y masiva de las partes interesadas”.

(67)

De hecho, varios de quienes han analizado sus aportaciones comentan sobre la costumbre del filósofo de nunca concretar sus ideas en un análisis marxista aplicable, obligándolos invariablemente a luchar con la vaguedad de sus conceptos.⁽⁶⁸⁾ “Ser lefebvreano, se ha dicho, es más una sensibilidad que un sistema cerrado”, comentan Kofman y Lebas.⁽⁶⁹⁾ Esto explica por qué es tan común y tan amplio el espectro de la apropiación de sus conceptos, ya sea por el posmodernismo (e.g., Frederic Jameson, Edward Soja) o por la economía política (e.g., David Harvey, Neil Smith), aún a pesar de que éste no haya sido el propósito original de Lefebvre. Pero a la vez, también explica la riqueza de su teoría y el enorme potencial que con-

⁶⁶ Henri Lefebvre vivió casi la totalidad del siglo XX; nació el 16 de junio de 1901 y falleció en 1991, el 29 del mismo mes, noventa años después. Escribió sobre variados temas (literatura, lenguaje, historia, marxismo, filosofía, la ciudad y el campo, el espacio, la modernidad y la vida cotidiana) a lo largo de sesenta años, publicando más de sesenta de libros. Existen varias publicaciones biográficas suyas, antologías y numerosos comentarios respecto a su obra. En particular cabe mencionar las biografías de Remi Hess y Andy Merrifield, las antologías de Stuart Elden, Eleonor Kofman y Elizabeth Lebas, así como los análisis, comentarios y posteriores desarrollos a partir de sus ideas que han realizado Mark Gottdiener, David Harvey, Neil Smith, Edward Soja y Fredric Jameson, entre otros. Un listado completo de las obras de Lefebvre se encuentra en la antología editada por Kofman y Lebas, *Writings on Cities*, 1996, Blackwell Publishing.

⁶⁷ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 419.

⁶⁸ Cf.: Harvey, D. *The Urban Experience*, p. 263; Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, pp. 132, 154, 157; Goonewardena et al. *Space, difference, everyday life*, pp. 6-12, 41-43.

⁶⁹ Kofman, Eleonor & Elizabeth Lebas. “Lost in Transposition - Time, Space and the City”. En *Writings on Cities*. Lefebvre, Henri. Oxford: Blackwell Publishing, p. 8.

tiene para entender el espacio de una manera más completa. En palabras de Kofman y Lebas:

La conceptualización de Lefebvre es dinámica, enfatizando el movimiento dialéctico, la complejidad, los conflictos y las contradicciones. Conceptos del pasado no son descartados, pueden ser reconsiderados de manera creativa. Aplica una dialéctica abierta y no-teleológica que es eminentemente adecuada para pensar a través de las transformaciones que tienen lugar en las ciudades y sus relaciones con el vasto mundo. Estas relaciones empiezan con lo urbano como lo cotidiano y lo vivido, de los cuales debemos construir nuestras ideas y proyectos, pero son receptivas a las coyunturas y estructuras cambiantes. El entendimiento no es, sin embargo, cerrado o agotado por el análisis, siempre hay una abertura.(70)

Elementos de la teoría de la producción del espacio

La relación dialéctica

El propósito de la teoría de la producción del espacio es restablecer la importancia del espacio en la discusión marxista sobre el pasado, presente y futuro de la sociedad. Su intención es, en palabras de Lefebvre, “re-conectar elementos que han sido separados y remplazar la confusión con distinciones claras, reunir lo truncado y re-analizar lo entremezclado”.(71)

La teoría de la producción del espacio tiene como característica principal la consideración de la relación entre el espacio urbano y la estructura social como una relación *dialéctica*. Lo primero que es posible deducir de esta premisa es que el espacio y la sociedad son *indivisibles*: “Una sociedad es un espacio y una arquitectura de conceptos, formas y leyes cuya verdad abstracta es impuesta en la realidad de los sentidos, de los cuerpos, de los deseos y las pasiones”.(72) Esto es, el espacio no tiene existencia independiente de la realidad social y, a la vez, la sociedad se realiza *espacialmente*.(73)

No es sólo que la sociedad y el espacio interactúen entre sí, sino que mediante la elaboración y el uso del espacio las relaciones sociales de todo tipo (entre trabajadores y capitalistas, entre hombres y mujeres, entre naciones, etcétera) se reproducen y legitiman, determinando así la estructura social: “Con la ‘producción del espacio’ la práctica humana y el espacio [físico] son integrados en el nivel del concepto mismo del espacio”, comenta Neil Smith.(74)

¿Pero, de qué forma funciona esta relación? ¿Y, qué es lo que esto implica para una sociedad capitalista como en la que vivimos? Para contestar estas preguntas es preciso primero definir

⁷⁰ *Op. Cit.*, p. 53.

⁷¹ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 413.

⁷² *Op. Cit.*, p. 139.

⁷³ Schmid, Christian. 2008. “Henri Lefebvre’s theory of the production of space: towards a three-dimensional dialectic”. En *Space, difference, everyday life*. K. Goonewardena, et al., p. 28.

⁷⁴ Smith, N. *Uneven development*, p. 107.

el proceso productivo y cómo tiene lugar en el espacio.

El proceso productivo

El proceso productivo se encuentra en el centro de la teoría de Lefebvre sobre el espacio. Su comprensión de este proceso se basa en el materialismo dialéctico de Marx. Este señala que la práctica material, esto es, la *praxis*, y no el pensamiento, es el medio a través del cual el ser humano puede realizarse o trascender. “Al actuar el hombre modifica la Naturaleza, tanto alrededor como *dentro de sí*. Crea su propia naturaleza actuando sobre la Naturaleza. Se trasciende a sí mismo en la Naturaleza y trasciende la Naturaleza en sí mismo”, explica Lefebvre, “dándole forma a sus propios requisitos [el ser humano] se modifica a sí mismo en su propia actividad y crea nuevos requisitos para sí. *Se forma a sí mismo y se comprende a sí mismo como un poder al crear objetos o ‘productos’*”.(75)

El materialismo dialéctico concibe al producto no solo como un objeto, sino como algo que representa una unidad mayor (entre mente y cuerpo, Naturaleza y ser humano) y la “personificación de la actividad”.(76) Al poner el énfasis en la actividad, en el *proceso*, este método filosófico, como lo llamara Lefebvre, se distingue tanto del idealismo que se centra en la “actividad pura” de la mente, independiente del contenido (material), como del objetivismo que representan las posturas positivistas, empiricistas, o materialistas ordinarias y que colocan al objeto independientemente de la actividad.(77)

La suma de estos actos productivos, que incluyen la acción y el pensamiento, la labor física y el conocimiento integran la Praxis. Esta a su vez conforma a la ‘totalidad social’ que permite al ser humano organizar al mundo exterior de forma práctica de manera que pueda apropiarlo.(78) “La creación que es perseguida en la Praxis, a través de la suma de actos individuales y existencias y a través de todo el desarrollo de la historia es la creación del ser humano por sí mismo”, dice Lefebvre.(79)

La Praxis no es otra cosa que la actividad social del ser humano a través de la historia, o “la ‘vida real’, esa vida que es a la vez más prosaica y más dramática que aquella del intelecto especulativo”.(80) Como tal, es a través de este proceso productivo que el ser humano perci-

⁷⁵ Lefebvre, Henri. 2009. *Dialectical Materialism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, p. 106 (énfasis añadido).

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Op. Cit.*, p. 115.

⁷⁹ *Op. Cit.*, p. 117.

⁸⁰ *Op. Cit.*, p. 100.

be el mundo, lo ordena y delimita, haciendo su propia Naturaleza a través de los mismos instrumentos y técnicas que concibe.

Consecuentemente, los objetos tanto físicos como sociales (e.g., instituciones, sistemas, ideologías y modos de organización) adquieren una forma y un contenido doble, abstracto y concreto a la vez. Concreto, porque tiene una substancia específica y resulta de una actividad específica; abstracto, porque tiene contornos definibles y medibles y porque es parte de una existencia social y “portador de una serie entera de nuevas relaciones adicionales a su substancialidad (en el lenguaje o, de otra forma, en la evaluación cualitativa de la sociedad como mercancía”.(81)

De esta manera, los objetos producidos tienen la doble función de, por un lado, *servir* para algo *inmediato*, y por otro *delimita* las posibilidades de acción en el futuro. De acuerdo con Lefebvre, “los objetos materiales intervienen en la sociedad humana: son ‘bienes’. Son un estímulo a la actividad social, las necesidades humanas y las relaciones, pero también imponen ciertas determinaciones en esta actividad”.(82) Esto mismo puede decirse del espacio.

La producción del espacio

“Lo que los psicólogos llaman ‘percepción’ o el ‘mundo perceptible’ es en realidad el producto de la actividad humana a nivel histórico y social”, comenta Lefebvre. A través de la actividad “práctica y concreta” el ser humano da forma al mundo externo y sus fenómenos. “Luego entonces, el ‘mundo’ es el espejo del ser humano porque el ser humano lo hace: es la tarea de su vida cotidiana hacer esto”.(83)

En el espacio se despliega el proceso productivo coordinando materiales y energías que se ponen en marcha para alcanzar un fin determinado. Pero el espacio no es el efecto de una causa determinante en particular. Por el contrario, el espacio es producto de la interacción de múltiples actores y circunstancias sociales, mismas que se ven afectadas por la forma en que se desenvuelven en el ‘mundo perceptible’, esto es, en el *tiempo* y en el *espacio*. Por ende, al hablar del espacio estamos tratando también con la historia de la humanidad. A través de esta historia, ha cambiado la forma en que el espacio es concebido y producido.

Cada sociedad produce su propio espacio. Una vez producido, el espacio tiene la capacidad

⁸¹ *Op. Cit.*, p. 107.

⁸² *Op. Cit.*, p. 134.

⁸³ Lefebvre, H. 2008. *The Critique of Everyday Life*, Vol. I. London; New York: Verso, p. 163; ver también el volumen segundo de esta obra, especialmente el capítulo tercero.

de influir en la manera en que la producción y reproducción de la sociedad ocurre. Consecuentemente, tiene la capacidad de influir en la dimensión social de los objetos producidos. El espacio asigna y delimita lugares específicos para las relaciones de reproducción (la organización de las relaciones bio-fisiológicas entre géneros y entre distintos grupos de edad, así como la organización específica de la unidad familiar), y para las relaciones de producción (la división del trabajo y su organización jerárquica).

De esta forma, el espacio funciona —al igual que otros objetos sociales como la labor, el capital y la tecnología— como una fuerza que activamente participa en el proceso productivo. Consecuentemente, la relación entre los objetos (recordemos que las formas de organización, instituciones, ideologías, y demás construcciones no-físicas concebidas por el ser humano también son objetos) y el espacio deja de ser una relación causal.

Al mismo tiempo, es posible racionalizar estos actos porque ocurren en el espacio, *fenomenológicamente* concebimos nuestra existencia y nuestro espacio. Es a través de nuestros sentidos que comprendemos los fenómenos que ocurren a nuestro alrededor. “Capaz de entender y organizar ciertas totalidades, ciertas formas, el ojo humano es más que solamente el órgano natural de visión de un vertebrado superior”, dice Lefebvre.(84) Pero al mismo tiempo, los sentidos se transforman a través de la interacción con los objetos exteriores, de tal forma que “nuestros sentidos, órganos, necesidades vitales, instintos y sentimientos han sido permeados de consciencia, de razón humana, ya que ellos también han sido formados por la vida social”.(85)

De esta manera, es posible definir la relación dialéctica entre espacio y sociedad. Pero, además, también se divide un segundo movimiento dialéctico: esta vez entre la estructura social y el individuo, o entre la agencia y la estructura.

La agencia y la estructura

Para la teoría socio-espacial, una de las características de la interacción entre el espacio físico y la sociedad es que contiene dos componentes: la *agencia* y la *estructura*. Esto coloca a la teoría socio-espacial dentro de la tradición de la teoría social de la *estructuración*.(86)

La teoría de la estructuración define a la agencia como la capacidad de los individuos para

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ *Op. Cit.*, p. 196, 199; cf.: Giddens, Anthony. 1986. *The Constitution of Society*. s.l.:University of California Press.

actuar sobre su realidad, esto es, “conciernen eventos en los cuales un individuo es el *perpetrador*, en el sentido de que el individuo puede, en cualquier fase de una determinada secuencia de conducta, haber actuado de manera diferente”.(87). Al concederle al individuo el poder de actuar sobre su entorno, la teoría de la estructuración implica —al igual que lo hacía Lefebvre— que su comprensión del mundo y de sí mismo es algo inherente a su acción, una ‘conciencia práctica’ por medio de la que “los actores saben tácitamente cómo proseguir en los contextos de la vida social sin poderles dar una explicación discursiva directa”.(88)

Por otro lado, la estructura se conforma de los soportes económicos, políticos y culturales que moldean las relaciones sociales, desde el modo de producción hasta las relaciones entre individuos, normas e instituciones, así como las costumbres, ritos y símbolos que conforman el imaginario colectivo de una sociedad y sus artefactos culturales.

Esta estructura se establece mediante la reproducción de la sociedad, es decir, mediante el proceso de socialización. El proceso de la estructuración se refiere a la construcción de esta estructura social a través de nuestras acciones. La estructura social se refiere entonces a los patrones de nuestro comportamiento social. Por lo tanto, a fin de que la estructura se sostenga, debe de ser reconstruida a cada instante por los “bloques constructivos” de los seres humanos. El proceso de *estructuración* es precisamente esta “vía de dos sentidos” por la cual “damos forma a nuestro mundo social a través de nuestras acciones individuales y por la cual somos moldeados por la sociedad”.(89)

De esta forma, los productos sociales —desde los artefactos domésticos para comer, dormir o habitar hasta los sistemas de gobierno e ideologías— adquieren la propiedad de la estructura “en la medida en que son reproducidos crónicamente a través del tiempo y el espacio”.(90) Igualmente, en la producción del espacio tanto la agencia como la estructura influyen de manera paralela. “Las formas espaciales son productos *supeditados* a la articulación dialéctica entre acción y estructura”, comenta Gottdiener.(91)

Para la teoría socio-espacial las relaciones de producción son *simultáneamente* económicas, políticas y culturales y las formas espaciales un *epifenómeno* y no un resultado directo de la

⁸⁷ Giddens, A. *The Constitution of Society*, p. 9.

⁸⁸ *Op. Cit.*, pp. xxii-xxiii, 6-8.

⁸⁹ Giddens, Anthony & Mitchell Duneier. 2000. *Introduction to Sociology*. 3rd. ed. New York; London: W.W. Norton & Company, Inc., p. 7.

⁹⁰ Giddens, A. *The Constitution of Society*, p. xxi.

⁹¹ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 199.

estructura: “En la superficie [las formas espaciales] son producidas por la articulación entre agencia y estructura, un proceso que no es sólo relativamente libre de la determinación económica, sino que está abierto a la continua renegociación en la medida en que procesos económicos, políticos y culturales intersectados se enfrentan en el espacio”, explica Gottdiener.(92) Por lo mismo, “el entendimiento de la producción del espacio requiere un acercamiento sintético que se alargue entre los polos gemelos de la estructura y la acción para unir ambos en una especificación de la articulación espacio-sociedad”.(93)

En la producción del espacio la agencia puede ser definida como las “acciones de grupos sociales en respuesta a incentivos sistémicos”.(94) A través de estos actos el espacio se va conformando temporalmente. La estructura del espacio “es el resultado de una historia que debe ser concebida como la obra de ‘agentes’ sociales o ‘actores’, de ‘sujetos’ colectivos actuando en empujes sucesivos, soltando y moldeando discontinuamente (relativamente) capas del espacio”, describe Lefebvre, “de sus interacciones, estrategias, logros y fracasos surgen las cualidades y ‘propiedades’ del espacio urbano”.(95) Consecuentemente, los individuos o grupos sociales pueden dividirse según la posición que ocupan en este proceso y el interés que los anima a actuar (económico, político o social). Así, por ejemplo, banqueros, ambientalistas, propietarios, constructores, políticos, arquitectos, y demás, demuestran intereses determinados, una vez en común, otra vez en conflicto, que influyen en la configuración del espacio socio-físico.(96)

Si bien, como se ha comentado, el espacio es el producto de la actividad física y cognoscitiva del ser humano, debido a su dimensión socio-histórica, esta actividad está organizada bajo los parámetros del tipo de sociedad que la concibe. Por lo mismo, en una sociedad organizada vertical y horizontalmente (e.g., en clases sociales y división de trabajo), el proceso productivo que moldea el espacio está organizado de manera similar; lo que implica que la actividad de ciertos individuos —o las instituciones sociales que toman el lugar de los individuos— tendrá más relevancia o mayor control en este proceso.

Esto implica que la agencia de los individuos no es enteramente independiente de las condiciones en que opera. La capacidad con la que las personas pueden actuar en su entorno de-

⁹² *Op. Cit.*, p. 207.

⁹³ *Op. Cit.*, p. 218.

⁹⁴ *Op. Cit.*, p. 219.

⁹⁵ Lefebvre, Henri. 2003. *The Urban Revolution*. Minneapolis: University of Minneapolis Press, p. 127.

⁹⁶ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, pp. 218-219.

pende en buena medida de los mecanismos que la estructura social implementa. Este es un hecho significativo, ya que explica varias circunstancias que tienen lugar en el proceso productivo del espacio dentro del modo de producción capitalista.

Primero, el hecho que ciertos grupos sociales tengan un papel más relevante que otros en la configuración del contexto espacial. Segundo, la manera en que el espacio se conforma frecuentemente expone las contradicciones mismas del sistema social en el que participa —por ejemplo, un sistema en donde los valores culturales y los valores económicos no correspondan entre sí y exista una contradicción—. Y, tercero, lo que Lefebvre denomina “el silencio de los usuarios”, el fenómeno de pasividad, conformismo y apatía política que exhibe la mayoría de las personas ante la explotación del espacio.⁽⁹⁷⁾

En particular, en el caso del capitalismo tardío el grupo que conforma la clase capitalista que se dedica a invertir en el segundo circuito de capital (el mercado inmobiliario) tiene una importante influencia en el desarrollo urbano. Normalmente, el Estado juega también un papel determinante en este proceso. Por un lado, el Estado busca el control del territorio, ya que de ello depende su supervivencia. Por otro, el Estado también debe de proveer de cierta “calidad de vida”, si acaso con el único fin de mantener la reserva de mano de obra necesaria para la reproducción del modo de producción.

Bajo el modo de producción capitalista, un agente importante en la producción del espacio es la coalición entre el Estado y los distintos grupos sociales que favorecen el *crecimiento* de los asentamientos humanos. Dicha coalición centra su interés en este proceso por la implicación que éste tiene en la multiplicación de capital económico, en el caso de los inversionistas, y político, en el caso de los gobernantes (e.g., impuestos y votos; rentas y burbujas inmobiliarias). Con este fin, forman redes de desarrollo que incluyen miembros públicos y privados que ejercen su agencia para canalizar el crecimiento de la forma espacial de acuerdo con sus intereses.⁽⁹⁸⁾

No obstante, esta intervención no es una acción enteramente coordinada como los proponentes de la teoría de la acumulación de capital sugieren. Distintos grupos sociales participan en la producción del espacio cooperando y enfrentándose de acuerdo con sus intereses. Un factor importante en la producción del espacio capitalista es que las contradicciones inherentes en el sistema se manifiestan en el desarrollo de un contexto urbano desigual, plagado de

⁹⁷ Lefebvre, H. *The Production of Space*, pp. 51, 56, 233, 364, 365, 383; ver también: Lefebvre, H. *The Urban Revolution*, pp. 181-188.

⁹⁸ Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, p. 220.

conflictos ambientales y sociales que se asocian causalmente a las ciudades, como la delincuencia, la contaminación y el deterioro ecológico.

La consideración de la producción del espacio como dependiente del binomio agencia-estructura es una de las características más importantes de la teoría socio-espacial, ya que la distingue del determinismo de la escuela ecologista así como de las aproximaciones estructuralistas y político-económico marxistas, que observan cualquier representación material como parte de la superestructura y supeditada incondicionalmente a la estructura político-económica.

Sin embargo, es preciso considerar otra de las herramientas creadas por el ser humano y que ha servido para la reproducción del *status quo* social: la *ideología*. De ésta se hablará a continuación, como parte de la concepción mental del espacio, cabe tan sólo aquí mencionar la considerable influencia que la ideología tiene en la manera en que se define la actuación de las personas en el proceso de la construcción del espacio.

Las categorías espaciales

De acuerdo con la teoría de la producción del espacio el proceso productivo espacial puede dividirse en tres categorías distintas, equivalentes al espacio físico, el espacio mental y el espacio social analizado al principio de este capítulo. Estas categorías se entrelazan en una compleja interacción que es incapaz de definirse exclusivamente en relación con la estructura económica. Lefebvre denomina estas categorías como: 1) la *práctica espacial*; 2) la *representación del espacio*; 3) el *espacio figurativo*.

Estas categorías son *momentos* de la experiencia del espacio que no pueden ser reducidos a las relaciones de producción, como sugiere la aproximación marxista ortodoxa, ni puede ser explicado como un proceso biológico que propone la ecología urbana. Aún cuando el capitalismo intente reducir el espacio a su valor de cambio, la comodificación del espacio requiere de la integración de estos tres momentos. Como comenta Christian Schmid, el intercambio comercial que alimenta al capitalismo “requiere de la comunicación, confrontación, comparación y, por tanto, del lenguaje y el discurso, los signos y el intercambio de signos, por ende, de un intercambio *mental*, en orden de que ocurra un intercambio *material*”, igualmente, explica Schmid, esta relación contiene “un aspecto *afectivo*, un intercambio de sentimiento y pasiones que, a la vez, tanto desata como liga el encuentro”.(99)

⁹⁹ Schmid, C. “Henri Lefebvre’s theory of the production of space”, p. 40.

La ideología como estrategia: las representaciones espaciales

Históricamente, en su intervención por el control del espacio, tanto el Estado como las clases dominantes han favorecido la concepción de un espacio abstracto, homogéneo y cuantificable. Dentro del modo de producción del capitalismo, la abstracción del espacio supone un mejor medio para el intercambio comercial, el control social y la acumulación de capital.⁽¹⁰⁰⁾ La aceptación de esta concepción por parte de la sociedad en su conjunto depende de la habilidad del Estado y el capital de convencerla de los beneficios que supone. Para esto, recurren al mecanismo de la ideología, que sirve para delimitar los campos de conocimiento y favorecer las explicaciones que legitiman su hegemonía.⁽¹⁰¹⁾

Por ejemplo, al adoptar una epistemología científica que racionaliza el espacio como un objeto fuera del sujeto, es posible concebirlo como un plano abstracto, sin cualidades específicas —sin *genius loci*— y por ende, apto para dividirse e intercambiarse sin consecuencias aparentes. Aquellos agentes que vean conveniente para su interés este modo de pensar el espacio, promoverán a través de su uso y difusión dicha epistemología de manera que se vuelva parte de la conciencia social, del ‘sentido común’.

Estas conceptualizaciones del espacio establecidas por la ideología conforman lo que Lefebvre denomina: las *representaciones del espacio*. Las profesiones de la arquitectura, la planificación urbana, la geografía, y demás, con sus epistemologías, técnicas de análisis y proyecciones bidimensionales del espacio son ejemplos de dichas representaciones. Los agentes que controlan estas representaciones utilizan la autoridad investida en éstas para reproducir el orden establecido.

Al establecer los principios teóricos de estas disciplinas sobre la base del espacio abstracto, la ideología dificulta la integración de factores incuantificables al entendimiento social del espacio, ya sea en el mundo elevado de la labor científica como en el uso cotidiano del espacio. En vez de un espacio *cualitativo*, esta ideología favorece los aspectos apreciables y *cuantitativos* del espacio. De tal manera, la experiencia del espacio, su uso cotidiano, son reducidos a su mínima expresión, evaluando la calidad de una calle, por ejemplo, únicamente según el número de automóviles que puedan circular sobre ella, o el valor de una vivienda según el número de habitaciones que contenga, o el costo de sus materiales.

¹⁰⁰ Lefebvre, H. *The Production of Space*, pp. 278-282, 308; cf.: Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, pp. 143-149.

¹⁰¹ *Ibid.*; ver también: Lefebvre, H. *The Urban Revolution*, caps. 5, 8; Lefebvre, Henri. 2008. *Critique of Everyday Life*, Vol. 3. London; New York: Verso, pp. 122-135.

Una vez escindido de sus características particulares, abstraído y compartimentado, el espacio solo puede permanecer unido gracias a la *acción* del poder político-económico (del Estado, de la clase dominante). De esta forma, nuevamente es a través del uso de estrategias ideológicas que las clases dominantes mantienen al capital, la tierra y el trabajo unidos mientras, al mismo tiempo, los reproduce de manera separada.(102) El capitalismo ocupa todo el espacio preexistente a la vez que produce un nuevo espacio según sus leyes “a través y por medio de la urbanización, bajo la presión del mercado mundial; y, de acuerdo a la ley de lo reproducible y lo repetitivo, por medio de la abolición de las diferencias espaciales y temporales, por medio de la destrucción de la naturaleza y el tiempo natural”.(103)

Esta división artificial en el espacio trae consigo otros fenómenos fabricados que “apuntalan” el orden establecido, por ejemplo, la *centralidad* y *escasez espacial*, esto es, la concentración de los recursos económicos, materiales, tecnológicos, intelectuales en *centros estratégicos*, facilitando el control social al tiempo que hace del espacio alrededor un bien escaso, justificando la fragmentación y elevación del precio de la tierra, así como la segregación social de acuerdo al poder adquisitivo de las personas.(104) “El espacio estratégico hace posible al mismo tiempo forzar fuera a grupos preocupantes, los trabajadores entre ellos, hacia la periferia”, dice Lefebvre, a la vez que “vuelve más escasos los espacios accesibles cerca de los centros, para incrementar su valor; organizar el centro como lugar de decisión, riqueza, poder e información; encontrar aliados para la clase hegemónica dentro del estrato de la clase media y dentro de la ‘elite’; planificar la producción y flujos desde el punto de vista espacial; y demás”.(105)

De igual forma, las *diferencias* —entre espacios, grupos sociales, individuos— son reducidas a “diferencias inducidas”, esto es, diferencias “internamente aceptables” al sistema y por ende inocuas.(106) Consecuentemente, la dominación del espacio, esto es, el control sobre el espacio, se hace más contingente para el sistema. “El poder aspira a controlar el espacio en su totalidad”, comenta Lefebvre, “por lo que lo mantiene en una ‘unidad inconexa’, fragmentaria y homogénea a la vez: divide y domina”.(107)

¹⁰² *Op. Cit.*, pp. 320-331.

¹⁰³ *Op. Cit.*, p. 326.

¹⁰⁴ *Op. Cit.*, pp. 332-335.

¹⁰⁵ *Op. Cit.*, p. 375; ver también: Lefebvre, H. *The Urban Revolution*, cap. 6.

¹⁰⁶ *Op. Cit.*, p. 396; Lefebvre, H. *The Urban Revolution*, cap. 6.

¹⁰⁷ *Op. Cit.*, p. 388.

En resumen, la ideología es utilizada por aquellos grupos sociales hegemónicos como un mecanismo para mantener y reproducir el *status quo*. Al hacer uso de la autoridad puesta en las instituciones a su servicio (disciplinas académicas, especialistas, centros de enseñanza, políticos, medios de comunicación, etcétera), difunde y promueve esta ideología a su favor, “reclutando” para su causa a grupos sociales que de otra manera verían a través del velo de la “igualdad” del desarrollo. En la producción del espacio esto implica la difusión de ciertas concepciones respecto al valor del espacio. Particularmente, en el capitalismo esta concepción se basa en la consideración de un espacio abstracto y dividido. Al abstraer el espacio y dividirlo hace más factible el control de la población al tiempo que facilita la explotación comercial del espacio, transformado el espacio en mercancía.

No obstante, a pesar de la influencia ideológica que empuja la agencia de las personas hacia una dirección, tanto capitalistas, como trabajadores, burgueses y demás miembros de la sociedad necesitan del espacio para su actividad cotidiana. Por ende, como se verá a continuación, en el proceso de la producción del espacio entra en juego la contradicción dialéctica que surge de la oposición entre el uso y el intercambio del espacio.

La experiencia del espacio: la práctica espacial y los espacios figurativos

A través del uso del espacio, cada día las personas actúan e interactúan socialmente, consumiendo los productos que llegan al mercado, yendo a la escuela, a la iglesia, al templo, produciendo y reproduciendo conocimientos, bienes materiales, costumbres y a sí mismos; en pocas palabras construyendo la vida real. Al mismo tiempo, el ser social afecta la conformación del espacio en la medida en que hace uso de él, esto es, dándole al espacio un *valor de uso*. Lefebvre denomina a esta utilización cotidiana del espacio: la *práctica espacial*.

El uso del espacio implica su *apropiación* por parte de los usuarios. En el capitalismo, este concepto se encuentra en contraposición con la *dominación* del espacio, basada en su valor de cambio. Esta es una de las contradicciones del capitalismo; mientras que éste requiere de la homogeneización del espacio para el libre flujo de las mercancías y para la comercialización del propio espacio, el consumo de estos productos tiene que ocurrir espacialmente, en un lugar físico donde “un individuo específico, con una agenda específica, busca una satisfacción particular”.(108)

La acción de las personas para satisfacer su agenda hacen del espacio algo *concreto*, repelien-

¹⁰⁸ *Op. Cit.*, p. 341.

do su abstracción total y restituyendo la importancia de su valor de uso. En la medida en que la utilización del espacio en la vida cotidiana antecede en importancia a su mercantilización, el espacio se desarrolla equilibradamente. Este equilibrio es lo que para Lefebvre marca la diferencia entre el espacio como 'obra' y como 'producto'.(109)

La agencia de las personas, y por tanto, su práctica espacial, es también determinada por los valores culturales que van adquiriendo con el paso del tiempo y la convivencia social. El sistema de valores que una sociedad posee proviene de su evolución histórica como grupo y de su experiencia en el mundo. Las mitologías que desarrolla en torno al origen del hombre, su relación con la naturaleza, su destino, y demás, conforman el bagaje cultural que condiciona la manera en que el individuo concibe y percibe la realidad.

Estas mitologías se encuentran representadas en objetos materiales que sirven para mediar entre el mundo real y el imaginario colectivo. A través de estas creaciones los valores culturales se transmiten, ayudando así a la preservación de la identidad de la comunidad. Consecuentemente, el valor de estos objetos va más allá de su utilización inmediata: su valor es *afectivo*, evoca los sentimientos humanos y es el medio por el cuál el ser humano intenta trascender la realidad del mundo percibido; es el medio por el cual el ser humano se embarca en el proceso de '*Hacerse*'.(110)

El espacio de los asentamientos humanos está plagado de objetos simbólicos de esta naturaleza; desde el democrático espacio del ágora de los antiguos griegos, hasta los falocéntricos rascacielos de las urbes modernas. Lefebvre denomina a los espacios cargados de valor afectivo y simbólico: *espacios figurativos*.

En la antigüedad era fácil reconocerlos: el templo, el ágora, la cueva sagrada, el dolmen, etcétera. Desde entonces, la transformación de la humanidad, que para algunos como Marx ha progresado por el "mal camino"(111), ha ido ocultando paulatinamente la dimensión afectiva de estos espacios, o dicho de otra manera, ha entumecido nuestra capacidad para reconocerla.(112) A pesar de esto, es difícil deshacerse del todo de la cualidad afectiva del

¹⁰⁹ *Op. Cit.*, pp. 73-78, 164-168, 349, 422.

¹¹⁰ Lefebvre contrapone el concepto de "Hacerse" (en inglés, "Becoming") con el concepto de "Ser" (en inglés, "Being") sobre todo en relación con el idealismo hegeliano y la fenomenología de Heidegger sobre el ser y el habitar en el mundo. Cf.: Lefebvre, H. *The Production of Space*, pp. 121-122; Lefebvre, H. *Writings on Cities*, cap. 4; Lefebvre, H. *Dialectical Materialism*, pp. 20-34, 41-48, 85-101, 134, 153.

¹¹¹ Lefebvre, H. *Dialectical Materialism*, p. 133.

¹¹² Cf.: Ledrut, Raymond, "Speech and the Silence of the City", y Choay, Françoise, "Urbanism and Semiotics", ambos en Gottdiener, Mark & Alexandros Ph. Lagopoulos, eds. 1986. *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. New York: Columbia University Press, pp. 114-134 y 160-176, respectivamente.

espacio, piénsese, por ejemplo, en el hogar, el vecindario familiar, o para los expatriados, hasta el país de origen.

En resumen, la teoría de la producción del espacio divide al proceso que la integra en tres componentes, dimensiones, o “momentos” distintos: la *práctica espacial*, las *representaciones del espacio*, y el *espacio figurativo*. Estas dimensiones corresponden a tres maneras distintas de experimentar el espacio, así como a las tres categorías del concepto del espacio: 1) a través de la percepción de los sentidos: el mundo material; 2) a través de la concepción: el mundo mental; 3) a través de la experiencia vivida: el mundo social.

Igualmente, éstas corresponden a los tres elementos que conforman la estructura: la función, la forma y el uso. Al mismo tiempo, estos tres momentos pueden *interpretarse* de maneras diferentes: 1) por su lugar en la estructura; 2) por la manera en la que interactuamos con ellos; 3) por su contenido —social, físico y abstracto o formal—.

No obstante, la experiencia de estos momentos es simultánea e indivisible, esto es, se relacionan *dialécticamente*. Su separación es solamente un recurso necesario para el análisis. Como Harvey elocuentemente explica:

Es tentador [...] tratar a las tres categorías de Lefebvre como ordenadas jerárquicamente, pero aquí también parece más apropiado mantener a las tres categorías en tensión dialéctica. La experiencia física y material del ordenamiento espacial y temporal está mediado en cierto grado por la manera en que el espacio y tiempo están representados [...] Los espacios y tiempos de la representación que nos envuelven y rodean mientras abordamos nuestras vidas diarias igualmente afectan tanto nuestras experiencias directas como la manera en que interpretamos y entendemos las representaciones. [...] No obstante, es a través de esas rutinas materiales diarias que absorbemos un cierto sentido de como trabajan las representaciones espaciales y construimos ciertos espacios de representación para nosotros mismos (e.g., el sentido visceral de seguridad dentro de un vecindario familiar o el de sentirnos “en casa”). Solamente notamos cuando algo aparece radicalmente fuera de lugar. Esto es, quiero sugerir, la relación dialéctica entre categorías la que cuenta en realidad, aún cuando es útil por motivos de entendimiento cristalizar cada elemento como momentos distintos de la experiencia del espacio y tiempo.(113)

A pesar de esto, históricamente, el desarrollo del capitalismo ha significado una paulatina desintegración de la unidad de estos momentos. Entre el espacio vivido y el espacio concebido, entre su valor de uso y su valor de cambio, el capitalismo ha transformado gradualmente la concepción del espacio en deferencia de éste último. En consecuencia, ha establecido la

¹¹³ Harvey, David. *The Urban Experience*, p. 131.

concepción del *espacio como producto*. Uno de los propósitos de la teoría socio-espacial es desenmascarar este fenómeno oculto a través del velo de las estrategias ideológicas utilizadas por la hegemonía. Para este fin, es necesario explicar con mayor detalle la manera en la que el espacio se transforma en un producto así como la proposición corolaria de que la arquitectura, como elemento de ese espacio social, sufre el mismo destino.

El espacio como producto

Como se ha comentado, varios pensadores de finales del siglo diecinueve como Marx y Weber racionalizan el papel del sistema económico como la estructura subyacente de los procesos sociales que conforman la vida diaria de los individuos. Consecuentemente, estos mismos procesos dan forma al espacio social y físico donde ocurre esta vida cotidiana. Este espacio sociofísico tiene una expresión particular en el espacio de la ciudad, que conforma una manifestación material de las relaciones entre personas de acuerdo con un orden social determinado por el modo de producción.

En estos términos puede decirse que la morfología de la ciudad se encuentra asociada al modo de producción imperante, desarrollándose conjuntamente a las distintas etapas de dicho modo. De tal manera, puede explicarse la forma que adquieren los asentamientos urbanos occidentales como el resultado de la evolución histórica de la estructura socioeconómica del periodo feudal de la Edad Media que dio inicio a la hegemonía del sistema capitalista.

El advenimiento del capitalismo supuso una transformación en las relaciones sociales, empezando por las relaciones laborales. Durante la época feudal, los siervos vivían y trabajaban en las tierras propiedad de la nobleza y la Iglesia. En cambio, en el capitalismo, mientras que la tierra pasa a manos de la burguesía y del Estado, los siervos refugiados en el santuario de las ciudades, donde el señor feudal no tiene poder legal sobre ellos, se convierten en agentes libres, capaces de comercializar su trabajo.

A partir de este momento, la actividad artesanal que emerge en las ciudades supone una comercialización de los objetos producidos, no por un artesano individual que anteriormente realizaba un limitado número de productos, sino por un conjunto de personas, desde el maestro artesano al aprendiz, que realizan tareas divididas según su capacidad y experiencia y que conforman un equipo de producción. Los gremios profesionales prosperan, estableciéndose en zonas específicas de los centros urbanos y convirtiéndose en un importante agente en la estructura social. Consecuentemente, el Estado, la Iglesia y el comercio compar-

ten el poder y el espacio central de la ciudad, dominando las actividades de la población desde esta posición y ordenando el espacio urbano de acuerdo a la división de trabajo, de clases y religión.

Marx consideraba el espacio físico como subordinado a las fuerzas productivas: el propósito principal de la tierra es servir al proceso productivo, ya sea, como fuente de materias primas o como rutas comerciales. Visto de esta manera, el espacio era un medio para el proceso productivo, pero no era concretamente parte de él. Con la expansión de los mercados a comienzos del capitalismo y la comodificación de los productos, el trueque es sustituido por el pago con moneda y crédito. El intercambio de bienes deja de ser un asunto local para convertirse en una empresa mayor que recorre grandes distancias entre centros urbanos.

Durante el periodo inicial del capitalismo las ciudades se establecen de acuerdo a su relación con las rutas comerciales. La comercialización de los productos fuera de las murallas de la ciudad se vuelve una empresa que ocupa la agenda principal de las naciones emergentes. El expansionismo territorial se vuelve un asunto del Estado, quien emplea todos los recursos permisibles a la tarea. El propósito es la integración total del mundo al nuevo orden económico, y salir victorioso en la carrera. Para esto es necesario la conformación de un espacio favorable a la empresa. Como indica Harvey:

Un contexto construido potencialmente solidario de la producción, consumo e intercambio capitalista debía ser creado antes de que el capitalismo ganara el control directo sobre la producción y consumo inmediatos [...] El poder político y la autoridad del Estado debían ser desplegados en formas favorables a la acumulación primitiva y a la movilización de los excedentes de capital y mano de obra antes de que la base material existiera para el dominio capitalista del Estado o aún para la formación de alguna alianza urbana de clases en la que los capitalistas tuvieran un papel importante. El surgimiento de los centros urbanos con una clase gobernante ávida de abundancia y riqueza, de filosofía mercantilista y en posesión de una autoridad superior y poder militar fue un momento crucial para el ascenso del capitalismo.(114)

Lefebvre, siguiendo a Marx, ubica la transformación del espacio en relación con cambio en el modo de producción de la sociedad. Sin embargo, va más allá en su explicación de la manera en que el espacio se relaciona con la estructura económica. Para Lefebvre, el espacio es a la vez producto y elemento fundamental en los procesos de producción. Esto implica que a la fórmula tripartita económica de Marx de tierra/labor/capital, Lefebvre agrega un cuarto elemento: el espacio.

¹¹⁴ *Op. Cit.*, p. 24.

Este elemento espacial no debe ser confundido con la tierra, ya que implica más que su componente material como fuente de productos agrícolas, materias primas o la construcción de rutas comerciales a través de la geografía mundial. El espacio, como se ha visto, implica para Lefebvre el conjunto de materiales, herramientas, conocimientos y creencias que a través de la práctica humana se configura en una forma determinada. En otras palabras, para Lefebvre el concepto del espacio implica las dimensiones social, física y mental de la actividad humana.

Consecuentemente, para Lefebvre el espacio no puede ser supeditado a una subestructura económica debido a que forma parte de las fuerzas que definen la manera en que esta subestructura se concibe. Esto explica la importancia en el capitalismo de la dominación del espacio para el afianzamiento de la hegemonía burguesa en el orden social, como fuente de recursos (materias primas), producto de consumo y mercancía comercial, empezando con la propiedad privada.

La propiedad

Uno de los factores más importantes en la consolidación del capitalismo como modo de producción son las relaciones de propiedad de la tierra. Como explica Lefebvre, el concepto de propiedad privada —incluyendo la propiedad de la tierra— acompaña el desarrollo de la civilización occidental y, por ende, el desarrollo del capitalismo. Este concepto tiene sus inicios en la civilización romana, donde la ley y el orden (el Logos y la Ley Romana) son utilizados para dominar el aparente caos del mundo natural (el Cosmos) que los antiguos griegos apreciaban y acogían.

Bajo la ley y el orden, los romanos imponen su dominio sobre la naturaleza, pero también sobre sí mismos. El dominio del espacio implica regular su posesión, cuantificarlo y repartirlo; en pocas palabras, abstraerlo. La abstracción del espacio implica una desconexión entre el espacio social y el espacio natural. La pasada unidad “orgánica” entre la función, la forma y la estructura de las ciudades-estado de Grecia antigua —así como su estrecha relación con los ritmos naturales— desaparece en favor de un espacio *abstracto* que responde a la lógica externa de las leyes.(115)

No obstante, advierte Lefebvre, en principio el dominio del espacio no es necesariamente negativo. El dominio sobre la naturaleza permite avanzar de la observación pasiva del mundo

¹¹⁵ Lefebvre, H. *The Production of Space*, pp. 139, 243, 252.

que rodea al ser humano a la actividad creativa, al acto de *producir* su propia naturaleza: “El principio de propiedad, al dominar el espacio —y esto en el sentido literal de someterlo a su *dominio*— puso fin a la mera contemplación de la naturaleza [...] y señaló el camino hacia el control que transforma en vez de simplemente interpretar”.(116)

Durante la Edad Media, y hasta el siglo diecinueve, el dominio del espacio incluía una estrecha relación, basada en la necesidad material, entre el campo y la ciudad o, lo que es lo mismo, entre la naturaleza (con sus ritmos estacionales, la fertilidad de la tierra, topografía y orografía, etcétera) y la sociedad (la segunda naturaleza humana). Igualmente, existe una estrecha relación entre los mitos y la fortuna de las personas. A una buena cosecha, al éxito comercial, se antepone la devoción a los dioses.

Los ritos, las ceremonias y las festividades son elementos necesarios para triunfar en cualquier empeño. Los símbolos y signos mágico-religiosos pueblan la imaginación y el espacio de estas sociedades. El mercantilismo no es aún dominante por entero y se supedita a los ritmos naturales/ sociales de la cotidianidad. La fiesta de la Primavera, Pascua, Carnaval, son rituales que hay que observar si se pretende una buena cosecha o una buena venta, es decir, si se quiere recibir el favor de los dioses.

La *apropiación del espacio* para estos rituales es coyuntural. El espacio cotidiano es *vivido, concebido y percibido* en comunión. Las construcciones arquitectónicas y urbanas son adornadas de elementos significativos y simbólicos relevantes para la población que interpreta o “lee” en sus fachadas el orden del mundo. En otras palabras, durante este tiempo existe un balance más o menos apropiado entre las demandas del pueblo (que en la construcción de un templo, un mercado, una logia volcaban sus deseos, mitos, aspiraciones) y las exigencias de la autoridad. El trabajo de la gente podía ser explotado pero, al mismo tiempo, sus demandas mítico-religiosas debían ser satisfechas. La ciudad tiene una definición más cercana a la ‘obra’ que al producto.

Paulatinamente esta relación entre naturaleza y sociedad se va desvaneciendo. Los motivos de esto no son claros pero el resultado es que “las fuerzas de la historia destruyeron la ‘naturalidad’ para siempre y sobre sus ruinas establecieron el espacio de la acumulación (la acumulación de toda la riqueza y los recursos: conocimiento, tecnología, dinero, objetos precio-

¹¹⁶ *Op. Cit.*, p. 253.

sos, obras de arte y símbolos)".(117) Al mismo tiempo la relación entre el campo y la ciudad deja de ser simbiótica y se impone la dominación de los centros urbanos sobre la campiña. Los siervos son desposeídos de la tierra que trabajaban y tienen que buscar su subsistencia en los talleres de la ciudad.

Esto repercute considerablemente tanto en las relaciones sociales de producción como en la concepción del espacio socio-físico. El motivo principal es el desligamiento de la actividad productiva del proceso de reproducción que perpetuaba la vida social. Antes del capitalismo la producción estaba encaminada al sustento, con el fin de hacer posibles las condiciones necesarias para la reproducción del ser humano y ligada a la fertilidad de la tierra —y por ende, al misticismo religioso—.

Al independizarse de este proceso, el trabajo se transforma en un concepto abstracto, cuantificado sobre la base de unidades de tiempo medido. "El trabajo cuantitativo es una medida social", comenta Lefebvre, "en donde todas las características cualitativas del trabajo individual se desvanecen, excepto una que es común a todas las formas de trabajo y que las hace conmensurables y comparables: todo acto de producción demanda cierta extensión de tiempo".(118) Consecuentemente, el trabajador se convierte en una mercancía más, sin sexo, sin deseo y sin cuerpo. La actividad productiva deja de tener una relación con la reproducción de la vida: "El trabajador moderno tiene que vender su fuerza de trabajo, se convierte en una mercancía, una cosa entre las otras cosas".(119)

Como resultado de esto, surge igualmente una concepción abstracta del espacio, pasando de un espacio cargado de misticismo y elementos simbólicos a un espacio basado en unidades métricas y en relación a los procesos de producción; transformando incluso las representaciones del espacio con la invención de la perspectiva y la geometría euclidiana.(120) La importancia de la fragmentación del tiempo-espacio en unidades abstractas queda plasmada en el gran reloj colocado en la torre más alta de la plaza central de las ciudades medievales de Europa, donde fuera visible desde cualquier punto, regulando a partir de ese momento el tiempo productivo y la vida cotidiana de sus habitantes.(121)

¹¹⁷ Parafraseando al mismo Lefebvre, dilucidar sobre estos motivos pudiera hacer las delicias del filósofo en busca de la ontología de la humanidad, pero no una tarea pertinente para esta investigación. *Op. Cit.*, p. 49.

¹¹⁸ *Op. Cit.*, p. 78.

¹¹⁹ *Op. Cit.*, p. 145.

¹²⁰ *Op. Cit.*, 40-41, 78-79, 120-121, 259-262.

¹²¹ Cf.: Sennet, Richard. 1990. *The Conscience of the Eye: The Design and Social Life of Cities*. New York, London: W.W. Norton & Company, pp. 176-179, 189-190.

De esta forma, el espacio y el tiempo de la vida cotidiana van perdiendo su dimensión simbólico-afectiva, para convertirse en productos intercambiables. “Las abstracciones de dinero, perspectiva espacial y tiempo mecánico proveyeron del marco interior de la nueva vida”, comenta el historiador urbano Lewis Mumford, haciendo que la experiencia cotidiana fuera “progresivamente reducida a tan sólo esos elementos que fueran capaces de separarse del conjunto y medirse independientemente: contables convencionales tomaron el lugar de los organismos”.(122) No por nada, afirma Mumford, el reloj ha sido —más que la máquina de vapor— la máquina clave del desarrollo industrial.(123)

La acumulación en lugar de un medio para sobrellevar los periodos de escasez se convierte en un fin en sí misma. A partir de entonces, ésta se convierte en la ideología que fundamenta el desarrollo de la sociedad y, con esto, la *propiedad del espacio* se ve reducida a su explotación como recurso material, como medio de producción y como producto de intercambio.

Para este fin, el Estado y la burguesía establecen una “lógica” que utilizan para justificar su hegemonía y preservación del *status quo*. Esta lógica implica una transformación de la *propiedad* del espacio y el *dominio* del espacio como eran practicadas anteriormente. La propiedad privada se establece como regla para imponer un orden y una jerarquía al espacio. Consecuentemente, la forma, la función y la estructura del espacio social se conforman para responder a este ordenamiento. El dominio del espacio se reduce a su función dentro del proceso de acumulación material, esto es, a su utilización como fuerza de producción y como producto, relegando su papel en la formación del espacio vivido, es decir, *apropiado* por el ser humano para ser *habitado*.

En resumen, el tratamiento del espacio como ‘propiedad’ es indicativo del capitalismo y motor de su evolución como modo de producción. Aunque intrínsecamente la propiedad del espacio no es un fenómeno negativo porque permite al ser humano producir su propia realidad, a través del desarrollo del capitalismo ha tenido como prioridad la acumulación material. Esto ha supuesto una contradicción entre el espacio que es apropiado para vivirse y el espacio que es dominado para su control y explotación. Esta contradicción entre la dominación y apropiación del espacio refleja una de las contradicciones más importantes del capitalismo: la diferencia entre el *valor de uso* de los objetos, entre ellos, el espacio, y su *valor de cam-*

¹²² Mumford, Lewis. 1961. *The City in History: Its Origins, Its Transformations, and Its Prospects*. New York; London: Harcourt, Inc., pp. 365-366.

¹²³ Mumford, Lewis. 1963. *Technics and Civilization*. New York; London: Hartcourt Brace Jovanovich, p. 12.

bio.

Valor de uso, valor de cambio y la reproducción de las relaciones de producción en el espacio

Detrás del concepto de propiedad privada que caracteriza al modo de producción capitalista se encuentra la segunda premisa que define el carácter del espacio como producto: la mercantilización del valor. Esto implica que el valor del espacio, al igual que el trabajo humano y los productos de su labor, queda dividido en dos componentes: su *valor de uso* y su *valor de cambio*.

Para Marx, el valor es una relación social. El valor de una cosa se establece según las relaciones materiales y sociales existentes. Esto es, por un lado, el proceso productivo (el trabajo) que une elementos materiales (fierro, madera, trigo) y labor humana (fundir, clavar, moler, racionalizar, deducir, interpretar) para dar forma a algo en concreto: un producto y, por otra parte, la necesidad de este producto de satisfacer una necesidad, de ser útil para algo. De este modo los productos se usan, por ejemplo, para fabricar otros productos, o para ser consumidos (e.g., un tablón de madera es usado para fabricar una mesa; un kilo de harina para hacer pan). En pocas palabras, los productos gozan de un *valor de uso*.

Todo producto puede ser intercambiado por otros productos. Esta es la base del desarrollo de la sociedad; si no pudiéramos intercambiar objetos, la existencia humana se limitaría a la supervivencia física, alimentarse y reproducirse. El intercambio de productos, de ideas, hasta de personas, permite difundir su uso, extendiendo el valor de los objetos y construyendo el conocimiento del mundo: "En, y a través del intercambio, los productores dejan de estar aislados; forman una nueva totalidad social", comenta Lefebvre. Su labor es medida de acuerdo con las demandas del conjunto social, y sus productos adquieren un cierto *valor de cambio*.(124)

Como se ha comentado anteriormente, en el segundo circuito de capital, el espacio es fragmentado y homogeneizado, esto es, intervenido, ocupado y modificado de manera que pueda multiplicar geoméricamente su valor mercantil y, al mismo tiempo, ser intercambiado comercialmente. Esta integración del espacio al circuito mercantil implica la explotación de su valor de uso. El motivo de esto es el hecho de que el espacio es apropiado cotidianamente y, en consecuencia, *consumido* de acuerdo con las necesidades de las personas. Si bien es cier-

¹²⁴ Lefebvre, H. *Dialectical Materialism*, pp. 77-80; ver también: Marx, Karl. [1867]. *Capital*. Vol. I, Sec. I; Harvey, D. *Spaces of Global Capitalism*, pp. 141-142.

to que al establecer un valor de cambio al espacio se hace posible su intercambio, este valor proviene de su utilidad socialmente establecida.

El uso del espacio escapa al intercambio comercial, a las relaciones de producción y, por ende, a las clasificaciones de la economía política debido a que tiene su fundamento tanto en la psicología y fisiología humanas como en las concepciones generadas históricamente por la sociedad: “los ritmos humanos (biológicos, psicológicos y las escalas temporales sociales —la escala temporal de nuestro propio organismo y la del reloj) determinan la manera en que percibimos y concebimos el mundo y las leyes en que lo descubrimos”.(125) Consecuentemente, el espacio es imbuido de cualidades que tienen un significado mayor que escapa a la cuantificación y lo hacen *específico*. “Cada lugar, cada eslabón en una cadena de mercancías, es ocupado por una *cosa* cuyos rasgos particulares se hacen más marcados una vez que se fijan”, señala Lefebvre. De tal forma que:

El intercambio, con sus sistemas circulatorios y redes, puede ocupar el espacio de todo el mundo, pero el consumo ocurre sólo en éste o aquél lugar particular. Un individuo específico, con un horario diario específico, busca una satisfacción particular. El valor de uso constituye la única riqueza real, y este hecho ayuda a restaurar su mal apreciada importancia.(126)

“¿Podría la homogeneización de fragmentos esparcidos por el espacio, junto con su capacidad de intercambio comercial, llevar hacia una primacía absoluta del intercambio y el valor de cambio?” se pregunta Lefebvre, “¿y, podría el valor de cambio venir a ser definido por los signos de prestigio o ‘status’ [...] con el resultado de que el intercambio de signos absorbiera el valor de uso y sustituyera las consideraciones prácticas establecidas en la producción y los costos de producción?” Para él, la respuesta debe ser negativa ya que la persona que compra un espacio está comprando un espacio con ciertas cualidades, con un valor de uso posible establecido socialmente: “Un espacio habitable conmensurable como otros espacios similares y estampado semiológicamente por un discurso promocional y por los signos de un grado de ‘distinción’”.(127)

No obstante, el capitalismo empeñado en abarcar cada instante de la experiencia humana, explota el potencial del espacio como producto. Tanto la cotidianidad de la vida social del ser humano —el ocio, la vida familiar, el sexo—, como el espacio en que se desenvuelve son intervenidos para garantizar la *reproducción de las relaciones de producción*. La vida diaria queda

¹²⁵ Lefebvre, H. *Dialectical Materialism*, p. 130.

¹²⁶ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 341.

¹²⁷ *Ibid.*

planificada, fragmentada y, en consecuencia, *alienada*. Y la ciudad, aquel espacio en donde se realiza esta vida cotidiana en la era moderna, se limita a su función dentro de la maquinaria del capitalismo. En palabras de Lefebvre:

[La ciudad] figura en la planeación como un engrane: se convierte en el instrumento material apto para organizar la producción, el control de la vida diaria de los productores y el consumo de los productos. Siendo reducida al status de mecanismo, extiende este manejo a los consumidores y al consumo; sirve para regular, para sobreponer la producción de bienes y la destrucción de productos con esa actividad devoradora, 'consumo'.(128)

Es en esto donde radica la contradicción del capitalismo mencionada anteriormente. Mientras que, por un lado, es conveniente la homogeneización y fragmentación del espacio porque permite su intercambio comercial y facilita su control, reduciendo la fricción del movimiento de los bienes comerciales, lo que supone la "aniquilación del espacio por el tiempo"(129), por otro lado, el consumo (tanto del espacio como de cualquier producto) ocurre en un lugar particular, individualizado y diferenciado de otros lugares por sus *cualidades*.

El capitalismo tiende a destruir la fuente de su riqueza. Las consecuencias de esta contradicción se expresan en los problemas ambientales y sociales que padecen los asentamientos urbanos, por ejemplo, la contaminación, el tráfico, la delincuencia, etcétera. En otras palabras, la contradicción entre el valor de uso y valor de cambio del espacio es la causa del desarrollo geográfico desigual.

La restauración de la importancia del valor de uso es uno de los pilares de la teoría de la producción del espacio. Lo que Lefebvre propone es remplazar la concepción del *espacio como producto*, por la *producción del espacio*, en donde la producción incluya el componente creativo de la *obra* y no la reducción mecanicista del producto en serie. Por esto, Lefebvre enfatiza la recuperación del espacio-tiempo de la *cotidianidad*, debido a que es en el arte de la vida cotidiana, a través de la *apropiación* del espacio y del tiempo *vivido* que el ser humano puede trascender su condición actual:

La oposición entre valor de cambio y valor de uso, aunque empieza como un mero contraste o una antítesis no dialéctica, eventualmente asume un carácter dialéctico. Intentos para demostrar que el intercambio absorben el uso son en realidad solamente una forma incompleta de sustituir una oposición estática por otra dinámica. El hecho es que el uso re-emerge claramente en desacuerdo con el intercambio del espacio, ya que implica no la 'propiedad' sino la 'apropiación'. La apropiación misma implica tiempo (o tiempos),

¹²⁸ Lefebvre, *Writings on Cities*, p. 126.

¹²⁹ Marx, Karl. 1973. *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*. London; New York: Penguin Books, pp. 524, 539.

ritmo (o ritmos), símbolos y una práctica. Entre más se haga funcional el espacio —entre más caiga bajo el dominio de esos ‘agentes’ que lo han manipulado para darle una sola función— menos susceptible se vuelve a la apropiación. ¿Por qué? Porque de esta forma es removido de la esfera del tiempo *vivido*, del tiempo de sus ‘usuarios’, que es un tiempo diverso y complejo. De cualquier forma, ¿qué es lo que un comprador adquiere cuando compra un espacio? La respuesta es tiempo.(130)

Conclusiones

Recapitulando, para poder explicar la relación del espacio urbano con la cultura y la arquitectura, se ha abordado primeramente el concepto mismo del espacio, categorizado en tres tipos de espacio: el espacio mental, el espacio físico y el espacio social; se ha elaborado brevemente en el modo en que estas categorías se correlacionan a través de la historia.

A partir de la elaboración del concepto del espacio social, se ha observado como distintas disciplinas se ocupan de analizar las formas que éste ha adquirido, particularmente a raíz de la Revolución Industrial y el desarrollo de las disciplinas científicas modernas. Consecuentemente, se revisaron las tres corrientes principales del urbanismo que analizan la relación entre el espacio —particularmente, el espacio urbano— y la sociedad.

Comenzando con la teoría de la *ecología urbana*, cuya característica principal es la comparación del desarrollo de los asentamientos humanos con los procesos biológicos que regulan los ecosistemas naturales, se prosiguió a analizar la más sofisticada teoría marxista, caracterizada por ubicar el origen del ser humano y la naturaleza en su propia acción.

De esta última, se señaló la importancia de dos corrientes distintas que destacan por sus aportaciones: la *teoría de la acumulación*, que enfatiza el papel de la economía política en el desarrollo de la organización del espacio y la *teoría socio-espacial*, fundamentada en gran medida por la teoría de producción del espacio del sociólogo-filósofo francés Henri Lefebvre. Esta última entiende la forma, función y estructura del espacio como el resultado de la interacción dialéctica de las fuerzas políticas, económicas y culturales de la sociedad, haciendo hincapié en la relación entre la agencia de los individuos y la estructura social.

A partir de esta comparación, se concluyó que es la teoría socio-espacial la que mejor fundamenta el origen y desarrollo del espacio que conforma los asentamientos humanos. Por lo mismo, se desarrollaron en mayor detalle las premisas principales que explican el fenómeno urbano desde esta perspectiva, como son: el concepto del espacio como producto, la agencia

¹³⁰ *Op. Cit.*, 356.

y la estructura, la ideología y las relaciones de propiedad.

A su vez, se explicó la forma en que se traducen las tres categorías espaciales —físico, mental y social— al contexto de la práctica humana: 1) a través de la *práctica espacial*, percibimos el espacio físico; 2) mediante las *representaciones espaciales*, concebimos y racionalizamos este espacio; 3) al habitar estos espacios, los cargamos de significaciones afectivas que conforman nuestra realidad social, nuestra memoria colectiva y capacidad emocional, formando los lazos que construyen nuestra humanidad y dándole expresión a nuestros deseos, afectos y pasiones, haciéndolos *espacios figurativos* de nuestra existencia.

La teoría de la producción del espacio postula que el espacio no es solamente una colección de objetos en un lugar determinado, ni el resultado de la actividad cognitiva o física de uno o más sujetos. Esta aproximación ve al espacio en su totalidad como resultado de la interacción dialéctica entre las dimensiones social, física y mental de una sociedad determinada, constituyendo a la vez un importante mecanismo en la producción y reproducción de estas mismas relaciones sociales.

De acuerdo con esto, la manera en que se concibe el espacio está ligada a la realidad social que se vive, en especial al modo de producción bajo el que se genera. Consecuentemente, se ha establecido que el capitalismo posee un concepto determinado del espacio, haciendo uso de él para prevalecer y desarrollarse. En palabras de Lefebvre: “El capitalismo y el nuevo capitalismo han producido un espacio abstracto, que incluye el ‘mundo de las mercancías’, su ‘lógica’ y sus estrategias globales, así como el poder del dinero y del Estado político”.(131)

Durante los últimos dos siglos, el capitalismo ha expandido el dominio del espacio globalmente. Si la urbanización del espacio es casi total, igualmente lo es su mercantilización. Una de las cosas que la historia ha demostrado es que, si bien el capitalismo no ha logrado superar sus contradicciones, al menos ha sido inventivo. Una de las cualidades del capitalismo es su capacidad para transformarse y adaptarse. Durante su historia, la integración del espacio a la circulación del capital ha sido una de las adaptaciones determinantes para la supervivencia del capitalismo.

Como ha observado Stuart Elden, la flexibilidad para promocionar la apertura global de los mercados, la ideología de cómo debe concebirse el valor del espacio, así como la urbanización total del mundo, esto es, un mundo entero de consumidores y mano de obra barata,

¹³¹ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 63.

han sido los mecanismos que han hecho posible la continuidad y hegemonía de este modo de producción, a pesar de las incontables crisis que entrando el siglo veintiuno ha padecido.(132)

El control por ese espacio es competido ferozmente a todos niveles: por individuos, grupos sociales, coaliciones, ciudades, regiones y naciones. Como comenta Neil Smith: “el espacio es el lugar donde los últimos momentos del drama capitalista se desarrollan”.(133) La incesante competencia coercitiva que caracteriza al capitalismo lo obliga a expandirse a nuevos mercados constantemente. Debido a que la intensificación de la acumulación a partir de la Revolución Industrial hace cada vez más difícil para el capital producir excedentes, el espacio se ha convertido en el capitalismo tardío en el último confín donde renovarse y sobrevivir.

Al mismo tiempo, esto ha supuesto la destrucción paulatina de las características del espacio que permiten su explotación, repercutiendo en un “caos espacial experimentado desde el nivel más provincial hasta una escala mundial”.(134) Además, estas circunstancias se traducen a su vez a las representaciones espaciales materiales que conforman el urbanismo y la arquitectura. De tal manera, es posible definir un primer momento en que la arquitectura —como representación del espacio—, la cultura —como parte del sistema social— y el espacio urbano —como producto y elemento del proceso productivo— se relacionan.

La teoría socio-espacial reconoce que en la producción del espacio entra en juego una dimensión cultural, que no entra del todo en los procesos político-económicos que conforman la estructura social. En el siguiente capítulo se abordará esta cuestión del papel de la cultura en el proceso de la producción del espacio urbano y su relación con la arquitectura, avanzando las nociones de la teoría socio-espacial.

¹³² Elden, Stuart, “Mondialisation before globalization: Lefebvre and Axelos”, En *Space, difference, everyday life*, Goonewardena, K. et al., pp. 80-93.

¹³³ Smith, N. *Uneven development*, p. 123.

¹³⁴ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 63.

Capítulo III

CULTURA, ARQUITECTURA Y ESPACIO URBANO

El siguiente de los conceptos que debemos abordar para la construcción del marco teórico que ocupa esta investigación es el de la cultura, así como su relación con la arquitectura y con el espacio urbano. Una relación aparentemente obvia, pero que contiene diversos matices.

La relación de la cultura con la arquitectura ha sido un tema explorado ampliamente en varias disciplinas que se encargan del análisis del medio ambiente del ser humano, por ejemplo, la antropología cultural, la etnografía, la sociología, la geografía y el urbanismo. No obstante, no es un tópico que predomine en el currículo de muchas escuelas de arquitectura y, menos aún, que informe la práctica de esta profesión. Uno de los motivos de este desinterés o descuido en la educación y desempeño profesional de los arquitectos es el hecho de que el concepto de *cultura* es particularmente ambiguo. Esto ha dificultado la tarea de establecer una relación concreta y aplicable entre la cultura, la arquitectura y el espacio urbano.

Una primera forma de entender la relación entre cultura y arquitectura es en base a la función utilitaria de los edificios. Esto es, como el conjunto de edificios destinados al alojamiento de instituciones culturales (museos, bibliotecas, teatros, etcétera) que exhiben obras artísticas y resguardan el patrimonio cultural de una ciudad o un país. Otra forma puede basarse en la clasificación estética de las obras construidas, una arquitectura “cultura” o “refinada”, de “buen gusto”, que tal vez contenga reminiscencias historicistas —las más de las veces de historia foránea, europea, por ejemplo— y que, en consecuencia, sea distinta a la arquitectura “popular” o “vulgar”, del pueblo.

Estas son algunas de las acepciones comunes que se otorgan a la relación de cultura y arquitectura. Sin embargo, ninguna de éstas corresponden al tema que aquí pretende exponerse. La relación entre el concepto de ‘cultura’ y la arquitectura que a continuación se desarrollará corresponde a la *relación que existe entre el conjunto de valores, creencias, modos de pensar y actuar de un grupo social humano particular y los objetos materiales que expresan dichos fundamentos y conforman el contexto construido que dicho grupo habita.*

El significado de la cultura

Primeramente, es importante resaltar el hecho de que, aún especificando el uso que se le da

al concepto de cultura, concretar un significado resulta complicado. De hecho, la ambigüedad de este término ha motivado a varios de quienes estudian la relación entre la cultura y el contexto construido a inclinarse por la suplantación de este concepto por otros más adecuados, así como por una reducción en la importancia de esta relación. Por ejemplo, Howell Baum, quien declara que “la cultura importa, pero no debe de importar demasiado”(1) o, el arquitecto-antropólogo Amos Rapoport, quien concluyera después de más de una treintena de años de investigación al respecto, que el concepto ‘cultura’ es demasiado ambiguo para poder ser de utilidad en la ciencia del diseño ambiental. “Que le pidan a uno ‘diseñar para la cultura’”, comenta Rapoport, “es una tarea imposible”.(2) Para el arquitecto-antropólogo, esta dificultad se presenta además a todas las escalas del contexto físico, desde la vivienda hasta el entorno en su conjunto. Esto debido a que la ‘cultura’ es una “etiqueta” que sirve para designar un “amplio abanico de fenómenos humanos”; consecuentemente, se trata de una concepción “al mismo tiempo, *demasiado abstracta y demasiado general* (o global) como para ser útil”.(3)

Tomando en cuenta estas advertencias, es preciso subrayar tres hechos fundamentales que hacen obligatoria la mención de la cultura en la construcción del contexto construido:

1. La creciente diversidad cultural, racial y étnica de nuestras ciudades. Una diversidad que, como señalan varias estadísticas, aún si se detuviera la migración internacional en este momento, continuaría en ascenso.(4)
2. Las crecientes tensiones entre grupos sociales, que han provocado en varios países disturbios violentos, con aparentes connotaciones raciales/culturales y de naturaleza urbana.
3. La retracción de las políticas del Estado hacia posiciones excluyentes, producto de un creciente sentimiento de rechazo a todo tipo de diferencias, tanto culturales, raciales, pero también religiosas, de género y de orientación sexual. Esto incluso en países “abiertos” y

¹ Baum, Howell. 2000. “Culture Matters —But it Shouldn’t Matter Too Much”. En *Urban Planning in a Multicultural Society*. Michael A. Burayidi (ed.). pp. 115-136. Westport & London: Praeger, p. 115.

² Rapoport, Amos. 2003. *Cultura, arquitectura y diseño*. Barcelona: EdicionsUPC, p. 160.

³ *Ibid.*

⁴ En particular, la tendencia es que los países en vías de desarrollo sean los originarios de la migración y los países desarrollados del norte los recipientes de ésta, aunque en general, los movimientos migratorios internacionales han aumentado en la mayoría de los países, sin contar con la continua migración del campo a la ciudad, y entre regiones locales. Cf.: Global Commission on International Migration. 2005. *Migration in an interconnected world: New directions for actions*. s.l.: s.n.; Singer, Audrey. 2007. “The Impact of Immigration on States and Localities”. s. l.: The Brookings Institution; Frey, William H. 2009. “Immigration and the Comming ‘Majority-Minority’”. s. l.: The Brookings Institution; Ortman, Jennifer M. & Christine E. Guarneri. 2009. *United States Population Projections: 2000 to 2050*. s.l.: US Census Bureau; United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division. 2009. *International Migration Report 2006: A Global Assessment*. s. l.: United Nations.

“tolerantes” a la diferencia, como Holanda o Francia.

Luego entonces, no obstante las dificultades que el concepto de cultura pueda presentar, estas circunstancias hacen necesario revisar cómo interactúan la cultura —en su definición más abierta— y los procesos que conforman el espacio urbano y la arquitectura.

A pesar de la insistencia de algunos, aquellos que se empeñan en conservar un cierto *status quo* cultural, dicha acepción ha probado ser insostenible, la cultura —al igual que el lenguaje— no es algo sólido, sino fluido. No es constante sino cambiante y su desarrollo no es lineal, más bien se transforma con distintas magnitudes de cambio, ya sea a base de lentas progresiones o de súbitas revoluciones. Lo mismo sucede con la arquitectura. Esta progresa de manera paralela y no es posible consolidar un momento fijo en el que sea más o menos adecuada a la cultura que la contiene.

Si suponemos que la arquitectura vernácula es aquella que más fielmente representa la cultura de una sociedad, y que dicha sociedad ha evolucionado a través de su historia, cabe preguntarse: ¿A qué momento en particular de la historia de este grupo social pertenece la arquitectura más ‘auténtica’? ¿Cuáles podemos rechazar? ¿Es más auténtica la arquitectura romana en Sevilla que la mozárabe? ¿Más auténtica la arquitectura colonial novohispana que los templos de las culturas indígenas desplazadas?

La respuesta depende en parte de la acepción que se le da al concepto mismo de ‘cultura’. Si se considera la cultura como algo rígido, inerte, consolidado y constante, entonces uno puede suponer que en algún momento de la historia, la cultura se solidifica y cualquier evolución posterior no es más que una ‘transgresión’, en el caso de que se salga de los límites establecidos a priori, o una ‘continuidad’, en el caso de que caiga dentro del *status quo* cultural.

Lo mismo puede, entonces, suponerse de la arquitectura. La arquitectura, como representación material cultural, es siempre fidedigna a los valores lógicos, éticos y estéticos de la sociedad que la concibe en ese momento determinado. Por ende, toda la arquitectura puede considerarse ‘vernácula’ y culturalmente apropiada. Sin embargo, si la cultura se cosifica y con esto la arquitectura local se define de acuerdo con un periodo específico de la historia, uno puede caer en la trampa del ‘zeitgeist’ reduciendo la enorme diversidad de representaciones a la ilusión de un entorno cultural homogéneo y bien definido —método que ha sido

utilizado con frecuencia por varios dictadores a lo largo de la historia—.(5)

Si bien el problema de la relación entre la cultura y la arquitectura no se debe a que ésta última no corresponde a la primera, ¿entonces, a qué se debe? Tres son los factores que podemos identificar como parte de este problema.

El primero de los motivos es la velocidad de los cambios culturales. Cuando las sociedades se ven enfrentadas con un cambio drástico o repentino, el periodo que permite la asimilación de este nuevo elemento a las formas de pensar y actuar presentes es demasiado corto, provocando una crisis.(6) Segundo, los prejuicios hacia los cambios culturales, hacia lo que es diferente y ajeno a la cultura dominante y su consecuente rechazo u omisión. Y, en tercer lugar, la naturaleza dialéctica entre estas dos, o, para ser más específico, entre el espacio en general y la sociedad en su conjunto, incluidos sus modos de producción y reproducción.

Esto implica que en una sociedad multicultural, pero en donde la cultura de la mayoría se caracteriza por su rechazo a otras maneras de vivir, pensar y actuar, el tratamiento del espacio y la arquitectura sean procesos cerrados, exclusivistas, *indiferentes*; en palabras de Josep Muntañola, “*monológicos*”, incapaces de dialogar con su entorno socio-físico.(7) Esto provoca a su vez la disminución de la *competencia* y *desempeño* de aquellos grupos sociales distintos a la cultura dominante ya que el medio ambiente en el que se tienen que desenvolver no responde a sus necesidades. La resultante no son sólo consecuencias negativas para estos grupos, sino ulteriores prejuicios para el medio ambiente natural y social en su conjunto.

Como ya se ha comentado, el espacio y sus representaciones tanto materiales como conceptuales (edificios y ciudades; planos y modelos; epistemologías y disciplinas científicas, etcétera) juegan a su vez un papel recíproco en la conformación del pensamiento, actitudes y desempeño de los grupos sociales que las originan y que hacen uso de ellas, sugiriendo y fomentando ciertos comportamientos, prohibiendo o desalentando otros. Si la cultura dominante es una cultura que tiende a excluir otras, entonces la arquitectura manifestará la misma disposición a excluir.

Esto apunta hacia el motivo por el que debemos atender al fenómeno de la diversidad cultu-

⁵ Cf.: O’Hear, Anthony. 2001. “Zeitgeist”. *Enciclopedia Oxford de Filosofía*. Trad. Carmen García Trevijano. Madrid: Editorial Tecnos, p. 1049; ver también: Nesbitt, Kate, ed. 1996. *Theorizing a New Agenda for Architecture: An Anthology of Architectural Theory 1965-1995*. New York: Princeton Architectural Press, capítulo 4 “Historicism: The Problem of Tradition”.

⁶ Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 66.

⁷ Muntañola Thornberg, Josep. 2000. *Topogénesis*, pp. 137-146.

ral en la actualidad cuando tratamos de arquitectura y espacio urbano. En la literatura especializada es posible encontrar varios argumentos respecto a esta cuestión. En términos generales, estos argumentos pueden ser clasificados en tres líneas distintas: 1) argumentos de tipo pragmático-realista; 2) argumentos de tipo socio-económico; 3) argumentos ético-filosóficos.

La primera clase de argumentos tiene una premisa básica y concreta: los movimientos migratorios y el fenómeno de la globalización hacen que los países, regiones y ciudades de todo el mundo, se vuelvan ámbitos culturalmente cada vez más diversos. Fenómenos que además, según lo que los estudios y estadísticas de los patrones migratorios y el crecimiento demográfico mundial demuestran, no sólo se han acelerado en los últimos años, sino conforman un proceso irreversible.

Desde el punto de vista pragmático, aún cuando se pretenda —como lamentablemente está sucediendo en varias partes del mundo— atacar el “problema” de la inmigración cerrando fronteras, imponiendo cuotas y reforzando las políticas de aculturación y asimilación cultural, lo cierto es que la composición interna de muchas de estas sociedades ya es fundamentalmente diversa y, en gran medida, representan el futuro haciendo necesaria la consideración de este fenómeno en términos más positivos.⁽⁸⁾

El segundo tipo de argumentos, de carácter socioeconómico, se basa en la proposición de que la diversidad cultural es una de las fuentes de la inventiva y la creatividad, lo que, a su vez, conduce a la creación de innovaciones comerciales y, consecuentemente, a un mayor crecimiento económico.⁽⁹⁾ Por este motivo, varias empresas internacionales han invertido enormes recursos en la capacitación de su personal en lo que llaman la “habilidad cultural”, esto es, la capacidad de integrar el conocimiento sobre distintos grupos o personas a los estándares de la práctica profesional o comercial. De esta forma, estas corporaciones están re-evaluando sus modelos de operación con el fin de explotar las ventajas de la diversidad cultural de sus trabajadores.⁽¹⁰⁾

Similar a los argumentos de tipo pragmático, este modo de pensamiento se fundamenta ex-

⁸Esto se refiere tanto en términos de población natural como en cuanto a capital y recursos humanos ya que las minorías raciales de los países industrializados tienen una tasa de crecimiento mayor que la población originaria, por lo mismo representan la fuerza laboral del futuro.

⁹ Cf.: Sandercock, Leonie. 2003. *Cosmopolis II: Mongrel Cities of the 21st Century*. London; New York: Continuum; Florida, Richard. 2004. *The Rise of the Creative Class*. New York: Basic Books; Page, Scott. 2007. *The Difference: How the Power of Diversity Creates Better Groups, Firms, Schools, and Societies*. Princeton; Oxford: Princeton University Press; Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*.

¹⁰ Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, p. 40.

clusivamente en premisas lógicas, sobre los posibles beneficios materiales que acarrea la promoción de la diversidad cultural y más allá de fundamentos filosóficos o morales. “El nuevo paradigma para el manejo de la diversidad trasciende argumentos morales tradicionales, buscando conectar la diversidad con las perspectivas comerciales”, comentan Wood & Landry, y “acepta las filosofías de los paradigmas anteriores promoviendo la igualdad de oportunidades para todos los empleados mientras que reconoce y respeta el valor de las diferencias culturales entre las personas”.(11)

Sin duda, esta es una postura que dista mucho de los modelos de asimilación y aculturación que durante el siglo diecinueve y gran parte del veinte predominaron en las teorías de inmigración y la convivencia intercultural. No obstante, la reducción de los argumentos en favor de la diversidad cultural a la esfera económica no deja de ser problemática, en primer lugar, por ser demasiado superficial, reduciendo el problema a sólo el aspecto material de las relaciones sociales, y, en segundo, por carecer de un cuerpo de investigación que haya demostrado de manera suficientemente contundente que exista una correlación efectiva entre la diversidad y la eficiencia productiva. Por lo mismo, resulta más significativa la inclusión de argumentos morales al discurso en favor de la diversidad, entre ellos el *derecho a la diferencia*, que se analizará con detalle más adelante y que, junto con el *derecho a la ciudad*, conforman los pilares de una nueva urbanidad que da origen a la ‘ciudad buena’.

El concepto de cultura

La cultura es, como comenta Raymond Williams de manera coloquial, “una palabra difícil”. (12) Utilizado con frecuencia en contextos bastante diversos, el concepto de cultura goza de una ambigüedad y abstracción que hacen de su definición concreta una tarea complicada. Es fácil hablar de cultura, pero es difícil expresar concretamente a qué nos referimos con ella.

Por ejemplo, dependiendo de su ubicación histórica, la palabra ‘cultura’ ha llegado a tener significados diversos. Así, mientras que en los siglos anteriores al dieciséis la cultura se refería al cuidado del cultivo de cosechas o animales, a partir de ese siglo su significado se extendió a la atención al desarrollo humano.(13) Con el paso del tiempo, este concepto llega a

¹¹ Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, p. 41.

¹² Williams, Raymond. 1976. *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. New York: Oxford University Press, p. 11. Aunque Williams se refiere concretamente a la palabra inglesa ‘culture’, se puede decir lo mismo de su equivalente en castellano, por lo que su comentario no deja de ser adecuado. Lo que es más significativo es el hecho que Williams, uno de los estudiosos del concepto de cultura más reconocidos, admita la dificultad de este concepto.

¹³ *Op. Cit.*, p. 77.

nuestros días con una definición claramente identificable con su origen, pero igualmente susceptible a futuras transformaciones en su significado.

El origen etimológico de la palabra 'cultura' se encuentra en el latín *cultūra*, que a su vez se deriva de la palabra *colere*, que se refiere tanto a cultivar, labrar, atender y habitar un lugar, como rendir culto o tributo a algo o a alguien.⁽¹⁴⁾ Luego entonces, es posible deducir que la cultura es algo que se atiende, se desarrolla con el tiempo y 'echa raíces'; también, de ser algo digno de reverencia.

Durante el transcurso de la historia, su significado ha variado según la época, el lugar y la situación en la que se utilice, aumentando o disminuyendo su generalidad. Por ejemplo, para extender su definición al cultivo del intelecto y desarrollo humano, o para indicar el campo de las disciplinas artísticas y literarias. Williams comenta que a la fecha se puede reconocer, al menos, tres definiciones distintas que siguen en vigencia y son de uso común.

La primera de estas acepciones germina durante el siglo dieciséis y su uso se extiende hasta finales del siglo dieciocho, principios del siglo diecinueve. Ésta se refiere al "proceso general del desarrollo intelectual, espiritual y estético" de las personas. La segunda, en cambio, entiende el significado de la cultura como "las obras y prácticas de la actividad intelectual y, especialmente, artística" y cuyo uso fue más bien popularizado a finales del siglo diecinueve y durante el siglo veinte.

Así, por ejemplo, utilizando el primer significado puede decirse de una persona que es 'cultura' porque cultiva su conocimiento sobre las bellas artes. En cambio, si se considera que la cultura radica en la educación artística e intelectual de sus ciudadanos, el conjunto de obras artísticas que producen, así como las que el gobierno adquiere, conformando el 'patrimonio cultural' de la nación, se hace referencia a la segunda acepción.

Por último, la tercera definición del concepto surge también en el siglo dieciocho, principios del diecinueve, a partir de los escritos del poeta y filósofo alemán Johann Herder, quien concibe la cultura como "una forma particular de vida, ya sea de una persona, un periodo o un grupo".⁽¹⁵⁾ Así, el concepto de cultura ha llegado al siglo veintiuno con, al menos, tres significados distintos pero en los que es reconocible la raíz etimológica que le dio origen hace cientos de años.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Op. Cit.*, pp. 77-80.

Más aún, de las tres conceptualizaciones anteriores que Williams señala como vigentes, la tercera es la que tiene una mayor presencia en las ciencias sociales. Esta es también la que ocupa un papel central en esta investigación. De hecho, en su definición es posible ver el germen de lo que es en la actualidad la defensa por el derecho a la diferencia y al multiculturalismo, lo que también la hace relevante para este estudio.(16)

No obstante, el reconocimiento de la diversidad de las culturas es algo que ha tardado en aparecer. Al menos desde el siglo dieciséis y hasta la época de la Ilustración en el siglo dieciocho, para los pensadores occidentales la condición humana estuvo intrínsecamente relacionada con la cultura, en la medida en que la humanidad era medida de acuerdo con la presencia de los rasgos culturales europeos. Bajo este principio, la humanidad de los indígenas de América o los negros de África era cuestionable, “o bien los indígenas americanos son hombres, y deben integrarse de grado o por fuerza a la civilización cristiana, o bien puede discutírseles su humanidad, con lo que participarían de la condición animal”.(17)

Esta visión etnocentrista fundamentará las concepciones de “civilización” y “progreso”, en el mundo occidental, calificando de “primitivos” a aquellas culturas distintas a la occidental y justificando su explotación y su “occidentalización”. Sin embargo, como explica Lévi-Strauss, ésta no es una actitud exclusiva de la civilización occidental, sino que ha acompañado a la historia de la humanidad: “La actitud más antigua, y que descansa sin duda sobre fundamentos psicológicos sólidos en vista de que tiende a reaparecer en cada uno de nosotros cuando nos hallamos puestos en una situación inesperada, consiste en repudiar pura y simplemente las formas culturales —morales, religiosas, sociales, estéticas— que están más alejadas de aquellas con las que nos identificamos”.(18) Luego entonces, todo aquello que no se conforme a nuestra forma de vida, a nuestras normas sociales, es decir, a nuestra cultura, es desechado, a pesar de que, como se verá más adelante, nuestra propia forma de vida depende de la diversidad.

La cultura como forma de vida

Como se comentó, fue el filósofo y poeta alemán Johann Herder quien se encargara de desarrollar el enfoque del concepto de cultura como una forma particular de organizar la existen-

¹⁶ Cf.: Bauböck, Rainer. 2006c. “Multiculturalism”. *Routledge Encyclopedia of Social Theory*. A. Harrington, B. Marshall & Hans-Peter Müller (eds.). En línea, URL: <http://www.eui.eu/Import/ResolvedResources/PDF/R/Routledge-Encycl-multicult.pdf> (consultado el 25/09/2009); ver también: Parekh, Bhikhu. 2006. *Rethinking Multiculturalism: Cultural Diversity and Political Theory*. New York: Palgrave Macmillan.

¹⁷ Lévi-Strauss, Claude, 2008. *Antropología Estructural: mito, sociedad, humanidades*. México: siglo xxi editores, p. 294.

¹⁸ *Op. Cit.*, p. 308.

cia. Herder era un Romántico y, en principio, censuraba la ideología positivista y a la vez eurocentrista que contagiaba a científicos y filósofos colegas suyos, por igual. Por tal motivo, concibe una definición de la cultura que se opusiera a la idea dominante de la existencia de una cultura única, universal y profundamente discriminatoria como la que se había establecido en la Europa de la Era de la Ilustración.

Con este uso, la intención del filósofo era provocar una reacción que dejara en claro la necesidad de “hablar de ‘culturas’, en plural, esto es, de culturas específicas y variables de diferentes naciones y periodos, pero también de las *culturas específicas y variables de los grupos sociales y económicos de una nación*”.(19) De esta forma, a partir del Romanticismo, en Inglaterra, Francia y Alemania, Herder y otros buscan establecer esta acepción de cultura como respuesta a la excesiva valoración del ‘progreso’ y ‘civilización’ que caracterizaba al desarrollo industrial de la época.

Desafortunadamente, a pesar de sus esfuerzos, dicha concepción resultó excesivamente revolucionaria para su época —una época centrada en el expansionismo de la industria del mercado y del imperio— por lo que fue mayormente ignorada. Sin embargo, el legado de Herder no pasó enteramente desapercibido. Considerado por algunos como el primer ‘pluralista’, Herder allanó el camino para la apreciación de culturas distintas a la europea, así como para el reconocimiento de la existencia de sub-culturas dentro de una misma sociedad.(20)

Además, el uso de su definición de cultura es actualmente de orden común y frecuentemente empleado en las disciplinas sociales, sobre todo a raíz de que E. B. Tylor —considerado como el padre de la antropología— acuñara en 1871 un término de cultura similar en su libro *Primitive Culture*.(21)

En esta obra, Tylor establece que la cultura es “una compleja unidad que comprende el conocimiento, la fe, el arte, las leyes, la moral, las costumbres y cualquier otra habilidad o hábito adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad”.(22) De esta forma, se aclara la diferencia entre los conceptos de la cultura como un sistema sociocultural y la cultura como el desarrollo intelectual y artístico, o la práctica y producción de obras de esta naturaleza. No

¹⁹ Williams, R. *Keywords*, p. 79; énfasis añadido.

²⁰ Cf.: Williams, R. *Keywords*; Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*.

²¹ Williams, R. *Keywords*, p. 80; Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 131; ver también: Wikipedia Contributors. “Edward Burnett Tylor”. *Wikipedia, The Free Encyclopedia*. En línea, URL: http://en.wikipedia.org/w/index.php?title=Edward_Burnett_Tylor&oldid=300775457 (consultado el 7 de julio 2009).

²² Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 131.

obstante, hay que advertir, como señala Rapoport, que el hecho de que el uso de esta definición antropológica se encuentre “abriendo camino” en las disciplinas sociales no implica que se haya reducido en absoluto la generalidad del concepto. Después de todo, la definición de Tylor “incluye casi todo lo que caracteriza a los seres humanos”.(23)

Tener una clara identificación de una cultura en particular (cualquier cultura) no es posible. Esto se debe a que, en primer lugar, la cultura no es algo que sea posible observar directamente. Lo que se observa son las manifestaciones materiales de la cultura. La cultura es sólo un “invento conceptual teórico”, que existe solamente “por definición” y no conforma más que un “resumen ‘taquigráfico’ conceptual y una explicación propuesta con el fin de realizar conjunciones particulares de una gran variedad de fenómenos humanos”, comenta Rapoport. “Nadie ha visto, ni nadie nunca verá u observará la cultura, sino únicamente sus efectos, expresiones o productos. De este modo uno hace inferencias acerca de una entidad inobservable, basándose en sus manifestaciones observables”.(24)

Las conclusiones a las que llega el observador de una sociedad, digamos un antropólogo o un etnógrafo, se basan en lo que haya podido presenciar y en la manera en que, *desde su propia experiencia y de acuerdo con sus conocimientos*, interprete, analice y categorice estas observaciones. Por lo tanto, su visión de lo que integra la cultura no es otra cosa sino *parcial* —en los dos sentidos de la palabra: incompleto y subjetivo—.

Esta es una circunstancia que, como se verá más adelante, afecta la manera en que los diseñadores, arquitectos y urbanistas intervienen en la construcción del espacio urbano.(25) Pero además, no es una condición exclusiva de alguien que, a la manera de los etnólogos, observa una sociedad *émicamente*, es decir, desde el exterior. La forma en que un grupo social se cataloga a sí mismo, diferenciándose de otros y, por ende, construyendo su propia *identidad cultural* es también un proceso selectivo y, por lo mismo, igualmente incompleto y relativo.(26)

²³ *Ibid.*

²⁴ *Op. Cit.*, p. 162.

²⁵ Cf.: Burayidi, Michael (ed.). 2000. *Urban Planning in a Multicultural Society*. Westport, Connecticut; London: Praeger; Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*; ver también: Lefebvre, H. *The Production of Space; The Urban Revolution; y The Critique of Everyday Life*.

²⁶ Cf.: Stein, Stanley & Thomas Harper. 2000. “The Paradox of Planning in Multicultural Liberal Society: A Pragmatic Reconciliation”. En *Urban Planning in a Muticultural Society*. Michael A. Burayidi (ed.). pp. 67-82; De Genova, Nicholas. 2005. *Working the Boundaries: Race, Space, and “Illegality” in Mexican Chicago*. Durham & London: Duke University Press; Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*.

Identidad cultural y el derecho a la diferencia

Regresando a los argumentos respecto a la diversidad cultural y la producción del espacio, un concepto que es imprescindible abordar es el del *derecho a la diferencia*. El derecho a la diferencia, esto es, el derecho a ser tratado y valorado de igual forma sin importar las diferencias en el color de la piel, el género, la religión, y otras características personales, es el argumento moral en favor de la diversidad. Desafortunadamente, éste es uno de los derechos que ha padecido una larga historia de abusos. Aunque en el campo teórico el derecho a ser diferente ha sido un tema tratado desde tiempo atrás —es posible remontarse como mínimo al siglo XIX, a los escritos de los Románticos, para encontrar trazas del tema—, una conceptualización más precisa de lo que implica la diferencia y el derecho a ser diferente surge tan sólo a finales de los años setenta del siglo veinte como parte del conjunto de los derechos universales del ser humano.(27)

Durante esta trayectoria, una contradicción ha acompañado la evolución de este concepto: el hecho de que *la construcción de la identidad implica la construcción de la diferencia*. Para que la identidad pueda ser establecida es necesario hacer referencia a lo que no es, a *aquello que es diferente*. Así, lo que es positivo sólo lo es en referencia a lo que es negativo, lo blanco a lo negro, lo alto a lo bajo, etcétera. Por ende, la identidad no puede existir sin la diferencia. Lévi-Strauss ha señalado como querer definir las contribuciones de distintas culturas remitiéndolas a un solo patrón universal (occidental) es menospreciar su verdadero valor: “La verdadera contribución de las culturas no consiste en la lista de sus invenciones particulares, sino en la *separación diferencial* que exhiben entre ellas”.(28)

No obstante, la identidad siempre se encuentra amenazada por la diferencia; siempre corre el riesgo de ser transformada por lo que es diferente. La diferencia tiene la capacidad de develar lo oculto, volver familiar lo que alguna vez fue extraño. Aún en el homogeneizado espacio del Estado-nación la diferencia persiste y es capaz de emerger “del abismo abierto cuando un universo se ruptura” transformando tanto a las relaciones sociales entre individuos como el modo de producción en el que se realizan.(29)

Considerando esto, resulta claro el motivo por el que las clases política y capitalista ven necesario negar este derecho. Como indica Lefebvre: “Las diferencias resisten o surgen en los

²⁷ Lefebvre, Henri. 2008. *The Critique of Everyday Life*. Vol. 3. Gregory Elliot (trad.). New York; London: Verso, p. 109.

²⁸ Lévi-Strauss. C. *Antropología Estructural*, p. 336.

²⁹ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 372.

márgenes de la esfera homogeneizada, ya sea en la forma de resistencias o en la forma de exterioridades (lateral, heterotópica, heterológica)”, pero a fin que el *status quo* permanezca, “el centro existente y las fuerzas de la homogeneización deben buscar absorber todas aquellas diferencias”.(30)

El derecho a la diferencia es una lucha constante que tiene lugar en la vida cotidiana y que no sólo complementa los otros derechos humanos sino los hace más significativos al darles la extensión y profundidad de la vida cotidiana, es decir, transformándolos en derechos *sociales*. “Hoy, los derechos no pueden ser presentados como una lista cerrada de principios legales o morales, sino como una serie de máximas prácticas con la capacidad de alterar la vida diaria”, comenta Lefebvre, “esto implica un proyecto para la sociedad [...] así como la implicación de que tal derecho y proyecto no sean proclamados y demandados a través solamente del discurso: deben ser conquistados; son ganados en una lucha política”.(31)

Aquí es importante señalar la diferencia existente entre ‘particularidades’ y diferencias. Las diferencias surgen de conflictos que en el transcurso de la historia son relacionados con las particularidades étnicas, raciales, clasistas, etcétera, que distinguen a los grupos involucrados; asociando a quienes son diferentes —a los *otros*— con las afrentas y concibiendo patrones ideológicos negativos. De acuerdo con Lefebvre:

Las particularidades son definidas por la naturaleza y por la relación del ser humano (social) con esta naturaleza. Consisten en ‘realidades’ biológicas y psicológicas que son dadas y determinadas: etnicidad, sexo, edad. Nacer blanco o negro, grande o pequeño, con ojos azules u oscuros, es una particularidad. También lo es nacer en Africa o Asia. En cuanto a las diferencias, son *definidas solamente socialmente* —esto es, específicamente en relaciones sociales. Contrario a la particularidad, la diferencia no está aislada: toma su lugar dentro de un todo.(32)

El derecho a la diferencia no significa ser tratado de acuerdo con las particularidades naturales y/o culturales que nos definen —como la raza o la religión, por ejemplo—, sino la trascendencia de dichas particularidades para dar paso a una “*igualdad en la diferencia*”.(33) Un proyecto que además tiene la función de ‘re-conectar’ en lugar de ‘dividir’. En palabras de Lefebvre: “La diferencia concentra relativizando las disimilitudes. Su concepto hace posible

³⁰ *Op. Cit.*, p. 373.

³¹ Lefebvre, H. *The Critique of Everyday Life*. Vol. 3, p. 110. La inclusión de una dimensión política en el tratamiento del derecho a la diferencia añade una profundidad a este concepto, algo que, como veremos más adelante, frecuentemente escapa a la teoría multiculturalista.

³² *Op. Cit.*, p. 111.

³³ *Op. Cit.*, p. 110.

dejar escapar nada y perder nada del pasado, excepto aquello que la evolución rechaza — esto es, particularidades agotadas y acabadas”.(34)

La construcción de la identidad

El hombre es un ser social. Desde sus inicios, el ser humano ha buscado la compañía de otros como él. No es difícil imaginar cómo, en tiempos remotos, formar parte un grupo de individuos era fundamental para la supervivencia. A lo largo de la historia, el ser humano ha encontrado en la convivencia en comunidad los medios y motivos para vivir su vida, reproducirse y continuar la especie. A la fecha, no hay mucho al respecto que haya cambiado.

Con el paso del tiempo, los individuos que conllevan una vida social llegan a formar lazos entre ellos. Estos lazos permiten a las personas sentirse parte de un grupo, una ‘manada’, que les provee de un sentimiento de protección y pertenencia. Probablemente este sea un sentimiento atávico, un residuo de la implacable era prehistórica en la que la cooperación era la única forma de sobrevivir a las duras condiciones de vida. No obstante, no por tratarse de un instinto residual es menos real en el presente. Lo importante es que, al formar dichos lazos las personas también pueden conocer el comportamiento de los demás y saber qué esperar de ellos, así como qué es lo que los demás esperan de uno.

De esta forma es posible identificar a alguien que es similar a uno y en quien se puede confiar. La convivencia cotidiana de los grupos sociales hace de sus individuos miembros familiares en los que uno reconoce patrones de comportamiento propios, haciéndolos, por lo tanto, predecibles y, por ende, fuente de sentimientos de seguridad e identidad. “Los seres humanos nacen con un conjunto de capacidades y tendencias derivadas de la especie y son gradualmente transformados por su cultura en personas racionales y morales”, comenta Parekh, de tal forma que la cultura, dice, “los toma en un estado altamente impresionable y maleable y estructura su personalidad”.(35)

A través de la cultura, los miembros de una comunidad aprenden cuales son los valores, costumbres, modos de pensar, de sentir, de actuar aceptados por la sociedad en la vida cotidiana; así como los significados asociados a éstas convenciones. Esto es, “aprenden a ver el mundo de una forma particular, a individualizar y asignar ciertos significados e importancia a las actividades y relaciones humanas, y a conducir estas últimas de acuerdo a ciertas

³⁴ *Op. Cit.*, p. 115.

³⁵ Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*, p. 155.

normas".(36) Esto hace de la cultura un mecanismo que "estructura y da forma a la personalidad del individuo de una manera particular y le da un contenido o *identidad*".(37)

A su vez, la estructuración de la cultura depende del proceso de *socialización* que sirve para hacer del "indefenso infante" una persona "calificada en las maneras de la cultura en la que él o ella ha nacido". De esta forma, el proceso de reproducción de los comportamientos sociales establece una "continuidad estructural a través del tiempo" que genera los patrones de una cultura.(38) En otras palabras, la cultura se conforma con el tiempo y la repetición de los patrones de conducta en una sociedad, que se reproduce a través de los *agentes de socialización*, esto es, las instituciones sociales que regulan el comportamiento de los individuos miembros de esa sociedad, el más inmediato siendo comúnmente la familia, pero también, la escuela, los grupos coetáneos, los medios de comunicación y el medio ambiente laboral, por ejemplo.(39)

No obstante, lo que es familiar está marcado por su opuesto; es *definido* por aquello que no es. Lo que no es familiar, aquello que no pertenece a ese grupo, es extraño y, por ende, impredecible, por lo que tiende a verse, si no con completa desconfianza, si con escepticismo. El dilema radica en que a pesar de esto, para poder determinar la identidad es necesario oponerla a algún concepto contrario, esto es, sobre la base de lo que es *diferente*. "Nos definimos relacionamente", explican Wood y Landry, "construimos una arquitectura intelectual de manera que podamos categorizar cosas, ideas y gente para ayudarnos a decidir y especificar: ¿Quién soy? ¿Quién no soy? ¿Quién pertenece y quién no? ¿Qué es lo correcto y qué no lo es?"(40)

Todas estas cuestiones implican el descubrimiento, conocimiento y comprensión de lo que significa ser uno mismo y la naturaleza de nuestra relación con los demás, esto es, el 'Yo' y el 'Otro'.(41) Consecuentemente, la identidad cultural depende de la existencia del 'otro', del que es diferente. La identidad cultural necesita de la diferencia. Esto lo sabía Lévi-Strauss hace más de cincuenta años, cuando comenta que: "La exclusiva fatalidad, la única tara que pueda afligir a un grupo humano e impedirle realizar plenamente su naturaleza, es el estar

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Op. Cit.*, p. 156; énfasis añadido.

³⁸ Giddens, A. & M. Duneier. *Introduction to Sociology*, pp. 75-76.

³⁹ *Op. Cit.*, p. 82.

⁴⁰ Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, p. 15.

⁴¹ *Ibid.*

solo".(42)

Pero, la identidad cultural es algo tan ambiguo y general como la cultura. Como sabía Herder aún antes que Lévi-Strauss, incluso la cultura más homogénea contiene en su interior tantas diferencias como miembros la constituyen.(43) Debido a que cada persona concibe y aprecia distintos aspectos de los elementos que conforman su cultura —valores, comportamientos, actitudes, etcétera— le es posible reflexionar sobre éstos, y así observar una práctica cultural *individual y diferente*.

Por dar un ejemplo inocuo, pensemos en alguien que aprecia las tradiciones culinarias de su cultura pero no los horarios habituales en que se toman los alimentos. O, aquel que observa las normas de sociabilidad en todos los aspectos de su cultura, excepto el del concepto de una familia compuesta por una pareja heterosexual unida bajo un contrato social llamado “matrimonio” con la obligación —también social— de procrear. Tal vez este individuo que en todos los demás aspectos comparte las normas sociales, opina que una familia también puede constituirse bajo una unión libre compuesta por un binomio ‘hombre-hombre’ o ‘mujer-mujer’ y sin tener la obligación de engendrar hijos. A partir de aquí no es difícil imaginar el sinnúmero de diferencias posibles —grandes y pequeñas— aún dentro de una cultura “tradicional”, demostrando que todas las culturas son diversas en su interior.

Precisamente, una de las maneras en que la cultura de una sociedad se transforma es *a través de los cuestionamientos críticos y valorativos con la que sus integrantes la juzgan*. Cuando unos lineamientos o formas de comportamiento pierden su validez ante las circunstancias sociales del momento, pueden dejar de ser observados y considerarse ‘anticuados’ o ‘reaccionarios’. Igualmente, ante un cambio de situación, pueden adoptarse valores que anteriormente no eran parte importante de la cultura, por ejemplo, la igualdad de géneros, el respeto a las personas mayores o el aprecio al honor y la ética profesional. Estos cuestionamientos críticos pueden venir del interior o del exterior de la cultura.

De hecho, en gran medida, las transformaciones culturales ocurren de acuerdo con el nivel de aceptación de sus integrantes —sin la aceptación de la comunidad, la cultura no existiría— así como al grado de exposición a otras culturas y la influencia que estas puedan tener en aquella. No obstante, esta circunstancia no es suficientemente reconocida y uno de los problemas que enfrentamos al tratar con el concepto de cultura es el de su habitual reifica-

⁴² Lévi-Strauss, C. *Antropología Estructural*, p. 334.

⁴³ Cf.: Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, pp. 16, 64; Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*, pp. 144, 148.

ción. A pesar de que, como bien indica Rapoport, la cultura es “un *invento conceptual* —una etiqueta para indicar lo que muchas personas piensan, creen, hacen, y cómo lo hacen”, existe una tendencia imperante para hacer de la cultura algo concreto.(44)

Muchas veces, además, la forma en que la cultura se evalúa es de un modo tendencioso, favoreciendo injustamente a un grupo social determinado. Este ha sido, por ejemplo, el caso de los imperios europeos de antaño que por muchos siglos extendieron su cultura por el mundo, considerándola como ‘superior’ a la de las poblaciones nativas, imponiéndola a los territorios conquistados, y que condenaba Herder.

Otra muestra de esto es la censura y represión que varios Estados totalitarios o fundamentalistas demuestran hacia la comunicación y difusión de manifestaciones culturales de otros países. La reticencia de las autoridades religiosas o civiles en estos países se debe a que sienten amenazado el *status quo* que los legitima y por ende, los hace renuentes aún a la mera posibilidad de que estas manifestaciones afecten un cambio social.

Aunque en países más liberales esta actitud es vista con escepticismo. Dichos gobernantes no se equivocan en su razonamiento; las influencias exteriores sin duda muchas veces generan un cambio cultural. Y las transformaciones súbitas que afectan a la cultura de una sociedad tienen por lo general consecuencias negativas para el orden social, efectuando lo que Parekh llama, un estado de “pánico moral”, al respecto:

Como la identidad de un individuo, la de la cultura cambia pausadamente y en partes, permitiendo a sus miembros tiempo para absorber y ajustarse a los cambios y reconstituir su identidad sobre una nueva base. Es sólo cuando los cambios son extensivos, rápidos o introducidos por factores sobre los cuales la comunidad no tiene control que sus miembros se encuentran incapaces de contar con sus recursos culturales para navegar su rumbo a través de la vida y experimentan una sensación de pánico moral.(45)

La incertidumbre sobre lo que no es familiar y la crisis moral que acompaña las transformaciones —incluidas las provocadas por el cuestionamiento interno de ésta—, tienen un impacto en la estructura cultural de los grupos sociales. Por tanto, aunque los cambios no sólo son necesarios sino inevitables, es comprensible la necesidad también de regular cómo y con qué velocidad ocurren dichas transformaciones:

Los límites estructuran nuestras vidas, nos dan un sentido de pertenencia e identidad y proveen de un punto de referencia. Aún cuando nos rebelamos contra ellos, sabemos qué es aquello contra lo que nos

⁴⁴ Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 131.

⁴⁵ Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*, p. 149.

estamos rebelando y por qué. Ya que tienden a ser restrictivos, debemos cuestionarlos y ampliarlos; pero no podemos rechazarlos por completo ya que entonces no tenemos puntos de referencia fijos con los que definimos y decidir qué diferencias cultivar y por qué.(46)

No es de extrañar entonces, que ciertos sectores de la sociedad de un país o miembros de una comunidad se opongan a los cambios. Sin embargo, la globalización, la creciente red de comunicaciones e intercambios sociales, comerciales, culturales, tecnológicos y la migración de personas a nivel mundial acercan cada vez más a las culturas, haciendo virtualmente inevitable la polinización cruzada o ‘contaminación’ cultural entre países, pueblos, grupos religiosos, etnias, razas, y demás grupos sociales. En la actualidad más que nunca, la cultura demuestra ser un concepto fluido, maleable, que se transforma constantemente.

Ante esta situación en varias sociedades consideradas como ‘tolerantes a la diversidad’, liberales y abiertas —y en otras que nunca lo han sido tanto— han resurgido y acrecentado los discursos discriminatorios, intolerantes y ‘nativistas’, no sólo xenófobos, sino también en contra de homosexuales, bisexuales y transexuales, gente de raza o religión distinta y demás diferencias culturales, aún cuando estos individuos son miembros legítimos de esas comunidades, como ha sido el reciente caso, por nombrar algunos, de Francia, Holanda, Italia, Inglaterra, Australia, Canadá y los Estados Unidos.(47)

Esta circunstancia hace obligatorio revisar las dos proposiciones siguientes: Primero, el Estado moderno, como la institución social de mayor trascendencia en la actualidad, juega un papel activo y de mucha importancia en la legitimación de la identidad cultural. El Estado, a través de sus políticas y mecanismos, ayuda a determinar quién pertenece al colectivo socio-cultural y quién no y, por tanto, quién tiene derecho a la protección y bienestar social, económico y político que brinda la pertenencia. Y, segundo, los modelos de integración cultural hasta la fecha experimentados en diversos países han resultado insuficientes para la aceptación e integración de los grupos culturales distintos. Por lo tanto, es necesario proporcionar modelos más adecuados que alivien esta situación.

⁴⁶ *Op. Cit.*, p. 150.

⁴⁷ Cf.: Burayidi, M. *Urban Planning in a Multicultural Society*; Bauböck, Rainer. 2002. “Farewell to Multiculturalism? Sharing Values and Identities”. *Societies of Immigration. Journal of International Migration and Integration*. Vol 3, no. 1 [winter], pp. 1-15. En línea, URL: <http://www.eui.eu/Import/ResolvedResources/PDF/J/Jimi-Farewell-Multiculturalism.pdf> (consultado el 25/09/2009); Sandercock, L. *Cosmopolis II*; De Genova, N. *Working the Boundaries*; Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*; Goonewardena, K. et al. (eds.). *Space, difference, everyday life*; Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*.

Identidad cultural y Estado

A través de la historia, la evolución de lo que en principio eran incipientes organizaciones sociales —en la forma, por ejemplo, de tribus o clanes— ha dado pie a complejas instituciones económicas, políticas, religiosas, y demás, que tienen la función de regular el comportamiento y la interacción de los individuos que integran la comunidad. A partir de la Edad Media, el Estado, esto es, el *Estado-nación*, se ha constituido como la institución socio-política más importante. El Estado y la cultura —así como cualquier otra institución social— se desarrollan a la par, influyéndose mutuamente.(48)

El Estado-nación se basa en el fundamento de una identidad cultural que, aunada a una territorialidad demarcada, amalgama a los individuos como miembros de un colectivo social distinguible. El Estado aprovecha esta situación para consolidar su autoridad. Esto es posible ya que la cultura, además de ser el fundamento de la identidad social, también es un “sistema de regulación”, que “demanda conformidad” y juega un rol “coercitivo y regulativo” para institucionalizar, ejercitar y distribuir el poder y así “crear y legitimar un tipo particular de orden social”, dando una mayor ventaja a algunos grupos sobre otros.(49) Ésta es una situación que es importante reconocer ya que demuestra que el Estado “no es un instrumento del orden y la estabilidad culturalmente neutral como frecuentemente se asume, sino que está inserto en una visión particular del orden político”.(50)

El Estado moderno “representa un modo históricamente único de definir y relacionar a sus miembros”, comenta Parekh.(51) El Estado “*abstrae* su clase, etnicidad, religión, status social, y demás, y los une en términos de su subscripción a un sistema común de autoridad, que es similarmente abstraída a partir de la estructura más amplia de las relaciones sociales”.(52)

Luego entonces, en principio, la membresía al Estado moderno opera bajo el concepto de *igualdad ciudadana*, más allá de las *particularidades* que acompañen al individuo: “Ser ciudadano es trascender las particularidades étnicas, religiosas y demás, así como pensar y actuar como miembro de una comunidad política. Al abstraerse sus diferencias —que son, además, generadas socialmente— los ciudadanos son *homogeneizados* y relacionados con el Estado de manera idéntica, disfrutando de un status igualitario y poseyendo idénticos derechos y

⁴⁸ Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*, p. 151.

⁴⁹ *Op. Cit.*, p. 157.

⁵⁰ *Op. Cit.*, p. 179.

⁵¹ *Op. Cit.*, p. 181.

⁵² *Ibid.*; énfasis añadido.

obligaciones".(53)

Parekh señala que esta homogeneización es una necesidad para la preservación del Estado moderno ya que, a diferencia de las organizaciones socio-políticas anteriores, éste se basa en los principios liberales de los derechos humanos universales, más allá de diferencias culturales. Luego entonces, en teoría, el Estado trata a todos sus ciudadanos por igual, con los mismos derechos individuales y sin importar su género, raza, religión, preferencias sexuales, etcétera.(54)

Pero a su vez, la consolidación del Estado sirve para legitimar la hegemonía de un grupo social dominante en perjuicio de otros grupos sociales que, sin embargo, también forman parte del mismo Estado. La minimización de las diferencias culturales, esto es, la *homogeneización cultural* es importante para la preservación de estas condiciones y es por esto que el Estado y el grupo social dominante incentivan la exaltación de una cultura nacional *única*, que identifica a todos los individuos como "hijos de la patria", con una historia, un lenguaje, leyes, costumbres y leyendas en común.

¿Cuántas veces se ha observado que miembros de una misma nación que difieren en costumbres, lenguas, razas y etnias son discriminados por lo mismo? ¿Cuántas veces no se ha visto al mecanismo del Estado reprimir a los grupos sociales que no representan la ideología "nacional", aún cuando ellos son también miembros del colectivo social que conforma la nación, sólo porque son diferentes? La construcción de una identidad colectiva —en el caso del Estado moderno, una identidad nacional— es entonces una necesidad para la formación de los lazos sociales que permitan la convivencia en comunidad bajo esa institución; pero, el mismo hecho de que la creación del Estado esté impregnada de una perspectiva particular del orden social y político tiene como consecuencia la *deslegitimación* y *marginación* de otros grupos sociales:

Aunque toda comunidad política necesita una visión de su identidad nacional, esta última también tiene un lado oscuro y puede convertirse fácilmente en fuente de conflicto y división. Toda comunidad política arraigada incluye varias líneas de pensamiento y visiones diferentes de lo que es la buena vida. Ya que cada definición de identidad nacional es necesariamente selectiva y debe ser relativamente simple para alcanzar sus intenciones propuestas, enfatiza una de estas líneas y visiones y deslegitima o margina

⁵³ *Op. Cit.*; pp. 181-182; ver también: Lefebvre, H. *The Production of Space*, cap. 6 "From Contradiction of Space to Differential Space", en especial, pp. 372-374, 382, 389, 396 y 397. Lefebvre llama a este proceso de abstracción de la diferencia: la reducción de la diferencia "producida" o "máxima" a un estado de diferencia "inducida" o "mínima", y, por tanto, inofensiva.

⁵⁴ Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*, pp. 179-184.

otras.(55)

Este problema se vuelve particularmente relevante en el contexto actual de la creciente diversidad cultural de las naciones, regiones y ciudades del planeta, poniendo en tela de juicio la existencia misma de la figura del Estado:

El Estado moderno tiene sentido en una sociedad que es culturalmente homogénea o dispuesta a convertirse en una. En sociedades multi-étnicas y multinacionales cuyas comunidades constituyentes abrigan diferentes perspectivas sobre su naturaleza, poderes y metas, tienen diferentes historias y necesidades y, por lo tanto, no pueden ser tratados de manera idéntica, el Estado moderno puede fácilmente convertirse en un instrumento de injusticia y opresión y hasta precipitar la misma inestabilidad y secesión que busca prevenir.(56)

El Estado, el espacio y la diferencia

A diferencia de Parekh, quien, a pesar de sus observaciones, es partidario de la figura del Estado liberal moderno occidental, Lefebvre toma una posición más crítica respecto a éste. Lefebvre ha señalado en particular la conjunción del mercado y la violencia —expansionista al exterior y coercitiva al interior— en la creación del Estado.(57) Además, hace hincapié en el papel del espacio en la creación y consolidación de esta institución, llamando al espacio socio-político “el lugar de nacimiento y la cuna” del Estado moderno.(58) De hecho, el tema de la concepción y consolidación del Estado es uno al que Lefebvre dedicó gran parte de sus disertaciones, publicando un exhaustivo estudio en cuatro volúmenes.(59)

No obstante, para el propósito inmediato de esta investigación, lo importante del análisis crítico de Lefebvre sobre Estado radica en su conceptualización de la coyuntura entre el concepto de cultura —representado en la hegemonía ideológica—, el espacio —tanto en su condición de territorio nacional, como en la del lugar de la experiencia de la vida cotidiana— y la ciudadanía.(60)

Para Lefebvre: “El Estado y cada una de sus instituciones constituyentes requieren de espacios —pero espacios que pueden después organizar de acuerdo con sus requerimientos

⁵⁵ *Op. Cit.*, p. 231.

⁵⁶ *Op. Cit.*, p. 185.

⁵⁷ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 112.

⁵⁸ *Op. Cit.*, p. 279.

⁵⁹ Cf.: Brenner, Neil. 2008. “Henri Lefebvre’s critique of State productivism”. En *Space, difference, everyday life*. Goonewardena K. et al. (eds.), pp. 231-249.

⁶⁰ Este es un tema que recientemente ha resurgido a raíz de la globalización en la figura del ‘cosmopolitanismo’, que apunta a la emancipación de la ciudad y los ciudadanos del centralismo estatal y los intereses del corporativismo multinacional; cf.: Amin, Ash. 2006. “The Good City”. *Urban Studies*. Vol. 43, nos. 5/6 [May]. pp. 1009-1023; Bauböck, Rainer. 1994. *Transnational Citizenship: Membership and Rights in International Migration*. Aldershot; Hants; England: Edward Elgar; Sandercock, L. *Cosmopolis II*.

específicos”.(61) Por tanto, la conformación del espacio es resultado en parte de las operaciones que la figura dominante del Estado ejercita sobre éste.

Al mismo tiempo, el espacio sirve como producto y medio de producción para la reproducción de las condiciones necesarias para la continuidad de dichas instituciones, así como de las relaciones sociales imperantes: “Aunque [el espacio sea] un *producto* para ser usado, para ser consumido, es también es un *medio de producción*; redes de intercambio y flujos de materias primas y energía moldean el espacio y son determinadas por él”.(62) Y, por lo tanto, “este medio de producción, producido como tal, no puede ser separado de las fuerzas productivas, incluidas la tecnología y el conocimiento, o de la división social del trabajo que le da forma, o del Estado y las superestructuras de la sociedad”.(63)

Sobre esto se ahondará con mayor detalle más adelante. Baste decir por ahora que el espacio es instrumental en la dominación del Estado, quien lo utiliza para conformar la identidad nacional. La identidad cultural se conforma a través de la cercanía del contacto entre seres humanos, quienes, a través de la interacción cotidiana, van construyendo el conjunto de normas, costumbres, rituales, sistemas de signos, etcétera, que hacen posible el intercambio, la comunicación y la convivencia social. Para esto, como indica Kipfer, se sirve de los espacios sociales que son familiares y cotidianos —la oficina postal, el ayuntamiento, la estación del tren, el café, el supermercado— para establecer el orden ‘natural’ de la organización social, legitimando la hegemonía del Estado y las clases dominantes.(64)

¿Pero, por qué es importante esto en relación con la identidad cultural? La supervivencia del Estado moderno depende de su capacidad de homogeneizar a los individuos que la integran de manera que no sólo acepten la realidad de su mundo como el orden natural de las cosas, sino que lo defiendan intransigentemente de escisiones que contengan el germen de una revolución social. Esto implica la reducción de la historia, costumbres, fundamentos y prácticas sociales a un conjunto definido por y para la mayoría cultural dominante, excluyendo de la identidad nacional a aquellas pertenecientes a los otros grupos sociales —por ejemplo, inmigrantes y minorías étnicas o raciales—. (65) Al hacer esto, el Estado transgrede uno de los de-

⁶¹ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 85.

⁶² *Ibid.*

⁶³ *Ibid.*; énfasis añadido.

⁶⁴ Kipfer, Stefan. 2008. “How Lefebvre urbanized Gramsci: Hegemony, everyday life, and difference”. En *Space, difference, everyday life*. Goonewardena, K. et al. (eds.), p. 197.

⁶⁵ Cf.: Bauböck, R. “Farewell to Multiculturalism?” y “Multiculturalism”.; De Genova, N. *Working the Boundaries*; Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*.

rechos fundamentales del ser humano: el *derecho a la diferencia*.

Multiculturalismo

Quizás el concepto mayormente relacionado con el derecho a la diferencia es el ‘multiculturalismo’. Este concepto, al igual que otros como la cultura o el posmodernismo, abarca varias definiciones. No obstante, es debido precisar que el movimiento multicultural arranca de la búsqueda interna y externa por revisar el desarrollo de las políticas de naciones —como los Estados Unidos, Francia e Inglaterra— que sustentadas ideológicamente en el humanismo liberal y económicamente en la colonización y conquista territorial han impuesto su hegemonía cultural sobre aquellos pueblos o etnias que han juzgado como ‘primitivas’ a lo largo de varios siglos.

El fundamento moral detrás de esta idea es que a pesar de nuestras diferencias —raciales, étnicas, lingüísticas, etcétera— todos somos susceptibles al sufrimiento. Igualmente, para el multiculturalismo la coexistencia de grupos culturales distintos en una sociedad es un valor positivo. Consecuentemente, la interacción de grupos culturales distintos conlleva beneficios para la sociedad y, por lo tanto, debe de ser apoyada políticamente.⁽⁶⁶⁾ El reconocimiento y voluntad para compartir esta premisa es una condición necesaria para la supervivencia del ser humano, y es lo que se conoce como “universalidad moral”.⁽⁶⁷⁾

A pesar de la aparente novedad del concepto del multiculturalismo, en realidad, desde tiempos remotos la mayoría de las sociedades del planeta han sido expuestas en mayor o menor medida a elementos foráneos a su cultura. Sin duda, desde la invención del comercio y a raíz del establecimiento de rutas comerciales, exploraciones, migraciones humanas y conquistas territoriales, distintos grupos sociales han recibido la influencia de ideas, productos, y hasta genes biológicos de distintos grupos raciales. Esto hace que, en principio, la idea de una sociedad con una cultura completamente autónoma y libre de influencia sea una falacia.

Charles Landry y Phil Wood han observado cómo desde la antigüedad varias civilizaciones (entre ellas, Persia y Roma) se componían de varias culturas y demostraban un alto grado de tolerancia hacia la diversidad, permitiendo cultos y religiones distintas, diversas formas de actuar, pensar, construir y habitar, a lo largo y ancho de sus vastos imperios.⁽⁶⁸⁾ Además,

⁶⁶ Bauböck, R. “Multiculturalism”.

⁶⁷ Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, p. 24.

⁶⁸ Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, pp. 93-96.

como Herder planteara hace más de doscientos años, dentro de una misma nación conviven diversos grupos sociales y económicos que gozan de una cultura diferente y específica a cada uno.

De acuerdo con esto, es posible desmitificar la idea de la existencia de una sociedad *mono-cultural* como muchos individuos que se sienten incómodos con estas nociones quieren hacer creer. Por lo tanto, si la concepción de una sociedad mono-cultural es errónea, entonces, hay que asumir que las sociedades son, en su gran mayoría y desde hace cientos de años, *multiculturales*.

A pesar de la indiscutible obviedad de esta circunstancia, hasta hace poco esta concepción fue en gran medida abandonada. Durante el siglo diecinueve —una época caracterizada por el desarrollo industrializado y la expansión mundial de la civilización europea— la creencia en la superioridad cultural de las naciones europeas colonizadoras implicó que éstas desestimaran, no sólo la inherente diversidad y mestizaje de su propia cultura, sino el derecho y legitimidad de la cultura de los pueblos conquistados. El resultado de esta ideología dominante durante esa época y el siglo veinte ha sido un extensivo proceso de aculturación que en gran medida establece las políticas de los encuentros interculturales, donde el conquistado debe adoptar la cultura del conquistador y ceder la propia.

En consecuencia, aunque desde inicios del siglo veinte es posible localizar algunos pensadores que buscan retomar una filosofía más pluralista con relación a la cultura, no fue sino hasta la segunda mitad del siglo veinte que empieza a resurgir en el discurso sociopolítico el concepto del multiculturalismo y del derecho a la diferencia, aduciendo a las ventajas sociales, morales y económicas de la diversidad cultural. De hecho, en algunos países (Australia, Canadá y Reino Unido), esta concepción llega a formar parte de la política oficial en vigor, aceptando su condición de ‘países de inmigración’ y promoviendo el ‘mosaico cultural’ de sus habitantes.(69)

Aunque el multiculturalismo ‘estricto’ se refiere a la diversidad de culturas, una versión más abierta de éste abarca distintos tipos de diferencias, ya sea, culturales, raciales, étnicas, de género, de orientación sexual, orientación religiosa, capacidades psicomotoras, o de edad. Su propósito es el de instigar un trato más justo para estos grupos sociales que mayormente son ignorados. De aquí, por ejemplo, se desprenden los movimientos feministas en favor de los

⁶⁹ Inclusive, cabe notar que el término ‘multiculturalismo’ fue acuñado a mitades de los sesenta en Canadá, cuando fue declarado como política del Estado por el primer ministro Pierre Trudeau; cf.: Bauböck, R. “Multiculturalism”.

derechos de la mujer, los que defienden los derechos de las personas discapacitadas o de la tercera edad a la movilidad, al trabajo y a la participación en la sociedad, y, por supuesto, los derechos en favor de las minorías raciales, culturales y étnicas, por ejemplo, los afroamericanos, los hispanos o los musulmanes en los países occidentales de Europa y Norte América.

Los límites del multiculturalismo

En el multiculturalismo, la base de la posibilidad de un futuro mejor se encuentra en el reconocimiento y apoyo a aquellas minorías que han sido en algún momento menospreciadas y oprimidas. De aquí nacen, por ejemplo, las demostraciones de arrepentimiento y disculpas que los gobiernos de Canadá y Australia han manifestado públicamente por el comportamiento de sus antepasados colonizadores para con las poblaciones nativas de sus respectivos territorios.

No obstante, como Rainer Bauböck señala, el multiculturalismo es sujeto también de ciertos cuestionamientos que es preciso señalar, como son: el relativismo cultural y moral; las limitaciones que tiene o debe de tener la tolerancia para con las costumbres culturales de minorías que, según el liberalismo son degradantes para ciertos miembros de esos grupos culturales (por ejemplo, mujeres); o la debilitación de la conformación de una identidad nacional y unidad social por diferencias culturales.(70)

Además, como el mismo Bauböck apunta, una vez que la “asimilación coercitiva” de los grupos culturales minoritarios es determinada como *ilegítima*, la estabilidad democrática debe conseguirse a través de la autonomía y participación en el proceso político de esos grupos. En este caso, el riesgo que enfrenta la sociedad multicultural es el de enfatizar las diferencias culturales entre los grupos y, de esta manera, cosificar las identidades particulares, “afianzando las fronteras comunitarias”, creando un entorno escindido.(71)

Sin duda, el movimiento multiculturalista y los movimientos en favor de la diferencia —el poscolonialismo, el feminismo, la teoría ‘queer’, la teoría y crítica afroamericana, entre otros— han contribuido enormemente al mejoramiento de las condiciones de trato de estos grupos sociales. No obstante, después de una treintena de años de esfuerzos, hay quienes opinan que el multiculturalismo ha perdido impulso. También, hay quienes consideran que

⁷⁰ Cf.: Bauböck, R. “Multiculturalism;” Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*.

⁷¹ Bauböck, R. “Multiculturalism”, s. num.

éste (involuntariamente) particulariza y generaliza algo que no es divisible, es decir, la complejidad de la individualidad de las personas, imposibilitando la comprensión de lo que implica, por ejemplo, ser mujer, afroamericana, homosexual y de clase trabajadora.

Tanto los aspectos étnicos, raciales, de preferencia sexual o religión, como los de clase y ocupación laboral dentro de la esfera socio-económica-cultural de una sociedad son importantes y enfatizar en unos sobre otros quizá no sea la mejor alternativa. Varios años de estudios sobre las relaciones entre grupos culturales distintos han demostrado los límites de las políticas multiculturales cuyo resultado ha sido una aparente ‘tolerancia’ a la diversidad, pero que vela sentimientos y acciones discriminatorias que se encuentran aún presentes en las prácticas hegemónicas y discursos de estas sociedades, pero ahora bajo la superficie de una actitud ‘políticamente correcta’.(72)

Dentro del multiculturalismo, la aceptación de quienes son diferentes se vuelve indiferencia. Los distintos grupos sociales aprenden a tolerarse entre sí, a aceptar la presencia del otro, pero sin llegar a sentirse obligados a convivir. De esta manera, aprenden a dividirse el uso de un mismo espacio ya sea temporal o espacialmente, apropiándose de ciertos lugares —una esquina o una escalinata en una plaza, por ejemplo—, o haciéndose presentes en horarios distintos —los magrebís por la mañana, los ecuatorianos por la tarde, el lado afroamericano de un parque por un lado, el lado hispano por el otro, por ejemplo—.(73)

La tolerancia como fundamento de una sociedad multicultural no es suficiente. Es necesario superar la indiferencia con que se tratan unos y otros grupos sociales. La interacción entre grupos diversos es el paso que hay que dar para lograr este objetivo y la postura actual del multiculturalismo no permite dar ese paso. De tal manera, algunos proponen superar este límite a través del concepto del ‘interculturalismo’; un concepto que apoya la convivencia, el entendimiento y la mezcla entre culturas en un contexto igualitario, donde los valores, el lenguaje, las costumbres de uno y otro sean considerados a la par.

El propósito último de este reciente concepto es el de la transformación social mediante un proceso de “*inseminación cruzada*” en donde las culturas involucradas acepten y adopten ciertas características de la otra, evitando así, la reificación de la cultura mientras que se hace posible la minimización de las fricciones existentes. Así, el futuro de las culturas y las ciudades

⁷² *Ibid.*; ver también: Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*; Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*.

⁷³ Cf.: Bachs, Isabel. 2003. “Plaza dels Àngels”. En *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Jordi Borja y Zaida Muxí. pp. 146-149. Barcelona: Diputació de Barcelona/Electra; ver también: De Genova, N. *Working the Boundaries*.

se plantea como un futuro de *hibridación*, de mezcla, donde se abraza e incentiva el mestizaje de las nacionalidades: chino-americano, afro-americano, México-americano, franco-canadiense, franco-musulmán, etcétera; siendo el guión intermedio ‘-’ el elemento importante que enlaza ambas identidades.(74)

Multiculturalismo, democracia e identidad

Otro de los cuestionamientos a la vigencia del multiculturalismo en la actualidad es el papel que ha jugado como modelo de integración cultural en los llamados ‘países de inmigración’ (como es el caso de Canadá, Australia e Inglaterra, entre otros). El multiculturalismo se basa en la necesidad de compartir valores democráticos que superen las diferencias culturales entre miembros de la misma comunidad política. No obstante, aunque más adecuado que la política de asimilación de algunos otros países como Estados Unidos o Francia, ha demostrado ser un modelo insuficiente para la provisión de una identidad nacional incluyente que permita la convivencia e interacción entre grupos sociales.

El problema, indica Bauböck, no es que dichos valores democráticos sean superfluos, sino que sean suficientes para crear una identidad común que pueda ser compartida:

Aunque valores básicos como la equidad, libertad, y vida son siempre controversiales en sus interpretaciones y aplicaciones, un cuerpo de principios de derechos humanos, de estado de derecho y de democracia bien establecidos, define los valores a los que los inmigrantes deben comprometerse si quieren ser aceptados dentro de la comunidad política [...] La pregunta es si esto soporta la conclusión de que no se necesita nada más para la cohesión social en las sociedades de inmigración.(75)

Bauböck encuentra al menos dos inconvenientes en esta teoría. Por un lado, exigir de los inmigrantes una declaración pública a comprometerse con estos derechos, cuando a los nacionales no se les exige. Esta acción es un marcador social que los determina de antemano como ‘menos democráticos’ debido a su origen y, en consecuencia, diferentes respecto a la población local. Esta demarcación mina de esta manera cualquier posibilidad de crear una identidad común. Por otro lado, los valores democráticos no están nunca libres de bagajes culturales, sino que “vienen siempre envueltos en un paquete más pesado que incluye historias nacionales y lenguajes”.(76) Pretender que esta serie de valores democráticos, supuestamente ‘universales’ están por encima de cualquier prejuicio cultural es esconder el problema de la

⁷⁴ Cf.: Sandercock, L. *Cosmopolis II*; Bauböck, R. “Multiculturalism”; Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*.

⁷⁵ Bauböck, R. “Farewell to Multiculturalism”, p. 4.

⁷⁶ *Op. Cit.*, p. 6.

identidad colectiva detrás de una “barrera de humo de retórica universalista”.(77)

Luego entonces, si los valores democráticos no son suficientes para la integración social en las sociedades multiculturales, ¿cómo puede constituirse una identidad compartida? La respuesta radica en, más que demandar de las personas inmigrantes su explícita lealtad al país huésped y a la democracia universal, en la convicción de la población nativa para reconocer y aceptar la nueva diversidad social que integra y que sea capaz de expresar este reconocimiento en sus acciones cotidianas.

Para esto, es necesario un considerable esfuerzo para la transformación de la educación cívica que inculque, no sólo la tolerancia, sino el reconocimiento de la multiplicidad de historias y conexiones históricas globales que integran a todos los grupos culturales de las sociedades de inmigración. Esto es, debe existir, en palabras de Bauböck: “Una agenda legítima de educación pública que no sólo enseñe la historia nacional y las reglas del sistema político, sino también las normas de comportamiento en contextos donde los individuos deben actuar como ciudadanos. La medida del éxito de esta difícil tarea no es lo que los ciudadanos contestan cuando se les pregunta acerca de sus valores, sino si son capaces de sobrellevar la diversidad en sus acciones”.(78)

Esto implica el reconocimiento de una *interrelación* entre las comunidades sociales, países y culturas que conforman la historia de la nación en su conjunto y, por ende, el reconocimiento de la existencia de lazos y pertenencia de todos los grupos socioculturales, y no sólo de aquella que integra el grupo social hegemónico. Esto es algo que el multiculturalismo ha evitado inculcar. “El multiculturalismo ha enfatizado los derechos y autonomía de las minorías”, dice Bauböck, “pero ha eludido la tarea más ardua de cambiar las concepciones establecidas de nacionalidad entre las poblaciones nativas mayoritarias de manera que los inmigrantes puedan llegar a compartir identidades comunes sin que tengan que asimilarse por entero”.(79)

Consecuentemente, se puede concluir que tanto el modelo multiculturalista como el modelo asimilacionista han fallado en su tarea de integrar socialmente a los inmigrantes como miembros de la comunidad:

El enfoque asimilacionista contesta a esta cuestión que los inmigrantes deben de olvidar sus historias na-

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Op. Cit.*; p. 8.

⁷⁹ *Op. Cit.*; p. 13.

cionales y adoptar en vez aquellas de la sociedad que los recibe como si fueran propias. En las escuelas estadounidenses los niños aprenden que sus familias llegaron en un barco llamado el *Mayflower*; en escuelas francesas, que sus antepasados tomaron por asalto la Bastilla; y en escuelas alemanas podrían aprender a sentir culpa por el Holocausto. El multiculturalismo convencional aceptaría en cambio que las sociedades de inmigración forman un conjunto de retazos de prácticas culturales diversas, pero también de memorias y mitos históricos separados, y que los inmigrantes pasarán a los suyos en generaciones subsiguientes. La tarea ignorada es la de hacer que las mayorías nativas re-imaginen su propia historia de manera que incluya los pasados divergentes de todos los grupos que forman un futuro común en un estado democrático.(80)

El modelo renovado del multiculturalismo debe de trabajar en esta integración cultural, empezando por la reconstrucción del pasado histórico, de forma que sirva como *catalizador* que transforme tanto la cultura hegemónica como las culturas minoritarias:

Un catalizador desata una reacción química que cambia la sustancia a la que se añade. No debemos esperar que los inmigrantes simplemente se fundan dentro de las identidades nacionales que se han ido construyendo para las poblaciones nativas, ni debemos promover identidades segregadas que no soporten la solidaridad pública a través de fronteras étnicas. En cambio, debemos ver a la migración transnacional como un catalizador que pone en movimiento un proceso de auto-transformación de identidades colectivas hacia un porvenir más pluralista y tal vez hasta cosmopolita.(81)

El resultado de esta reacción son identidades “traslapantes y abarcentes” y una buena prueba del surgimiento de este tipo de identidades es ver que las narrativas de los inmigrantes entran en las descripciones propias de la población nativa mayoritaria.(82) Esto, como se verá más adelante, tiene importantes repercusiones en el papel del contexto construido en la conformación de la sociedad.

Multiculturalismo y modo de producción

Por último, otra importante crítica al multiculturalismo que hay que mencionar es la de quienes como David Harvey han expresado la desatención de esta ideología a la importancia de las relaciones de producción, la lucha de clases y la hegemonía capitalista en la producción y reproducción de la realidad social. El hecho de la creciente diversidad cultural de las naciones desarrolladas es comentado ampliamente en el discurso del multiculturalismo, pero pocos señalan los motivos —mayormente económicos— detrás de este fenómeno.

A menos de que se trate de incursiones específicamente político-económicas —como es el

⁸⁰ *Ibid.*

⁸¹ *Op. Cit.*; p. 14.

⁸² *Ibid.*

caso del trabajo de Saskia Sassen, Manuel Castells, Neil Smith o el mismo Harvey—, la relación entre el desarrollo económico-geográfico desigual y las crecientes olas migratorias, que dan lugar a la multiplicidad de grupos socioculturales distintos que transforman aceleradamente la composición demográfica de innumerables regiones del mundo, pasa casi desapercibida en la cotidianidad del discurso multicultural. Al respecto, por ejemplo, comenta Harvey: “construir una respuesta política universal enteramente en esos términos es caer en la trampa de separar la ‘cultura’ de la ‘economía política’ y rechazar el globalismo y la universalidad de ésta última por el esencialismo, especificidad y particularidad de la primera”.(83) La política de identidad ha canalizado la atención del discurso de los derechos humanos al terreno de las diferencias culturales a costa de desplazar las diferencias muy reales que en el plano socioeconómico toman lugar.

La discriminación cultural va de la mano de la discriminación económica. La explotación de la mano de obra de las minorías raciales, por ejemplo, es un fenómeno común en la historia de la humanidad. A la fecha, la composición de las clases sociales de varios países —tanto desarrollados como en vías de desarrollo— tiene un componente racial y/o cultural.

Por ejemplo, en los Estados Unidos, en el 2008, el ingreso medio de las familias hispanas fue 30% más bajo que el de familias de raza blanca, mientras que el ingreso medio de familias afroamericanas representó tan sólo el 60% del ingreso medio de las familias blancas. De las minorías étnicas, solamente las personas de raza asiática tuvieron ingresos en promedio mayores que las de raza blanca. Casi una cuarta parte de las poblaciones afroamericanas e hispanas viven en la pobreza (23.2 y 24.7 %, respectivamente), en comparación con sólo 8.6% de raza blanca. Y, un alto porcentaje de las personas nacidas en el extranjero también viven en la pobreza (16.5 %; 21.3% en el caso de quienes no están naturalizados).(84)

Además, varios estudios han demostrado que los salarios que se pagan a profesionales de raza afroamericana o latina, así como los de las mujeres, son proporcionalmente menores a su contrapartida blanca y masculina, dejando en claro que la discriminación a la diferencia es un tópico muy vigente y con repercusiones en el campo económico que no pueden menospreciarse, como a veces parece suceder con la teoría multicultural.

Ahora bien, visto desde el punto de vista de la política de identidad, podría decirse que si se

⁸³ Harvey, David. 2000. *Spaces of Hope*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, p. 74.

⁸⁴ De Navas - Walt, C., B. D. Proctor & J. C. Smith. 2009. “Income, Poverty, and Health Insurance Coverage in the United States: 2008”. En *U.S. Census Bureau, Current Population Reports*. Washington, DC.: U.S. Government Printing Office, pp. 60-236.

exige la igualdad de derechos a las minorías culturales, raciales, y demás, este tipo de abusos no ocurrirían. Por lo tanto, enfocarse en terminar con las actitudes discriminatorias en el trabajo, en la escuela y en la vida cotidiana es un primer paso necesario para evitar estas desigualdades. No obstante, como demuestra Nicolás De Genova, esta discriminación es un mecanismo imprescindible en los esfuerzos del capitalismo para mantenerse en vigor.(85)

La continua legitimación de la ‘ilegalidad’ de ciertas identidades culturales sirve para garantizar la disposición de una mano de obra sumisa y fácilmente controlable. La vulnerabilidad de las personas inmigrantes, tanto legales como ‘ilegales’, producto de la continua represión y persecución del aparato estatal, empleadores y grupos nativistas —tanto de la derecha como de la izquierda política, que atribuyen a los inmigrantes los problemas de desempleo, pobreza y demás desequilibrios sociales—, sirve para subyugarlos a una posición donde su única opción es aceptar las condiciones laborales explotadoras a las que son sometidos.

Igualmente, la retórica política que afirma que el desempleo y pobreza de la población afroamericana son el resultado de la invasión de los puestos de trabajo disponibles por parte de trabajadores inmigrantes es una estrategia utilizada para incentivar la división y competencia entre estos dos grupos sociales, protegiendo así a las empresas y a la clase capitalista de una posible unión de la fuerza laboral que sería incontestable. Además esto garantiza la disponibilidad de una reserva de trabajo que permita el mantenimiento de una mano de obra barata, así como mayores utilidades para los inversionistas.(86)

Tanto la explotación de las diferencias culturales como de la labor de las clases trabajadoras están relacionadas con el sistema productivo que las soporta. La alienación que inunda la cotidianidad del trabajador tiene que ver también con la alienación que ejerce el rechazo a los ‘otros’, el rechazo a quienes son diferentes. La desestimación de esta relación por parte de los proponentes del multiculturalismo le resta validez a esta teoría, disminuyendo su efecto en la negociación del respeto a la diversidad e imposibilitando de esta forma aquello que Lefebvre denomina la “*equidad en la diferencia*”.(87)

Finalmente, es preciso reconocer que, aunque el hecho de la relación entre el modelo productivo y la discriminación socio-cultural es desafortunadamente ignorado o rechazado por gran

⁸⁵ Cf.: De Genova, N. *Working the Boundaries*.

⁸⁶ *Op. Cit.*, ver en particular, caps. 5 y 6; ver también: Davis, Mike. 2001. *Magical Urbanism: Latinos Reinvent the US City*. London; New York: Verso, pp. 159-165.

⁸⁷ Lefebvre, H. *The Critique of Everyday Life*. Vol. 3, p. 110, énfasis añadido.

parte de la literatura principal que se ocupa del multiculturalismo y el urbanismo, la mayoría de sus proponentes sí coincide en la necesidad de reconsiderar el concepto de la diversidad en relación con la ciudad.(88) Surge entonces la pregunta: ¿cómo se conforma la relación entre la cultura y el contexto urbano y en qué consiste?

Espacio urbano, arquitectura, cultura y diferencia

En el contexto de la ciudad, al igual que el movimiento multiculturalista y las políticas de identidad, a partir de la segunda mitad del siglo XX surgieron varias voces en favor del pluralismo. Por ejemplo, la de Jane Jacobs, quien en su libro *The Death and Life of Great American Cities*, defendiera la complejidad social de los barrios de clase trabajadora, calificados por las autoridades civiles y especialistas urbanos como desordenados, descuidados, y antiestéticos; a la postre causando su destrucción.(89)

Aunque, como señalan Phil Wood y Charles Landry, Jacobs no se refería en particular a la diversidad cultural sino a la diversidad económica y del uso del suelo, el principio es el mismo: dentro de la aparente complejidad de un ambiente heterogéneo existe un orden implícito, una estructura compleja que se alimenta y enriquece de la diversidad de sus elementos.(90) Tratar de ordenar este “caos” sólo produce inercia y lasitud. Como comenta Jacobs:

La estructura misma de la ciudad consiste de una mezcla de usos, y llegamos lo más cerca posible de sus secretos estructurales cuando tratamos con las condiciones que generan diversidad [...] Solamente la complejidad y la vitalidad de uso dan, a las partes de la ciudad, la estructura y forma apropiadas [...] Siempre que los fuegos del uso y la vitalidad fallan a extenderse en una ciudad, se trata de un lugar en la obscuridad, esencialmente sin forma y estructura urbana. Sin esa luz vital, ninguna búsqueda de ‘esqueletos’ o ‘amazones’ o ‘células’ de la que se pueda colgar el lugar puede convertirla en una forma urbana.(91)

Aunque Jacobs, al igual que Wood y Landry, no es particularmente crítica del libre mercado, es posible apropiarse sus ideas a una postura más contestataria a la ideología que subyace en la cultura capitalista y que, como advertía Lefebvre, tiene como fin la homogeneización, fragmentación y abstracción del espacio en beneficio del Estado y la burguesía.

⁸⁸ Aquí hay que resaltar la tarea de varios ‘lefebvreanos’ y demás teóricos de izquierda que se han dado a la tarea de rescatar el proyecto de la revolución urbana, el derecho a la ciudad y el derecho a la diferencia como parte de la transformación de la teoría urbana (cf.: Gottdiener 1997; Harvey 2000, 2006; Merrifield 2002; Mitchell 2003; Goonewardena, K. et al. 2008, entre otros) (ver bibliografía incluida).

⁸⁹ Jacobs, Jane. 1992. *The Dead and Life of Great American Cities*. New York: Vintage Books.

⁹⁰ Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*, p. 35; cf.: Jacobs, J. *The Dead and Life*, pp. 143-151, 162-177, 241-256, 282-286.

⁹¹ Jacobs, J. *The Dead and Life*, pp. 376-377.

Otro ejemplo de crítica a favor de la diversidad dentro del contexto construido es el de la arquitecta feminista estadounidense Dolores Hayden, quien ha argumentado a través de sus escritos e intervenciones urbano-arquitectónicas a favor de un espacio urbano que transmita la diversidad cultural histórica de las diversas minorías étnicas, raciales y de género que lo habitan. Particularmente, a través de su labor profesional e intelectual a la cabeza de la organización "Power of Place", encargada de intervenir en el espacio urbano para crear lugares que enlazaran el contexto físico con la historia social de sus habitantes minoritarios, mujeres, gente de color y ancianos, mayormente ignorados en el desarrollo de las ciudades americanas. Hayden aboga por la capacidad del "lugar" como herramienta para la emancipación de estos grupos sociales menospreciados y la recuperación de su propia historia.(92)

Hayden es de la idea que, tratándose del contexto urbano estadounidense, en éste se encuentran las trazas de "paisajes históricos" que se entrelazan con la configuración espacial. De tal forma, el lugar posee la capacidad de "nutrir la memoria social" y crear una identidad cívica. Revelando estos paisajes es posible interpretar estas formas de manera que fortalezcan el entendimiento que tienen los habitantes del desarrollo de su ciudad a través del tiempo.(93) Crear lugares que exploten esta capacidad ofrece recompensas tanto para la ciudad en general como para sus habitantes, por ejemplo, renovando el orgullo familiar y conectando a la comunidad en su conjunto, además de potencializar otro tipo de organización comunitaria que dé pie al desarrollo económico local y una vida digna.(94)

Trabajando en varias ciudades norteamericanas, Hayden encuentra en ellas una estrecha conexión con la historia de la inmigración y diversidad étnica que componen la sociedad estadounidense. Al respecto, comenta: "el paisaje vernacular es [...] crucial para entender nuestra historia urbana americana única, que tiene a la inmigración y la diversidad étnica como temas centrales."(95) Elaborando sobre la premisa de Kevin Lynch que dicta que es debido escoger un pasado para poder construir un futuro, Hayden aboga por "escoger celebrar la diversidad étnica como parte de nuestra historia", haciendo de ésta "una parte esencial de la planificación cultural y humana."(96)

⁹² Hayden, Dolores. 1994. "The Power of Place: Claiming Urban Landscapes as People's History", *Journal of Urban History*, Vol. 20, No. 4.

⁹³ *Ibid.* p 466-467.

⁹⁴ *Op. Cit.*, p. 483-484.

⁹⁵ Hayden, Dolores. 1990. "Using Ethnic History to Understand Urban Landscapes", *Places*, Vol. 7, No. 1, Fall, p. 11.

⁹⁶ *Op. Cit.*, pp. 12-13.

Un tema central en Hayden es la constante discriminación de las minorías sociales, así como de la clase trabajadora en general, en el proceso de producción del espacio urbano. Por ejemplo, en torno a la vivienda —elemento importante en la configuración espacial de las ciudades y del patrimonio familiar— señala la exclusión de al menos 5 grupos sociales en la propiedad de vivienda a finales de 1940 en los Estados Unidos:

- Mujeres blancas de todas clases sociales.
- Personas mayores blancas de clase media baja y de clase trabajadora.
- Hombres de minorías raciales de todas clases (excluidos de la propiedad de vivienda suburbana a través de políticas públicas y privadas racistas).
- Mujeres de minorías raciales de todas clases, y;
- Personas mayores de minorías raciales de todas clases sociales.(97)

Fuertemente feminista, Hayden defiende el derecho de las mujeres a una mayor participación en la configuración del espacio urbano, denunciando la manera en que éstas se han visto afectadas negativamente por un desarrollo urbano falocéntrico. Las viviendas, vecindarios y ciudades diseñados de esta manera, argumenta, “construyen a las mujeres física, social y económicamente”.(98) Esto repercute en grandes frustraciones cuando las mujeres “desafían estas restricciones para pasar todo o parte del día laboral como parte de la fuerza laboral de paga.”(99)

A su vez, Hayden se adhiere a la teoría del desarrollo urbano basado en el conflicto de clases y relaciona el establecimiento del paradigma de vivienda privada unifamiliar con las presiones de los trabajadores ante las precarias condiciones de vivienda y trabajo; al tiempo que los desarrolladores de vivienda recomendaban a los industriales planificar mejores viviendas para los trabajadores anglos y sus familias con el fin de eliminar los conflictos industriales. De tal manera, “los hombres recibirían ‘ingresos familiares’ y se convertirían en ‘propietarios’ de vivienda, responsables por el pago regular de la hipoteca, mientras sus esposas se convirtieron en ‘administradoras’ del hogar, cuidando al esposo e hijos/as”.(100)

De esta forma, al tiempo que auxilió a la pacificación de la clase obrera, la vivienda suburbana unifamiliar y privada se convirtió en el “escenario de la efectiva división sexual de

⁹⁷ Hayden, Dolores. 1984. *Redesigning the American Dream*. New York; London: W.W. Norton & Company, pp. 55-56.

⁹⁸ Hayden, Dolores. 1996. “What Would a Non-sexist City Be Like? Speculations on Housing, Urban Design, and Human Work”. En *The City Reader*. Richard T. LeGates & Frederic Stout (eds.). London; New York: Routledge, p. 143.

⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰ *Op. Cit.*, p. 144.

trabajo.”(101) La vivienda también pasó a ser una mercancía, así como un aliciente para el comportamiento laboral masculino y un ‘contenedor’ para el trabajo doméstico femenino no remunerado, haciendo que la diferencia de género “pareciera una auto-definición más importante que la clase, y el consumo más importante que la producción.”(102)

Como es posible observar, la llamada diversidad social es sumamente compleja, y multidimensional. Puede constituirse de diferencias sociales económicas, de género, raza y cultura. Sin embargo, también puede argumentarse que históricamente dichas diferencias se encuentran correlacionadas, algo expresamente tangible en las sociedades multiculturales contemporáneas y que algunos cuantos como Dolores Hayden se han preocupado por abordar en su trabajo dentro del campo de la arquitectura y el espacio urbano. Ahora bien, dentro de esta matriz de la diversidad, ¿cuál es el lugar de la cultura dentro de la producción del contexto construido?

Cultura y contexto construido

A pesar de que las culturas, como hemos visto, distan de ser monolíticas, no es posible ignorar que los grupos humanos sociales se distinguen unos de otros a través de la manera en que razonan, actúan y constituyen los sistemas (de valores, de relaciones sociales, de objetos) que permiten su organización y convivencia en comunidad. La creación de las lenguas, los idiomas y dialectos, es ejemplo de las invenciones culturales que sirven para identificar y comunicarse con los demás miembros de un grupo social.

Esto aplica también a la forma en que distintas sociedades habitan y se relacionan con el contexto físico que les rodea. De hecho, la manera en que los seres humanos interactúan con el mundo está determinada por la cultura, de tal forma que grupos sociales distintos que habitan contextos geográficos similares responden de maneras diversas a las mismas circunstancias ambientales, aún a pesar de haber tenido contacto entre sí y conocer la forma de actuar del otro grupo. Ejemplo de esto es el caso de los indios pueblo y los indios navajo. Aunque ambos grupos habitan en el entorno caliente y árido del suroeste de los Estados Unidos y tienen contacto entre sí, los indios pueblo agrupan sus viviendas de manera muy próxima unas a otras, mientras que los indios navajo prefieren esparcirse por el territorio, dejando un

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² *Ibid.*

gran espacio entre sus viviendas.(103)

Otro ejemplo similar que podemos ubicar en el mismo suroeste de los Estados Unidos es el de los colonizadores anglosajones americanos. Cuando los pioneros que venían de los estados de la costa este (Nueva Inglaterra, Pennsylvania, Massachusetts, etcétera) comenzaron a emigrar al suroeste norteamericano (al área que ahora conforman los estados de Luisiana, Texas, Arizona, Nuevo México y California) trajeron consigo el tipo de edificaciones que les eran familiares: a base de elementos de madera (abundante en los bosques templados del noreste), con pocas y parcas ventanas y techos planos de poca altura que no dejaban escapar el calor. Este tipo de construcción es sumamente inapropiado para el clima extremo de la región sureña y, sin embargo, lo prefirieron a adoptar las tipologías de los pueblos nativos a estas regiones, haciendo de éste el predilecto hasta la fecha.(104)

Por un lado, podría asumirse que, debido a su falta de experiencia con las condiciones geográficas de la región y siendo éste el único tipo de construcción que conocían, fuera obvio que sus nuevos asentamientos correspondieran a los que dejaron atrás. No obstante, esto no explica el motivo por el cual, después de varias décadas posteriores a su asentamiento siguieran realizando este tipo de construcciones, o siquiera trataran de adaptarlas mínimamente a estas circunstancias. Por otro lado, puede argüirse que la invención de nuevos materiales, formas de extracción de materias primas y nuevas tecnologías (como el aire acondicionado) hace intrascendente la forma o construcción de los edificios. Sin embargo, esto sería obviar el hecho que la invención en sí misma está determinada por las pretensiones culturales.(105)

Un tercer ejemplo que se puede brevemente mencionar —que además resulta significativo para esta investigación—, es el de las Ordenanzas de Poblaciones del imperio español de Felipe II, instituidas en la época de la colonización, en el año 1573. Este estatuto establecía los principios de la traza urbana a partir de los cuales todos los asentamientos urbanos de los territorios conquistados debían construirse. Sin importar los métodos y tradiciones urbanas indígenas, los españoles importaron el modelo de planificación territorial ibérico a las regiones de América y el Caribe, imponiendo así su propio orden.

¹⁰³ Cf.: Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 110.

¹⁰⁴ Herzog, Lawrence. 1999. *From Aztec to High Tech: Architecture and Landscape across the Mexico-United States Border*. Baltimore; London: The Johns Hopkins University Press, pp. 99-107.

¹⁰⁵ Pacey, Arnold. 2000. *The Culture of Technology*. Cambridge: The MIT Press.

Cabe notar que, aunque los ejemplos citados pertenecen a situaciones de culturas pre-industriales, esto no indica que en las sociedades modernas no exista una relación entre la cultura y el entorno construido. La cultura y la arquitectura tienen un vínculo estrecho también en la era moderna. No obstante, existen al menos tres diferencias básicas en la manera en que se relacionan.

En primer lugar, en las culturas pre-industriales la construcción del entorno es un proceso que Rapoport denomina como *'selectivo'*, esto es, un proceso que evoluciona temporalmente, en donde las reglas de cómo se debe construir, por qué, cuándo y quién construye, son transmitidas informalmente, de generación en generación, a través de tradiciones y comunalmente. En cambio, en las sociedades industrializadas la organización social se vuelve más compleja, la división de funciones se incrementa y se establecen categorías de conocimiento mediante las cuales se determina quién es el experto, qué habilidades debe tener y cómo se debe proceder en la construcción de los asentamientos humanos, en un proceso *'instructivo'*.(106)

En segundo, y en relación con la temporalidad del proceso de evolución de la cultura, los intercambios en las sociedades modernas tienen lugar de manera más inmediata y muchas veces a una mayor escala, debido, sin duda, a un pronunciado contacto intercultural, producto del desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación (desde la locomotora de vapor, hasta lo que ahora se conoce como la "nube" de internet). El resultado son transformaciones más aceleradas, así como una mayor inestabilidad y vulnerabilidad cultural que se puede expresar en 'malestares' sociales como las actitudes negativas a la diferencia y choques interculturales producto de lo que Parekh denomina "pánico moral".(107)

Cabe aclarar que eso no indica que las culturas pre-industrializadas nunca estuvieran expuestas a cambios bruscos, al contrario, muchas de ellas lo están y lo estuvieron, algunas con consecuencias fatales ya que, como indica Rapoport, los cambios drásticos son los que tienen consecuencias más negativas y la invasión-imposición de valores, esquemas y elementos tecnológicos modernos en este tipo de sociedades han sido una de las causas principales de la desaparición de muchas de estas culturas.(108) Pero, tampoco quiere decir que las sociedades modernas estén mucho mejor equipadas para absorber estos cambios y gran parte de las

¹⁰⁶ Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, pp. 114-115.

¹⁰⁷ Parekh, B. *Rethinking Multiculturalism*, pp. 145, 149.

¹⁰⁸ Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 13.

crisis que afectan al mundo al día de hoy (ambiental, social, económica, etcétera) son resultado de estos fenómenos. Sin embargo, la siguiente diferencia aminora estos efectos.

En tercer lugar, otra de las circunstancias en que difieren uno y otro tipo de sociedades es el grado de complejidad espacial, misma que acompaña la complejidad en la organización social del grupo. Esto tiene un importante impacto en el grado de afectación de la cultura sobre el contexto construido y viceversa. En las culturas pre-industriales, el sistema de lugares se compone de contados elementos, por ejemplo, el templo, la vivienda y el espacio comunitario, en donde toman lugar actividades muy diversas pero en las que básicamente no se altera el contexto construido más que de forma temporal, adaptando los mismos lugares a distintas actividades. En cambio, en sociedades modernas, la separación física de las actividades distintas ha dado pie a una multiplicidad de lugares especializados: restaurantes, viviendas, hospitales, iglesias, parques, fábricas, etcétera.(109)

Si en una sociedad pre-industrial alguno de sus lugares de actividad social se transforma, perdiendo el simbolismo cultural que lo hacía identificable para dicho grupo, el efecto que esto tiene (afectiva, psicológica y prácticamente) en el grupo es bastante considerable. Sin duda, será mayor que el impacto que podría tener la transformación de un lugar especializado —como el tamaño de la cocina, el ancho de las calles, o el color de las fachadas— en una sociedad moderna. Esto no indica que las transformaciones culturales que toman lugar en el contexto construido de las sociedades industrializadas sean despreciables. Incluso puede argumentarse que para cualquier grupo social existe un cierto conjunto de lugares específicos que sigue siendo extremadamente importante en la conformación y refuerzo de su identidad cultural —como la vivienda—. Pero, la distribución de los símbolos culturales en espacios más diversos hace de las sociedades modernas más resistentes a los cambios.

Consecuentemente, podría adelantarse la hipótesis de que, aunque los cambios culturales en las sociedades modernas suceden más aceleradamente, la multiplicidad de lugares le sirve como una barrera que amortigua los efectos de estas transformaciones. Si esto fuera así, sería necesario investigar detalladamente la correlación entre diversidad o especialización espacial y la calidad de convivencia intercultural y/o aceptación de los procesos de aculturación que acontecen en las sociedades multiculturales. Una empresa que aquí no es posible abordar, pero que puede dar pie a futuras investigaciones.

¹⁰⁹ *Op. Cit.*, pp. 51-53.

Identidad cultural e inteligibilidad espacial

El hecho de que el proceso de producción del contexto construido en las sociedades modernas sea un proceso ‘instructivo’ en las que diversos grupos participan, pero que no necesariamente comparten los mismos valores culturales conduce al siguiente argumento: si la cultura es lo que define a un grupo social, esto implica la selección de ciertos esquemas de valores, concepciones y demás, a la vez que se descartan ciertos otros. La identidad, como se ha visto, radica en la diferencia. Consecuentemente, el espectro de la diversidad se reduce al tiempo que el grupo sociocultural menos favorecido ve limitada la adecuación del contexto a sus necesidades.

Muchas veces la distancia social entre grupos, es decir, la diferencia cultural, es considerable y esto hace que el resultado de esta “competencia” de culturas sea en ocasiones sumamente perjudicial. De ahí que sea cada vez más importante preguntar en el diseño y análisis del espacio urbano: ¿de quién es la cultura que se está tomando en cuenta?

La desatención a los elementos culturales hace que la producción del espacio urbano se vuelva un obstáculo para el desempeño y desarrollo de las capacidades de los individuos. Un ejemplo de esto es el caso del vecindario neoyorquino comentado por Jane Jacobs. En esa instancia, Jacobs describe cómo los urbanistas oficiales, encargados de la renovación urbana de Nueva York evaluaban los vecindarios de la clase trabajadora como lugares que no ofrecían ningún beneficio a sus habitantes. Estaban convencidos de que la mejor solución era la demolición y el remplazo de estos edificios por un complejo habitacional moderno, con edificios de varias plantas, espacios verdes y separación de funciones, un esquema paradigmático de la planeación modernista.

Pero el sistema de valores, es decir, la cultura con la que estos profesionales operaban, era muy distinto a aquel que poseían los habitantes de este lugar. La epistemología de la profesión de los especialistas urbanos identificaba las características de lugares de ese tipo —calles estrechas, comercios, bodegas y otras industrias mezcladas con vivienda; viviendas pequeñas y hacinadas, edificios antiguos, niños jugando en la calle en medio del tráfico, etcétera— como aspectos negativos e indeseables. En realidad, todo esto formaba parte de una forma de vida, un entramado social y un sistema de apoyo que permitía a sus habitantes navegar las dificultades que representaba la vida cotidiana de las personas de clase trabajadora en una metrópolis como Nueva York.

Pero estos aspectos escapaban del entendimiento de los planificadores y arquitectos encargados, no porque no tuvieran ningún interés en ello, sino por las limitaciones de la epistemología de su profesión, esto es, del sistema de valores sobre los que la disciplina del conocimiento urbanístico se fundamentaba. En términos lefebvreanos, estas limitaciones conforman el “punto ciego” (*blind field*) del campo de su visión profesional, comprendido por: “conceptos que fueron conformados por las prácticas y teorías de la industrialización, con una herramienta analítica fragmentaria diseñada durante el periodo industrial y, por tanto, *reductora* de la realidad emergente”.(110)

El sistema de relaciones que conforma el espacio social de vecindarios como a los que Jacobs se refería escapaban a las herramientas conceptuales de los especialistas urbanos, quienes reducían la complejidad de estos sistemas a un conjunto de datos y estadísticas, representados abstractamente y, finalmente, distorsionados y malentendidos, pero aceptados dogmáticamente; un fenómeno que además es ubicuo en las disciplinas profesionales de la arquitectura y la planeación urbana.(111) Como comenta el urbanista Michael Burayidi: “La planeación modernista en los años de la posguerra hicieron un buen trabajo de eliminación de los vestigios de la identidad cultural en la forma urbana y la arquitectura a medida que enclaves étnicos eran demolidos para abrir paso al nuevo desarrollo”.(112)

Identificar la cultura de los habitantes de un lugar es importante. Pero además, es preciso identificar las situaciones en las que la adecuación del entorno construido a la cultura de sus habitantes es especialmente crítica. En las situaciones en las que por alguna característica particular de los individuos su capacidad de desempeño es limitada, el diseño del entorno representa un papel muy importante en la forma en que se hace posible lidiar con esa circunstancia.

Pensemos por ejemplo en las personas con movilidad limitada, aquellas quienes ya sea por estar discapacitadas o por su edad (niños y ancianos) tienen una mayor dificultad en moverse alrededor por su propia cuenta. El diseño de un entorno que no considere esta limitación física agrega a esta desventaja barreras que perjudican el desempeño de estas personas. La falta de rampas de circulación, elevadores, pasillos generosos que permitan que una silla de

¹¹⁰ Lefebvre, Henri. 2003. *The Urban Revolution*. Minneapolis: University of Minneapolis Press, p. 29.

¹¹¹ *Op. Cit.*, p. 30.

¹¹² Burayidi, M. *Urban Planning in a Multicultural Society*, p. 1.

ruedas gire y perillas de puertas a una altura y de un diseño apropiados para que puedan ser operados por adultos mayores o de escasa fortaleza, por ejemplo, son obstáculos del contexto físico que desconsideran las capacidades de este grupo social.

De igual forma, la cultura es un bagaje que, para bien o para mal, nos acompaña a todos. En el caso del espacio, este bagaje puede limitarnos tanto como una discapacidad física. Esto ocurre porque el espacio físico es una representación material de la cultura y, como tal, parte de su función es la de actuar como un sistema de señas, o “señales mnemotécnicas” que nos ayuden a comprender cuál es el comportamiento adecuado para un determinado lugar en una determinada situación.⁽¹¹³⁾ En otros términos, como explica Mark Gottdiener, el espacio se compone de una serie de “signos del lugar” que contienen un significado basado en el entendimiento y las convenciones sociales del grupo que da origen a dicho espacio.⁽¹¹⁴⁾

A partir de esto, es posible determinar que para alguien que es de alguna forma extraño a la cultura de aquel grupo social que produce ese espacio —ya sea porque la desconoce o porque es expresamente excluido— será no nada más difícil entender el mensaje que estos signos expresen, sino que, como en el caso de las personas con discapacidades físicas, habrá veces en que el contexto actúe como un obstáculo para su desempeño. Este es sin duda el caso de muchas de las personas que emigran a otros países y es por esto que es importante la revisión de la relación entre cultura y entorno. De esta forma, es posible determinar cuál es la manera más adecuada de diseñar espacios que sean permisibles y abiertos a los grupos sociales minoritarios los cuales las más de las veces son ignorados consciente o inconscientemente por quienes planean y diseñan el contexto construido. En el siguiente capítulo se hablará con más detalle sobre el papel que los signos del lugar tienen en la relación entre el espacio y la cultura.

Diversidad y productividad urbana

Una de las razones más comúnmente utilizadas para promover el interculturalismo en relación con las ciudades es la competencia interurbana. En un mundo globalizado, en el que los centros urbanos son el destino final de la mayoría de las personas migrantes, aquellas ciudades que sepan cómo integrar ese ‘capital humano’ a sus actividades productivas serán las ganadoras. La ciudad intercultural es la ciudad del futuro, dicen Wood y Landry; el futuro de

¹¹³ Rapoport, A. *Cultura, arquitectura y diseño*, p. 50.

¹¹⁴ Gottdiener, M. & A. Lagopolous. *The City and the Sign*.

la ciudad está en su capacidad de mestizaje, comenta Sandercock.(115) Debido a la mayor inventiva y productividad que, según varios estudios, aporta la diversidad en el sector laboral, técnico y profesional, aquellas ciudades que sepan como atraer y retener la mano de obra (calificada y no calificada) que representan los inmigrantes, obtendrán una ventaja competitiva sobre otras ciudades.

Esta línea de pensamiento centra el futuro de la ciudad en su desarrollo económico. Vista como una empresa, la ciudad debe competir con otras ciudades y regiones —no sólo dentro de la misma nación, sino globalmente— por los recursos materiales y humanos disponibles. Las ventajas económicas asociadas con la diversidad sociocultural hacen que en el panorama actual las ciudades más competitivas sean aquellas que adopten una actitud positiva respecto a la diferencia, promoviendo la aceptación e interacción entre grupos sociales culturales distintos.

Autores como Sandercock, Wood y Landry, entre otros, afirman que el mejor desempeño (económico, social y personal) se logra exaltando la variabilidad y promoviendo la interacción e hibridación de culturas.(116) Algunos, llegando incluso a afirmar que el destino de las ciudades depende de su capacidad de mestizaje, de convertirse en “ciudades mestizas”, en “hibridizarse” o desaparecer.(117)

Ciudad y ciudadanía

Otra de las relaciones entre la diferencia o diversidad cultural y el espacio urbano tiene que ver con la obligación *cívica* de la ciudad. Recientemente, el Estado se ha retraído de estas obligaciones. La postura neoliberal que impera en la política de la mayoría de los estados occidentales en la actualidad ha desprotegido los derechos de las personas como individuos.(118) En respuesta a estos fenómenos, varios críticos han apuntado hacia la responsabilidad de las ciudades de velar por el bienestar de sus habitantes.(119)

Jordi Borja y Zaida Muxí comentan al respecto:

¹¹⁵ Cf.: Wood, P. & C. Landry. *The Intercultural City*; Sandercock, L. *Cosmopolis II*.

¹¹⁶ *Ibid.*; ver también: Florida, R. *The Rise of the Creative Class*; Ottaviano, Gianmarco y Giovanni, Peri. 2004. *The economic value of cultural diversity: Evidence from US cities*. En línea, URL: http://www.international.ucla.edu/cms/files/ottaviano_peri_nber.pdf.

¹¹⁷ Sandercock, L. *Cosmopolis II*.

¹¹⁸ Cf.: Harvey, D. *Spaces of Hope*; ver también: Harvey, D. *Spaces of Global Capitalism*.

¹¹⁹ Borja, Jordi & Zaida Muxí. 2003. *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Diputació de Barcelona/Electa; Bauböck, Rainer. 2003. “Reinventing Urban Citizenship”. *Citizenship Studies* Vol. 7, no. 2. pp. 139-160; Sandercock, L. *Cosmopolis II*; Amin, Ash. “The Good City”; Gilbert, Liette & Mustafa Dikeç. 2008. “Right to the city: politics of citizenship”. En *Space, difference, everyday life: reading Henri Lefebvre*. Goonewardena, K. et al. (eds.), pp. 250-263.

La ciudad debe asumir áreas de refugio para aquellos que por razones legales, culturales o personales necesiten durante un tiempo protegerse de los aparatos más represivos del Estado, en tanto que las instituciones democráticas no son capaces de protegerlos o integrarlos. Este papel, que tiene tradición histórica, está hoy aún más justificado por la diversidad de situaciones y estatutos que la 'globalización' ha acentuado.(120)

La ciudad es el lugar donde acontece la vida cotidiana de las personas; es el ambiente inmediato que permite su desarrollo. Como tal, el espacio urbano afecta directamente la vida de los individuos y la ciudad tiene la responsabilidad de velar por el bienestar de sus ciudadanos.

Pero, ¿quiénes conforman la ciudadanía de una ciudad? ¿Aquellos que poseen un derecho, otorgado por el Estado, a nivel federal, para estar legalmente en el territorio nacional donde se encuentra inserta la ciudad y que pueden ejercer sus derechos y obligaciones como ciudadanos para votar, trabajar, pagar impuestos, aún cuando decidan no hacerlo o siquiera habiten en el espacio de la ciudad? ¿O aquellos que participan activamente en la sociedad, en un lugar determinado, trabajando en sus fábricas, durmiendo en sus viviendas, comprando en sus tiendas y paseando en sus calles, plazas y parques, independientemente de tener o no papeles otorgados por el Estado que le conceden el derecho a la ciudadanía?

Si tanto la identidad cultural como el espacio sociofísico se producen día a día, en la cotidianidad de la práctica social, entonces la ciudadanía, la pertenencia a ese grupo de individuos que conforma con sus acciones el espacio de la ciudad, también es un producto de la vida cotidiana. Los habitantes de la ciudad, sin importar su origen o su condición legal, hacen la ciudad. Por lo tanto, la ciudad debe retribuirles con la protección y cuidados que demanda su papel de autoridad. La ciudad tiene el deber de brindarle a sus habitantes la posibilidad de una 'buena vida'.(121)

En este punto, es preciso recordar que la ciudad siempre ha sido un lugar donde se representan los deseos, temores, pasiones y concepciones del ser humano. La ciudad contiene la dualidad de ser tanto un lugar alienado y opresivo para el individuo como el lugar de las posibilidades, de aquello que representa la oportunidad de vivir bien, de tener una 'buena vida'. El caos, la suciedad y la miseria acompañan la historia de la urbanidad, pero la ciudad también

¹²⁰ Borja, J. & Z. Muxí. *El espacio público*, p. 127.

¹²¹ Cf.: Bauböck, R. "Reinventing Urban Citizenship;" Borja, J. & Z. Muxí. *El espacio público*; Amin, A. "The Good City".

tiene, como señala Ash Amin, un lugar central en el pensamiento utópico de un futuro mejor:

[E]l pensamiento utópico en sus varias iteraciones a través del tiempo, desde las ideas de Platón, San Agustín y Tomás Moro, a aquellas de De Sade, Bellamy y Le Corbusier, ha imaginado al logos de la utopía como la ciudad ideal, un emblema visible del orden y la armonía. La ciudad de círculos concéntricos de función y propósito, la ciudad de la planeación modernista, la ciudad de la contemplación o la pasión ordenadas según reglas arquitectónicas particulares, todas pueden ser vistas como anteproyectos para la organización urbana en diferentes partes del mundo, con la intención de proveer la vida buena, como sea que fuera definida.(122)

Pero, ¿es ésta una circunstancia adherible a la ciudad contemporánea? ¿Es la ciudad actual, con sus problemas de contaminación, pobreza, desigualdad, violencia y alienación un lugar en donde pueda seguirse proyectando la utopía? “Las ciudades todavía abundan con todo tipo de actos de mutualismo, amistad, placer y socialización”, comenta Amin, “pero proyectar la vida buena desde tanta fractura urbana parece ser un paso demasiado grande”.(123) De acuerdo a éste, la ciudad contemporánea no tiene ni siquiera políticamente el peso que tenía en la antigüedad, aquella relación que identificaba al concepto de ‘ciudad’ con el de ‘ciudadanía’:

Políticamente, también, la ciudad contemporánea sostiene poco parecido a las imaginaciones de los tiempos en que urbanismo significaba ciudadanía, la república ideal, el buen gobierno, comportamiento cívico y la esfera pública ideal. Las políticas de la emancipación con ‘P’ mayúscula no son ya un asunto particularmente urbano, ni en origen ni en práctica, habiendo cedido el paso a instituciones y movimientos nacionales y globales [...] La política urbana se ha convertido en parte de una maquinaria política mucho más grande, con el centro localizado en otra parte, espacial o institucionalmente.(124)

No obstante, también es cierto que la ciudad sigue siendo el lugar donde se forman y conforman las relaciones sociales. “Lo urbano permanece como una arena formativa enormemente significativa”, comenta Amin, “no sólo como el espacio diario de más de la mitad de la población mundial, sino también como la *manifestación altamente visible de la diferencia y la heterogeneidad puestas juntas*”.(125) La preeminencia de la ciudad como asentamiento humano hace de lo urbano un elemento necesario en la conceptualización de un mejor futuro. “La condición humana se ha vuelto la condición urbana”.(126) Por tanto:

[N]inguna discusión de la vida buena puede ignorar las particularidades de la forma de vida urbana,

¹²² Amin, A. “The Good City”, p. 1010.

¹²³ *Op. Cit.*, p. 1011.

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ *Op. Cit.*, p. 1012, énfasis añadido.

¹²⁶ *Ibid.*

abarcando desde los retos de abastecimiento, congestión, contaminación y el 'commuting', hasta el aumento de los cambios, escala, iniquidad, distribución y experiencia sensorial de la vida urbana. *La negociación diaria del ambiente urbano se ha vuelto central en definir las privaciones, provisiones, prejuicios y preferencias de un sector muy grande de la humanidad.*(127)

Un eco de lo que Lefebvre anticipaba hace ya más de cuarenta años.

Más aún, debido a la composición multicultural de la ciudad contemporánea, su función como escenario donde toma parte la negociación de la identidad se eleva en importancia: "El urbanismo acentúa los retos de negociar clase, género y diferencias étnicas o raciales colocadas en directa proximidad, con la espacialidad de la ciudad jugando un distintivo papel en la negociación de la multiplicidad y la diferencia".(128)

No obstante, para Amin, esta negociación no debe ser vista sólo como una competencia, sino como una oportunidad para aprovechar las circunstancias particulares que la ciudad ofrece. Además, la ciudad de la diferencia y la multiplicidad, también es el lugar de las oportunidades donde, proveyendo de un ambiente compensativo, puede acceder al capital humano y social anteriormente descuidado:

La ciudad inclusiva, aunque innegablemente exigente a la cartera pública y requirente de un esfuerzo público y cívico sostenido, también es la ciudad del potencial sin explotar y del capital humano y social expandido. Más importante, es la ciudad que extrae la oportunidad para el avance colectivo e individual de la multiplicidad y movilidad urbanas.(129)

No obstante, en el presente, es el sentimiento exclusivista el que prevalece en las ciudades. La interacción pública y cívica necesaria para el avance individual y social, para la formación de la 'ciudad buena' es un ingrediente escaso en la conformación de la ciudad contemporánea. La exacerbación de la segregación urbana, la erosión de los elementos constitutivos de la comunidad y el aislamiento social hacen que vivir con la diferencia sea una "prueba de resistencia".(130) La reacción actual de muchas sociedades ante la creciente diversidad ha supuesto un aumento en la segregación de la población urbana en base a raza, condición social y hasta postura política.(131) Y, el hecho que no existan suficientes mecanismos que per-

¹²⁷ *Ibid.*, énfasis añadido.

¹²⁸ *Ibid.*

¹²⁹ *Op. Cit.*, p. 1016.

¹³⁰ *Ibid.*

¹³¹ Cf.: Bishop, Bill. 2009. *The Big Sort: Why the Clustering of Like-minded America is Tearing Us Apart*. New York: Mariner Books.

mitan la interacción entre grupos culturales produce inicialmente una disminución en el capital social de toda la comunidad, incluso entre los miembros del mismo grupo sociocultural.(132)

Es en este contexto que se observa nuevamente la importancia de la vida cotidiana en la conformación de las relaciones sociales. “La delgada línea entre sospecha y tolerancia es demarcada más que frecuentemente alrededor de negociaciones prosaicas sobre diversidad”, comenta Amin, por lo que la política de integración de la *ciudad buena* debe de atender precisamente a lo prosaico y lo cotidiano como el espacio donde es posible formar “extrañas pertenencias”, el lugar donde es posible trascender las *particularidades* culturales.(133) Es en la ciudad donde esta “transgresión cultural” se hace posible:

[E]xperimentar en situaciones cotidianas que lleven a personas con distintos antecedentes a trabajar juntos en proyectos de interés común, de forma que un hábito de formación intercultural emerja [...] Los logros de una política pública así son en parte para asegurar la re-conexión de aquellos en desventaja, en parte para convertir la misantropía urbana en una ética de consideración mutua hacia quienes son diferentes a uno, y en parte para fomentar una cultura pública de atención alrededor del principio de familiaridad.(134)

El contexto físico, la totalidad del espacio urbano donde tiene lugar la vida cotidiana, forma una parte importante de este proceso de transformación cultural:

[L]as asociaciones, los clubes, el mercado de autos usados, los restaurantes, espacios abiertos, refugios, librerías, lugares de reunión formales e informales y una multitud de círculos de amistad que llenan las ciudades [son los sitios] que forman un elemento esencial de la cultura pública urbana y son un filtro importante a través de la cual la vida urbana es juzgada como un bien social colectivo [...] Junto con la sociabilidad asociada con la participación en familia, el consumo y las redes institucionales, la vitalidad de estos espacios públicos como sitios que combinan el placer con la habilidad para negociar la diferencia actúa como indicador de la posesión y comportamiento cívico en una ciudad.(135)

El papel de la ciudad en la redefinición del concepto de ciudadanía surge en la medida en que se constituye el espacio físico y social de una ciudad. A diferencia de los países y provincias federales que, en palabras de Rainer Bauböck, se conforman por “una mezcla de rasgos geográficos naturales (costas o cordilleras montañosas), eventos históricos circunstanciales (guerra y conquista) y límites culturales (de lenguaje, religión o etnia)”, las ciudades se for-

¹³² Putnam, Robert D. 2007. “E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-first Century. The 2006 Johan Skytte Prize Lecture”. *Scandinavian Political Studies*, Vol 30 - No. 2. pp. 137-173.

¹³³ *Op. Cit.*, p. 1017.

¹³⁴ *Ibid.*

¹³⁵ *Op. Cit.*, p. 1019.

man primeramente por la agrupación de un conjunto de personas que conforman un grupo social y que mediante sus acciones y decisiones van conformando el contexto espacial que habitan: “la ciudad es primero que nada una entidad social cuyos contornos externos emergen como una aglomeración de poblaciones y artefactos humanos (edificios y calles)”.(136) En otras palabras, mientras que el Estado-nación se construye jerárquicamente de arriba hacia abajo, agrupando indiscriminadamente todo y a todos los que se ubiquen dentro de su territorio geopolítico, las ciudades se producen de abajo hacia arriba, a partir de la agencia de los grupos sociales que la integran y las interacciones e intercambios que cotidianamente tienen lugar en sus calles, plazas y edificios.

Consecuentemente, la capacidad de una ciudad para ejercer una cierta autonomía resulta relevante en el caso de la provisión de un contexto intercultural apropiado. La naturaleza transnacional de muchos de los centros urbanos los relaciona de manera directa a ciudades y territorios más allá de las fronteras del Estado nacional al que pertenecen. Por lo mismo, está en el interés de la ciudad misma fortalecer dichos lazos aunque esto implique algunas veces ir contra las políticas o prácticas discriminatorias y exclusivistas del Estado.(137)

Así, por ejemplo, han surgido en algunos países (e.g., Estados Unidos) las llamadas ‘ciudades santuario’ donde se adoptan actitudes más abiertas con la población inmigrante, sin importar su condición legal, que aquella que exhibida por el gobierno federal. Para Bauböck, la consecuencia lógica de estos factores es la independencia de la ciudad del Estado para otorgar el derecho a pertenecer, es decir, para poder ofrecer lo que llama una “ciudadanía urbana”. Al respecto, dice:

Desde mi punto de vista, restringir la ciudadanía urbana a ciudadanos de un Estado es injustificable, ya sea si es impuesta por constituciones nacionales o si es adoptada por el mismo gobierno local. Las ciudades deberían emanciparse completamente de las reglas de pertenencia que aplican al Estado mayor.(138)

El resultado de esta medida, de acuerdo con Bauböck, sería la transformación de las relaciones de identidad y pertenencia, tanto de los habitantes de la ciudad como de la ciudad misma. Mientras que los inmigrantes podrían reconocerse como parte integral de una agrupación socio-política (la ciudad) y, por lo tanto, con el derecho y obligación de participar activamente en sus asuntos, los habitantes nativos compartirían este rasgo en común con los in-

¹³⁶ Bauböck, R. “Reinventing Urban Citizenship”, p. 142.

¹³⁷ *Op. Cit.*, p. 149.

¹³⁸ *Op. Cit.*, p. 150.

migrantes haciendo más viable su identificación en común como ciudadanos de la misma ciudad.

Por otro lado, la ciudad podría diferenciarse como agrupación política con respecto al gobierno nacional. Y, al mismo tiempo, el segmento de la población vulnerable que actualmente representan los inmigrantes podrían tener más participación en las decisiones que los afectan, por ejemplo, en materia de acceso a la vivienda, servicios de salud y educación.(139)

Este tipo de independencia geopolítica resulta más adecuada a las condiciones mundiales actuales, donde las ciudades globales se convierten en lugares que alojan corporaciones transnacionales que dependen de su infraestructura y servicios para su operación y, al mismo tiempo, en “nodos en el flujo transnacional de dinero, personas e información”.(140) La investidura de poder a la población local, independientemente de su condición, implicaría una mayor protección a la depredación de los recursos locales.

No obstante también es preciso advertir que la participación de las ciudades globales en una red de intercambios transnacionales no conlleva una verdadera transformación política. “Nueva York, Londres y Tokio pueden tener intereses *similares*, pero no tienen muchos intereses *en común* que puedan llamarlas a unirlos bajo un mismo gobierno”.(141) La ciudad contemporánea padece la contradictoria situación de tener un deber cívico para con sus habitantes al mismo tiempo que depende económicamente de intereses foráneos y estatales. Esta es una situación que complica la posibilidad de un crecimiento urbano sostenible y más igualitario.

Hegemonía y homogeneización del espacio

El derecho a la ciudad y a la ciudadanía tienen un papel primordial en la constitución de las sociedades. La extensión de estos derechos a la población más vulnerable (inmigrantes, desposeídos, ancianos, discapacitados, esto es, aquellos que son diferentes) es un elemento imprescindible de esta premisa. El derecho a la diferencia y el derecho a la ciudad son dos caras de una misma moneda. Pero, mientras el derecho a la pertenencia radique en manos del Estado y mientras que la identidad nacional se construya a base de la explotación de las particularidades, de la exclusión del *otro*, no puede existir el derecho pleno a una u a otra. No obs-

¹³⁹ *Op. Cit.*, pp. 150-152.

¹⁴⁰ *Op. Cit.*, p. 156.

¹⁴¹ *Op. Cit.*, pp. 156-157.

tante, en las sociedades contemporáneas, caracterizadas por la alianza entre la clase política y el capital, el Estado necesita de la *homogeneidad* socio-espacial para consolidar su hegemonía. Esto implica que el derecho a la ciudad y a la diferencia quedan secuestrados debido a la necesidad del Estado de intervenir tanto en la escala global como al nivel de la vida cotidiana y, por ende, en la producción del espacio.

“La producción del espacio urbano contribuye a la hegemonía [del Estado] en la medida en que fusiona la contradictoria esfera inmediata del espacio vivido con los procesos y estrategias de la producción del espacio concebido y percibido”, comenta Kipfer.(142) Esto es, el espacio urbano fragmentado y homogeneizado que es útil para el Estado y la clase dominante es legitimado y reforzado por las representaciones espaciales que son “mediadas por las políticas, líderes políticos, intelectuales y expertos”, y aceptadas como tales en la práctica cotidiana de los individuos:

La forma dominante del espacio producido bajo el capitalismo es abstracta. Está formada por las implacables formas de la repetición (el tiempo lineal), la abstracción homogeneizante, y la separación alienante del producto, el Estado, el conocimiento tecnocrático y el patriarcado (el falocentrismo). Aunque estructuralmente violento, el espacio abstracto es hegemónico al grado de que envuelve e incorpora las aspiraciones diarias, los deseos y los sueños de las poblaciones subalternas. Ejemplos clave de esto son dos formas espaciales del neo-capitalismo: el bungalow (casa unifamiliar) y el rascacielos. Mientras que son productos industrializados estandarizados, también personifican esperanzas de reforma social, armonía doméstica y la reconciliación con la naturaleza en la ciudad post-industrial.(143)

De tal forma, “el espacio abstracto serializado y el tiempo lineal repetitivo del Estado, el capital y el falocentrismo se vuelve parte de la cotidianidad a través de una combinación de repetición diaria y la atracción a las aspiraciones populares en un mundo alienado”. Es por esto que “el espacio social urbano es de importancia estratégica para la vinculación de la vida diaria (el orden cercano, inmediato) a las macro-estructuras (el orden lejano de la vida)”.(144) Es aquí donde nuevamente encontramos la importancia que tiene la agencia de los grupos sociales en la producción del espacio:

Como producto de la industrialización, comodificación, capital inmobiliario y símbolos cotidianos (como las imágenes fálicas) la urbanización es espacio abstracto, una proyección de la sociedad multidimensional que es vital para la solidificación del capitalismo. En la medida en que esta proyección tenga aspectos coercitivos y persuasivos, puede decirse que es hegemónico. El carácter persuasivo de los procesos de urbanización deriva no sólo de los hábitos evidentes de la repetición cotidiana sino del proceso por el cual

¹⁴² Kipfer, S. “How Lefebvre urbanized Gramsci ...”, p. 200.

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ *Ibid.*

los habitantes activa y afectivamente se identifican con la promesa simbólica de la vida urbana privatizada.(145)

Bajo estas circunstancias, los profesionales del espacio urbano se vuelven, en palabras de Kipfer, “agentes claves en la producción del espacio hegemónico”.(146) Esto es, mientras el espacio vivido esté subyugado a la abstracción propia del espacio concebido, mientras se encuentre dominado por las representaciones espaciales ‘oficiales’ de arquitectos, urbanistas, políticos y desarrolladores urbanos, su carácter será necesariamente *hegemónico*.

La estrategia del Estado/capital es la de legitimar el conocimiento fragmentado de estas profesiones; las mismas que a su vez reproducen dicha fragmentación-homogeneización en sus obras y proyectos. Mientras que en sus proyectos integren aquellos símbolos de la ‘buena vida’ que invitan a los habitantes a “identificar sus sueños y deseos con utopías regresivas y míticas atrapadas dentro de los límites de la familia nuclear, la propiedad privada y la ‘comunidad’ segregada”, los profesionales del contexto construido garantizan su aceptación pública, así como su reproducción como modelos paradigmáticos de lo que es ‘correcto’ y ‘adecuado’(147)

Sin embargo, el resultado es otro: un espacio físico segregado, de una “diferencia mínima”, al servicio de las clases dominantes y perjudicial para el tejido social que sobre todo afecta a los habitantes más desprotegidos, entre ellos los inmigrantes:

La producción del espacio abstracto homogeneiza mediante la separación. La urbanización neo-capitalista es explosión/implosión. Debilita los centros urbanos esparciendo la vida de la ciudad en parcelas aisladas: bungalows, distritos de rascacielos, complejos de fábricas y universidades y aldeas turísticas en la playa. Delimitados por divisiones de propiedad, rutas de transporte y líneas de segregación funcional y social, estos espacios sociales parcelados (planeados de forma vulgarmente modernista) representan formas de diferencia mínima. [...] Similar a la ‘diversidad de villas en un suburbio lleno de villas’ y a la ‘célula familiar’ patriarcal, el espacio mínimamente diferencial desasocia la vida diaria, periferaliza a la clase trabajadora, impone mucho del peso de la reproducción en las mujeres y exilia a los nuevos inmigrantes a barriadas ‘neocoloniales’ y las peores unidades habitacionales públicas.(148)

Conclusiones

Por mucho tiempo, la cultura se ha considerado como algo que define la forma en que un

¹⁴⁵ *Op. Cit.*, p. 201.

¹⁴⁶ *Ibid.*

¹⁴⁷ *Ibid.*

¹⁴⁸ *Op. Cit.*, p. 202.

grupo social piensa, siente y actúa; algo que lo define y lo hace diferente de otros grupos sociales. Debido en gran parte a la tradición positivista del siglo diecinueve —momento en el que la expansión imperialista europea alcanza su cenit— el concepto de la cultura adquiere dos características importantes: Primero, por un lado, una equivalencia con el concepto de civilización, en base a la cual se establecen comparaciones entre grupos sociales, calificando a unas sociedades como ‘avanzadas’ (la europea) y a otras como ‘primitivas’ (las conquistadas), minimizando el valor de la cultura de estos pueblos y justificando su destrucción. Y, segundo, una cosificación de este concepto, identificando la cultura con las representaciones materiales y sociales de una comunidad como son observadas externamente en un momento en el tiempo, reduciendo la complejidad de la cultura a la clasificación taxonómica de una sección específica de su continuo espacio-temporal; una foto instantánea de un evento más largo y complejo.

No obstante, a partir de la segunda mitad del siglo veinte, distintos movimientos críticos han cuestionado la validez de estas concepciones. Posturas revolucionarias como el anticolonialismo, el feminismo, la anti-globalización, y otras más, han reaccionado de una u otra manera a la opresión derivada de esta ideología estatutaria. A partir de ellos ha surgido una consideración de la cultura como algo fluido, transformativo y diferencial; el entendimiento de la conformación de la cultura como un *proceso* que se da a través del tiempo y en el espacio y siempre con relación a otras culturas.

Por ejemplo, como ha demostrado Nicolás De Genova, no es lo mismo ser ‘mexicano’ en Chicago, que en cualquier ciudad o pueblo de México. Tampoco significa lo mismo para el dueño de la fábrica que lo ve como una herramienta barata y dócil. O para el trabajador afroamericano que compete con inmigrantes latinos por un puesto laboral en una fábrica y que, como ha señalado Mike Davis, azuzado por políticos y medios de comunicación, se convence de la culpabilidad de los inmigrantes de la escasez de trabajo, los bajos salarios y las pobres condiciones laborales.

Pero, ser ‘mexicano’ no excluye ninguna de estas definiciones, sino que *puede ser cualquiera*. La identidad cultural se *produce socialmente* a través de las negociaciones e intercambios entre individuos y grupos sociales que acontecen en el espacio de la vida cotidiana. Consecuentemente, la legitimidad y el valor de una cultura depende de su apreciación por parte no sólo de los individuos propios a esa cultura sino también del valor que le concedan aquellos otros actores sociales externos pero, de alguna manera, relacionados a ésta.

En una sociedad desigual como la actual es común encontrar el predominio de una cultura sobre otra. Las clases hegemónicas del Estado y la burguesía hacen uso de la ideología cultural como mecanismo para la legitimación y permanencia del *status quo* en las relaciones de poder. Como crítica a esto surgen movimientos como el multiculturalismo, que buscan rectificar las iniquidades de este modelo, basados en el principio del *derecho a la diferencia*, por ejemplo.

A través de distintos panoramas que observan este fenómeno desde perspectivas pragmáticas, económicas o morales, el multiculturalismo ha abogado en favor de la diversidad cultural, impulsando importantes transformaciones en las posturas y relaciones de varios países del mundo. No obstante, recientes sucesos han demostrado las limitaciones del multiculturalismo para cambiar las opiniones e interrelaciones entre grupos sociales distintos.

Amenazados por la rapidez de los cambios socioambientales que fenómenos como la globalización y las crisis económicas mundiales han exacerbado, estos grupos caen presa de un 'pánico moral' que permea actitudes y sentimientos de indiferencia y rencor. Aunque estos sentimientos son encubiertos bajo un velo de supuesta tolerancia y comportamiento "políticamente correcto", en el fondo la idiosincrasia discriminatoria permanece, tal vez, en detrimento de las relaciones ya que las frustraciones sociales no tienen forma de ventilarse o de iniciar un diálogo. Además, la desconsideración de los factores socioeconómicos en la política de identidades limita la capacidad crítica de estos movimientos.

A raíz de esto, ciertos proponentes del derecho a la diferencia se han empeñado en revisar y revitalizar el multiculturalismo, enfatizando la necesidad de transformar las relaciones interculturales y los conceptos de pertenencia y ciudadanía. El resultado ha sido la propuesta de un nuevo modelo, llamado *interculturalismo*. Igualmente, la realidad urbana del siglo XXI ha llevado a proponer una nueva relación entre los Estados y las ciudades. Por lo mismo, se ha puesto un mayor énfasis en el papel que la ciudad y el espacio urbano tienen tanto en las circunstancias de interrelación social en los ambientes multiculturales como en el desarrollo de nuevos modelos de organización social.

La identidad cultural es una condición socialmente producida en la *coyuntura entre espacio y tiempo*. Las formas urbanas y arquitectónicas responden a las exigencias de una sociedad que, ubicada en un espacio geográfico particular, con el tiempo desarrolla una forma de vida específica. La arquitectura desempeña un papel importante en el proceso productivo del espa-

cio socio-físico.

En las ciudades globales del siglo XXI, la diversidad cultural de sus habitantes hace relevante la revisión del papel de la arquitectura y el espacio urbano en la interacción entre los distintos grupos sociales que la habitan. ¿Cómo puede responder el espacio urbano a las necesidades de una población que, por sus orígenes diversos, va más allá del mono-culturalismo, es decir, de una población *transcultural*, extremadamente móvil y cambiante que caracteriza cada vez más a las ciudades contemporáneas? ¿Qué impacto tiene esta relación tanto para las formas urbano-arquitectónicas como para sus usuarios? Éstas son algunas de las preguntas que surgen una vez que establecemos la existencia de una relación dialéctica entre la producción del espacio y la producción de la sociedad y aplicamos ese conocimiento a la cuestión urbana en la actualidad.

La ciudad es el contexto en el que las negociaciones de la identidad cultural toman lugar. También es la mediación entre el nivel global y el nivel particular de los procesos sociales, participando en intercambios comerciales transnacionales a la vez que es el lugar donde millones de personas realizan su vida cotidiana. Como tal es, por un lado, la fuente de protección y apoyo para sus habitantes y, por otro, un actor en el mercado global del capitalismo que tiene que competir en el juego de suma cero. Esto coloca a la ciudad en una compleja y contradictoria situación.

Como institución política, los soportes que la ciudad puede ofrecer a sus ciudadanos ante las presiones del Estado y la comunidad global son importantes para la creación de una sociedad *intercultural*. En contradicción con la política del Estado que explota las particularidades físicas y culturales para establecer una dicotomía identitaria artificial entre los miembros 'legítimos' de la nación y los 'otros' para de esta forma movilizarlos en su beneficio, la ciudad debe de promover la integración cultural, extendiendo los derechos de la *ciudadanía* a todos sus habitantes, sin importar raza, etnia o nacionalidad. De esta forma abre la posibilidad de conformar una identidad común bajo la cual distintos grupos sociales puedan agruparse. Bajo estas condiciones, las diferencias culturales pueden superarse y las relaciones interculturales redefinirse bajo una luz más positiva.

Finalmente, es preciso considerar el contexto construido, esto es, el conjunto de edificaciones, calles, plazas y el conjunto de sistemas de lugares que forman parte de las *representaciones*

materiales de una cultura. A través del análisis de su espacio físico, es posible determinar la disposición de una sociedad para aceptar y adoptar la diferencia. El espacio, por ser un producto social, es un buen indicador del verdadero sentimiento de una sociedad.

Una de las funciones del espacio urbano y la arquitectura es la de *significar*, es decir, la transmisión de un mensaje. Además de poder actuar como barreras o apoyos ante las diferencias físicas que ciertos individuos poseen (e.g., reducida movilidad, falta de visión), el espacio urbano y la arquitectura también pueden facilitar o reprimir el desempeño y competencia de las personas que son diferentes socialmente y que no son familiares al significado que estos lugares conllevan.

Por tanto, la *legibilidad y congruencia* del contexto construido es un elemento importante en la constitución de una sociedad intercultural. Como tal, la revisión de lo que constituye un contexto físico *inclusivo*, que facilite y promueva la interacción entre grupos culturales y la participación ciudadana es importante. Igualmente lo es el análisis de la naturaleza, la gestión y las cualidades expresivas que los elementos del espacio urbano, como *signos de lugar*, poseen. En el siguiente capítulo, se ahondará en esta función significativa de la arquitectura y el espacio.

Capítulo IV

LOS SIGNOS DEL LUGAR: LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO Y LA SIGNIFICACIÓN EN LA ARQUITECTURA

Una vez establecido el papel de la cultura en el proceso de la producción del espacio, es preciso regresar una vez más al análisis de éste último para completar el marco teórico que conforma esta investigación. A su vez, se propondrá un modelo operativo para el análisis del caso de estudio en cuestión.

La articulación de la cultura con el espacio físico se realiza a través de la concepción de modelos simbólicos y de la interacción cotidiana con el espacio. Estos modelos sirven para *denotar* la ideología que regula el comportamiento espacial, es decir, son conceptos que fundamentan los *discursos* en y sobre el espacio bajo una lógica específica. Las expresiones materiales de estos discursos, además de poseer una dimensión significativa, también *connotan* aspectos de valoración afectiva, que corresponden a los deseos, sentimientos y expectativas de quienes usan estos objetos.

Consecuentemente, la práctica espacial, esto es, la utilización cotidiana del espacio, se ve informada por una dimensión denotativa y otra afectiva. Por lo tanto, el estudio de la articulación de la cultura con el espacio implica estudiar la manera en que la cultura imbuye de significación ideológica, por un lado, y afectiva, por el otro, a los elementos que constituyen al espacio.

De acuerdo con lo anterior, el espacio se encuentra cargado de significación. Este se transforma en una especie de *texto*, de *lenguaje no-verbal*. Como tal, es posible analizarlo en su dimensión *sintagmática* —su configuración sintáctica, la forma en que se compone en ‘enunciados’— y en su dimensión *paradigmática*, es decir, su valor significativo, dentro de un sistema específico. Pero además, es preciso notar también la forma en la que acontece el proceso comunicativo del significado, es decir, analizar quién pronuncia el enunciado, con qué intención, bajo qué premisas, hacia quién es dirigido y de qué manera es interpretado.

Por ejemplo, un turista en una ciudad extranjera se mueve por sus calles con la vacilación de alguien que intenta descifrar un lenguaje extraño. De acuerdo con su conocimiento de la ciudad en cuestión, de la civilización que la habita, de sus previas experiencias urbanas, se desempeñará con mayor o menor confianza. De la misma manera, analizar el espacio como dis-

curso es equivalente a tratar de descifrar su lenguaje, el mensaje que lleva consigo. La transmisión efectiva de su significado dependerá en gran medida del conocimiento que se tenga de los factores que matizan su 'narración'. Como se verá a continuación, la disciplina de la *semiótica* y su rama epistemológica: la *semiótica del espacio*, son un par de herramientas útiles para este propósito, aún cuando no sean perfectas.

Las dimensiones de la producción espacial

En el segundo capítulo se hizo mención de los tres momentos o dimensiones que componen la producción del espacio según Henri Lefebvre: la *práctica espacial*, la *representación espacial* y el *espacio de representación* o *espacio figurativo*.⁽¹⁾ A continuación vale la pena recapitular sobre esta triada conceptual de nuevo, ya que en ella radica la explicación de cómo se relaciona concretamente la realidad física que conforma el contexto construido con la realidad social y mental del ser humano.

En el proceso productivo del espacio la *práctica espacial* se conforma de la experiencia física del espacio. Claramente, el ser humano *percibe* el mundo que le rodea *corporalmente*, a través de los sentidos del tacto, olfato, gusto, oído y vista. Por lo tanto, en la dimensión de la práctica espacial se incluyen los elementos materiales organizados espacialmente que dan lugar al contexto construido que habita el ser humano en sociedad. Así, las acciones cotidianas de los seres humanos (dormir, comer, trabajar, reproducirse, etcétera) se ligan a su complemento físico: a los espacios donde estas actividades tienen *lugar*. Al respecto, comenta Lefebvre: "La práctica espacial de una sociedad segrega el espacio de esa sociedad; lo propone y lo presupone, en una interacción dialéctica; lo produce lenta y claramente mientras que lo domina y apropia".⁽²⁾

Por su parte, las *representaciones del espacio* se conforman de la conceptualización lógica de lo percibido y lo vivido. A través de los procesos cognitivos propios del ser humano y a través del convenio social, el entendimiento del espacio se estructura en códigos, normas y signos que lo determinan, delimitan, ordenan y comunican. Como tal, las representaciones espaciales son "el espacio conceptualizado, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, burócr-

¹ Christian Schmid, a diferencia de la mayoría de los autores que utilizan este concepto lefebvriano, llama a este último "espacio de representación" de acuerdo a su propia traducción del francés original: "*espace de représentation*" y en base a la relación de este concepto con la teoría inconclusa de Lefebvre sobre la representación. Para fines de claridad, debido a que este apartado se apoya considerablemente en Schmid, aquí se utilizará la misma denominación (cf.: Schmid, C. "Henri Lefebvre's theory of the production of space", p. 44, n.34).

² Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 38.

tas tecnocráticos e ingenieros sociales, así como de cierto tipo de artista con una inclinación científica —todos los cuales identifican lo que es vivido y lo que es percibido con lo que es concebido”.(3) Las representaciones del espacio se basan en la dimensión mental; combinando tanto *ideología* como *conocimiento*, y conformando así conceptos *operacionales* que permiten la práctica social del espacio.(4)

Luego entonces, las disciplinas científicas que tratan con el espacio hacen uso de signos para formar *códigos especializados* que expliquen de una manera lógica y objetiva —no obstante, también inevitablemente parcial y limitada— los fenómenos percibidos. De esta forma surgen distintos *discursos* sobre el espacio que son interpretados de acuerdo con dichos códigos. Como señala Schmid: “Las representaciones del espacio emergen al nivel del discurso, del lenguaje hablado como tal, y por lo tanto comprende formas verbalizadas tal como descripciones, definiciones y, especialmente teorías (científicas) del espacio”.(5)

Por último, el *espacio de representación* es el lugar de la dimensión simbólica, donde las emociones y el deseo se plasman en los objetos materiales. Es el espacio *vivido*, de la imaginación, los signos y símbolos no-verbales: “El espacio como es *vivido* directamente a través de sus imágenes asociadas y símbolos, y por ende, el espacio de los ‘habitantes’ y los ‘usuarios’ [...] el espacio que la imaginación busca cambiar y apropiar. Envuelve al espacio físico, haciendo uso simbólico de sus objetos”.(6) Mientras que las representaciones espaciales se basan en la dimensión mental, los espacios de representación lo hacen a partir de un “centro afectivo”, abrazando el “loci de la pasión”, lo que los convierte en espacios “esencialmente cualitativos, fluidos y dinámicos”.(7) Más allá de la coherencia lógica de las representaciones espaciales, el espacio de representación busca ser apropiado, sin mucha lógica ni sentido, sino a través de la experiencia cotidiana de la vida.

Christian Schmid explica la función de estas tres dimensiones de la siguiente manera:

De acuerdo con este esquema, el espacio (social) puede ser analizado con relación a estas tres dimensiones. En la [*práctica espacial*], el espacio social aparece en la dimensión de la práctica social como una cadena entrelazada o una red de actividades o interacciones que por su parte descansan sobre una base material determinada (morfología, contexto construido). En la segunda, esta práctica espacial puede ser definida lingüísticamente y demarcada como espacio y luego constituir una *representación espacial*. Esta representa-

³ *Ibid.*

⁴ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 45.

⁵ Schmid, C. “Henri Lefebvre’s theory of the production of space”, p. 37.

⁶ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 39.

⁷ *Op. Cit.*, p. 42.

ción sirve como una orientación organizadora y, por lo tanto, co-determina la actividad al mismo tiempo. En [el *espacio de representación*], el “orden” material que emerge en el terreno puede él mismo convertirse en el vehículo que conlleva significación. De esta manera, un simbolismo (espacial) se desarrolla, expresando y evocando normas sociales, valores y experiencias.(8)

Aquí es importante enfatizar que para Lefebvre estas tres dimensiones o momentos no deben dividirse tajantemente ya que, si bien no ocurren simultáneamente, conforman un *proceso continuo* y no se encuentran relacionadas jerárquicamente o cronológicamente, sino *orgánica y dialécticamente*. Se encuentran unidos indisolublemente por la “necesidad lógica” de permitir a los miembros de una sociedad determinada moverse de un momento a otro sin confusión alguna.(9)

Esta relación entre momentos tiene una implicación importante ya que esta basada en la búsqueda de Lefebvre por superar los modelos epistemológicos basados en las contraposiciones binarias que “reduce[n] todo lo que conforma la actividad de vivir, desde la vida, el pensamiento y la sociedad”.(10) Además, esta concepción triádica demuestra que para Lefebvre no sólo es importante la ideología en la conformación del espacio, sino también lo es la agencia de las personas que, a través de su experiencia física y emocional, toman parte en este proceso.

Igualmente, es preciso notar que, como se verá más adelante, este proceso, tal como lo plantea Lefebvre y lo explica Schmid, es comparable con el proceso de producción y comunicación de signos, es decir, la *semiosis*. De manera similar, la semiosis se compone de un modelo triádico en el que interviene una realidad física perceptible, un proceso cognitivo de reflexión y abstracción de lo percibido en un modelo o concepto mental y una acción de comunicación que transmite dicho entendimiento (aún cuando el receptor sea uno mismo). Este proceso es comúnmente estudiado por las ciencias del lenguaje.(11)

De hecho, es posible observar la influencia de la teoría del lenguaje en la conformación de la filosofía lefebvrea en general, incluyendo sus conceptualizaciones sobre la producción del espacio urbano, el materialismo dialéctico y la vida cotidiana.(12) El mismo Lefebvre, apunta Schmid, desarrolla una teoría del lenguaje particular, basándose sobre todo en la teoría del

⁸ Schmid, C. “Henri Lefebvre’s theory of the production of space”, p. 37.

⁹ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 38, 42.

¹⁰ *Op. Cit.*, p. 39.

¹¹ Cf.: Eco, Umberto. 1994. *La Estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Editorial Lumen.

¹² Cf.: Lefebvre, H. *The Production of Space*; Lefebvre, H. *The Critique of Everyday Life*; Lefebvre, H. *Dialectical Materialism*; Kofman, E. & E. Lebas. “Lost in Transposition”; Schmid, C. “Henri Lefebvre’s theory of the production of space”.

lenguaje de Nietzsche. En esta teoría, Lefebvre designa al habla como el origen del lenguaje y lo divide en tres dimensiones distintas: la *dimensión sintagmática*; la *dimensión paradigmática*; y la *dimensión simbólica*.

La relación de estas dimensiones con los momentos del espacio no es difícil de adivinar. La *práctica espacial* está relacionada con la dimensión sintagmática ya que, al componerse de construcciones materiales y de las redes y conexiones entre ellas (e.g., edificios, calles, autopistas, rutas marítimas, etcétera), las cuales son percibidas, ocupadas y transitadas por medio del cuerpo, forman una relación de contigüidad, es decir una cadena de elementos ordenados en un cierto sentido y experimentados temporalmente —no se puede estar en todos los lugares al mismo tiempo, sino que pasamos de uno a otro, *en secuencia*—.

A su vez, las *representaciones del espacio* se pueden asociar con la dimensión paradigmática. Tanto en la dimensión paradigmática del lenguaje como en las representaciones espaciales los elementos se agrupan según modelos conceptuales, es decir, de acuerdo con una selección particular de ciertas características de los términos, formando conjuntos discretos que comparten estas características y que, por lo tanto, son equivalentes e intercambiables entre sí (siguiendo el criterio original de agrupación). Como los términos pueden agruparse de distinta manera, la dimensión paradigmática da origen a *códigos* y *sistemas* que establecen las normas de asociación entre paradigmas.

Finalmente, el espacio vivido, esto es, el *espacio de representación*, es análogo a la dimensión simbólica del lenguaje, el lugar donde el concepto de símbolo adquiere las connotaciones afectivas que lo separan del concepto del signo, haciendo de lo racional algo irracional. Por lo mismo, el discurso adquiere en este momento una dimensión *poética*, en donde la rigidez del signo cede paso a la ambigüedad y la fluidez que enriquecen el lenguaje y lo apropian a la vida social —que es posible, a fin de cuentas, por la conexión afectiva entre sus miembros—.(13)

El parentesco entre las categorías lefebvreanas del espacio con las del lenguaje es importante en otro aspecto: esta relación sugiere la idea de un posible análisis del espacio y el contexto construido sobre la base del análisis del discurso. Por ejemplo, el análisis semántico o, más específicamente, el análisis semiótico. Lo que es más, en la misma época en la que Lefebvre desarrollaba su teoría del espacio, estudiantes del lenguaje —así como de otras disciplinas

¹³ Cf.: Lefebvre, H. *The Production of Space*, pp. 36-50; Schmid, C. "Henri Lefebvre's theory of the production of space", pp. 30-37.

sociales que comenzaron a descubrir paralelismos entre las manifestaciones de la cultura y las construcciones lingüísticas (e.g., Claude Levi-Strauss, Michel Foucault, Roland Barthes, entre otros) exploraban la potencialidad del análisis discursivo en áreas tan variadas como los mitos, la moda, y el urbanismo.

Lefebvre, siempre al pendiente del estado del arte de la epistemología de las ciencias sociales y la filosofía, estaba al tanto de dichas investigaciones y, si bien frecuentemente criticó la dimensión estructuralista en la que se sitúan la mayoría de dichos trabajos, también supo aprovechar de ellas lo que consideraba valioso, incluyendo la teoría semiótica.(14)

La semiótica y el modelo sígnico

Antecedentes

El origen de la semiótica se remonta al origen del Mundo Occidental, en medio del nacimiento mismo de la historia médica y la filosofía de este hemisferio. Una de las primeras menciones conocidas de la semiótica es la realizada por Galeno de Pergamo, médico griego del siglo primero de nuestra era (129-199 EC)(15), quién utiliza el término *semeiosis* (σημειωσις) para referirse al proceso de diagnosis médica basada en la lectura de síntomas físicos presentes en el paciente.

Aunque la utilización del término ‘semiótica’ para referirse a la teoría general de los signos no tuvo lugar hasta mucho tiempo después de Galeno —la primera mención explícita es del filósofo inglés John Locke en 1690—, siglos atrás, los filósofos griegos de la antigüedad ya dilucidaban sobre la naturaleza del signo o ‘sema’ (σημείον, οἴημα). Aristóteles y Platón, por ejemplo, desarrollaron varias ideas con relación a los signos; ideas que a la fecha siguen vigentes; como la teoría de que los signos son representaciones incompletas de la verdadera naturaleza de las cosas; o la teoría de los sonidos hablados como signos y símbolos de conceptos mentales. También se puede mencionar a los Estoicos, quienes desarrollaron todo un sistema lógico a partir de su teoría sígnica.(16)

Pero, específicamente, es posible ubicar el desarrollo de una teoría general de los signos como tal sólo hasta principios del siglo veinte. Este vendrá de la mano de dos figuras: Charles

¹⁴ Cf.: Lefebvre, H. *The Production of Space*, pp. 5-7, 61, 132-142, 220, 227; *Writings on Cities*, pp. 92, 114-116, 189-199; *The Urban Revolution*, pp. 49-52, 85; Gottdiener, Mark. 2002. “A Marx for Our Time: Henri Lefebvre and The Production of Space”. *An Architektur*. Vol. 1. Berlin: An Architektur e.V.; Goonewardena, K. et al. *Space, difference, everyday life, passim*.

¹⁵ Era Común

¹⁶ Nöth, Winfried. 1995. *Handbook of Semiotics*. Bloomington; Indianapolis: Indiana University Press, pp. 12-16; Cobley, Paul & Litza Jansz. 1999. *Introducing Semiotics*. Cambridge: Icon Books, pp. 4-5.

Sanders Peirce (1839-1914) y Ferdinand de Saussure (1857-1913). El primero, reconocido ahora como el más grande filósofo americano, se destaca inicialmente por sus aportaciones filosóficas a la teoría de los signos, poseyendo una visión “pansemiótica” de los signos.(17)

En la teoría pansemiótica de Peirce, todo lo que existe, el pensamiento, incluso el mismo ser humano, se compone de signos. “El universo entero está saturado de signos, si es que no compuesto exclusivamente de signos”, comenta Peirce.(18) De acuerdo con este filósofo, es a través de la *semiosis* (o ‘*semeiosis*’) como el proceso cognitivo que el signo crea en la mente del sujeto un concepto determinado. Desde su punto de vista, el objeto de la teoría semiótica es este proceso mismo, y no el signo en sí. “La *semiótica*”, comenta, “es la doctrina de la naturaleza esencial y variedades fundamentales de la semiosis posible”.(19)

Otra de las aportaciones más importantes de este filósofo americano al desarrollo de una teoría general de los signos es, precisamente, su modelo *triádico* del signo. En el modelo peirceano, el signo se compone por un *representamen* (o ‘significante’ para Saussure) que corresponde al objeto perceptible (material o mentalmente) que designa a algo; el *representamen* es el vehículo sígnico de un *objeto*, el cual conforma la segunda categoría del signo. Por último, la tercera categoría del signo corresponde al *interpretante*, que es el significado asociado a éste.(20)

Es importante notar que, para Peirce, el signo no es un objeto en sí, sino que existe sólo en la mente de quien lo interpreta. Esto es, nada es un signo hasta que alguien lo reconoce como tal. No obstante, una vez que ese algo es interpretado como signo, una vez que un objeto adquiere significación en la “Mente del Interprete”, ese algo se convierte en un signo abierto al proceso de “*semiosis continua*”, es decir, al proceso en el que cada signo se convierte en el *representamen* de otro signo *ad infinitum*, constituyendo así el proceso cognitivo del pensamiento.(21)

Por su parte, Ferdinand de Saussure, con su *Curso de Lingüística General*, inaugura en Europa el proyecto de una teoría general de los signos, a la que denominará “*semiología*”. El objetivo,

¹⁷ Nöth, W. *Handbook of Semiotics*, p. 41.

¹⁸ Peirce, Charles Sanders. 1931-58. *Collected Papers*. Vols. 1-6. Charles Hartshorne & Paul Weiss (eds.). Cambridge: Harvard University Press, § 5.448. Citado en Nöth, W. *Handbook of Semiotics*, p. 41.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Op. Cit.*, p. 42-43; Copley, P. & L. Jansz. *Introducing Semiotics*, p. 21.

²¹ Noth, W. *Handbook of Semiotics*.

de esta teoría, explica Saussure, será el de: “Una ciencia que estudie la vida de los signos dentro de la sociedad”, y, de esta manera, descubrir aquello que constituye los signos y las leyes que los gobiernan.(22)

El trabajo de Saussure en el desarrollo del campo de la semiótica es seminal. Entre sus contribuciones más importantes se encuentra su teoría del signo. Aunque en ésta Saussure hace referencia únicamente al signo lingüístico, su aplicación ha sido trasladada a otros sistemas sígnicos no-verbales. Esta aplicación fuera de la lengua no es incompatible con la postura de Saussure, quién, al igual que Peirce, veía sistemas semiológicos en todo el espectro de la vida humana. Por ejemplo, en los ritos simbólicos y los mitos, los signos de los sordomudos, las reglas de comportamiento social, el Braille y las señales navales, entre otros.(23)

El signo en Saussure

Para Saussure, el signo se compone de dos elementos indisolubles: el *significado*, también llamado ‘concepto’ y el *significante*, o imagen acústica. A diferencia de Peirce, Saussure no hace referencia explícita al objeto designado; ni el concepto ni la imagen acústica son fenómenos materiales. Por el contrario, establece al primero como una asociación mental y al segundo como una impresión psicológica. Por lo tanto, el modelo sígnico de Saussure es un modelo *diádico*. (Ver fig. 10)



Fig. 10.- Modelo del signo según Saussure.

La elipsis que envuelve al significado y al significante representa al signo. Las flechas indican el proceso de producción y recepción de la significación (semiosis).

Fuente: Reproducido de Saussure, F. *Course in General Linguistics*, p. 114.

La exclusión del objeto referente en el modelo diádico de Saussure es indicativa de su concepción “mentalista” del signo.(24) Para el lingüista, tanto el significado como el significante

²² Saussure, Ferdinand de. 1959. *Course in General Linguistics*. Charles Bally & Albert Sechehaye (eds.). Wade Baskin (trad.). New York: Philosophical Library, p. 16.

²³ Nöth, W. *Handbook of Semiotics*, pp. 57-59.

²⁴ *Op. Cit.*, p. 60.

ocurren a un nivel psicológico y, por lo tanto, no tienen un equivalente material: “el signo lingüístico une, no una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica”, comenta Saussure, “la posterior no es el sonido material, un objeto puramente material, sino la huella psicológica del sonido, la impresión que causa en nuestros sentidos”.(25)

No obstante, a pesar de la dimensión psíquica que envuelve al modelo sígnico saussureano, para éste el proceso cognitivo que da lugar a la significación no ocurre al nivel del sujeto individual, sino a *nivel social*. Esto es debido a que sólo a través del lenguaje es posible interpretar significativamente una imagen y el lenguaje es producto de la interacción en comunidad.

Saussure explica la naturaleza social del lenguaje como si se tratase de una hoja de papel. Una hoja de papel se compone de un solo elemento, la hoja misma, pero a la vez posee *dos* caras distintas. Cada cara es singular, es su propio elemento, pero también son *inseparables*. Esta articulación es de carácter *arbitrario*, no hay relación natural entre la palabra ‘perro’, y el animal de la familia *canis domesticus* que representa. Esta relación depende del acuerdo entre varias personas para designar tal significante a tal significado. En otras palabras, esta relación es una *convención social*. De esta forma, el proceso de semiosis tiene lugar al nivel de la sociedad; se trata de un fenómeno colectivo que solamente ocurre gracias a la institución social del lenguaje.

De este entendimiento de la semiosis y el lenguaje como productos sociales es posible dilucidar otra de las aportaciones de Saussure. Antes de éste, la lingüística se centraba en el análisis histórico del lenguaje, es decir, sobre el eje denominado ‘*diacrónico*’. En cambio, Saussure estaba interesado en el lenguaje como *sistema* o *código*, atemporalmente, es decir, sobre el eje ‘*sincrónico*’, cuyos términos, o unidades significantes se distinguen según su posición o *valor* en el sistema y con respecto a las otras unidades.(26)

Esta postura pone el énfasis del análisis semiótico en la *forma*, en la red de relaciones estructurales que las diferencias y oposiciones entre los conceptos semánticos constituyen. De esta manera, Saussure sienta las bases para una aproximación estructuralista del lenguaje que, como comenta Nöth, se encuentra presente sobre todo en la tradición estructuralista-semiológica de la Europa Latina.(27)

²⁵ Saussure, F. *Course in General Linguistics*, p. 66.

²⁶ Cobley, P. & L. Jansz. *Introducing Semiotics*, pp. 8-9.

²⁷ Nöth, W. *Handbook of Semiotics*, p. 61.

Paradigma y sintagma

Para Saussure los términos lingüísticos se desarrollan sobre dos planos distintos: el plano de los *sintagmas* y el plano de los *paradigmas*. Cada plano genera valores distintos y cada uno corresponde a distintas formas de actividad mental. Un sintagma es una combinación de signos basada en la *extensión*. En el lenguaje hablado y escrito esta extensión es *lineal* e *irreversible*. Lineal, porque los fonemas o elementos constituyentes no se pueden pronunciar al mismo tiempo, sino solamente uno después del otro, *en secuencia*. Irreversible, porque los términos adquieren su valor por *oposición* a lo que le precede y a lo que sigue en la cadena sintáctica. Están unidos y valorados *in praesentia* (e.g., no es lo mismo pronunciar o escribir ‘mesa’ que ‘asem’ o ‘sema’ o ‘ames’; los fonemas /m/, /e/, /s/, /a/ sólo adquieren sentido si son combinados de cierta manera, en cierto orden).

En cambio, el plano paradigmático —también conocido como plano sistemático o asociativo— está conformado por *asociaciones conceptuales*. Estas asociaciones pueden ser, por ejemplo, por semejanza de sentido (e.g., ‘enseñanza’, ‘educación’, ‘aprendizaje’) o por semejanza de sonidos (e.g., ‘enseñanza’, ‘confianza’, ‘ultranza’). Paradigmáticamente, los términos se clasifican en *sistemas* o *códigos*. Están unidos *in absentia* ya que no se encuentran todos los términos de un sistema en una misma expresión.

Saussure explica el funcionamiento de estos planos con el ejemplo de un templo griego: una columna (que representa una unidad lingüística) esta en una posición determinada y en relación de contigüidad con otros elementos del edificio, por ejemplo, la arquitrabe. Estas relaciones entre elementos constitutivos del edificio son del orden sintagmático. Por otro lado, la columna puede ser de un estilo arquitectónico dórico y, al verla, nos hace pensar en otros estilos arquitectónicos de columnas, como el jónico o el corintio, asociándola mentalmente con otras columnas no existentes.(28) Esto conforma lo que Roland Barthes llama una “relación virtual de sustitución”.(29)

Al respecto, Barthes también ha comentado que el análisis semiológico debe iniciar con la indicación de los planos sintagmáticos y paradigmáticos del hecho semiótico a analizar, inventariando sus componentes de acuerdo con estos ejes, empezando por el sintagma y continuando por el sistema. Por ejemplo, en el análisis semiótico de la arquitectura tendríamos primeramente el análisis del encadenamiento de los elementos constitutivos del edificio que

²⁸ Saussure, F. *Course in General Linguistics*, p. 124.

²⁹ Barthes, Roland. 1990. *La aventura semiológica*. Barcelona: Ediciones Paidós, p. 54.

conforman el sintagma, seguido de la revisión de las variaciones de estilo de cada elemento (columnas, capiteles, travesaños, vanos, cubierta, etcétera).(30)

Desarrollo de la semiótica

Después de Saussure y Peirce, durante el siglo XX se produjo un extenso desarrollo de la teoría general de los signos, ya conocida como ‘semiótica’ o ‘semiología’, acompañado a su vez por una explosión de teorías, conceptos y definiciones que hacen de su estudio una tarea laboriosa y fuera del alcance de esta investigación.

Entre los nombres de algunos de los semiólogos más destacados del siglo veinte podemos incluir a Edmund Husserl (1859-1938), Ernst Cassirer (1874-1945), Charles K. Ogden (1889-1957), Ivor Richards (1893-1979), Roman Jakobson (1896-1982), Louis Hjelmslev (1899-1965), Charles Morris (1901-1979), Roland Barthes (1915-1980), Algirdas J. Greimas (1917-1992), Thomas Sebeok (1920-2001), Umberto Eco (1932-), y Joseph Courtés (1936-).(31)

De entre estos teóricos es preciso destacar la aportación de Hjelmslev al modelo del signo por la influencia que tuvo en semiólogos como Eco, Greimas y Barthes, entre otros, quienes, por su parte, influyeron de manera importante en el análisis semiótico del espacio y la arquitectura.

El signo en Hjelmslev

A partir del modelo sónico de Saussure, Hjelmslev desarrolla una estratificación doble de los términos del significado y el significante, añadiendo así, una segunda dimensión al modelo. En este modelo, el signo se compone por la *expresión* (el significante, en Saussure) y el *contenido* (el significado). A su vez, estos se componen de dos planos distintos: el plano de la *forma* y el plano de la *substancia*. Además, fuera de la esfera de significación, es decir, fuera del signo y el sistema del signo, se encuentra el universo *extra-semiótico* que constituye lo que Hjelmslev denomina *sentido* —en el lado del contenido— y *materia* —en el lado de la expresión—.(32) (Fig. 11)

³⁰ *Op. Cit.*, p. 55.

³¹ Existen varios escritos disponibles sobre la historia de la semiótica, desde las más básicas (e.g., Cobley y Jansz, 1999) a las más extensas. Para una amplia cobertura de la trayectoria de la semiótica, así como una exhaustiva lista de referencias bibliográficas es posible consultar el excelente trabajo de Winfried Nöth (1995).

³² Hjelmslev utiliza el término ‘purport’ como traducción directa del danés ‘mening’ que quiere decir tanto ‘sentido’ como ‘materia’. Muchas veces se traduce exclusivamente como uno u otro; cf.: Nöth, W. *Handbook of Semiotics*, p. 69.

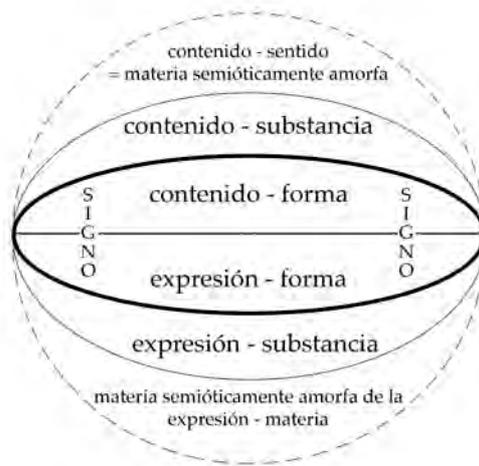


Fig. 11.- Modelo del signo de Hjelmslev.

Fuente: Autor, reproducido de Nöth W. *Handbook of Semiotics*, p. 67.

Al igual que Saussure, para Hjelmslev el plano de las formas se refiere a la ordenación de conceptos dentro de una red de relaciones, esto es, “sistemas de relaciones puras”.(33) En cambio, el plano de las substancias se conforma mediante la transformación del sentido y la materia (*‘purport’*) en sistemas de unidades significantes a través de la acción de las formas. Esto constituye, en sí, el proceso de significación.

Consecuentemente, el proceso cognitivo de formación semiótica indica que la estructura cultural (y semiótica) determina la percepción de las substancias.(34) “En virtud de la forma del contenido y la forma de la expresión”, indica Hjelmslev, “y sólo en virtud de ellas, existen respectivamente la sustancia del contenido y la sustancia de la expresión, que se manifiestan por la proyección de la forma sobre el sentido, de igual modo que una red abierta proyecta su sombra sobre una superficie sin dividir”.(35) Luego entonces, se puede especificar que la sustancia es *‘materia (con)formada’*.(36) Esto es:

$$\text{(Sentido o Materia) + Forma = Sustancia}$$

En el plano del contenido, la sustancia conforma el plano del universo semántico definido de acuerdo con las reglas combinatorias de la forma. Define los valores o sentidos ‘positivos’ de los conceptos. Estos valores se basan en los aspectos ideológicos (sociales) y emocionales (in-

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Hjelmslev, Louis. 1971. *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. José Luis Díaz de Llaño (trad.). Madrid: Editorial Gredos, p. 85.

³⁶ Nöth, W. *Handbook of Semiotics*, p. 68-69.

dividuales) del significado. Por su parte, la forma del contenido es la organización formal de los significados entre sí, por ausencia o presencia de una marca semántica. Se realiza por medio de la reconstitución de oposiciones de significados y la abstracción de sus rasgos pertinentes (conmutables).

En el plano de la expresión, la forma se encuentra constituida por las reglas paradigmáticas y sintácticas del código o sistema. En el lenguaje, se conforma por las unidades léxicas que están dotadas de sentido (*monemas* y *fonemas*). Mientras tanto, la sustancia de la expresión es la materia organizada según las reglas formales. Por ejemplo, la sustancia fónica o gráfica, de carácter articulatorio, no funcional.(37) (Fig. 12)

CONTENIDO	SUSTANCIA	El sentido “positivo” de un concepto; los aspectos emocionales, ideológicos y conceptuales del significado. El valor dentro del sistema.
	FORMA	La organización formal de los significados entre sí, por ausencia o presencia de una marca semántica. Se realiza por medio de la reconstitución de oposiciones de significados y la abstracción de sus rasgos pertinentes (conmutables).
FORMA	FORMA	Constituida por las reglas paradigmáticas y sintácticas
	SUSTANCIA	La sustancia fónica o gráfica; articulatoria, no funcional

Fig. 12.- Modelo sígnico lingüístico.

Fuente: Autor, adaptado de Barthes, R. *La aventura semiológica*, p. 40.

Para explicar como funciona el proceso semiótico de conformación del signo a partir del universo extrasemiótico de la materia/sentido, podemos utilizar el ejemplo de los colores, ilustrado en la siguiente figura. (Fig. 13)

³⁷ Cf.: Greimas, A.J. & J. Courtés. 1990. *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Editorial Gredos, pp. 182-183, 398-399, 428; Barthes, Roland. *La aventura semiológica*, pp. 39-40.

(1) SENTIDO		
Universo de los 'colores', todos aquellos que de acuerdo con grupo social se reconocen como tal (estructurados antropológicamente, pero no imbuidos de significación).		
CONTENIDO	(3) SUSTANCIA	Conformación del sistema o código ideológico que designa un valor al concepto; e.g., 'rojo', por ejemplo, el código 'colores primarios'
	(2) FORMA	Imagen mental, unidad cultural, o concepto (sema); e.g., 'rojo'.
EXPRESION	(2) FORMA	Expresión vocal; e.g., /rojo/
	(3) SUSTANCIA	Sonidos combinados sintagmáticamente para pronunciar la palabra; e.g., /rojo/
(1) MATERIA		
Potencial fisiológico del ser humano para articular sonidos.		

Fig. 13.- Modelo sígnico ERC (Expresión en Relación al Contenido) aplicado al proceso semiótico de los colores. El número entre paréntesis (#) indica el orden dentro el proceso cognitivo-semiótico. Fuente: Autor.

El universo del signo y el universo extrasemiótico

Hjelmslev comparte el punto de vista de Saussure —y muchos otros semiólogos— respecto a que el campo de la semiótica se debe de limitar exclusivamente al estudio del plano de las formas, lo que constituye concretamente al signo, sin ahondar en el plano de las sustancias y menos aún sobre aquello que conforma el universo extrasemiótico. Así, el campo de la semiótica reparte la investigación del plano del contenido a la semántica estructural y del plano de la expresión a la sintaxis.

Es importante notar que esta delimitación epistemológica auto-impuesta ha sido uno de los motivos más frecuentes e insistentes de crítica a la disciplina de la semiótica. De hecho, esto ha sido determinante en la revisión de muchas de las teorías de la significación en los últimos años, poniendo en duda la estabilidad de la estructura formal del signo y enfatizando más en el proceso semiótico y el universo extra-semiótico.

Por otro lado, una segunda fuente de crítica a la semiótica ha sido el fenómeno de la profusión de teorías y términos conceptuales que le acompañan. Su complejidad epistemológica hace de la exégesis de esta disciplina una tarea monumental —si no imposible— provocando confusiones, contradicciones y frustraciones fuera y dentro del campo, así como la justificada vacilación en otras disciplinas para adoptarla como metodología de análisis y herramienta teórica.

Sin duda, las disciplinas de la arquitectura y los estudios urbanos no han sido la excepción. Tiempo después de ver una significativa aparición de investigaciones semióticas durante los setenta y ochentas en los estudios sobre el contexto construido, actualmente su presencia es limitada en el panorama epistemológico general de estas disciplinas.⁽³⁸⁾ Cabe entonces preguntar: ¿Por qué utilizar la semiótica para analizar el espacio urbano y la arquitectura?

En varias ocasiones se ha demostrado la importancia de la significación en la producción de los elementos materiales de la cultura. Sin embargo, a la fecha este hecho sigue siendo mayormente ignorado por las corrientes teóricas principales. La importancia de la semiótica como teoría y metodología de análisis de la concepción y transmisión de significados hacen de su utilización como herramienta de investigación justificada. Además, como se ha demostrado, la misma teoría de la producción del espacio tal como fue concebida por Lefebvre —y, soporte central en esta investigación— toma elementos de la filosofía del lenguaje y de los signos. Finalmente, como se expondrá a continuación, dentro del campo de los estudios del medio ambiente construido existen ciertas posturas teóricas que destacan por su intención de trascender las limitaciones de la semiótica pero sin dejar de retomar de ésta aquello que es valioso.

Panorama general de la semiótica de la arquitectura y del espacio

Desde su inicio moderno, la semiótica tenía como propósito la conformación de una teoría general de los signos y, en consecuencia, el análisis de otras formas de expresión no-verbal, como la arquitectura, la moda, los ritos, mitos, etcétera. Como se ha visto, el mismo Saussure utiliza como analogías del lenguaje verbal la relación de los elementos arquitectónicos de la columna y el arquitebe en su función de paradigmas y sintagmas del objeto arquitectónico.

Más adelante, durante la época de la posguerra y entradas las décadas de los setenta y ochentas, la aplicación del análisis semiológico a la arquitectura y la ciudad adquiere cierto auge, gracias en gran medida a la intervención de reconocidos semiólogos y semiotistas como Umberto Eco, Roland Barthes, Algirdas J. Greimas y Martin Krampen. Siguiendo sus pasos de cerca, muchos teóricos del medio ambiente construido vieron en la semiótica una poderosa herramienta para el análisis del espacio.

A partir de entonces surgen diversos estudios que aplican esta herramienta a contextos tan

³⁸ Cf.: Rapoport, Amos. 1990. *The Meaning of the Built Environment: A Nonverbal Communication Approach*. Tucson: University of Arizona Press, pp. 36-37.

variados como la arquitectura doméstica cretense del siglo XV AEC(39) (Donald Preziosi, 1979), la distancia psico-socio-espacial (Edward T. Hall, 1959, 1966), o la ontología del lugar (Josep Muntañola Thornberg, 1978, 1980). De entre este variado grupo de teóricos destaca sobre todo la labor de Geoffrey Broadbent, Charles Jencks, Bill Hillier, Françoise Choay, Raymond Ledrut, Pierre Boudon, Alexandros Ph. Lagopoulos, Mark Gottdiener y los mencionados anteriormente.(40)

No obstante, al igual que la disciplina general de la semiótica, el análisis de los signos espacio-arquitectónicos alcanza un *impasse* a finales de los ochenta, principios de los noventa, debido en gran medida a la crisis del estructuralismo y las meta-narrativas asociadas con el modernismo —un *impasse* que, por otra parte, tenía ya varios años de estarse gestando.(41) A partir de ese momento, con el fin de mantenerse vigente y relevante, la corriente principal de la praxis arquitectónica adopta la postura filosófica en turno, el *deconstructivismo* —el mismo que desbancó al estructuralismo—; deslindándose de esta forma de la semiótica, aún a pesar de la estrecha relación que guardan estas últimas.

Con esto, la gran mayoría de las investigaciones sobre el medio ambiente construido abandona casi por completo el estudio de la significación del espacio, sobre todo desde la perspectiva de la semiótica. No obstante, la labor constante de unos cuantos teóricos ha seguido alimentando su cuerpo epistemológico, a través de su participación en coloquios internacionales y algunas publicaciones especializadas. En este sentido, destaca sobre todo la labor de Muntañola, Lagopoulos y Gottdiener, activos a la fecha en sus investigaciones semiótico-espaciales.(42)

La significación en la arquitectura

Una de las explicaciones más claras respecto al papel de la arquitectura como sistema sígnico

³⁹ AEC = Antes de la Era Común.

⁴⁰ Ver referencias al final del texto; también consultar— Muntañola Thornberg, J. (ed.). 1997. *Arquitectura, semiótica i ciències socials*. Barcelona: EdicionsUPC; Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogènesis*.

⁴¹ Un vistazo a las fechas de publicación de libros y artículos sobre semiótica del espacio en general y de semiótica de la arquitectura y la ciudad hacen aparente este hecho; ver también: Harvey, David. 1990. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge, Malden; Oxford: Blackwell Publishing.

⁴² Para una revisión de los comentarios, reseñas y análisis del estado del arte de la semiótica del espacio, ver, por ejemplo: Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos. *The City and the Sign*; Krampen, Martin. 1997. "Semiotics of architecture, semiotics of space — looking back and ahead". En *Arquitectura, semiótica i ciències socials*. Josep Muntañola (ed.). Barcelona: EdicionsUPC; Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogènesis*; Nöth, W. *Handbook of Semiotics*.

proviene de la mano del semiólogo italiano Umberto Eco, plasmada en su famoso ensayo sobre la función y el signo, dentro de su libro *La estructura ausente*. En éste, Eco aclara que los objetos arquitectónicos no son creados para comunicar, sino para cumplir una función. No obstante, para Eco, esto no excluye el hecho de que el objeto arquitectónico es también experimentado como *acto de comunicación*.(43)

Este acto comunicativo tiene lugar cuando el ser humano codifica (mentalmente) el objeto arquitectónico en un modelo abstracto, un concepto. Posteriormente, comunica este concepto a otros seres humanos a través de signos (gráficos, por ejemplo).

Eco ejemplifica este acto de la conceptualización semiótica, con la experiencia fenomenológica de un hombre primitivo descubriendo su medio ambiente:

Intentemos colocarnos en el punto de vista del hombre de la edad de piedra que, según nuestro modelo hipotético, inicia la historia de la arquitectura. [...] obligado por el frío y la lluvia, siguiendo el ejemplo de los animales u obedeciendo a un impulso en el que se mezclan confusamente el instinto y la razón, nuestro hombre se cobija en un repliegue, en un hoyo al pie de una montaña, en una caverna. Protegido del viento y el agua [...] nuestro hombre observa la caverna que lo cobija. Se da cuenta de la amplitud de la bóveda y de que es el límite de un espacio externo, *que ha quedado fuera* (con el agua y el viento), a la vez que es el *comienzo de un espacio interno*.(44)

A partir de esta experiencia corporal, este hombre primitivo empieza a conformarse un patrón mental sobre el fenómeno que percibe, este patrón le servirá para reconocer las mismas características en fenómenos similares y discernir su función o utilidad:

Cuando cese el temporal podrá salir de la caverna y examinarla desde fuera: verá que la cavidad de entrada es "un agujero que permite el paso al interior", y esta entrada evocará en su mente las imágenes de tal interior: agujero de entrada, techumbre, paredes que cierran el espacio (o pared continua de roca). Se va configurando una "idea de la caverna" que, si no sirve para otra cosa, al menos es un incentivo mnemotécnico, para pensar inmediatamente en la caverna como posible meta en caso de lluvia; también para reconocer otra caverna, como *posibilidad de refugio*, idéntica a la primera. Utilizada la segunda caverna se sustituye la idea de caverna, simplemente. Es decir, un *modelo*, una *estructura*, algo que no existe concretamente pero en lo que se puede apoyar para reconocer determinado contexto de fenómenos iguales a "caverna".(45)

Este modelo sirve al hombre primitivo para reconocer otras cavernas y *comunicar* su posible función, primero a sí mismo, pero también, a través del uso de medios de expresión como el

⁴³ Eco, Umberto. *La estructura ausente*, p. 280.

⁴⁴ *Op. Cit.*, pp. 280-281.

⁴⁵ *Op. Cit.*, p. 281.

dibujo o las señas, posibilita su transmisión al resto del grupo:

El hombre ha aprendido que la caverna puede tener varias apariencias, pero que siempre se trata de una realización singular de un modelo abstracto reconocido como tal, *codificado*, si no a nivel social, al menos a nivel del individuo singular que se lo propone a sí mismo y se lo comunica y transmite. No le ha de resultar muy difícil comunicar mediante signos gráficos el modelo de caverna a sus semejantes. El *código arquitectónico* genera un *código icónico*, y el “principio caverna” se convierte en objeto comunicativo.(46)

La importancia de este modelo radica precisamente en que esta expresión comunicativa —el pictograma o los gestos corporales— se vuelve el medio en que se comunica la posibilidad de una función. “El dibujo o la imagen aproximada de una caverna”, explica Eco, “ya son la comunicación de una posible función, y continúan siéndolo aunque la función no se ejerza ni se desee ejercerla”.(47)

Luego entonces, más allá de su utilización inmediata, al ejercer su capacidad para comunicar una función determinada, los objetos (arquitectónicos, entre otros) también *promueven* la utilización del objeto de una manera particular entre los miembros del grupo social: “La cuchara *promueve cierta manera de comer y significa esta manera de comer*, de la misma manera que la caverna promueve el acto de buscar refugio y comunica la existencia de una posible función; los dos objetos *comunican incluso sin ser usados*”.(48)

En este punto, es posible vislumbrar la aparición progresiva de un inventario de objetos materiales-culturales utilizados por los grupos sociales que promueven una forma de vida a través de la enseñanza y aprendizaje de su utilización. Más allá de la reacción a un estímulo que los objetos arquitectónicos parezcan inicialmente provocar, primeramente se ha de *aprender* su uso. Comenta Eco:

No hay duda de que una escalera actúa en mí como un estímulo de necesidad: si quiero pasar por donde hay una escalera debo levantar los pies sucesiva y progresivamente, incluso en caso de que desee caminar como lo haría en un recorrido llano. *La escalera me estimula a subir*, aún sin verla y subiendo el primer escalón a oscuras. Por otra parte, he de tener en cuenta dos fenómenos distintos: el primero es que para subir he de haber aprendido lo que es una escalera. Se *aprende* a subir, y como consecuencia se aprende a reaccionar ante el estímulo, ya que de otro modo el estímulo por sí mismo podría no funcionar; en segundo lugar, y una vez aprendido que la escalera me estimula a subir (y me permite pasar de un plano horizontal a otro), *reconozco* en la escalera el estímulo propuesto y la posibilidad de realizar una función.(49)

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ *Op. Cit.*, p. 282.

⁴⁹ *Op. Cit.*, p. 283.

Por tanto, el uso de los objetos arquitectónicos no solamente depende de sus características materiales que hacen posible un cierto uso, como, por ejemplo, el uso de la caverna como refugio, sino del *reconocimiento* de esta posibilidad: “Lo que permite el uso de la arquitectura (pasar, entrar, pararse, subir, salir, apoyarse, etcétera), no solamente son las funciones posibles, sino sobre todo los significados vinculados a ellas, que me predisponen para el uso funcional”.(50) En base a esto, Eco define el signo arquitectónico como la “presencia de un significante cuyo significado es la función que éste hace posible”.(51)

Si aplicáramos esta definición al modelo sónico de Saussure, entonces tendríamos que, por ejemplo, un objeto arquitectónico, digamos, una escalera, se compone de la siguiente manera:

$$\text{ESCALERA} = \frac{\text{Significado (S}_d\text{)}}{\text{Significante (S}_r\text{)}} = \frac{\text{Posibilidad operante de pasar de un plano horizontal a otro.}}{\text{Serie de paralelepípedos superpuestos a niveles progresivamente más elevados conectando un plano base y otro plano a diferente altura.}}$$

Fig. 14.- Modelo sónico de Saussure aplicado al signo arquitectónico / escalera/
Fuente: Autor.

En donde el signo ‘escalera’ se compone de un significante que es *la configuración formal de unos elementos materiales determinados*, por ejemplo, la madera, el mármol o el concreto, y de un significado que es *la posibilidad de realizar una función*. Esto es así, independientemente de su comprobación empírica, es decir, independientes de si alguien realiza la función para la cual fueron diseñadas o si quiera piense al respecto: “El hecho de que una escalera me estimule a subir no tiene nada que ver con la teoría de la comunicación; pero el hecho de que ésta, apareciendo con determinadas características formales que determinan su naturaleza de *significante* [...] me comunique su posible función”, advierte Eco, “esto es un dato cultural que yo puedo establecer *con independencia de mi comportamiento aparente o incluso de mi presunta reacción mental*”.(52)

Denotación y connotación del signo arquitectónico

Pasado este punto, se puede establecer que el objeto arquitectónico es el significante que *denota* un significado que equivale a su función y que esta denotación se logra a base de un *código cultural* que se comparte en sociedad (igual que, como se comentó anteriormente, el len-

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Op. Cit.*, p. 289.

⁵² *Op. Cit.*, p. 288.

guaje se funda en un contrato social, en un convencionalismo). No obstante, la función del objeto arquitectónico como signo no estaría completa si no se tuviera en cuenta cómo éste, a través de sus características formales, también *connota* una manera particular de ver la función, esto es, connota una *ideología*.(53)

Una cosa es que un objeto arquitectónico denote una función *primaria*, digamos, para continuar con el ejemplo de la escalera, que denote la posibilidad de subir. Pero, las propiedades formales del objeto y su relación con otros objetos también fungen una función *secundaria*, de carácter *simbólico* o afectivo. Por ejemplo, si la escalera es de grandes dimensiones, fabricada con materiales valiosos como el mármol, y de gran laboriosidad, la escalera connota entonces conceptos como ‘opulencia’, ‘grandeza’, o hasta ‘realeza’ y ‘poder’.

Hay que advertir, esta connotación (al igual que la función primaria) sólo funciona si se conocen las reglas del código, la ideología: solamente si se tiene conocimiento de que el mármol es un material difícil de extraer y, por tanto, caro y de que la laboriosidad de sus detalles es una tarea que requiere de la habilidad de expertos, se puede deducir que el dueño de una escalera de mármol grandiosa y detallada debe de ser alguien con mucho dinero o mucho poder, alguien ‘opulento’ o ‘poderoso’. Si se desconocen estas propiedades del sistema, entonces la connotación de ‘riqueza’ que se quiere atribuir al mármol pasa desapercibida.

Más aún, el papel de la función secundaria de un objeto puede ser tan importante que hace que la función original pase a segundo plano y no pueda ser cumplida de la mejor manera. La brillante escalera de mármol puede ser un símbolo de grandeza y esplendor, pero no excluye el hecho de que la superficie del mármol pulido es resbalosa y dura, acentuando peligrosamente el riesgo de bajar sus escalones.

El valor simbólico de un objeto puede sobrepasar la importancia de la función primaria — aunque se base originalmente en ésta— ya que posee un alto valor comunicativo a nivel social: “Las connotaciones simbólicas se consideran funcionales no solamente en sentido metafórico, sino también porque comunican una utilidad social del objeto que no se identifica inmediatamente con la ‘función’ en sentido estricto”.(54)

No obstante, durante el transcurso de la historia, tanto las funciones primarias como las secundarias cambian (o pueden cambiar) según los códigos de referencia. Con el paso del

⁵³ *Op. Cit.*, p. 291.

⁵⁴ *Op. Cit.*, p. 295.

tiempo, el objeto arquitectónico —como cualquier otro objeto significativo— llega a denotar y connotar cosas distintas, remontándose a un proceso de *semiosis continua*. “Por ello”, comenta el semiólogo italiano, “en el transcurso de la historia, las funciones primarias y secundarias están sujetas a pérdidas, recuperaciones y sustituciones de todas clases”.(55)

A esta constante transformación de significados, Eco le llama “un juego de oscilaciones entre estructuras y acontecimientos”, en donde los objetos materiales mantienen una estabilidad formal significativa y los hechos históricos les confieren nuevos significados.(56) Un ‘juego’ que, advierte, en una época de vertiginosos avances tecnológicos, transformaciones sociales y comunicación global, deriva en el acelerado *consumo* de las formas y el *olvido* de sus valores estéticos.(57)

No obstante, señala Eco, la época contemporánea —correspondiendo al capitalismo tardío— es una época en la que las formas, paradójicamente, tienden a recuperar rápidamente su sentido, a la vez que se ven sujetas a constantes reinterpretaciones o “fisiones semánticas”, en las que el objeto se disfruta no sólo por lo que significaba en su momento, sino también por las connotaciones que le infiere el código vigente, enriqueciendo así su contenido.(58)

La rapidez y constancia de los cambios de esta época deja intacta la estructura del sistema cultural, colocándose como “una simple retórica convencionalizada que de hecho nos remite siempre a la ideología estable del mercado libre de valores pasados y presentes”.(59) Luego entonces, concluye Eco, “la espiral vertiginosa de nuestra época que llena y vacía de significado las formas, re-escibe los códigos para olvidarlos luego, en el fondo no es otra cosa que una vasta operación de *styling*”.(60)

Los códigos arquitectónicos

Se ha comentado que los signos adquieren sentido al ser interpretados a la luz de un código o sistema determinado que los coloca en una posición de valor diferencial para con otros signos. Esta posición se define a través de la doble articulación del signo. En lingüística, estas articulaciones definen primero las *unidades significativas*, es decir, cada elemento que tiene un

⁵⁵ *Op. Cit.*, p. 299.

⁵⁶ *Op. Cit.*, p. 301.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ *Op. Cit.*, pp. 302-303.

⁵⁹ *Op. Cit.*, p. 303.

⁶⁰ *Op. Cit.*, pp. 304-305.

significado, llamados *monemas* y, segundo, las *unidades distintivas*, que dan forma a la expresión, pero no tienen significación por sí mismas, llamadas *fonemas*.(61)

Haciendo una analogía del lenguaje con la arquitectura, muchos de los semiólogos de la arquitectura han trasladado estas categorías literalmente al estudio de esta disciplina.(62) Consecuentemente, y en aras de encontrar una estructura universal, muchos de estos teóricos se separan de la idea del código tipológico, i.e., un objeto arquitectónico que a través de su forma representa concretamente ciertos paradigmas culturales con respecto a su funcionamiento, por ejemplo: 'iglesia', 'hospital', 'oficina', y demás. Este código tipológico es comúnmente utilizado como el código de significación arquitectónica. Al deslindarse de éste, deciden concentrarse en las cualidades geométricas o topológicas de la arquitectura, utilizando, por ejemplo, las categorías de la geometría euclidiana para articular los signos.(63)

Así, por ejemplo, sobre la base de una categorización euclidiana, la estructura semiótica de la arquitectura podría adquirir el siguiente esquema:

1. **Elementos de segunda articulación:** *Figuras* (elementos mínimos sin significación pero con valor diferencial; e.g., la línea recta, el ángulo, la línea curva, el punto, etcétera).
2. **Elementos de primera articulación:** *Stoichea* (elementos de la geometría clásica; e.g., el cuadrado, el triángulo, el círculo, etcétera).

O, este otro:

1. **Elementos de segunda articulación:** *Stoichea*.
2. **Elementos de primera articulación:** *Choremas* (espacio, lugar, conformado por la configuración sintagmática de planos, e.g., plano horizontal, plano vertical, vano, macizo, etcétera).

No obstante, el signo arquitectónico puede ser también definido a partir de otros códigos diferentes, por ejemplo:

Código sintáctico: Formula la especificación de formas arquitectónicas y sus relaciones significativas según una lógica constructiva (e.g., vigas, losas, trabes, bóvedas, arcos, columnas, etcétera).

⁶¹ Barthes, R. *La aventura semiológica*, p. 39.

⁶² Cf.: Broadbent, Geoffrey. 1977. "A plain man's guide to the theory of signs in architecture". *Architectural Design*. July / August. pp. 474-482; Preziosi, Donald. 1979. *The Semiotics of the Built Environment. An introduction to Architectonic Analysis*. Bloomington; London: Indiana University Press.

⁶³ Cf.: Eco, U. *La estructura ausente*, p. 309; Muntañola Thornberg, Josep. 1980. *Topogénesis Tres: Ensayo sobre la Significación en Arquitectura*. Barcelona: Oikos-tau, p. 149.

Código semántico funcional-ideológico: Articulación de elementos arquitectónicos según su función (e.g., ventana, puerta, escalera, techo, etcétera) y según su connotación ideológica (e.g., capitel dórico, arco gótico, ventana ojival, etcétera).

Código semántico tipológico-espacial: Articulación de espacios según su tipología (e.g., escuela, oficina, hospital, iglesia, etcétera) y según su configuración espacial (e.g., planta circular, planta de cruz, planta a desnivel, etcétera).(64)

A diferencia de la lengua, estas codificaciones sirven para formalizar soluciones que ya han sido elaboradas tiempo atrás. Mientras que el código lingüístico permite un número casi infinito de mensajes combinatorios, la arquitectura se ve limitada por la inteligibilidad impuesta por los códigos tipológicos, que son muy limitados, pero sin los cuales no habría posibilidad de función.(65)

Esta perspectiva coloca a la arquitectura en el papel de *técnica retórica*, no distinta a cualquier otro medio discursivo como la literatura, el cine o hasta los anuncios publicitarios.(66) A partir de esta premisa, Eco deduce que la arquitectura es:

- *Persuasiva*
- *Psicagógica* (induce a cierto comportamiento)
- Se disfruta con *desatención*
- Contiene (a veces) *mensajes aberrantes*
- Oscila entre la *máxima coerción* y la *máxima irresponsabilidad*
- Sujeta a *olvidos* y *sucesiones de significados*
- Inserta dentro de la *sociedad de mercado*

Debido (o a pesar) de estas características, para Eco, la arquitectura tiene la posibilidad de alterar el sistema de expectativas ideológicas siempre y cuando *re-semantice* las funciones secundarias que le corresponden, así como quien diseña un coche para uso común y no como un artículo de lujo.(67)

Para conseguir esto, el arquitecto debe de tener una clara y crítica visión de las circunstancias

⁶⁴ Eco, U. *La estructura ausente*, pp. 309-312; cf.: Preziosi, D. *The Semiotics of the Built Environment*, pp. 12, 38-47; Levy, Albert. 1996. "A semiotic modelization of the architectural conception". En *Semiotics around the World; Synthesis in Diversity: Proceedings of the Fifth Congress of the International Association for Semiotic Studies, Berkeley 1994*. Vol. 1. Irmengard Raunch, Gerard F. Carr (eds.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter, pp. 547-548.

⁶⁵ Eco, U. *La estructura ausente*, p. 313.

⁶⁶ *Op. Cit.*, p. 314-315; cf.: Muntañola, Josep. 1990. *Retórica y Arquitectura*. Madrid: Hermann Blume.

⁶⁷ Eco, U. *La estructura ausente*, p. 318

sociales vigentes que le rodean y poder desechar los códigos arquitectónicos preestablecidos:

Si se insiste tanto en el concepto de *trabajo interdisciplinario* como base de la operación arquitectónica, ello es exactamente porque *el arquitecto debe elaborar sus significados propios, basándose en significados que no le corresponde a él formalizar aunque sea él quien los denota por primera vez al convertirlos en explícitos*. En este sentido, *el trabajo del arquitecto consiste en rechazar antes los códigos arquitectónicos precedentes, que se han de considerar invalidados desde el momento en que clasifican soluciones-mensajes ya realizadas, en lugar de fórmulas generadoras de nuevos mensajes*.(68)

Para ejemplificar esto, el semiólogo italiano alude a la obra urbanística de Le Corbusier, quien revolucionó el código urbano al analizar las expectativas de la incipiente sociedad moderna del siglo XX y crear nuevas tipologías arquitectónicas, como las ‘plantas libres’, las ‘*unité d’habitation*’, o la ‘*ville radieuse*’, diseñadas para satisfacer las funciones y necesidades de esta nueva sociedad.(69)

Por lo tanto, de acuerdo con Eco, los códigos arquitectónicos precisan de la elaboración de “esquemas generativos” que faciliten su integración dentro del código cultural no sólo presente, sino en formación, y en vistas hacia el futuro:

Obligado a descubrir formas que constituyen sistemas de exigencias *sobre los cuales no tiene poder*; obligado a articular un lenguaje, la arquitectura, que siempre ha de decir algo distinto de sí misma [...] el arquitecto está condenado, por la misma naturaleza de su trabajo, a ser con toda seguridad la única y última figura humanística de la sociedad contemporánea; *obligado a pensar la totalidad* precisamente en la medida en que es un técnico sectorial, especializado, dedicado a operaciones específicas y no a hacer declaraciones metafísicas.(70)

Consecuentemente, continúa, “el arquitecto ha de saber configurar sus formas significantes de manera que puedan enfrentarse con otros códigos de lectura”, debido a que el sistema antropológico en que se basa puede ser más efímero que el objeto construido. Además, debe de tener una visión general del futuro histórico, para poder “anticipar y acoger” las nuevas funciones y significados, pero nunca promover una dirección particular.(71)

Analizando la teoría semiótico-arquitectónica de Umberto Eco, es posible encontrar un modelo de gran claridad y riqueza; en donde, la significación del objeto arquitectónico depende de un código propio que, a su vez, se encuentra supeditado a las circunstancias antropológi-

⁶⁸ *Op. Cit.*, p. 320

⁶⁹ *Op. Cit.*, p. 323; cf: Le Corbusier. 1973. *Principios de Urbanismo (La Carta de Atenas)*. Juan-Ramón Capella (trad.). Barcelona: Editorial Ariel.

⁷⁰ *Op. Cit.*, 334.

⁷¹ *Op. Cit.*, p. 339.

cas (socioculturales) en que se desarrolla. No obstante, Eco minimiza el hecho de que, aún cuando el arquitecto puede efectivamente anticipar y acoger los movimientos de la historia, su visión sigue estando limitada por la ideología que lo condiciona, sobre todo considerando el vacío epistemológico que sufre la profesión. Además, el objeto arquitectónico está determinado por las presiones del mercado, las limitaciones tecnológicas existentes y las políticas urbanas vigentes.

Igualmente, en la teoría del semiólogo italiano también es posible ver el posicionamiento de la figura del arquitecto en un lugar privilegiado del proceso de conformación significativa. Para Eco, el buen arquitecto es quien utiliza su ingenio para innovar las tipologías, concibiendo “funciones primarias variables y funciones secundarias abiertas”(72) y con ello revolucionar el sistema de expectativas ideológicas. Esta es una visión claramente *progresista*, y en línea con la premisa de la teoría del movimiento dialéctico entre espacio e ideología.

Sin embargo, el valor social de la arquitectura también radica en su adecuación (su pertinencia) al contexto sociocultural y no exclusivamente en su potencial de transgresión. La postura de Eco limita la participación en el proceso semiótico de los distintos grupos sociales que son afectados por el diseño y la producción de su entorno inmediato. Aunque en Eco es posible encontrar el concepto de una arquitectura “abierta”, la omisión de la consideración de las circunstancias sociales coyunturales, las cuales definen la pertinencia de tipologías nuevas o diferentes a contextos establecidos, limitan su utilidad.(73)

Por último, es preciso enfatizar en la determinación de Eco de limitar el análisis semiótico a la dimensión significativa, dejando a otras disciplinas la labor del análisis exo-semiótico.(74) Como él mismo comenta: “A la semiótica no le interesa saber cómo nace el mensaje ni cuáles son sus razones políticas o económicas”.(75) Algo que, como ya se ha comentado, es motivo de fuertes críticas hacia la teoría semiótica.

Pasado el punto de las categorías conceptuales de la significación de la arquitectura expuestas por Umberto Eco, la investigación semiótica arquitectónica se torna compleja y complicada

⁷² *Op. Cit.*, p. 306.

⁷³ Sobre la pertinencia de una arquitectura “abierta” para confrontar el problema de la adecuación del contexto construido a las situaciones sociales coyunturales, ver los trabajos de Amos Rapoport, sobre todo: 1972, 1990, 2003 (consultar bibliografía incluida).

⁷⁴ *Cf.*: Eco, U. *La Estructura ausente*, p. 326.

⁷⁵ *Op. Cit.*, p. 157.

da, plagada de interpretaciones, solipsismos y contradicciones. Aunque muchas de las aportaciones que han surgido en este campo han enriquecido el cuerpo de conocimiento de la arquitectura, en particular, y la relación entre ser humano y contexto, en general —sobre todo en relación con la ontología del lugar (topogenética) y la epistemología de la praxis— para los alcances de la investigación que aquí concierne no son indispensables. De hecho, en muchos casos la “sofisticación” del análisis semiótico hace que éste se torne poco práctico para la investigación del contexto construido.(76)

No obstante, vale la pena señalar tres teorías en particular que versan sobre la significación del espacio que, considerando que la mayoría de las teorías semióticas se centran en las dimensiones formales del signo arquitectónico, destacan por su originalidad y relevancia:

1. La *semiótica del espacio* o *topología* del semiólogo argelino Algirdas J. Greimas.
2. La *semiótica social del espacio* del arquitecto-antropólogo griego, Alexandros P. Lagopoulos y del sociólogo americano, Mark Gottdiener.
3. La *topogenética*, desarrollada por el arquitecto y teórico catalán, Josep Muntañola Thornberg.

La semiótica del espacio

A la par de la evolución de la semiótica de la arquitectura en los setentas, se desarrolla el campo teórico de la *semiótica del espacio*, gracias en gran parte a los esfuerzos del semiólogo lituano Algirdas J. Greimas.(77) De acuerdo a Greimas y Courtés, el propósito de la semiótica del espacio es explicar las transformaciones que sufre la semiótica del mundo natural por la intervención del ser humano que sustituye las relaciones naturales por nuevas relaciones de valor (significativas o semióticas) entre sujetos y objetos fabricados por él.(78)

Además, una de las metas de la semiótica del espacio ha sido la de subscribir tanto a la semiótica de la arquitectura como a la semiótica de la ciudad bajo un mismo criterio epistemológico y extender la investigación de la significación a la organización territorial

⁷⁶ Cf.: Gottdiener, Mark. 1986. “Recapturing the Center: A semiotic Analysis of Shopping Malls”. En *The City and the Sign*. Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.); Rapoport, A. *The Meaning of the Built Environment*; Muntañola Thornberg, J. (ed.). *Arquitectura, semiótica i ciències socials*.

⁷⁷ Cf.: Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo I; Krampen, M. “Semiotics of architecture, semiotics of space — looking back and ahead”; Lagopoulos, Alexandros Ph. 1988. “Marxism, Semiotics, and Urban Space: The Social Semiotic Typology of Urban Texts”. En *Semiotic Theory and Practice: Palermo 1984*. Michael Herzfeld & Lucio Melazzo (eds.). Berlin; New York; Amsterdam: Mouton de Gruyter.

⁷⁸ Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo I, p. 153.

más allá del objeto construido.(79)

Para Greimas el 'espacio' es el producto de la transformación y ordenamiento de la 'expansión', es decir, aquello que es continuo y pleno, lleno de objetos naturales y artificiales que son presentes y perceptibles a través de los sentidos.(80) De acuerdo con esto, el espacio en su dimensión significativa, esto es, en su papel como signo de un lenguaje no-verbal, corresponde a la *forma* dentro de las categorías del modelo hjelmsleviano, mientras que la expansión se refiere a la *materia*. Por tanto, el espacio es capaz de significar de acuerdo con su ordenamiento sistematizado, i.e., a partir de un *código* o *sistema*, bajo el cual se segmentan y valorizan sus cualidades significativas. De esta manera, Greimas define al espacio como forma, es decir, una *construcción* que hace uso de determinadas propiedades de los objetos reales para significar.(81)

La semiótica del espacio plantea la existencia de elementos espaciales, que llama 'topoi' (en singular, 'topos') que fungen como elementos sintácticos que intervienen particularmente como *actantes*.(82) Los actantes son aquellos elementos del discurso que realizan o reciben el acto enunciado (la producción o transformación de un estado), independientemente de cualquier otra determinación.(83) Estos actantes participan en la síntesis narrativa compuesta por los 'enunciados' o, en el caso del espacio, las 'configuraciones tópicas' conformadas por la combinación de *topoi* en contigüidad. Esta síntesis o enunciado narrativo se compone en su forma elemental por la relación-función entre al menos dos actantes o *topoi*.(84)

A su vez, dentro de la síntesis narrativa o discurso existen dos categorías básicas de enunciados:

1. Enunciados de *Estado* (o *Estar*)
2. Enunciados de *Hacer*

Estas dos categorías de enunciados corresponden básicamente a la dicotomía de cambio/permanencia o a los términos de 'continuo' y 'discontinuo'. Esto es, el discurso se compone de una serie de 'estados' que son precedidos y/o seguidos por transformaciones. Estas trans-

⁷⁹ Greimas, A.J. & J. Courtés. 1991. *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo II. Madrid: Editorial Gredos, p. 94

⁸⁰ Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). *The City and the Sign*, p. 26.

⁸¹ *Op. Cit.*, p. 27.

⁸² Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo II, pp. 94-95.

⁸³ *Op. Cit.*, p. 28.

⁸⁴ Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*, Tomo I, p. 387.

formaciones establecen las correlaciones entre objetos, definiendo así a cada uno de ellos.(85) Estas transformaciones son realizadas por conducto de los enunciados de 'hacer'.(86) Los enunciados de hacer introducen una ruptura en la 'continuidad' del enunciado de estado, construyendo, transformando y modificando las cosas (hacer-ser y hacer-hacer) o manipulando 'factitivamente' a los seres u objetos (hacer de modo que el otro haga).(87) Por lo tanto, la estructura o 'programa narrativo' del discurso se constituye por un enunciado de hacer que rige a un enunciado de estado. Esta es la unidad elemental operatoria de la sintaxis narrativa.(88)

Estos enunciados o 'configuraciones tópicas', a su vez, son partícipes de 'modalidades' que modifican la acción realizada, por ejemplo, en la música, cuando el interprete añade algo especial que no se encuentra plasmado en la partitura, dándole una calidad 'viva'. De la misma manera, un 'modo interpretante' añade al enunciado —que es de carácter neutro— una dimensión extra.(89) Estas configuraciones modales se refieren a categorías como el 'deseo', la 'obligación' y el 'conocimiento'. Se clasifican en:

- a. virtualizantes = *deber, querer*
- b. actualizantes = *poder, saber*
- c. realizantes = *hacer, ser*

Los valores modales virtualizantes y actualizantes frecuentemente modalizan los valores realizantes de *hacer* y *ser*.(90)

En el contexto del espacio, estas configuraciones tópicas modales están relacionadas con la manera en que las diferentes culturas acomodan espacialmente los objetos habitables: "en una cultura espacial dada", comentan Greimas y Courtés, "el hecho de colocar los protoactantes en conjunción con los diferentes *topoi* de una configuración tópica, coloca a los protoactantes en relaciones modales determinadas".(91) Consecuentemente, ese hecho "muestra

⁸⁵ *Op. Cit.*, pp. 155, 415.

⁸⁶ *Op. Cit.*, pp. 147-148, 155, 204-205.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ *Op. Cit.*, p. 388.

⁸⁹ Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo II, p. 166.

⁹⁰ Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo I, p. 263.

⁹¹ Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo II, p. 95; los protoactantes son los actantes colocados en una posición del cuadro semiótico. Aunque el concepto del cuadro semiótico es importante para entender la teoría semiótica general greimasiana, no es imprescindible para la reseña general de su semiótica espacial pretendida aquí; basta aclarar que en este caso los protoactantes corresponden al 'lugar', en relación a otros lugares. La (o)posición en el cuadro semiótico de un respectivo lugar con otro determina sus cualidades significantes (cf.: Greimas y Courtés. *Semiótica*. Tomo I, p. 325).

que el valor modal no es asumido por un *topos* particular y que la correspondencia se hace entre dos formas: una configuración tópica y una configuración modal.(92) En otras palabras, la significación del *lugar* depende tanto de su configuración formal (tópica) como de su ‘rol’ o posición en el enunciado espacial del que forma parte.

Además, la significación ocurre tanto al concebir la acción (cuando el actante se encuentra en la posición del sujeto) como cuando ésta se recibe (cuando se encuentra en la posición de objeto del enunciado). Esta circunstancia de significación —claramente *dialéctica*— integra al ‘usuario’ del espacio (en calidad de ‘receptor’ del mensaje) al proceso semiótico.(93)

Otro aspecto importante que Greimas señala es el hecho que, para poder significar, los lugares necesitan fijarse con relación a otro lugar distinto. Por ejemplo, en la relación entre ‘aquí’ vs. ‘en otra parte’; ‘delimitado’ vs. ‘delimitante’; o ‘interior’ vs. ‘exterior’. “La apropiación de una *topia* solo es posible por la postulación de una *heterotopia*”, comenta, “es sólo a partir de este momento en adelante que un discurso del espacio puede ser instituido”.(94) A su vez, antes de fijar el significado de un lugar es necesario establecer el punto de vista, la “focalización” desde donde el análisis topológico se lleva a cabo, “distinguiendo el *lugar de enunciación* del *lugar enunciado* y especificando las modalidades de su sincretismo”.(95)

Al igual que Levi-Strauss, Greimas reconoce en las operaciones realizadas en el espacio para delimitarlo y diferenciarlo un vehículo para que los grupos humanos expresen su morfología social: “El lenguaje aparece entonces [...] como un lenguaje por el que la sociedad se significa a sí misma,” comenta Greimas, “para hacer esto, opera primero por exclusión, oponiéndose espacialmente a todo lo que no es. Esta distinción fundamental, definiéndolo solo negativamente, nos permite entonces introducir articulaciones internas que lo enriquecen en su significación”.(96)

El resultado de la consideración del espacio como signo tanto de la morfología social como del ser humano en sí mismo es que todas las operaciones realizadas en el espacio, sin importar quien las realiza, son significantes. De hecho, estas operaciones son *doblemente significan-*

⁹² *Ibid.*

⁹³ Cf.: Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). *The City and the Sign*, p. 26.

⁹⁴ Greimas, Algirdas Julien. 1986. “For a Topological Semiotics”. En *The City and the Sign*. Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.), p. 27; cf.: Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo I, p. 116.

⁹⁵ Greimas, A. J. “For a Topological Semiotics”, p. 29.

⁹⁶ *Ibid.*

tes: para quien realiza el acto y para quien lo observa.(97)

Como es posible observar, éste es un gran salto respecto a la limitada consideración de otros semiólogos y teóricos —incluido Eco— de colocar al arquitecto en una posición privilegiada. Significativamente, esta definición enlaza al análisis topológico planteada por Greimas con el concepto de la sociosemiótica, también abordado por este semiólogo.(98)

No obstante, esto plantea la imposibilidad práctica de análisis de los lugares reales, ya que implica la inclusión de una extraordinaria extensión de códigos significantes. Por lo mismo, Greimas plantea la labor de la semiótica del espacio como el descubrimiento de la *gramática espacial*, subyacente al mensaje espacial; es decir, aquellas cualidades *invariables* tanto del plano *sintagmático* como del plano *paradigmático* que permiten la construcción del objeto topológico, *independientemente* de su realización como objeto real.(99)

Esta “morfología socio-semiótica” está sujeta a varias interpretaciones o lecturas “*multi-isotópicas*” que se pueden clasificar en tres tipos de discursos (o códigos) generales:

- Estéticos: sobre la belleza y la fealdad.
- Políticos: sobre la salud social y la moral.
- Racionales: sobre la eficacia funcional, la *utilidad*, etcétera.

Estos discursos se articulan a su vez en términos de valores negativos o positivos, que Greimas denomina como valores *disfóricos* y valores *eufóricos*.(100) (Fig. 15)

	DISFORIA	EUFORIA
ESTÉTICO	Fealdad	Belleza
POLÍTICO	Malo	Bueno
RACIONAL	Inútil	Útil

Fig. 15.- Códigos morfológicos con sus articulaciones positivas (*eufóricas*) y negativas (*disfóricas*).
Fuente: Reproducido de Greimas, A.J. “For a Topological Semiotics”, p. 34.

Más aún, esta evaluación discursiva se articula en otro nivel distinto —sobre todo en el contexto espacial moderno de las sociedades industriales—, mediante la oposición entre la *socie-*

⁹⁷ *Op. Cit.*, p. 31.

⁹⁸ *Cf.*: Greimas, A.J. & J. Courtés. *Semiótica*. Tomo I, pp. 391-394.

⁹⁹ Greimas, A.J. “For a Topological Semiotics”, pp. 32-33.

¹⁰⁰ *Op. Cit.*, p. 34.

dad y el individuo.(101)

Greimas reconoce que la sociedad no es simplemente la suma de individuos, pero también que para equiparar el concepto de ‘sociedad’ con el de ‘individuo’ hay que abstraerlo:

[E]l individuo, en su oposición a la comunidad urbana, no debe de tomarse como una cifra constitutiva de una suma que sería la sociedad, no como un evento único y ‘vivido’, irremplazable en el espacio y el tiempo [...]: considerado como un concepto epistemológico, el individuo es comparable con el tipo ideal weberiano en sociología, el universo del idelecto en semiótica. Individuo y sociedad, universo individual y universo cultural nos parecen ser conceptos co-extensivos, lugares virtuales enunciados, abiertos a las mismas inversiones semánticas.(102)

El discurso del espacio urbano puede considerarse como el de la “cultura urbana” o el del “estilo de vida del habitante urbano”, dependiendo del punto de vista de la enunciación.(103) Así, “exactamente como una ciudad puede ser bella, feliz y funcionalmente organizada, el individuo inscrito en la ciudad también es capaz de sentir belleza, ser feliz o infeliz, ver sus necesidades satisfechas de acuerdo a la ley del mínimo esfuerzo”.(104)

Mediante la combinación de las dos categorías semánticas: *sociedad / individuo; disforia / euforia;* y las tres isotopías axiológicas: *estético/político/racional*, es posible construir una matriz de producción semiótica espacial que a su vez permita la creación de un *modelo ideológico* que sirva no solamente para la interpretación de un lugar histórica y geográficamente delimitado, sino también para la producción de objetos topológicos, actuando como “una estructura abstracta y profunda”, que de lugar a una extensa variedad de formas urbanas reconocibles.(105) A partir de la inversión semántica (en el sentido de ‘llenar de valor’) que en los tres campos axiológicos aplican los distintos grupos sociales al modelo ideológico se conforman los enunciados particulares, o, en el caso del espacio, *topoi* de cada cultura.(106)

Cabe señalar que, para Greimas, a pesar de la naturaleza abstracta del objeto topológico (como es el caso de cualquier modelo epistemológico), éste se encuentra constituido *intuitivamente* y es necesario compararlo con el objeto real para poner a prueba su veracidad. Por ejemplo, una ciudad definida como un aglomerado de objetos y sujetos es construida como una serie de enunciados, un “meta-texto” en el cual los sujetos se relacionan con los objetos

¹⁰¹ *Op. Cit.*, pp. 34-35.

¹⁰² *Op. Cit.*, p. 35.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ *Op. Cit.*, p. 36.

¹⁰⁵ *Ibid.*

¹⁰⁶ *Op. Cit.*, p. 37.

materiales y los organizan en formas recurrentes (tipologías, por ejemplo).

A partir de estas formas, el semiólogo, basado en los códigos isotópicos y las distintas modalidades, puede establecer un inventario de enunciados comunes y su valor significativo.(107) De tal forma, “los términos vagos e indefinibles que frecuentemente usamos como ‘vivir’, ‘sentir’, ‘percibir’”, explica Greimas, “pueden ser reducidos a esta *relación del sujeto con el espacio*, con este ‘uso del espacio’ del que no somos capaces de decir si es consciente o inconsciente, pensado o experimentado, pero que es, en una palabra, *significativo*”.(108)

La inversión de significado en el espacio es producto de la *acción* que el sujeto realiza en éste. Por lo tanto, los *enunciados de estado* anteceden a los *enunciados de hacer*. Por ejemplo, para poder producir un estado de euforia térmica, un sujeto debe primero de obtener la fuente de calor (madera, carbón, gas, etcétera) que le permita encender el fuego (por supuesto, también debe de saber producir fuego); “en otras palabras”, dice Greimas, el sujeto debe de “ejecutar un programa completo de comportamiento *enfocado a la producción de un estado térmico*”.(109)

El *performance* y *competencia* corporal del sujeto actúa como un *programa de significación*. De esta forma, la ‘objetivización’ de la acción social en el espacio urbano puede *segmentar* el discurso urbano en “instancias isotópicas y autónomas de hacer”.(110) Luego entonces, que al ‘significante térmico’ corresponda un ‘significado eufórico’ presupone la realización de una acción, un determinado ‘*hacer del sujeto*’ [prender el fuego] efectuado en un ‘*objeto-soporte*’ [el material inflamable].(111)

Pero además, esta acción tiene lugar en dos niveles distintos y sólo puede suceder mediante la integración tanto del nivel *individual* como del nivel *social*. Mientras que el sujeto individual realiza la acción sobre el objeto-soporte, el sujeto social realiza las acciones necesarias para proveer de las condiciones materiales requeridas para realizar dicha acción. Por ejemplo, suponiendo que el fuego que el individuo pretende encender para calentarse proviene de una estufa de carbón, o alternativamente de gas, anteriormente ha sido necesario que al-

¹⁰⁷ *Op. Cit.*, p. 38.

¹⁰⁸ *Op. Cit.*, p. 39.

¹⁰⁹ *Ibid.*; énfasis añadido.

¹¹⁰ *Ibid.*

¹¹¹ *Op. Cit.*, pp. 39-40.

guien (el carbonero o la compañía de gas) haga disponible el combustible.(112) Como comenta Greimas:

Dos tipos de *hacer* —individual y social— se enlazan a estas instancias; consisten en asegurar el mantenimiento y funcionamiento tanto de las redes individuales como de las redes colectivas. A estos tipos de objetos-soporte y de programas de hacer corresponden, consecuentemente, dos tipos de sujetos, ya no considerados como individuos sino como *roles sintácticos* que corresponden a los programas. Así como los objetos interesan a la semiótica sólo en virtud de ciertas de sus propiedades que nos permiten agruparlos en colecciones tipológicas, así los sujetos pueden ser descompuestos en roles de acuerdo con los programas que se supone deben ejecutar. Es solamente a través de esta doble ‘destrucción’ de objetos y sujetos que una síntesis semiótica es posible.(113)

La principal ventaja de esta aproximación es que integra a las personas a la construcción del discurso urbano “a la vez que produce una interpretación semiótica del ‘usuario de la ciudad’”, dice el semiólogo, de forma que haga posible “hacer una representación dinámica, permitiéndonos concebir a *la ciudad como una colección de interrelaciones e interacciones entre sujetos y objetos*”.(114)

Si bien para Greimas la semiótica urbana no tiene la tarea de describir ni ciudades reales ni sus productores de carne y hueso, sino “objetos canónicos y ‘actantes’ sintácticos”, también es cierto que reconoce la necesidad de la contemplación sociológica de estos actantes; esto es, una aproximación *socio-semiótica*, integrando las condiciones sociales que influyen en la capacidad de acción de un individuo, es decir, su competencia o *agencia*, ya que, sobre todo en las sociedades modernas, el papel de los individuos en la producción del espacio urbano dependerá en gran medida de su posición social (e.g., su clase, o profesión).

En consecuencia, “una sociosemiótica urbana podría aquí encontrar uno de sus objetos”, comenta, “así, por ejemplo, al grado que el productor puede ser concebido como el sujeto de la enunciación, dotado de competencia, sería útil analizar esta competencia en un *ser-capaz-de-hacer*, un *querer-hacer* y un *saber-hacer* del productor”.(115) Y, de esta manera, también se comprueba la falsedad del mito del individuo creativo, el arquitecto o urbanista como pro-

¹¹² Aún en el caso de que se trate, por ejemplo, de un individuo en solitario que habita una cabaña en el bosque y es el mismo quien recoge la leña, las trazas de una sociedad se encuentran a todo alrededor: en el conocimiento de construcción de cabañas, en la invención del hacha, en el hogar. Habría que remontarnos al primer ser humano sobre la Tierra para encontrar una acción realizada sin el soporte de un grupo social.

¹¹³ *Op. Cit.*, pp. 40-41.

¹¹⁴ *Op. Cit.*, p. 41.

¹¹⁵ *Op. Cit.*, p. 49.

ductor *non plus ultra* de la ciudad: “el urbanista, no poseyendo ningún poder real, se encontraría absuelto en parte o, al menos, no confundiría los dos roles sintácticos que puede ser llamado a interpretar”.(116)

El estudio del proceso en que el actante colectivo adjudica significados, a veces contradictorios, en el espacio bajo las tres modalidades de ‘querer’, ‘poder’ y ‘saber’, dando forma a un modelo topológico, nos permitiría describir la construcción de la ciudad y el papel de los distintos actores en ésta.(117)

Por otra parte, para Greimas, el lector-usuario de la ciudad también participa como individuo en el proceso de significación-comunicación del mensaje urbano. Saturado de ideologías, mitologías y múltiples imágenes (representaciones) de la ciudad (e.g., novelas, postales, mapas, filmes, anuncios publicitarios, etcétera) el lector posee un código propio para interpretar el mensaje, tal vez de cierta forma parecido al código del productor, pero cuya diferencia puede significar una mala interpretación, un fracaso en la comunicación del mensaje, tal cual era intencionado, lo que explica las múltiples visiones que se tienen de un mismo objeto topológico, por ejemplo, de una misma ciudad.(118)

En conclusión, la semiótica del espacio de Greimas representa un avance en la constitución de una teoría de la significación de los asentamientos humanos, incluyendo la interrelación entre objetos y sujetos, pero sin limitarse a las construcciones físicas o arquitectónicas del espacio. Dentro de esta perspectiva, es posible ver cierto paralelismo epistemológico con la teoría de la producción del espacio de Lefebvre, por ejemplo, comparando el concepto de ‘práctica espacial’ con el de ‘acción’, o la inclusión de múltiples actores en la conformación espacial. No obstante, Greimas aún se resiste a dejar el campo idealista de la semiótica y a abordar la problemática del universo material real y sus procesos.(119)

De hecho, como se ha comentado, Greimas no está solo en la determinación epistemológica de excluir las condiciones socio-materiales del análisis sígnico y es tan sólo un puñado de semiólogos del contexto construido quienes se han atrevido a buscar un acercamiento entre

¹¹⁶ *Ibid.*

¹¹⁷ *Op. Cit.*, pp. 49-50.

¹¹⁸ *Op. Cit.*, p. 52.

¹¹⁹ Cf.: Lagopoulos, Alexandros Ph. 2009. “The social semiotics of space: Metaphor, ideology, and political economy”. *Semiotica*. Vol. 173 - ¼. Paul Cobley & Anti Randviir (eds.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter, p. 173.

las posturas objetivistas y las subjetivistas —esto es, entre las posturas que consideran el mundo exterior como producto del individuo, del sujeto, y las posturas que consideran la realidad material cuantitativamente, sin alusión a su dimensión socio-psicológica.(120)

Como se verá a continuación, una de las aportaciones más significativas a esta integración epistemológica es la teoría de la semiótica social del espacio, desarrollada por Alexandros Ph. Lagopoulos y Mark Gottdiener.

La semiótica social del espacio

Partiendo de la premisa de que el materialismo histórico es la única teoría unificada capaz de explicar la integración de los procesos materiales con los procesos semióticos, la teoría semiótica social del espacio argumenta que la semiosis, esto es, el proceso de producción de significados, no es el factor principal que configura el espacio socio-físico. El modo de producción y las prácticas socioeconómicas son la principal causa de la forma espacial de una sociedad. Por tanto, *ni la organización espacial, ni su forma, son explicables a partir de los modelos semióticos*. Solamente articulando la semiótica espacial con la teoría social general, es decir, integrando una *“semiótica social del espacio”* es posible entender estos fenómenos.(121)

Al respecto, Lagopoulos comenta:

La sociedad se crea a sí misma y a su espacio, las leyes espaciales siguen de las leyes sociales y la especificidad del espacio de la especificidad de la sociedad. No hay leyes universales del espacio, sino sistemas sociales produciendo sus propios espacios. No hay un sólo tipo universal de espacio que se ofrece al análisis semiótico, sino todo un ámbito de espacios estructuralmente distintos.(122)

A pesar de que la aproximación de la semiótica social del espacio parte de la semiótica del espacio de Greimas —al menos con relación a que ambas buscan analizar el mismo fenómeno— para Lagopoulos, el concepto unificado de ‘espacio’, que busca abarcar tanto el objeto arquitectónico como los asentamientos urbanos y las regiones, resulta un tanto engañoso. La

¹²⁰ Me refiero, particularmente, al trabajo de Muntañola, Lagopoulos, Gottdiener y, por supuesto, Lefebvre; cf.: Lagopoulos, Alexandros Ph.. 1993. “The Social Semiotics of Spaces vs. the Semiotics of Space”. En *Signs of Humanity: Proceedings of the IVth International Congress, International Association for Semiotic Studies, Barcelona/Perpignan, 1989-30/3/06-04*. Vol. II. Gérard Deledalle, (ed.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter; Lagopoulos, A. Ph. 1996. “Space as the articulation of the material and the semiotic”. En *Semiotics around the World; Synthesis in Diversity: Proceedings of the Fifth Congress of the International Association for Semiotic Studies, Berkeley 1994*. Vol. 1. Irmengard Raunch & Gerard F. Carr (eds.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter; Lagopoulos, A. Ph. “The social semiotics of space: Metaphor, ideology, and political economy”.

¹²¹ Lagopoulos, Alexandros Ph. 1993. “The Social Semiotics of Spaces vs. the Semiotics of Space”. En *Signs of Humanity: Proceedings of the IVth International Congress, International Association for Semiotic Studies, Barcelona/Perpignan, 1989-30/3/06-04*. Vol. II. Gérard Deledalle (ed.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter, p. 879; Lagopoulos, A. Ph. “The social semiotics of space: Metaphor, ideology, and political economy”, p. 173.

¹²² Lagopoulos, A. Ph. “The Social Semiotics of Spaces vs. the Semiotics of Space”, p. 880.

generalización de estas configuraciones espaciales bajo un mismo concepto oculta las diferencias existentes entre los procesos materiales que intervienen en la producción de unos u otros.(123)

Además, el hecho de que la semiótica del espacio derive de la tradición arquitectónica implica que ésta continúe recayendo en la suposición de que el objeto del análisis semiótico son las formas, el espacio físico como tal, y no los procesos que lo significan. Pero al contrario, como demuestra Lagopoulos, en realidad hay espacios que no tienen una forma definida, sino “borrosa”, una forma poco clara, por ejemplo, como es el caso de ciertos barrios que, en una representación espacial (un plano catastral, por ejemplo), aparecen como delimitados, pero, en realidad, socialmente forman un continuo socio-espacial con relaciones incluso más allá de su inmediatez física.(124)

Otra de las premisas que esta postura comparte con la semiótica del espacio greimasiana es la consideración de que el análisis topológico debe basarse en el modelo general de comunicación; en donde un emisor y un receptor (individual y/o colectivo) participan en un proceso de emisión o *producción* del mensaje, una *circulación* del mismo y finalmente, su recepción o *consumo*. Un modelo que además, señalan Lagopoulos y Gottdiener, se asemeja al modelo marxista de intercambio material.(125)

En términos generales, Lagopoulos identifica seis conceptos básicos a tomar en cuenta en el análisis semiótico social del espacio (126):

- 1) *Procesos (dinámicos) de significación y su práctica.*
- 2) *Circuito de comunicación, incluyendo las etapas de producción, circulación y consumo.*
- 3) *Acción y poder, como partes integrales del proceso de significación.*
- 4) *Contexto y situación.*
- 5) *Función.*
- 6) *Relaciones y práctica materiales que fundamentan el circuito de comunicación.*

El modelo semiótico social del espacio.

Basado en el modelo semiótico de Hjelmslev y el materialismo histórico marxista, Lagopoulos

¹²³ *Ibid.*

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ Cf.: Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). *The City and the Sign*, p. 18; Lagopoulos, A. Ph. 1996. “Space as the articulation of the material and the semiotic”, p. 539; Lagopoulos, A. Ph. “The social semiotics of space: Metaphor, ideology, and political economy”, pp. 172-173.

¹²⁶ Lagopoulos, A. Ph. “Space as the articulation of the material and the semiotic”, p. 540.

los y Gottdiener plantean la división del signo semio-espacial en cuatro planos distintos. (Fig. 16)

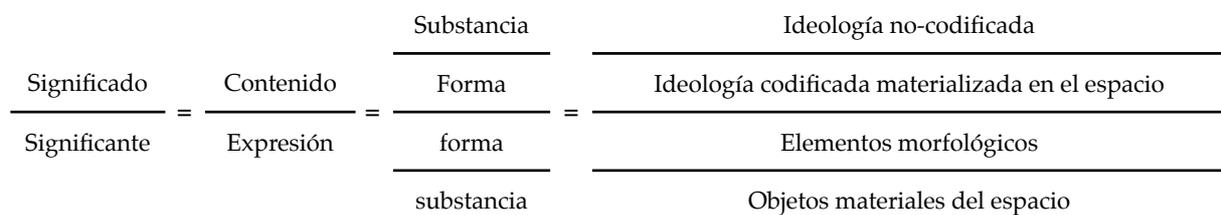


Fig. 16.- Descomposición de un signo urbano.

Fuente: Reproducido de Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). *The City and the Sign*, p. 294.

El primer plano superior corresponde a la substancia del contenido del modelo hjelmsleeviano y consiste en la articulación del universo exo-semiótico, fundamentalmente, la articulación de los procesos socioeconómicos de la producción material, con los sistemas culturales y antropológicos generales, esto es, con la *'ideología no-codificada'*.⁽¹²⁷⁾ Lagopoulos relaciona este plano con la dimensión de lo *'vivido'*.⁽¹²⁸⁾ Esta articulación, explica Lagopoulos, indica la dependencia de los sistemas semióticos a la estructura profunda de la sociedad en su conjunto, sobre todo, su *modo de producción*:

Esta indica que la constitución teórica y epistemológica de la semiótica urbana no puede ser independiente de una epistemología y teoría de la sociedad; que por cada tipo de sociedad estructuralmente diferente, fundadas, para el marxismo dominante, en el modo de producción, la semiosis urbana obedecería distintos principios y conceptos; y que para cada grupo social estructuralmente distinto en una sociedad, los grupos sociales fundamentales, siendo, para el marxismo, las clases sociales, corresponden diferentes variantes del modelo urbano.⁽¹²⁹⁾

El segundo plano, correspondiendo a la forma del contenido, se refiere a la *ideología codificada y formalizada en el espacio (urbano)*.⁽¹³⁰⁾ Como es de suponer, debido a que estos planos están conformados por ideologías (codificada una y no-codificada, la otra), para poder reconocer la forma y la sustancia del contenido de un signo espacial es necesario una investigación sociológica. Al respecto comentan Gottdiener y Lagopoulos:

¹²⁷ Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). *The City and the Sign*, p. 17; Lagopoulos, A. Ph. "Marxism, Semiotics, and Urban Space", p. 608.

¹²⁸ Aunque no hace mención explícita de ello, el hecho que señale la dimensión de lo *'vivido'* intuye la integración de este concepto de la teoría sociosemiótica con el de la categoría de *'práctica espacial'* en la teoría lefebvriana de la producción del espacio.

¹²⁹ Lagopoulos, A. Ph. "Marxism, Semiotics, and Urban Space", p. 608; para un estudio aplicado de la diferenciación del modelo urbano según las clases sociales, ver Ledrut, Raymond. 1986. "The Images of the City". En *The City and the Sign*. Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.), pp. 219-240.

¹³⁰ *Ibid.*

Dicha tarea requiere, primeramente, atención a la significación histórica y culturalmente establecida, realizada a través de la investigación de las costumbres culturales generales de la sociedad dentro de la cual el espacio de asentamiento se encuentra inserto. En segundo lugar, una investigación considerable del caso de estudio es requerida para documentar la ideología codificada que estructura los significados del espacio.(131)

Mientras tanto, al plano de la forma de la expresión o el 'significante espacial' corresponde la composición textual (sintáctica) de los elementos morfológicos en una unidad espacial significativa, esto es, en la "construcción y organización social del espacio de asentamiento".(132) Por otra parte y siguiendo el isomorfismo del modelo semiótico de Hjelmslev, a los planos del contenido le corresponden igualmente dos planos de la expresión. La articulación de los elementos materiales del espacio en unidades significantes conforma lo que Lagopoulos denomina la "substancia material de la expresión".(133)

Un buen ejemplo de su utilización en el análisis práctico del contexto construido es el que realiza Mark Gottdiener sobre los centros urbanos, o 'malls'.(134) En este estudio, Gottdiener comienza analizando los cambios estructurales que han transformado al capitalismo contemporáneo. Destaca, por ejemplo, que a diferencia de las ciudades clásicas anteriores, la ciudad del capitalismo tardío se caracteriza por una desconcentración de sus funciones, debido en parte a que la organización social presente no necesita la proximidad de funciones en un mismo espacio —como era el caso en las ciudades pre-industriales.(135)

Esto ha tenido como consecuencia una nueva forma espacial, conocida como 'suburbia', en donde prevalece la propiedad privada y en donde existen pocos lugares para la convivencia pública. De esta circunstancia surgen los llamados 'centros comerciales', o 'malls', como uno de los pocos lugares disponibles para el ocio y la interacción social —elementos vitales para la vida en sociedad— convirtiéndose en el paradigma de la organización formal de los establecimientos comerciales y provocando la ruina de los pequeños comerciantes establecidos en el centro de la ciudad, contribuyendo así al abandono y deterioro de los centros

¹³¹ Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.). *The City and the Sign*, pp. 17-18.

¹³² *Op. Cit.*, p. 17.

¹³³ Lagopoulos, A. Ph. "Marxism, Semiotics, and Urban Space", p. 609.

¹³⁴ Gottdiener, Mark. 1986. "Recapturing the Center". En *The City and the Sign*. Gottdiener, M. & A. Ph. Lagopoulos (eds.), pp. 288-302.

¹³⁵ *Op. Cit.*, p. 290.

La topogenética

Por, último, es pertinente hacer un análisis de la teoría ‘topogenética’ de Muntañola, una epistemología sobre la génesis de los lugares que el arquitecto y teórico ha desarrollado por más de treinta años.⁽¹⁴¹⁾ La premisa fundamental de esta perspectiva topogenética es que la realidad se conforma a partir de una relación dialéctica entre el individuo y el mundo. Muntañola explica esta relación como una combinación de elementos psicológicos, sociológicos y lógicos que participan en la conformación del lugar o *topos*. Esto define tres dimensiones distintas que confluyen en el lugar: 1) ética; 2) estética, y; 3) lógica. Al igual que el individuo y la sociedad, estas tres dimensiones se encuentran en una relación dialéctica entre ellas, formando una “globalidad” expresiva de la vida humana “en la que las barreras entre estética, ética y ciencia son siempre fluctuantes y están siempre sujetas a una reflexión crítica”.⁽¹⁴²⁾

Comenzando a través del cuerpo, que actúa como puente entre el lugar y la historia, la topogenética forma un “triángulo dialéctico” entre estos tres elementos, enlazando la producción del lugar con la agencia individual modalizada por la cultura.⁽¹⁴³⁾ Este lugar, a su vez, actúa como puente o “soldadura” entre el pensamiento individual y la interacción social de las personas. De tal forma, los lugares se presentan como manifestaciones de una lógica psico-sociológica conformando “la expresión de cómo cada generación construye la apertura —y el aislamiento— entre la realidad interior y la realidad exterior, entre el sentimiento y el pensamiento, llegando así a su propio equilibrio lógico y psicológico”.⁽¹⁴⁴⁾

La topogénesis como teoría de la construcción de lugares se centra en una perspectiva arquitectónica, esto es, en el trabajo del arquitecto como constructor de lugares, cuyo papel es el de ponerse en el lugar de quien crea con su cuerpo y su historia el lugar, colocarse “*en lugar de otro*”. Es debido a esta capacidad de imaginarse el lugar, de “soñarlo”, que el ser humano descubre la “razón del lugar” y con ello, su propia realidad.⁽¹⁴⁵⁾

Como es posible observar, existen varios paralelismos entre la topogenética de Muntañola y la teoría de la producción del espacio de Lefebvre. Incluso, es posible comparar la ‘razón del lugar’ que sólo es comprensible “como un sueño” entre el cuerpo y la historia, con el concep-

¹⁴¹ El desarrollo de su teoría topogenética se encuentra distribuido en varios libros escritos a partir de 1974 y hasta la fecha (ver bibliografía incluida).

¹⁴² Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, p. 15.

¹⁴³ Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, pp. 17-18.

¹⁴⁴ Muntañola Thornberg, Josep. 1978. *Topos y Logos*. Barcelona: Kairos, p. 16.

¹⁴⁵ Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, pp. 15, 18.

to de 'conciencia práctica' fundamental en la teoría de la estructuración de Giddens en la cual se sustenta la teoría socio-espacial de Gottdiener.(146)

La diferencia entre Lefebvre y Muntañola es que el primero le imbuye al espacio como totalidad las mismas características que para el segundo definen al lugar. Es decir, el espacio en Lefebvre es equivalente al lugar en la teoría topogenética. Esto es explícito cuando Muntañola declara: "La consecuencia capital de mis propias investigaciones es la de que esta manera de *concebir*, *percibir* y *construir* el lugar, es, hoy, como lo era ayer y como lo será mañana, la misma".(147) Como vemos en este enunciado, el 'concebir', 'percibir' y 'construir' de la topogenética son fácilmente equiparables con las tres categorías lefebvreas del espacio.

También, al igual que Lefebvre, Muntañola ve al lugar (o el espacio, en el caso del primero) como un medio para transformar la sociedad, no de forma determinista, pero sí como parte indispensable del cambio. "el lugar puede *desencadenar* lo que de hecho ya existe entre el cuerpo y la historia; es, como el lenguaje verbal, un medio importante de provocación, de denuncia, pero que, como en un sueño, nadie ni nada nos garantiza que 'funcione'", advierte Muntañola.(148)

En cuanto a la aproximación semiótica de la topogénesis, Muntañola la coloca dentro de la dimensión lógica de la construcción espacial.(149) Al igual que muchos otros semiólogos de la arquitectura y el espacio, reconoce que buscar un "orden lógico" al entorno de las personas es complicado y una visión limitada de la realidad sociofísica de los asentamientos humanos.(150)

Basándose en sus investigaciones, así como de otros teóricos como Bill Hillier, Wolfgang Braulfels y Pierre Boudon, afirma que la arquitectura y el urbanismo son "una expresión tridimensional del tipo de solidaridad (y de intercambio) en el seno de la sociedad que construye", o, en otras palabras, "construcción del espacio e intercambio social son dos caras de una misma moneda".(151)

¹⁴⁶ La 'conciencia práctica' es el mecanismo a través del cual las personas, como dice Anthony Giddens, "saben tácitamente como 'avanzar' en los contextos de la vida social sin poder darles una expresión discursiva directa". (*The Constitution of Society*, pp. xxii-xxiii) Cf.: Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, pp. 18-19.

¹⁴⁷ Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, p. 18, énfasis añadido.

¹⁴⁸ *Op. Cit.*, p. 19.

¹⁴⁹ *Op. Cit.*, pp. 73-93.

¹⁵⁰ *Op. Cit.*, p. 82.

¹⁵¹ *Op. Cit.*, p. 83; obsérvese nuevamente el parecido con la teoría de la producción del espacio de Lefebvre.

Por lo tanto, concluye Muntañola, si se quiere elaborar un sistema lógico o *semiológico* de estos, es necesario primero conocer la cultura: “Para descubrir la ‘morfología’ de la arquitectura o del urbanismo hay que manejar simultáneamente dos tipos de significados, el simbólico y el esquemático (en términos kantianos) y ello exige el conocimiento de una mítica, de un ritual, etcétera, muchas veces no expresado a través del orden de las formas en el espacio. Dicho de otra manera: para leer la lógica de la arquitectura hay que conocer la cultura”.(152)

La propia complejidad del espacio construido, que a diferencia del lenguaje escrito y verbal, no se puede leer linealmente, no tiene un significado fijo y en el que participan incontables actores, hace difícil el establecimiento de un sistema lógico, por tratarse de un lenguaje “irregular, imprevisible, polisémico y polisintáctico”.(153) La única manera de fijar un significado al lugar o a la arquitectura es haciendo de éstos ‘leyes’ que circunscriban el comportamiento exterior, esto es, circunscribiendo su *uso*, de tal forma que con el tiempo se haga una costumbre. “La arquitectura como ley, como convenio de intercambio y de vivir en el mismo lugar”, comenta Muntañola, “se apoya así mismo en la permanencia significativa propia de la arquitectura”.(154)

Otro elemento importante en el análisis topogenético de Muntañola es el concepto de *dialogía*. Muntañola toma este concepto de la filosofía platónica, así como de la hermenéutica, por parte de Paul Ricoeur, la psicología estructuralista de Jean Piaget, J.B. Grize, y otros, aplicándolo al acto de proyectar el lugar.(155) De acuerdo a Muntañola, el proyecto arquitectónico actúa como un texto (*story*) que ocupa un tiempo y un espacio determinados dentro de la narrativa mayor (*history*) que implica el medio construido en su conjunto, entablando un *diálogo* entre uno y otro y, a la vez, entre sujetos y su realidad, o en otras palabras, un “puente entre el cuerpo y la historia”. Al respecto comenta:

Si consideramos el proyecto de arquitectura como relato de ficción (*story*) y el medio construido como historia (*history*), no es difícil deducir que el ‘lugar humano’ propiamente dicho se desarrolla justamente a partir del *entrecruzamiento topogenético* entre estas dos aproximaciones (lugar como historia y lugar como relato) que se contraponen y se entrecruzan, día tras día, en el uso y la percepción del espacio construido.(156)

Para Muntañola, el proyecto arquitectónico, al igual que un texto no es un producto termi-

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ *Op. Cit.*, p. 84.

¹⁵⁴ *Op. Cit.*, p. 85; cf.: Muntañola Thornberg, J. *Topogénesis Tres*, pp. 157-161.

¹⁵⁵ Muntañola Thornberg, J. 2000, *Topogénesis*, p. 86.

¹⁵⁶ *Ibid.*

nado, cerrado, una vez que el arquitecto lo concibe y ejecuta, sino que, es la participación del lector o usuario lo que lo completa. “El proyecto no es una cosa acabada”, comenta, “la forma tampoco (la forma de un texto), cuando uno lee un texto entonces es cuando se acaba el proceso artístico realmente. El leer no es algo externo al proceso, sino que es esencial [...] El conjunto es la literatura, la literatura no es sólo el proyecto y el texto, sino que es el proyecto, el texto y el lector. O sea que la arquitectura son también estas tres.”(157)

Quizás el más importante teórico del concepto de *dialogía* es el lingüista y filósofo ruso, Mijaíl Bajtín. Como explica Michael Holquist en su traducción al inglés de cuatro importantes ensayos de Bajtín sobre la novela y el lenguaje, el *diálogo* y sus varios procesos son centrales a la teoría del lingüista, quien concibiera al lenguaje como un sistema en constante tensión, reflejo de las fuerzas culturales y naturales que le rodean.(158) A diferencia del lenguaje autoritario o absoluto, esta *dialogización* del lenguaje o cultura ocurre cuando éste se relativiza y se vuelve consciente de significados contrarios para las mismas cosas.

Este diálogo puede suceder entre dos sujetos o, incluso, entre un mismo sujeto en distintos momentos.(159) A su vez, el diálogo es posible gracias a lo que Bajtín llama *heteroglosia*, esto es, la característica de cualquier expresión (enunciación, discurso, texto, etcétera) que se basa en un sistema lógico más o menos estable de significación pero al mismo tiempo depende de las circunstancias en que se produce, de tal manera que “este contexto puede refractar, agregar, o, en algunos casos, hasta abstraer de la cantidad y naturaleza del significado que la enunciación pueda haber tenido cuando fue concebida sólo como una manifestación sistemática independiente de contexto”.(160)

Bajtín critica a la lingüística, filosofía del lenguaje y estilística convencionales porque sólo reconocen un sistema *unitario* de lenguaje y el *individuo* que lo pronuncia. Bajtín explica la existencia de este sistema como el resultado de las fuerzas históricas que “trabajan en la evolución ideológico-verbal de grupos sociales específicos”, constituyendo “la expresión teórica de los procesos históricos de la unificación y centralización, una expresión de las fuerzas centripetales del lenguaje” y, esencialmente opuesto a la heteroglosía.(161)

Sin embargo, la naturaleza dialógica del lenguaje implica que junto con estas fuerzas centri-

¹⁵⁷ Muntañola Thornberg, J. 1999, *Arquitectura: Texto y contexto*, p. 60.

¹⁵⁸ Bakhtin, M. M., 1981, *The Dialogic Imagination*, pp. xviii-xix, 426.

¹⁵⁹ *Ibid.*

¹⁶⁰ *Op. Cit.*, p. xx.

¹⁶¹ *Op. Cit.*, p. 270.

petales existen fuerzas opuestas, centrifugales, que estratifican el lenguaje, no sólo en dialectos, sino en lenguajes específicos a distintos grupos sociales, lenguajes ‘profesionales’, ‘genéricos’, de distintos grupos de edad, etcétera, de forma que “junto a la centralización y unificación lógico-verbal, los procesos ininterrumpidos de descentralización y desunificación siguen adelante”, intersectándose en la enunciación.(162)

Como se ha comentado, para Muntañola, el proyecto arquitectónico posee características dialógicas similares a esta enunciación tal como la define Bajtín y considera que el lugar humano, al igual que el lenguaje, posee una naturaleza dialógica.(163) Aunque Muntañola llegara a esta relación entre *dialogía* y arquitectura antes de descubrir a Bajtín, a partir de su descubrimiento ha alimentado su teoría topogenética con las aportaciones epistemológicas del filósofo ruso y en varias ocasiones ha comentado sobre la similitud de sus posturas. Por ejemplo, cuando explica que “será la ‘medida’ lógica, dia-lógica, la que impulsará un lugar *co-construido* en el que se equilibren, coordinen y articulen dinámicamente los objetos con los sujetos, el construir con el habitar, a través de una inversión espacio-temporal, material y mental, entre las medidas éticas y estéticas”.(164)

Para Muntañola, esta conclusión de lo que implica la topogenética es comparable con la estructura dialógica bajtiniana en varios niveles. Primero, en que las dos colocan a “la intersubjetividad ‘cognitiva’ y científica como función monológica, esencial”, pero, también “fuente de abusos si no se completa con una cultura estética y política.”(165) Y, segundo, en cuanto a que “la ‘ausencia’ del otro en la intersubjetividad estética y la ‘presencia’ del otro, ineludible, en la ética, se complementan entre ellas y, a la vez, completan la insuficiencia dialógica de la intersubjetividad cognitiva plural”.(166)

En cuanto a la estructura semiótica del espacio, Muntañola, siguiendo a Hjelmslev, la concibe como un signo polisémico que desdobra sus cuatro componentes (Substancia y Forma del Contenido; substancia y forma de la Expresión) “en todas direcciones posibles”, posibilitando así la transformación de cada uno de estos componentes en signos por sí mismos y, conse-

¹⁶² *Op. Cit.*, p. 272.

¹⁶³ Ver, por ejemplo, Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, sobre todo, capítulo 3: Las dimensiones lógicas de la topogénesis, pp. 73-101.

¹⁶⁴ *Op. Cit.*, p. 103.

¹⁶⁵ *Op. Cit.*, p. 103, nota 1.

¹⁶⁶ *Ibid.*

cuentemente, el proceso de semiosis infinita.(167) “El lenguaje funciona hacia arriba y temporal, pero el espacio y tiempo funciona hacia adelante, hacia atrás”, comenta Muntañola, y agrega:

En el espacio puedes ir al norte, al sur, izquierda, derecha. En el espacio el proyecto funciona hacia arriba, pero también hacia abajo [...] Es un signo que se llama polisémico y polisemiótico. La generación del proyecto no es nada más un movimiento unidireccional, sino que es poldireccional. El espacio puede recuperar una construcción muy antigua en la modernidad, y puede hacer que se parezca mucho más a una cosa muy moderna que a una cosa antiquísima. En el lenguaje el proceso es diferente, pues el lenguaje tiene una memoria histórica, pero evoluciona a partir de una estructura arbitraria que no se puede poner en cuestión.(168)

Muntañola, como se comentó anteriormente, distingue entre el espacio y el lugar, definiendo al espacio como una construcción abstracta, sin origen, “anacrónico y atemporal”, mientras que el lugar es equivalente al “tiempo puesto en el espacio” de manera que ancla u “orienta” semióticamente el signo espacial infinito a un contexto social determinado.(169) A su vez, la arquitectura, desde el proyecto hasta la construcción realizada, organiza esta orientación, delimitando la experiencia individual y social del espacio, como “una nueva frontera entre conceptos y figuras, experiencia y expectativas, lo ‘visto’ y lo ‘no visto’.(170) Una frontera que, advierte Muntañola, puede ser deformada por “gente poderosa” con el fin de “coger el control de la realidad”, creando una discrepancia entre objeto y sociedad y poniendo en marcha un proceso de *alienación*.(171)

Semiológicamente, cada proyecto arquitectónico funciona al igual que los morfemas del lenguaje verbal, como una expresión paradigmática dentro de un sistema, esto es, al mismo tiempo, unidad significativa que forma parte de un sintagma específico y elemento de una estructura semántica universal: “El significado de cada edificio en cada momento histórico-geográfico puede considerarse como el entrecruzamiento de una *construcción de significado* y de una *comunicación de significado* o sistema de significación”.(172)

Comparativamente, la arquitectura es al lugar, lo que la lengua es al lenguaje, es decir, “una

¹⁶⁷ *Op. Cit.*, p. 137.

¹⁶⁸ Muntañola Thornberg, Josep (ed.). 1999. *Arquitectura: Texto y contexto. Transcripciones I*. Barcelona: EdicionsUPC, p. 50.

¹⁶⁹ Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, p. 137.

¹⁷⁰ *Op. Cit.*, p. 139.

¹⁷¹ *Ibid.*

¹⁷² Muntañola Thornberg, J. *Topogénesis Tres*, p. 23.

formalización momentánea y localizada”,(173) que sirve de “intercomunicador” (o, “antico-
municador”, en condiciones adversas) entre los diferentes individuos y clases sociales.(174)
Por esto, la capacidad de ‘intercomunicación’ del objeto arquitectónico se expresa como “una
comunicación interiorizada entre el cuerpo y la historia”, de acuerdo con Muntañola, “y lo
único que deja en el exterior es una construcción o la expresión de una construcción, bien
individual, como la psicogénesis, bien colectiva, con la sociogénesis, bien en el objeto en sí
como la topogénesis propiamente dicha”.(175)

“Una imagen exteriorizada y construida en el objeto gracias al proyecto arquitectónico es una coinci-
dencia físico-sico-psíquica”, dice Muntañola, “los juicios éticos, lógicos y estéticos sobre un
mismo objeto pueden correlacionarse a través justamente del objeto en sí mismo”.(176) Por lo
mismo, la arquitectura como signo debe de “dialogar” con su contexto físico y cultural, o, en
otras palabras, con el cuerpo y la historia.(177) Esta capacidad ‘dialógica’ del lugar proviene
de “la articulación entre una representación cosmológica del mundo físico y la representa-
ción histórica de las relaciones humanas”, cuyo paradigma es el cuerpo humano, debido a
que éste es “tanto la consecuencia de un desarrollo cosmológico y biológico como el objeto
básico de la historia”.(178)

Diagramáticamente, este signo puede ser representado (además de por la mencionada es-
trutura semiótica hjelmsleviana desarrollada en todas direcciones) por el *templa* de Pierre
Boudon, que funciona como un primer nivel de articulación espacial, tanto a nivel paradig-
mático como a nivel sintagmático, una estructura sígnica básica. A partir de éste, a través de
la combinación de varios *templa* que representen, por ejemplo, el contexto cultural construi-
do, el contexto natural o medio ambiente, y las relaciones paradigmáticas entre ellos (e.g.,
fijo-móvil, centro-periférica, doméstico-salvaje) puede conformarse una estructura gramáti-
co-espacial compleja de categorías arquitectónicas.(179) (Fig. 18)

¹⁷³ *Op. Cit.*, p. 117; en este caso, así como el lugar es una instancia espacio-temporal delimitada del espacio abstracto, la arquitectura forma una expresión particular del lugar.

¹⁷⁴ *Op. Cit.*, p. 135.

¹⁷⁵ *Op. Cit.*, p. 141.

¹⁷⁶ Muntañola Thornberg, J. *Topogénesis Tres*, p. 185.

¹⁷⁷ *Op. Cit.*, p. 140.

¹⁷⁸ Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, p. 139; cf.: Muntañola Thornberg, J. *Topogénesis Tres*, pp. 125-133.

¹⁷⁹ *Op. Cit.*, p. 141.

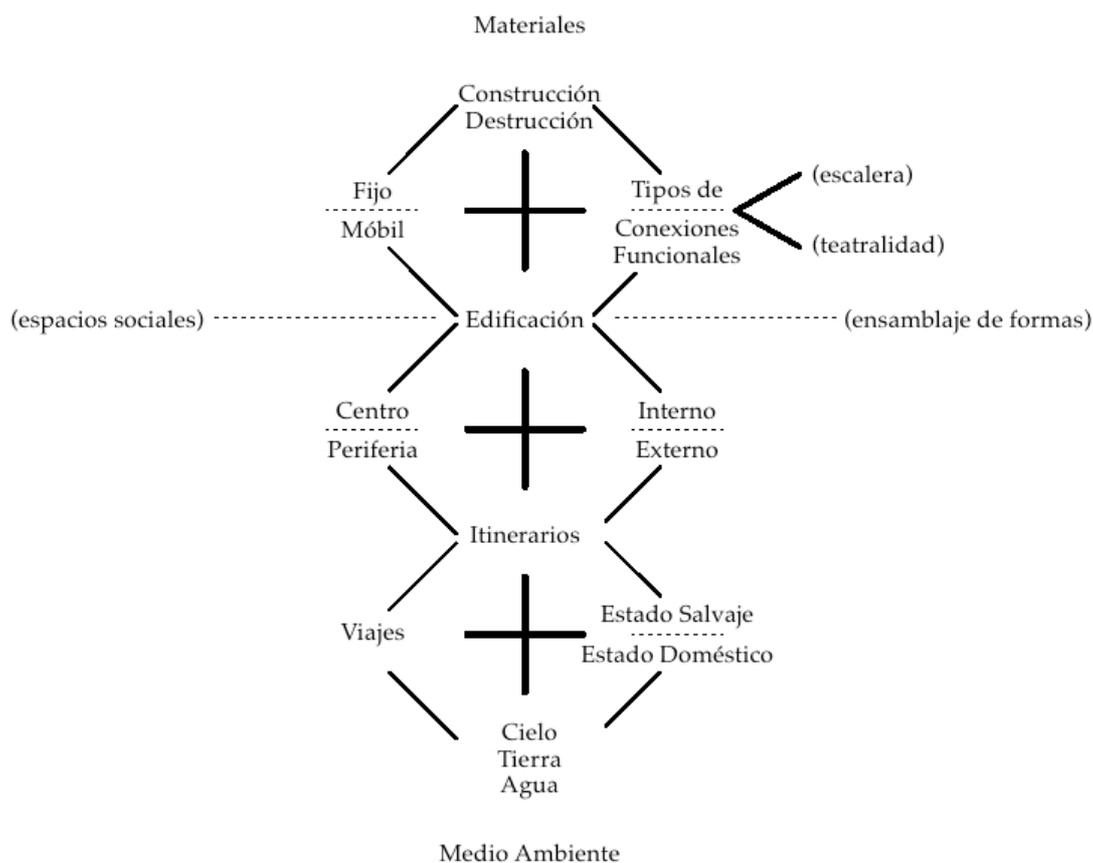


Fig. 18.- Modelo del *Templum* de Muntañola, basado en Pierre Boudon.
Fuente: Reproducido de Muntañola Thornberg, Josep. 2000. *Topogénesis*, p. 150.

De esta manera, dicha construcción semiótica “une las cualidades locales de un edificio concreto (texto y taxonomía) con las cualidades globales de las relaciones con-textuales del texto”, evitando la delimitación del objeto significativo a sus cualidades estructurales sin tomar en cuenta su papel dentro del sistema semiótico y extra-semiótico que lo contiene. Este aspecto revela el “meollo” de la topogenética o “*Khôra*” de Muntañola: “La arquitectura, la semiótica y las ciencias sociales tendrían que dialogar, tanto sincrónica como diacrónicamente, para poder analizar los enlaces básicos existentes de la arquitectura que ‘construye’, entre estas dimensiones sociales y físicas de la historia y la sociedad”.(180)

Como puede observarse, hay muchos paralelismos entre la teoría topogenética y la teoría de la producción del espacio que en esta investigación se ha enfatizado. Sin embargo, a pesar de lo fértil que puede resultar la teoría de Muntañola para la consolidación de una epistemología semiótico-hermenéutica del espacio, la arquitectura y el lugar, una de sus debilidades es

¹⁸⁰ *Op. Cit.*, p. 143.

el énfasis que —al igual que Umberto Eco— pone en el papel del arquitecto como eje rector del proceso productivo del espacio. Esto es algo que desafortunadamente por el momento limita su aplicación al estudio de la producción *social* del espacio.

Conclusiones

Como se ha observado, durante la mayor parte del siglo veinte la semiótica ha buscado constituirse como la respuesta al proyecto de una teoría general de los signos que a principios del siglo XX propuso el lingüista Ferdinand de Saussure. Sin duda, durante este recorrido se ha encontrado con un sinnúmero de saltos y escollos en su trayectoria.

No obstante, conceptos como el de la 'estructura' o el 'mito' desarrollados por Levi-Strauss, el modelo sígnico de Hjelmslev, o el concepto de la '*différance*' de Derrida han revolucionado el entendimiento del mundo de los signos. No sólo eso, su aportación a la filosofía contemporánea en general ha sido, sin lugar a dudas, decisiva. Esto parece indicar que, efectivamente, la semiótica se plantea como una disciplina relevante para el análisis y la comprensión de los fenómenos comunicativos que conforman los lenguajes (verbales y no-verbales) del ser humano, incluido el lenguaje de la arquitectura y la ciudad.(181)

Este ha sido también el caso de la integración de la teoría semiótica al estudio de la arquitectura y la ciudad, sobre todo a partir de la época de la posguerra. Sin embargo, como también se ha mencionado, la alta complejidad epistemológica de la semiótica, aunada al conflicto entre diversos puntos de vista o "escuelas" y confusiones conceptuales, han alejado de ella a muchos estudiantes de la significación y del contexto construido. Esto ha afectado negativamente la importancia que se le da a la significación en la comprensión de la producción del espacio habitado.

Por otro lado, es preciso aclarar que la semiótica no es la única disciplina que se dedica al estudio de la significación del espacio. Otros campos, como la geografía cognitiva y la geografía cultural se han centrado en el análisis de este concepto.(182) Entonces, ¿qué ventaja nos ofrece el método semiótico sobre otras aproximaciones?

Al respecto, podemos citar el crítico comentario de Lagopoulos, tan preciso y vigente hoy

¹⁸¹ Algunos inclusive consideran dentro del área de actuación de la semiótica los "lenguajes" animales, como la danza de polinización de las abejas, por ejemplo. Cf.: Eco, U. *La estructura ausente*.

¹⁸² Gottdiener, M. "Recapturing the Center;" Barthes, R. *La aventura semiológica*; Lagopoulos, A. Ph. "The social semiotics of space: Metaphor, ideology, and political economy".

como lo fue hace veinte años, que identifica tanto el potencial de esta disciplina como sus limitaciones:

No tengo duda alguna que la semiótica es la aproximación más poderosa a nuestra disposición para el estudio de las ideologías, aún si puede ser enriquecida con técnicas cuantitativas elaboradas en [otros] campos [...] la semiótica urbana como la semiótica en general, es un acercamiento subjetivista desligado del objetivismo; se enfoca exclusivamente en la ideología y omite los procesos sociales subyacentes [...] La superación de estas debilidades epistemológicas fundamentales no será posible si la semiótica no abandona el culto positivista a la regla de pertinencia para poder articular con un marco sociológico más amplio abarcando todos los procesos sociales.(183)

Cabe advertir que la investigación semiótica espacial, a pesar de su existencia alrededor de cuarenta años —poco tiempo considerando que otras disciplinas como la medicina, o incluso la lingüística llevan siglos de desarrollo— necesita de más ejemplos de aplicación en contextos específicos, sobre todo, en el contexto de la realidad contemporánea; así como mayor difusión dentro de las disciplinas que se encargan de estudiar el medio ambiente construido.

No obstante, el potencial de esta disciplina para profundizar la praxis arquitectónica y urbana es innegable y, hasta necesaria para revolucionar lo que en gran medida se ha convertido en la retórica inocua e inconsecuente que amonestaba Umberto Eco. La arquitectura como retórica no es nada más que una representación espacial, *un instrumento ideológico que ayuda a enmascarar la realidad, con sus contradicciones y desigualdades, en beneficio de unos pocos*. Como escribía Muntañola al respecto de su experiencia personal con la semiótica en un ensayo presentado en el congreso organizado por él mismo en Barcelona con el fin, precisamente, de acercar la arquitectura a las disciplinas sociales, lingüísticas y espaciales:

[L]a arquitectura siempre ha tratado de ligar las ciencias sociales con las ciencias físicas. Ha sido solamente en los últimos cincuenta años que los arquitectos han concebido todo tipo de estrategias para prevenir el desarrollo de los diálogos culturales y científicos sobre el espacio, la sociedad y los significados. El discurso arquitectónico se ha vuelto un discurso “autónomo” y, yo diría, mayormente un discurso insignificante sobre la arquitectura por la arquitectura. Si esas estrategias son malas para todas las profesiones, son particularmente malas para la arquitectura y todas las aproximaciones medioambientales. [...] Todo lo que se ha dicho de la actitud “autónoma” del espacio es resumido en una “monología” en la cuál todos los hombres y todos los lugares son lo mismo. Por tanto, tenemos aquí el paraíso del especulador inmobiliario, quien ve al espacio como mera mercancía. Está claro que para una persona así el paraíso espacial es una red global de parcelas intercambiables en donde todo es posible y la única ley es la del mercado. En consecuencia, todas las culturas son igualmente manipulables, igualmente explotables, igualmente propensas a la “contaminación”.(184)

¹⁸³ Lagopoulos, A. Ph. “Marxism, Semiotics, and Urban Space”, p. 605.

¹⁸⁴ Muntañola Thornberg, J. *Arquitectura, semiótica i ciències socials*, p. 311.

Esto es muestra de la importancia que tiene relacionar la significación, la cultura y las circunstancias histórico-materiales al análisis de la arquitectura y el espacio. La semiótica como teoría y herramienta de análisis nos presenta la posibilidad de enlazar estas categorías a primera vista heterogéneas en un modelo epistemológico práctico, que sirva para explicar la articulación dialéctica existente entre ellas y, por ende, brindar una explicación más oportuna a la producción del contexto construido.

Dentro de la teoría semiótica existen muchos modelos sígnicos distintos que pueden ser utilizados para el análisis discursivo. Solamente dentro del campo de la semiótica del espacio podemos citar el modelo greimasiano de 'objeto topológico', el 'templa' de Pierre Boudon o el 'chora' de Muntañola, por enumerar sólo algunos.⁽¹⁸⁵⁾ La ventaja de uno u otro de estos modelos sobre los demás estriba más en el propósito de su aplicación que en ningún otro motivo. También es relevante la claridad epistemológica que exhibe uno u otro y, en consecuencia, la facilidad de instrumentalización que ofrecen a la hora de aplicarse al análisis concreto del medio ambiente construido.

Uno de los modelos más accesibles y adecuados para el estudio de la producción del espacio urbano es el de Gottdiener y Lagopoulos, ya que se centra no sólo en el signo espacial, sino en su relación con el contexto material y extrasemiótico. Por tanto, resulta apropiada la utilización de este modelo para el desarrollo del caso de estudio de la relación entre la producción del espacio urbano y un grupo sociocultural determinado, como la que se pretende realizar aquí.

Cualquier análisis sociosemiótico apropiado del contexto urbano debe de comenzar por el estudio de las condiciones históricas del lugar y objeto de estudio. Esta historiografía se pretende con el fin de definir los elementos sociales que participan en la conformación del espacio urbano específico, lo equivalente a las 'substancias' desde el punto de vista semiótico.

Esta ha sido la intención del primer capítulo de esta investigación, definiendo el contexto sociocultural local, regional y nacional en el que ha tenido lugar el desarrollo de la ciudad de Houston. En los capítulos subsiguientes también se analizó este desarrollo urbano, si bien, tangencialmente, enmarcándolo con conceptos claves como las relaciones de producción y el papel de la ideología en éstas, o el multiculturalismo.

A continuación, se volverá la atención directa al objeto urbano de estudio, pero esta vez hacia

¹⁸⁵ Cf.: *Op. Cit.*

el segmento sociocultural demarcado de la comunidad México-americana de Houston. Comenzando por el análisis histórico particular de esta comunidad, se complementará el elemento sociológico del objeto de estudio, y, finalmente, se analizarán las 'formas' del signo urbano que definen el discurso espacial de este grupo social dentro de la gran narrativa que es la ciudad de Houston.

Capítulo V

LA COMUNIDAD MÉXICO-AMERICANA Y LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO EN HOUSTON

Mexicanos en el comienzo de Houston

Debajo del supuesto de “espíritu emprendedor” que comúnmente se adscribe a la expansión territorial del Oeste Americano se encuentra la mano de obra de muchos inmigrantes, entre ellos mexicanos. Desde su fundación, la comunidad mexicana en Houston ha tenido una participación en el desarrollo de la ciudad, a veces más significativa que otras pero relativamente constante. Los cimientos de Houston descansan sobre el trabajo de aquellos soldados mexicanos del ejército de Santa Ana que fueron hechos prisioneros ante la fallida campaña del militar mexicano en Texas.

Estos soldados trabajaron junto con esclavos negros traídos de Africa en la labor de despejar los pantanos de la ribera del río; sufriendo condiciones extremas de altas temperaturas, humedad, mosquitos y malaria que pocos resistirían y que los anglos preferían no tener que hacer. Gracias a su labor fue posible el asentamiento de la ciudad en los terrenos pantanosos de la ribera del Río Búfalo.(1)

Como se comentó al inicio, en 1836, los hermanos Allen escogieron la ubicación de la ciudad de Houston al noreste de los asentamientos hispanos establecidos anteriormente a lo largo de la frontera sur de Texas. Esto con el fin de establecer un puerto comercial que sirviera al incipiente mercado de los nuevos asentamientos angloamericanos que comenzaban a aparecer por el noroeste del Estado.

Para ese entonces el conflicto independentista de Texas con México había dejado marcada a la comunidad mexicana local y aún en aquellas poblaciones de origen y mayoría hispana padecían el menosprecio de la población anglo dominante. Este continuo abuso y discriminación provocó en corto plazo el éxodo de mexicanos y méxico-tejanos que habían habitado esta región por generaciones, que poseían ranchos, ganado y tierras de arado, y que en varios casos lucharon hombro a hombro con los anglos en favor de la independencia de Texas. Ni

¹ De León, Arnoldo. 2001. *Ethnicity in the Sunbelt: Mexican Americans in Houston*. College Station: Texas A&M University Press,, p. 5; hasta la fecha, este libro del historiador méxico-americano Arnoldo De León es el análisis más detallado de la historia de la comunidad mexicana en la ciudad de Houston. Por lo mismo, la introducción de este capítulo se apoya considerablemente en dicha investigación.

siquiera figuras tan prominentes como Juan Seguín, oficial del ejército tejano y alcalde de la ciudad de San Antonio fueron libradas de este maltrato.

Esto explica en parte el hecho —muy poco conocido— que en un principio la presencia de este grupo social en Houston fuera bastante reducida. En el primer censo de población realizado en Houston en 1850, se registraron solamente seis personas de origen mexicano; diez años más tarde, en 1860, tan sólo aparecen 18 mexicanos registrados; y, para 1880 se cuentan sólo diez mexicanos viviendo dentro de los límites de la ciudad.⁽²⁾ El destino de aquellos soldados prisioneros utilizados para el escampado del pantano de Houston se desconoce a la fecha, aunque se especula que una vez cumplida su condena tomaron rumbo de regreso a México.

Otro de los motivos detrás de la ausencia de habitantes hispanos en el comienzo de Houston, según el historiador Arnolfo de León, fue la estructura socioeconómica de la ciudad. Esta se había formado principalmente como un centro dedicado al financiamiento y comercio de los productos agrícolas de la zona. Además, ubicada en la región sureña esclavista de los Estados Unidos y contando con la presencia de afroamericanos, tanto esclavos como agentes libres, que proveían de suficiente mano de obra barata, no tenía necesidad de atraer a la población hispana y ésta a su vez no tenía incentivos para asentarse en Houston.⁽³⁾

No obstante, con la expansión industrial de las últimas décadas del siglo XIX y ante el acelerado crecimiento urbano, trabajadores mexicanos comenzaron a emigrar paulatinamente a la ciudad en números cada vez mayores. La mayoría de éstos llegaban a laborar en la construcción del muelle y posteriormente como estibadores. Otros ayudaron tendiendo vías del ferrocarril, mientras que algunos más se convertían en pequeños comerciantes y otros practicaban oficios, como la carpintería o la peletería.⁽⁴⁾ De esta forma, como comenta De León, “en algún momento entre los 1890s y alrededor de 1910, la comunidad moderna de méxico-americanos en Houston empezó a tomar forma”.⁽⁵⁾ Para 1910, esta comunidad habrá alcanzado ya los 2000 miembros y, a partir de ese punto, “el crecimiento de la población méxico-americana acompañará la propia expansión del siglo veinte de Houston hacia el estrellato urbano”.⁽⁶⁾

² *Op. Cit.*, p. 6.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ *Op. Cit.*, p. 7.

⁶ *Ibid.*

Los primeros asentamientos

A pesar de su extraordinario crecimiento, la población mexicana no consolida un enclave urbano como tal hasta varios años más tarde, al este del centro de la ciudad.(7) En un principio, se asentaron cerca de sus fuentes de trabajo, esto es, a lo largo del recorrido de las vías del ferrocarril y cerca del puerto, a una corta distancia al norte del centro, en lo que se conoce como el Quinto Distrito; al este, en el Primer y Sexto Distrito; y al oeste del centro de la ciudad en el Segundo Distrito. Esta cercanía facilitaba a quienes no trabajaban en estos rubros el trasladarse a la ciudad para trabajar como empleados de servicio, cocineros, vendedores, etcétera.(8)

Las fuentes de trabajo eran abundantes y la mano de obra mexicana, curtida por la exigente labor del campo, era bien valorada. No obstante, la continua migración de trabajadores a la ciudad permitía a los empresarios disponer de un ejército laboral de reserva que mantenía los salarios bajos y provocaba el descontento y la competencia entre los distintos grupos sociales afroamericanos, blancos pobres, mexicanos, y demás miembros de la clase baja por los mismos puestos de trabajo.

Estas circunstancias se ven reflejadas en las pobres condiciones de vivienda de la comunidad mexicana, que consistían básicamente de *jacales* dispersados a lo largo de la ribera del Búfalo, contruidos de materiales desechados en terrenos propiedad del municipio, o en vagones del tren provistos por las compañías ferroviarias.(9) (Fig. 19) Además, exacerbando la desventaja de los recién inmigrados estaba el hecho de la inexistencia de trazas urbanas o remanentes de antiguos asentamientos hispanos, como en el caso de San Antonio u otros centros urbanos de California o Nuevo México, que pudieran permitirles navegar mejor la ciudad o sentirse más familiarizados, encontrándose así por primera vez en “un entorno urbano con sus males afiliados —viviendas abarrotadas, fábricas, y densidad de población”.(10)

⁷ Aunque para 1910 la ciudad de Houston tenía una población de cerca de 80,000 habitantes, pasar de 10 personas de origen mexicano en un periodo de treinta años (1880-1910) representa un aumento demográfico exponencial.

⁸ *Op. Cit.*, p. 9.

⁹ *Op. Cit.*, pp. 12, 14.

¹⁰ *Op. Cit.*, p. 8.



Fig. 19.- Jacales típicos de la región habitados por familias pobres mexicanas.

Fuente: Lee Russell — Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y Fotografías, Washington, DC.

Las primeras décadas del siglo veinte implicaron un acelerado aumento en la migración de mexicanos a los Estados Unidos, pasando de 23,991 en la primera década, a 487,775 para 1929.⁽¹¹⁾ Debido a su ubicación geográfica, el Estado fronterizo de Texas es un destino natural para esta migración y sus centros urbanos industrializados y en apogeo durante la primera mitad del siglo eran fuertes magnetos para estos viajeros. Factores internos, como la rápida expansión industrial local basada en el petróleo y factores externos, como el turbulento periodo durante y después de la Revolución en México, contribuyeron al continuo crecimiento de la colonia mexicana en Texas, en general, y Houston, en particular. Para 1930, 15,000 mexicanos se contaban ya como residentes de esta ciudad superando la tasa de crecimiento de la población general (111%), creciendo en 150%.⁽¹²⁾

La amenaza de la Revolución Mexicana contribuye al flujo migratorio de mexicanos a Houston provenientes, por ejemplo, de los Estados del Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, San

¹¹ Montejano, David. 1987. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*. Austin: University of Texas Press, p. 180.

¹² De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 23.

Luis Potosí y Zacatecas.⁽¹³⁾ Este ambiente de inseguridad también provoca un cambio en el tipo de migración mexicana, sumando inmigrantes de clase media y alta a las oleadas previas de personas que buscan entornos más favorables. Esta nueva presencia de mexicanos pudientes y el nacimiento de las primeras generaciones de México-americanos radicados en Houston señalan el comienzo de lo que será una larga carrera de la comunidad para definir su identidad social y encontrar su lugar en el mosaico cultural de Texas. Igualmente, también pone al descubierto importantes divisiones sociales entre la propia comunidad, algo que en años posteriores marcará las relaciones interraciales entre México-tejanos (personas nacidas en los EE.UU. de padres mexicanos), inmigrantes latinos, anglos y afroamericanos.⁽¹⁴⁾

Para ese entonces, las primeras zonas étnicas de Houston empiezan a consolidarse. Entre los más antiguos e importantes se encuentran el del Segundo Distrito —que comienza a ser conocido entre la población como el “Segundo Barrio”, haciendo referencia al nombre que se le da a los vecindarios al sur de la frontera— bordeado por el Río Búfalo al norte y al este, la avenida Congreso al sur, y las líneas ferroviarias al oeste. También, Magnolia Park, uno de los primeros suburbios de Houston, ubicado a siete millas río abajo, al este de la ciudad y conectado con ella a través del tranvía, comienza a consolidarse como un importante enclave de la población México-americana.(Figs. 20 a 22)

¹³ Rosales, F. Arturo. 1981. “Mexicans in Houston: The Struggle to Survive, 1908-1975”. *The Houston Review*, III (Summer). Citado en De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 23.

¹⁴ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 17. Ver también: Feagin, J. *Free Enterprise City*, pp. 240-264; Richardson, Rupert, et al. *Texas: The Lone Star State*, pp. 318-323.



Fig. 20.- Houston — East End (Segundo Barrio y Magnolia Park).
Fuente: Autor.

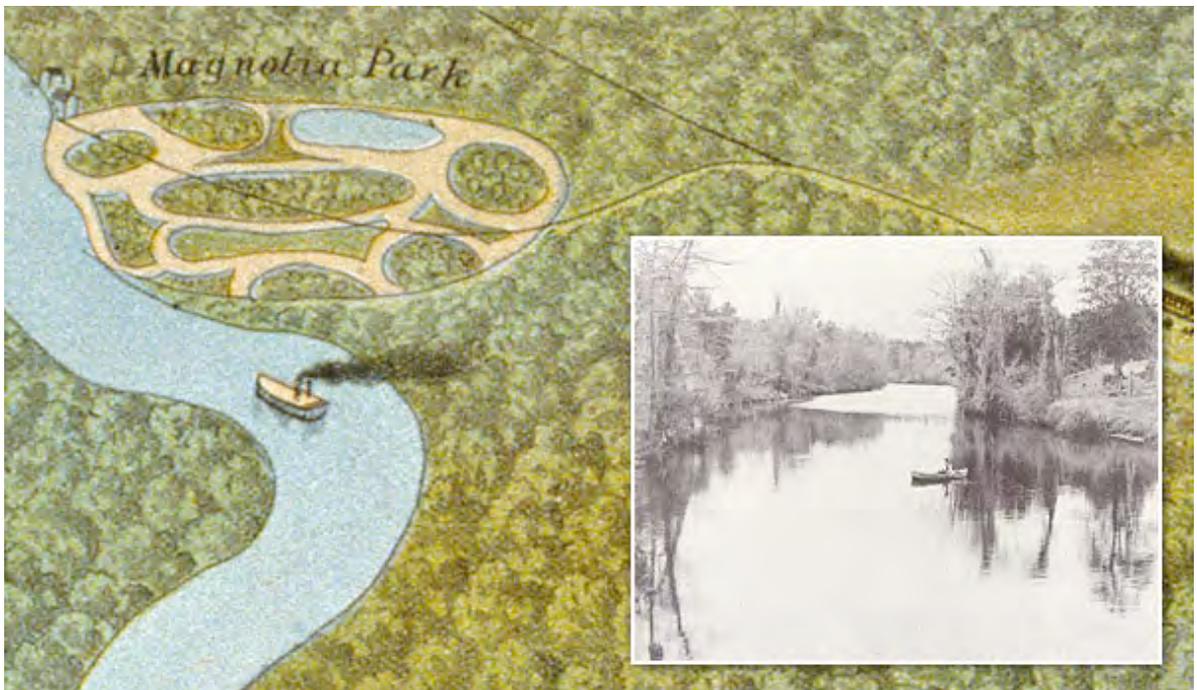


Fig. 21.- Perspectiva aérea de Magnolia Park, 1891.
Fuente: A. L. Westyard — Amon Carter Museum, Fort Worth (URL:
http://www.birdseyeviews.org/zoom.php?city=Houston&year=1891&extra_info=).



Fig. 22.- Tranvía de Magnolia Park, 1904.

Fuente: TXGenWeb Project (URL: <http://www.txgenweb.org/postcards/houston.html>).

El arbolado suburbio de Magnolia Park fue originalmente desarrollado en 1890 para familias blancas de clase media. Poco tiempo después, inmigrantes mexicanos atraídos por el comienzo de las labores de ensanchamiento del Canal de Navegación empezaron a comprar lotes, sobre todo en la zona conocida como El Arenal, una extensión de terreno producto del mismo trabajo de dragado del río.⁽¹⁵⁾ Paulatinamente, fueron construyendo viviendas unifamiliares y estableciendo una comunidad propia, con comercios, asociaciones cívicas, lugares de ocio y de recreo. La religión organizada no tardó también en prestar sus servicios a esta población, fundando la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe (en 1912), ofreciendo misas, servicios sociales y educación en español para la comunidad.⁽¹⁶⁾ (Figs. 23 y 24)

¹⁵ El desarrollo del suburbio de Magnolia Park se debe a una empresa de John T. Brady, político y ferrocarrilero. Aunque varios autores coinciden en que la población original de este suburbio consistía mayormente de personas de raza blanca, algunos señalan que se trataba de inmigrantes europeos de clase trabajadora, mientras que otros opinan que era un vecindario de clase media. La escasa documentación a este respecto y la desaparición de las construcciones originales de la época hacen muy difícil aclarar este punto. No obstante, el asentamiento casi inmediato de los inmigrantes mexicanos es un hecho comprobado; cf.: Fox, Stephen. 1999. *Houston Architectural Guide*. s.l.: The American Institute of Architects/Houston Chapter; Rodríguez, Nestor P. 1993. "Economic Restructuring and Latino Growth in Houston". En *In the Barrios: Latinos and the Underclass Debate*. Joan Moore & Raquel Pinderhughes (eds.). New York: Russell Sage Foundation.

¹⁶ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, pp. 12-16; ver también: *The Handbook of Texas Online*, s.v. "Magnolia Park, Texas". En línea, URL: <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/MM/hvm6.html> (consultado 5/6/2010).



Fig. 23.- Asociación cívica méxico-americana celebrando la Independencia de México, 1929.
Fuente: TXGenWeb Project (URL: <http://www.txgenweb.org/postcards/houston.html>).



Fig. 24.- Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe.
Fuente: Autor.

La creación de instituciones cívicas y religiosas propias fue un factor de suma importancia para la consolidación de la comunidad mexicana, ya que el racismo y la discriminación eran comunes entre la población anglo que cohabitaba en este territorio urbano, prohibiendo la enseñanza primaria en español, oponiéndose a la construcción de una escuela hispana y hasta prohibiendo a los parroquianos latinos de la Iglesia de la Inmaculada Concepción a utilizar las bancas, obligándolos a escuchar misa parados en los pasillos aún cuando hubiera asientos disponibles. Más importante, estas instituciones permitían compensar en alguna medida las condiciones laborales que sufrían los mexicanos, siendo relegados a los trabajos más arduos y peor pagados.(17)

El importante crecimiento demográfico de la población de origen mexicano significó también su expansión territorial fuera de los primeros asentamientos en el Segundo Barrio y el Quinto Distrito, extendiéndose hacia el noreste de la ciudad, entre los ríos White Oak, al oeste y Búfalo, al sur; así como hacia el noroeste a lo largo de la Avenida Washington, alrededor de la fábrica de textiles Oriental Textile Mills, en donde varios mexicanos maquilaban ropa, desplazando a los antiguos inmigrantes europeos establecidos en la zona en los 1880s.(18) (Fig. 25)



Fig. 25.- Fábrica de textiles “Oriental Textile Mills”, hoy transformada en restaurante.

Fuente: Swaplot (URL: <http://swamplot.com/textile-folding-but-wont-be-put-away/2010-06-28/>).

¹⁷ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, pp. 16-18.

¹⁸ *Op. Cit.*, pp. 14, 24.

El contexto socioeconómico

Un punto importante en la explicación de la expansión en número y territorio de la comunidad mexicana y México-americana, así como la consolidación de instituciones sociales y empresas propias durante las primeras décadas del siglo veinte en Houston son las circunstancias socioeconómicas locales, regionales y nacionales de esa época. Primeramente, los trabajos de construcción de la infraestructura física necesaria para la explotación comercial de los recursos naturales de la región (algodón, madera y petróleo, principalmente) requería de una considerable cantidad de mano de obra poco calificada —una vez construida esta infraestructura, su operación requiere sobre todo de personal técnico y profesional y en menor número, por lo que en años subsiguientes esta situación se revierte—.

Por ejemplo, al respecto de las condiciones de trabajo en el Estado de Texas, en general, pero que se pueden aplicar a Houston perfectamente, el historiador Ferhenbach ha comentado:

Buenos trabajos, de hecho, nunca existieron en la vieja frontera, ya que las economías fronterizas crean oportunidades para la empresa y los servicios calificados, no necesariamente para el trabajo ordinario. Los tejanos que han conformado los patrones económicos dominantes del Estado han llenado siempre los trabajos que producen con sus actos tan convenientemente y tan económicamente como les ha sido posible: mediante esclavos, aparceros y restos de la juventud a la deriva como vaqueros, hombres derrotados y trabajadores mexicanos importados. Y, en un verdadero sentido, los viejos patrones socioeconómicos persisten en el sector industrial de hoy.⁽¹⁹⁾

Además, el trabajo físico que implicaba el desarrollo urbano de la ciudad era arduo y constante; la inversión era vasta y los empresarios ambiciosos, lo que impulsó la marcha de la maquinaria capitalista local por varios años. Esto permitió si no una excesiva movilidad social entre la comunidad mexicana, al menos una cierta mejoría en sus condiciones de vida, pasando de los primeros jacales que habitaba inicialmente a verdaderas colonias con una estructura social más firme.

Como se comentó en el primer capítulo, aún en el difícil periodo de la Gran Depresión Económica de 1929 que sacudió a todo Estados Unidos, Houston, en particular, y Texas, en general, gozaron de ciertos favores que les permitió continuar con su crecimiento económico al mismo nivel que las décadas anteriores. La ideología tejana trataría de convencer de que esto se debe al trabajo y voluntad de sus habitantes y a pesar del molesto entrometimiento del incompetente gobierno.

¹⁹ Ferhenbach, T.R. *Seven Keys*, p. 54.

No obstante, como se ha demostrado, a pesar de la ubicuidad en la región de este mito, el bienestar económico del Estado se ha debido al agresivo cabildeo de la clase capitalista para garantizar la intervención de dinero federal para el financiamiento de obras públicas y de políticas especiales para hacer disponible una mano de obra barata. Esta circunstancia es importante en este lugar porque ha repercutido directamente en el desarrollo de la población hispana de Houston.

Por ejemplo, en 1928, debido a las intensas presiones de sindicatos laborales por la escasez de trabajo, el presidente Herbert Hoover clausura la frontera con México y en 1929 aprueba el programa de Repatriación Mexicana, deportando a miles de mexicanos y méxico-americanos fuera del país. No obstante, debido a las presiones de los agrocomerciantes tejanos, Hoover exime del programa a los estados fronterizos con México. De esta forma, Texas se libra de perder la mano de obra mexicana que emigraba a otros Estados con mejores salarios y condiciones laborales. A su vez, obtiene un mecanismo de control en la amenaza a la deportación de los trabajadores que no se sometían. Incluso, ganan el favor de los sindicatos laborales que aceptan estas condiciones mientras sean aplicadas sólo a los latinos, exacerbando la discriminación laboral en el piso de las fábricas.(20)

La relativa bonanza socioeconómica de Houston durante este tiempo apenas y afectó a la población mexicana, haciendo aparente el fenómeno del desarrollo desigual característico del capitalismo. Aunque es cierto que su condición mejoró en cierto grado, en gran parte debido a su propia determinación de organizarse comunitariamente, muchos de ellos seguían viviendo en la pobreza, teniendo que depender de instituciones de ayuda anglosajonas que constantemente los discriminaban y rechazaban.

En estas circunstancias, la división racial de la ciudad comienza a hacerse más patente. Por ejemplo, los trabajadores mexicanos en Houston, a diferencia de sus connacionales que laboraban en el campo, se vieron enfrentados a sindicatos y empresas que tan sólo unos años atrás los convocaban a laborar en el piso de sus fábricas y talleres, y ahora exhibían letreros de “No se contrata a mexicanos”, “No mexicanos, blancos solamente”, y otros más denigrantes como “No hay chili, mexicanos mantenerse afuera”.(21) De los proyectos de reconstrucción nacional financiados con erarios públicos, los mexicanos no se vieron beneficiados, ya

²⁰ Montejano, D. *Anglos and Mexicans*, pp. 188-190. Ver también: Shelton, Beth Anne et al. 1989. *Houston: Growth and Decline in a Sunbelt Boomtown*. Philadelphia: Temple University Press, p. 95. Cf. De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, pp. 45-47.

²¹ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 47.

que las reglas establecidas por los directores tejanos de esa administración prohibía emplear a trabajadores extranjeros para estas obras.

Igualmente, lo más necesitados se vieron afectados por los “guardianes del americanismo”, que se negaban a brindar ayuda a aquellos mexicanos desposeídos. Las agencias públicas se negaban a dar empleos de asistencia a mexicanos y solamente los proveían con comida y ropa. A tal grado llegó el prejuicio hacia los inmigrantes que, finalmente, la presión de varios movimientos locales, comandados por anglos, y apoyados por algunos méxico-americanos —revelando las tensiones existentes entre los mexicanos nacidos en EE.UU. y los nacidos en México— motivó la deportación de entre 300 a 900 familias de inmigrantes, entre ellos algunos méxico-americanos, desplazando a aproximadamente el 15 por ciento de la población mexicana de Houston.(22)

No obstante, a pesar de las salientes divisiones sociales y económicas, varios líderes de la comunidad trabajaron para mejorar las condiciones de sus prójimos, atacando legalmente el racismo, oponiéndose a la segregación escolar, proporcionando centros de ayuda y fundando organizaciones civiles; siendo una de las más importantes el Consejo #60 de la Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos (LULAC) en Magnolia (1934). Mientras tanto, otras organizaciones, como el Club Cultural Recreativo México Bello, además de organizar eventos de caridad, trabajaban para integrar mejor a la comunidad a la sociedad mayor. Esto brindó un poco de alivio a las constantes presiones que afectaban a este grupo social, pero también implicó el comienzo de nuevas transformaciones en su estructura.

El crecimiento de la población méxico-americana y la participación política y social de los líderes mexicanos dentro de la esfera pública de Houston para exigir los derechos de su comunidad significaron una transición de colonias de origen hispano, en gran medida independientes, a guetos étnicos integrados en la trama social, económica y cultural de la ciudad en su conjunto. Como comenta el sociólogo méxico-americano Néstor Rodríguez: “La transición en Houston de los vecindarios de origen mexicano establecidos, a barrios marginados, involucró cambios sociales, culturales, económicos y políticos. Fue una reestructuración de las colonias mexicanas a enclaves minoritarios dentro del sistema social general dominado por anglos”.(23)

²² *Op. Cit.*, pp. 46-49.

²³ Rodríguez, N. P. “Economic Restructuring and Latino Growth in Houston”, p. 107.

Aculturación vs. continuidad cultural

Las escuelas hacían su parte en transmitir sentimientos de inferioridad entre los jóvenes mexicanos, manteniéndolos segregados (circunvalando las leyes anti-segregacionistas establecidas), menospreciando el periodo español-mexicano en las lecciones de historia de Texas y castigando a quien descubrieran hablando español en las inmediaciones escolares.(24) La clase capitalista veía positivamente esta aculturación y los agrocomerciantes e industriales que empleaban la mano de obra mexicana reclutándolos bajo el Programa Bracero (1942-1964) se encargaban de evitar la “contaminación cultural” entre trabajadores, tomando medidas para mantenerlos separados de sus empleados “mexicanos parcialmente americanizados”.(25)

En este periodo, las generaciones adultas de México-americanos (el censo de 1930 reporta 60% de los habitantes de origen mexicano como nacidos en los EE.UU.) abrazaron más cercanamente la cultura americana, identificándose propiamente como ‘americanos’ a diferencia de generaciones previas, que se consideraban ‘mexicanos’ viviendo en el extranjero. Consecuentemente, si bien no se deslindaron de sus raíces culturales, sí tomaron partido a favor de un sistema ideológico pro-americano, distinguiéndose como grupo social de los inmigrantes recientes nacidos en el extranjero, aún cuando ellos mismos seguían siendo rechazados por la sociedad anglo.

Prueba de esto es la actitud negativa mostrada ante el “problema de los *mojados*”, el énfasis que hacían en la participación de México-tejanos del lado de los anglos en la Revolución de Texas; su insistencia en que las instituciones públicas los clasificaran como personas de raza ‘blanca’ y no de color; y, su aceptación de los conceptos anglos de belleza, higiene y respetabilidad, entre otros valores.(26)

Además, cambios estructurales en la sociedad americana espolearon estas actitudes. El ambiente ultraconservador, reaccionario, proteccionista y anticomunista de la época de la postguerra —que encontró un “terreno fértil” en las ciudades de Texas, bajo los auspicios de la clase capitalista que apoyaban al senador republicano Joe McCarthy— exigió un alto grado de aceptación a las normas y conformismo social, so pena de ser considerado ‘comunista’,

²⁴ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 58.

²⁵ Memorandum de la compañía ferroviaria Santa Fe Railroad titulado “Employment of Mexican Nationals”, del 27 de octubre de 1944, citado en Shelton, B. A. *et al. Houston: Growth and Decline*, p. 103.

²⁶ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, pp. 87-88, 132-143; Montejano, D. *Anglos and Mexicans*, p. 232.

‘antidemocrático’, ‘antiamericano’ o ‘traidor’.(27)

Una característica que Arnoldo De León destaca como constante a lo largo de la historia de la comunidad mexicana en Houston es su resistencia. A pesar de las adversas condiciones que enfrentó durante la primera mitad del siglo veinte, la colonia se mantenía y continuaba creciendo, aún cuando parte de esta permanencia requiriera un cierto nivel de aculturación. El resultado de su tenacidad se ve reflejado posteriormente, durante las décadas de 1960 y 1970. Para entonces, “la comunidad mexicana en Houston pertenecía al paisaje metropolitano de Houston tanto como las refinerías, rascacielos [y] autopistas”, comenta De León. “Los varios barrios habían acompañado la propia marcha de Houston hacia la grandiosidad —sobre todo durante la era posterior a 1945 cuando tres cuartos de la ciudad fue construida”.(28)

Esta explosión numérica hace más visible la presencia de la comunidad mexicana en la sociedad de Houston. Consecuentemente, ésta comenzó a replantearse la utilidad de preservar los antiguos estigmas. Con un mayor dominio del idioma inglés, mayor visión política y potencial como mercado en un contexto urbano en medio de un periodo de acelerado desarrollo económico-industrial, políticos, empresarios y comerciantes comenzaron a revisar su relación para con la población México-americana. (29)

Además, en estas décadas, la explosión liberal de los movimientos civiles por la libertad de expresión, el alto a la discriminación racial y la lucha por la igualdad de derechos que inunda todo el país —atizado por las atrocidades de la guerra de Vietnam, el linchamiento de afro-americanos y la persecución de los críticos del *status quo*— origina dentro de la comunidad México-americana un resurgimiento del orgullo por su pasado cultural, retomando la aceptación de su herencia indígena, su mestizaje y su origen latinoamericano. Aquellas asociaciones cívicas surgidas en los años 20s y 30s como LULAC o el Club Recreativo Cultural México Bello comienzan a proliferar en este ambiente y se revitalizan, conservando las tradiciones culturales de México al mismo tiempo que intentan integrar a la población al contexto social houstoniano y promover la participación política entre sus miembros.(30)

²⁷ Montejano, D. *Anglos and Mexicans*, p. 275.

²⁸ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 147.

²⁹ *Op. Cit.*, p. 148.

³⁰ Un ejemplo de la importancia de estas asociaciones en general una conciencia política entre la población mexicana es su participación en la carrera presidencial, patrocinando a John F. Kennedy en su campaña electoral “Viva Kennedy”, misma que fue recompensada por el electo presidente con una breve visita durante una cena-gala organizada por LULAC el 21 de noviembre de 1963, una noche antes de que fuera asesinado en Dallas.

Es también durante esta época que toma lugar el popular movimiento chicano y surgen figuras hispanas de gran importancia como César Chavez, que lucha por los derechos sindicales de los trabajadores del campo en California. En Texas, organismos como la Asociación Política de Organizaciones Hispanohablantes (PASO), la Organización de la Juventud México-Americana (MAYO), y el Partido Raza Unida (RUP) comienzan a exhibir una retórica más combativa que en el pasado, distanciándose de aquellas organizaciones del pasado que buscaban integrar a la población mexicana emulando las costumbres americanas.

Este distanciamiento marca nuevamente las diferencias internas en clase y condición social de la comunidad mexicana. No obstante, la actividad tanto de una u otra clase de asociaciones —desde el militarismo radical, organizando huelgas, demostraciones públicas y tomas de control político, a los eventos sociales de caridad de los miembros de la clase media México-Americana— fue importante para conseguir un mayor grado de inclusión para la población hispana dentro de las esferas educativa, política y laboral de Houston.

Para mediados de los años setenta, el movimiento chicano, debido en parte a los avances obtenidos y en parte a las voces divergentes dentro del mismo, termina por perder impulso y desvanecerse paulatinamente. Sin embargo, dejó a su paso huellas significativas de la presencia mexicana en la ciudad de Houston y el país en general, con un importante volumen de obras de arte y literatura chicanas, nuevos programas de estudios latino y México-americanos en las universidades y una mayor presencia hispana en la arena política nacional.

Sin embargo, al tiempo que el militantismo chicano languidece, una nueva ola de conservadurismo y displicencia retorna al panorama nacional estadounidense. Este conformismo se ve beneficiado en Houston por la continua expansión industrial y el alza del petróleo experimentados en los últimos años de la década de los setenta y principios de los ochenta.

La pequeña clase media México-Americana siguió creciendo durante ese periodo aunque de manera pausada, gracias a su empeño y al ambiente pro-empresarial de la ciudad. En palabras de De León: “el ambiente de libre empresa y la mejor calidad del mercado laboral de Houston permitieron a los más afortunados, ambiciosos y determinados dentro de la colonia escalar rápido y lejos”, un sentimiento que además, según un sondeo realizado en 1985, compartían los más desfavorecidos.⁽³¹⁾ Aunque aún sufriendo una visible disparidad con su contraparte anglo-tejana, la comunidad de profesionales, empresarios y comerciantes hispa-

³¹ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 205.

nos “penetran más o menos en todos los nichos de los sectores públicos y privados”.(32) De esta forma, los años ochentas se convierten en testigo de la creciente americanización de la comunidad, aunque sin perder por completo lo “mexicano”, y de los avances que la integración a la sociedad mayor le brindan.

A pesar de este clima de “igualdad” y de leyes que en papel ponen fin a las prácticas discriminatorias, las minorías raciales de Houston (mexicanos y afroamericanos, entre otros) siguen viviendo por debajo de la media social y siguen siendo víctimas de abusos y vejaciones. Una muestra de esto —que además provocó un imprevisto disturbio violento, reminiscente de los años anteriores de mayor resistencia civil— fue el homicidio de Joe Campos Torres, veterano de Vietnam, a manos de agentes policiales quienes golpearon a Joe hasta dejarlo inconsciente, lanzándolo al Río Búfalo, donde se ahogó. Estos agentes fueron juzgados sólo debido a las movilizaciones de las organizaciones civiles, pero aún así sentenciados a laxas condenas inapropiadas para su crimen, lo que encendió la ira de algunos, quienes reaccionaron violentamente en un episodio con la policía en Moody Park, un parque urbano frecuentado por méxico-americanos.

En el contexto político, otra muestra de estas desigualdades enmascaradas en el sistema fue la demarcación de los distritos electorales del área metropolitana, favoreciendo la representación política de los anglos de clase media y alta en el gobierno de la ciudad. Esto se ha conseguido a través de la continua anexión de los suburbios que habitan familias acomodadas predominantemente blancas y la re-alineación de los distritos electorales de manera que le correspondan demográficamente más puestos en el consejo municipal a la población anglo.(33)

Aunado a esto, Houston, al igual que otras varias ciudades americanas, es testigo durante estos años de una nueva oleada de inmigrantes, no sólo de origen mexicano, sino de toda América Latina (en especial de Centro América), que escapan de severas dictaduras y condiciones de pobreza extrema que aquejan a la región.(34) Como consecuencia, los términos de “méxico-americano” y de “mexicano”, utilizados para referirse a los inmigrantes del sur de EE.UU., se ven reemplazados por el de “hispano”; abarcando en una burda clasificación a un

³² *Ibid.*

³³ *Op. Cit.*, pp. 214-215; Cf.: Thomas, R. D. & R. W. Murray. *Progrrowth Politics*, pp. 205-222.

³⁴ Del papel que el gobierno de los Estados Unidos ha tenido en estas conflagraciones en beneficio de sus intereses comerciales no es posible elaborar aquí, pero ha sido ampliamente detallado en publicaciones como *A People's History of the United States: 1492 — present*, de Howard Zinn, o *Confessions of an Economic Hitman* de John Perkins, o *The Washington Connection and Third World Fascism* de Noam Chomsky.

gran continente de diversas culturas bajo un mismo nombre común.

Este constante flujo migratorio de las últimas décadas del siglo veinte coloca a la población hispana en la mayoría numérica de Houston. Según las cifras del último censo realizado en el año 2010, el 43.8% de la población de la ciudad son hispanos, 25.6% caucásicos, 25.1% afroamericanos, 6.1% asiáticos, y 1.3% de otra raza o etnia.(35) La última estimación demográfica realizada en 2008 revela un mayor aumento en la distancia numérica entre estos tres grupos étnicos; hispanos conformando el 41.9% de la población total de Houston, blancos 27.9% y afroamericanos 27.9%.(36) (Fig. 26)

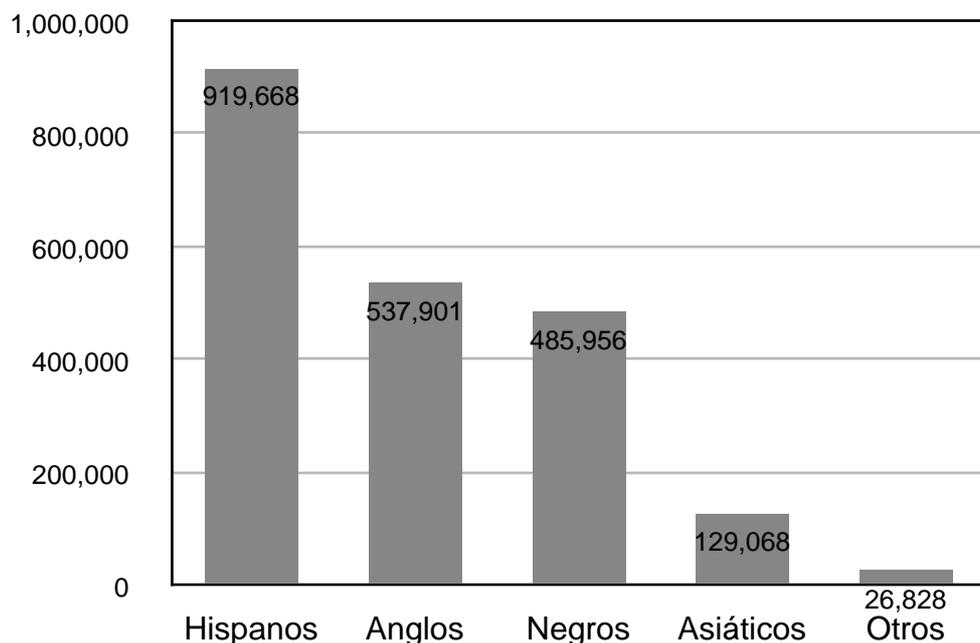


Fig. 26.- Población de la ciudad de Houston, 2010.
Fuente: Autor, a partir de datos del censo de población 2010, US Census Bureau.

Igualmente, en materia socioeconómica, las clases media y alta hispanas y méxico-americanas en Houston engrosaron sus filas, haciendo de ésta la ciudad número cuatro en el número de negocios propiedad de hispanos. Pero, por otro lado, la poca integración entre estos diversos grupos culturales y el reciente asentamiento de la mayoría de sus integrantes (más del 50% nacidos en el extranjero), además de su escasez de recursos y falta de dominio del idioma inglés, afectan negativamente su capacidad de acción política y de movilidad ascendente

³⁵ U.S. Census Bureau. 1980 -2000; *Census 2010 Redistricting Data (Public Law 94-171) Summary File*. Compilado por el Departamento de Planeación y Desarrollo, División de Políticas Públicas de la ciudad de Houston (24 febrero 2010).

³⁶ U.S. Census Bureau. *ACS Demographic and Housing Estimates: 2006-2008*. En línea, URL: http://factfinder.census.gov/servlet/ADPTable?_bm=y&-qr_name=ACS_2008_3YR_G00_DP3YR5&-geo_id=16000US4835000&-gc_url=&-ds_name=ACS_2008_3YR_G00_&-_lang=en&-redoLog=false (consultado 4 septiembre 2010).

en la estructura social.(37) El resultado de estos eventos es complejo. Por un lado, la comunidad latinoamericana crece en número, por lo que su presencia e importancia como grupo social se vuelve cada vez más aparente. Al mismo tiempo, tanto para anglos como para afroamericanos y hasta algunos méxico-americanos, esto es un “problema” que el Estado y la sociedad “americana” no puede seguir ignorando.

La nueva circunstancia de mayoría numérica obtenida, aunada a las nuevas protecciones legales en contra de la discriminación y segregación racial, otorga a la colectividad hispana una posición envidiable. Aunque políticamente tanto anglos como afroamericanos gozan de una mayor representación pública, la alineación del voto hispano significa muchas veces obtener la victoria electoral. Por lo mismo, tanto afroamericanos como angloamericanos buscan la alianza de la comunidad hispana con fines políticos; lo que equivale a incluir en su agenda las preocupaciones de éste grupo social. Además, la propia actividad proselitista de los miembros de la clase media y alta hispana con vocación pública ha hecho crecer el número de hispanos en puestos gubernamentales.

Aunque el número de representantes hispanos en oficinas públicas no es proporcional al porcentaje que representa este grupo en la composición demográfica total, una mayor presencia étnica dentro de la esfera política es muy importante. Sobre todo, considerando el contexto social del capitalismo multicultural en el que las minorías étnicas son mayormente las víctimas del desarrollo desigual. Por ejemplo, la falta de representación en el comité escolar le costó a niños indigentes que iban a clases, en su mayoría hispanos y afroamericanos, que por casi 20 años (1948-1967) se les negara la provisión del almuerzo escolar, debido a que “una mayoría de los miembros del comité escolar veía los almuerzos gratis como un camino hacia la dependencia del Estado y, por lo mismo, una barrera para la autosuficiencia”.(38)

Economía y desarrollo de la comunidad

Económicamente, hasta la fecha y desde sus inicios como una colonia principalmente mexicana, la mayoría de la población hispana en Houston ha permanecido en los niveles más bajos de la escala social. En 1930 el 75.2 % de los hombres y el 84% de las mujeres trabajaban como obreros en puestos mal pagados. Para 1940 las condiciones de la comunidad no habían mejorado en absoluto y miles de familias vivían en la pobreza, en viviendas sin agua corrien-

³⁷ *Op. Cit.*, pp. 234-236.

³⁸ Shelton, B. A. *et al. Houston: Growth and Decline*, p. 97.

te, drenaje o electricidad.(39) La discriminación racial en las fábricas petroquímicas y astilleros durante la Segunda Guerra Mundial implicó que a mexicanos y méxico-americanos se les contratara únicamente en los puestos más bajos, por ejemplo, como intendentes y excavadores, mientras que otras empresas continuaban con políticas de no-contratación, o despidiéndolos antes que a anglos.(40) Para 1960 estas circunstancias permanecían prácticamente igual. La desatención de las autoridades hacia la inadecuación de la enseñanza, la desnutrición y las frecuentes epidemias (e.g., tuberculosis, polio, etcétera) que afectaban a jóvenes y adultos de la comunidad hispana contribuían a este estancamiento.(41)

Finalmente en los setenta, a diferencia de épocas anteriores, la comunidad se beneficia en mayor grado de la “Era Económica Dorada” de Houston, un boom de la industria petroquímica, la construcción y demás servicios comerciales que consolidó a la ciudad como un importante centro urbano global. La clase media méxico-americana se ve expandida e incluso participa en la migración a los suburbios, integrándose a vecindarios racialmente mixtos, alejados de los viejos enclaves étnicos y el “hacinamiento” del interior de la ciudad.(42)

A pesar de esta mejoría, la mayoría del grupo sigue perteneciendo al estrato más bajo de la escala socioeconómica, empleado en los puestos peor pagados e incluso “crónica o temporalmente desempleado”, y las expectativas escolares seguían siendo desalentadoras, con un alto grado de ausentismo y un promedio de 7.4 años de escolaridad entre los houstonianos mexicanos de 25 años o mayores en 1970 (tan sólo un año más que una década atrás), el cual era “suficiente para americanizar más a la población, pero no lo suficiente para equipar a los mexicanos para una sociedad competitiva”.(43)

Posteriormente, el periodo de crecimiento económico de la década de los setenta se vio opacado por una recesión económica regional que cubrió una buena parte de la década siguiente (1982-1987). En consecuencia, muchas de las fuentes de trabajo de la comunidad fueron desapareciendo paulatinamente. Aunado a esto, la inmigración de miles de nacionales de Cen-

³⁹ De León, A. *Etnicity in the Sunbelt*, p. 51.

⁴⁰ *Op. Cit.*, p. 91.

⁴¹ *Op. Cit.*, pp. 100-102.

⁴² “hacinamiento”, entre comillas, ya que se refiere al término como es empleado en la cultura estadounidense, el cuál no corresponde a las densidades demográficas acostumbradas en países latinos. La zona central de la ciudad de Houston esta lejos de considerarse “hacinada” bajo un criterio latinoamericano.

⁴³ *Op. Cit.*, pp. 158-159. Un reciente estudio confirma que a la fecha este atraso educativo persiste; cf.: Feibel, Carrie. “Texas Lags in Measure of ‘Human Development’”. KUHf. Reportaje radiofónico sobre los resultados de The Human Development Project del Social Science Research Council in New York, que mide el progreso nacional en base a la educación, salud e ingresos en los Estados Unidos. En línea, URL: http://app1.kuhf.org/houston_public_radio-news-display.php?articles_id=1297059078 (consultado 7 febrero 2011).

tro América y Asia explota en esta década, engrosando las filas del ejército laboral de reserva y provocando un significativo retroceso en el desarrollo de la población hispana.(44)

Los años recientes han sido una extensión de las circunstancias heterogéneas que vive la comunidad latina en Houston. Con la nueva oleada migratoria de las últimas décadas del siglo veinte, se ha observado un alto crecimiento en el porcentaje de esta población que se encuentra en estado de pobreza. Según el censo del año 2000, en 1999 el ingreso medio de los habitantes hispanos de Houston era de \$10,640 dólares y 36,531 familias vivían por debajo del nivel de pobreza (185,326 individuos), representando el 25.36% de la población hispana total. En comparación, 41,439 individuos de raza blanca (6.88%) vivían en la pobreza y el ingreso medio per capita era de \$36,986 dólares anuales. (45) En las encuestas realizadas por el Departamento de Sociología de la Universidad de Rice en los años 2001 a 2005, el 65% de los inmigrantes latinos y 39% de los hispanos nacidos en los EE.UU. reportaron ganar menos de \$25,000 dólares, mientras que sólo el 19% de la población anglo reportaba ingresos similares.(46)

Sin embargo, el reciente acceso a nuevas oportunidades educativas y laborales ha impulsado también el ensanchamiento de la clase media y alta hispana conformada por un pequeño número de profesionales y empresarios. Algunos individuos, hombres y mujeres, que se han asimilado mejor al sistema local han conseguido importantes avances, tanto personales como para la comunidad latina, como la creación de una Cámara de Comercio Hispana o la Barra de Abogados Hispanos, todo sin cambiar la estructura socioeconómica establecida; demostrando un gran ímpetu de permanencia y estabilidad, así como el deseo generalizado entre la población latina de legitimar su posición en el mosaico social.(47)

A parte de la realidad histórica particular que ha vivido la comunidad México-americana en Houston desde su origen, es necesario considerar las circunstancias que le aquejan como parte integral de un ambiente social determinado. Tomando en cuenta las dos tendencias que caracterizan el estado ideológico de la conservadora ciudad de Houston —el mito de la auto-

⁴⁴ Rodríguez, N. P. "Economic Restructuring and Latino Growth in Houston", p. 113.

⁴⁵ U.S. Census Bureau. *Census. 2000. Demographic Profile Highlights*. En línea, URL: http://factfinder.census.gov/home/saff/main.html?_lang=en (consultado 4 de septiembre 2010).

⁴⁶ Klineberg, Stephen. s.f. *Public Perceptions in Remarkable Times: Tracking Change Through 24 Years of Houston Surveys*. Houston: Department of Sociology, Rice University. En línea, URL: <http://has.rice.edu/default.aspx?id=30&linkidentifier=id&itemid=30> (consultado el 4/10/2010), pp.26-27.

⁴⁷ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, pp. 240-242.

suficiencia del individuo y la fe ciega en los beneficios del libre comercio—, un sentimiento de recelo hacia las instituciones públicas y gubernamentales, movimientos sociales progresistas y cualquier tipo de apoyo a las minorías desaventajadas permea implacablemente todos los aspectos de la vida comunitaria. Estas tendencias terminan por afectar a todas las clases y grupos sociales sin importar su condición, raza o nacionalidad, aún más que cualquier otro mecanismo de represión explícita, al tiempo que exacerban los conflictos entre grupos sociales que ven al ‘otro’ como competencia y origen de sus problemas.

Análisis sociosemiótico del espacio urbano de la comunidad México-americana

La introducción anterior ilustra el contexto histórico del asentamiento de la población mexicana en un inicio y, posteriormente, México-americana e hispana conforme avanza el siglo veinte en Houston. A partir de esta historiografía, en conjunto con la historia urbana de Houston, es posible construir un modelo sociosemiótico que explique la forma física que se deriva de estas circunstancias; así como la forma en que ésta última reproduce las condiciones sociales de las que se origina.

Como se ha comentado, es posible extraer de la teoría sociosemiótica la premisa de que los sistemas *ideológicos* alimentan los procesos de *producción* y *consumo* de los símbolos materiales de la cultura social, entre ellos el espacio urbano. Por tanto, se determina que las *diferencias ideológicas* existentes entre los distintos agentes sociales partícipes en estos procesos tienen ciertas consecuencias en la morfología final de estas representaciones materiales. Así, por ejemplo, la exagerada escala y ornamentación de un trono real cancela la función primaria de la silla porque *ideológicamente* es más importante expresar la riqueza y magnificencia del monarca (por ende, su poder) sobre todo lo demás, incluido la comodidad del individuo. En este caso, una determinada ideología —la comunicación simbólica— triunfa sobre otra —la función ergonómica—.

Aunque la simplificación de este ejemplo impide determinar de quién es la decisión de colocar una función en primer plano aún a expensas de la otra, no es difícil imaginarse esta situación extrapolada a un nivel más complejo en las relaciones sociales. Así, por ejemplo, podría plantearse un cierto grupo de consejeros reales que, convencidos de la efectividad de los símbolos —del poder *fetichista* de los objetos sobre la psique humana—, recomendaran un opulento despliegue de formas y objetos decorativos en el asiento real. Mientras tanto, otro grupo de asesores, parciales a la consideración de que la salud del rey podría beneficiarse de

un buen soporte para su osamenta, le sugirieran la utilización de un trono más adecuado para sentarse cómodamente. En este caso, dos posturas ideológicas contrarias combatirían por establecer su dominio sobre las características del objeto en cuestión. Cuando un compromiso entre éstas no es alcanzado, los contrastes o contradicciones entre ellas pueden ser descubiertos en el objeto material-cultural realizado, o, parafraseando a Muntañola, en la *osificación* de las *mitologías*.

Las acciones de estos agentes y la ideología o ideologías detrás de ellas —o, lo que es lo mismo, la expresión física y substancia conceptual que la soporta— pueden ser descubiertas a través del modelo semiótico de Hjelmslev tal como es aplicado al espacio por Gottdiener y Lagopoulos. A partir de este punto, la pregunta que surge es: ¿Cómo se puede aplicar este esquema al caso de la participación de la comunidad mexicana en la producción del espacio urbano de Houston?

Substancia del contenido: Ideología no codificada en Houston

Primeramente, es preciso analizar el contexto ideológico detrás del proceso de producción en este contexto particular. En la introducción de este capítulo y en el capítulo primero de esta investigación ya se ha comentado con detalle sobre la evolución histórica de la ciudad de Houston, así como el desarrollo de la comunidad hispana en este asentamiento urbano. Sobre todo, se ha puntualizado en el papel de la ideología capitalista en el desarrollo urbano personificada en la coalición pro-desarrollo entre empresarios y políticos. De acuerdo con esas observaciones es posible aventurar una clasificación de este proceso que siga las tres etapas de los cambios estructurales ocurridos durante esta historia, divididos en:

- 1) Fundación de la ciudad y expansión agraria-mercantil (1836 - 1900);
- 2) Industrialización (1900 - 1960);
- 3) Etapa post-industrial o capitalismo tardío (1960 - a la fecha).

Cabe aclarar que estas etapas se solapan y comparten ciertos elementos en común, transformándose paulatinamente de una a otra (e.g., el comercio del algodón a principios de siglo a la par de la explotación petrolera y manufacturera de la etapa industrial). Además, es visible su identificación con el desarrollo general del capitalismo, pasando de la acumulación primitiva a la producción industrial y, finalmente, a la expansión de la industria de servicios, la hegemonía del capital financiero y la globalización de los mercados en su etapa tardía.

La ideología dominante en el desarrollo del panorama sociofísico houstoniano históricamente no se ha apartado de la ideología que satura al modo de producción capitalista. Esta se centra en la acumulación por la acumulación misma; el crecimiento desmedido; y la explotación de la mano de obra. Durante la primera etapa, se centra en la acumulación primitiva, es decir, la explotación de los recursos primarios de la tierra y en establecimiento de la infraestructura necesaria para esta empresa. En la segunda etapa se diversifica esta actividad, pero no su cometido. La industrialización está más presente en la escena local y, al igual que el resto de las naciones capitalistas, a finales del siglo veinte se desindustrializa el crecimiento económico.

A su vez, esta ideología se ve acompañada en el caso de Houston de otras de carácter cultural cuyo origen está en la cultura anglosajona de los primeros colonizadores. Esta ideología se ve marcada por un alto grado de *privatismo*, una actitud menospreciativa hacia otras culturas y una relación pragmática (poco afectiva) con la tierra y sus recursos.

Por otra parte, el crecimiento de Houston es posible mediante la atracción de los inmigrantes hacia la incipiente ciudad a partir de principios del siglo veinte; misma que tiene su origen en la creciente necesidad de mano de obra barata no suplida por los esclavos afroamericanos para su desarrollo. Como comentan acertadamente Shelton, y compañía: “Desde principios de los 1900s el desarrollo económico de Houston ha involucrado una infusión de energía hispana en la forma de miles de trabajadores [...] la maquinaria de crecimiento urbano no solamente corre con el combustible del capital sino principalmente con la energía de los trabajadores de la ciudad”.(48)

Consecuentemente, de acuerdo con la documentación histórica presentada respecto a la comunidad mexicana e hispana, es posible clasificar su experiencia y relaciones con otros grupos socioculturales trazando líneas paralelas entre éstas y las distintas etapas de desarrollo urbano planteadas:

1. Primera etapa (1836-1900): pequeña comunidad, mayormente de campesinos y obreros.
2. Segunda etapa (1900-1960): Maquiladores, campesinos, estibadores, trabajadores del ferrocarril, empleados de piso en las fábricas, algunos comerciantes y profesionales.

⁴⁸ Shelton, B. A. *et al.* *Houston: Growth and Decline*, p. 93.

3. Tercera etapa (1960-a la fecha): Trabajadores de la construcción, campesinos, dependientes, empleados de bodega, meseros, garroteros, maestros, profesionales, servidores públicos, etcétera.



Fig. 27.- Evolución diacrónica de la concepción espacial y la comunidad México-americana en Houston.

Fuente: Autor.

La combinación de estos factores ideológicos en la producción del significado espacial conforma la substancia del contenido. Esta puede ser expresada de la siguiente manera:

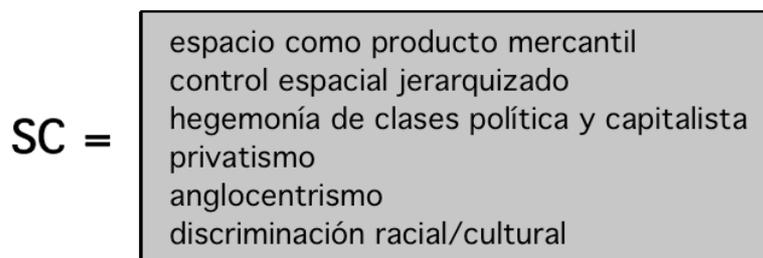


Fig. 28.- Substancia del contenido (SC) del signo espacial de Houston.

Fuente: Autor.

Forma del contenido: Ideología codificada — el sintagma urbano tejano-americano

Mientras que la traza de la forma urbana de Houston exhibe las características del desarrollo urbano norteamericano tal como ha sido explicado innumerables veces por las corrientes principales del urbanismo moderno, ninguna de estas descripciones se ha centrado en la influencia que ciertos agentes tienen en la dirección que toma este desarrollo. Así, por ejemplo, una descripción convencional del desarrollo urbano del espacio houstoniano indicaría:

1. Asentamiento inicial cerca de una fuente de agua potable.
2. Traza urbana inicial basada en una retícula ortogonal regular.

3. Expansión residencial alrededor de las fuentes primarias de trabajo.
4. Desarrollo comercial de la zona central.
5. Expansión concéntrica de la ciudad.
6. Abandono de la zona central y desarrollo de suburbios en la periferia.
7. Ordenamiento territorial orgánico de acuerdo con el uso de suelo (residencial, industrial, comercial).
8. Segregación de espacios según clase social, raza y etnia.
9. Transición natural de un grupo social a otro en una zona urbana dependiendo del nivel de desarrollo de la comunidad (e.g., grupos étnicos asentados en el centro urbano abandonado por anglos).

Como tal, el desarrollo de Houston encaja perfectamente como paradigma del código urbano establecido por la corriente teórica principal del urbanismo. No obstante, la revisión historiográfica de este desarrollo logra develar las circunstancias que escapan de esta explicación convencional —que es más descriptiva que explicativa—, como el papel de los mecanismos ideológicos para manipular el comportamiento de ciertos grupos sociales o la influencia del capital económico y político en la dirección del crecimiento urbano.

En otras palabras, el análisis del proceso histórico del tejido urbano descubre los motivos ulteriores a su morfología. Por ejemplo, el hecho de que la ciudad de Houston fuera fundada en la zona de la pantanosa ribera del Río Búfalo tiene más que ver con el beneficio económico que los hermanos Allen podían obtener al planificar la ciudad en terrenos inservibles para la siembra, que en la decisión colectiva de un grupo sociocultural determinado para asentarse en un lugar geográfico específico que tuviera ciertas características convenientes para la supervivencia del grupo (como la posibilidad de pescar en el río o sembrar en el suelo fértil de la ribera).

Igualmente, este análisis sirve para revelar el papel de los actores sociales mayormente involucrados en éste y, a su vez, establecer la ideología o ideologías dominantes que lo fundamentan, por ejemplo, la concepción del espacio como un producto mercantil de intercambio, o el papel de una coalición pro-desarrollo conformada por miembros de las clases política y capitalista.

En el contexto multicultural estadounidense estas relaciones socioeconómicas tienen además un componente racial, en las cuales una raza (anglosajona) predomina sobre las demás, im-

poniendo un sistema de valores determinados en el espacio urbano. Consecuentemente, en ciudades “globales” como Houston, que contienen un alto grado de diversidad racial y cultural, la naturaleza de las relaciones interraciales e interculturales constituyen una parte importante en las circunstancias que definen la agencia de uno u otro grupo respecto a la producción del espacio urbano.

Como se ha observado, en la ciudad de Houston, la hegemonía cultural angloamericana se basa en la represión de discursos culturales distintos. Debido a que la agencia está determinada por la posición económica, política y cultural de cada grupo en el mosaico de relaciones de la sociedad en su conjunto, la comunidad mexicana se encuentra en una posición desventajosa para ejercer su influencia en la producción de su espacio inmediato.

De acuerdo con esto es posible inferir en el discurso ideológico que rige el desarrollo urbano de Houston al menos tres códigos o mitologías principales y varios corolarios que se desprenden de estas:

1. Expansión espacial como actividad productiva — el espacio como producto.
2. Fragmentación del espacio para su privatización y mercantilización — dominación de la coalición capital-política.
3. Segregación espacial de acuerdo a las diferencias raciales-culturales — hegemonía anglosajona.

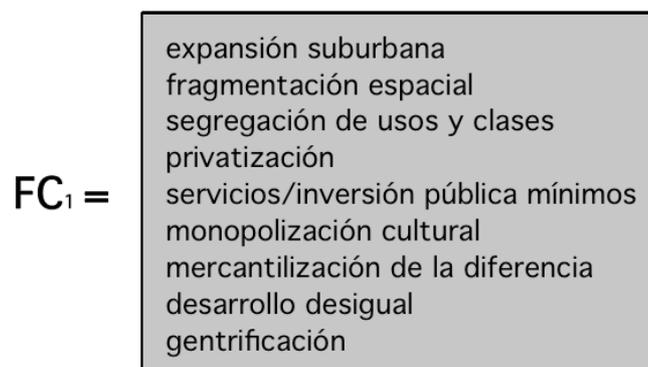


Fig. 29.- Forma del contenido (FC₁) del signo espacial de Houston.

Fuente: Autor.

Como también se ha precisado anteriormente, la heterogeneidad de la experiencia social de los mexicanos, méxico-americanos e hispanos en esta ciudad es notable, las sutiles y no tan sutiles diferencias de posición económica, tiempo de residencia, aculturación y bagaje cultural descompone este grupo sociocultural mayor en distintos subgrupos que conciben, viven y

perciben el espacio urbano de distinta manera.

Si dialécticamente la identidad sociocultural está definida por la coyuntura entre el espacio, la historia y el cuerpo, o lo que es lo mismo, el Ser (*res cogita*) y el lugar (*res extensa*), luego entonces, este espacio no será una repetición del espacio 'mexicano' —si es que algo tan vasto y ambiguo puede definirse tal cual—, pero tampoco lo será de otros espacios 'anglos' en Norteamérica. El espacio México-americano de Houston deberá corresponder a los efectos de las fuerzas externas e internas que negocian su configuración, incluyendo el bagaje cultural de sus habitantes, así como las significaciones que de éste extraigan tanto México-americanos como anglos, afroamericanos y demás, como individuos y como grupos sociales. Consecuentemente, el desarrollo del espacio hispano urbano es igualmente heterogéneo y difícil de catalogar.

Más aún, considerando que la percepción de este espacio está invariablemente supeditada a distintos factores sociales otros que la condición económica —entre ellos, género, edad, bagaje cultural, y, en menor grado, familiaridad con el contexto— que subjetiviza la experiencia del espacio. Por tanto, cabe advertir sobre la parcialidad de un análisis sociosemiótico, como el presente, que no incluya un exhaustivo inventario de la población que habita el espacio estudiado.⁽⁴⁹⁾ Una empresa así esta fuera del alcance de esta investigación, pero la disponibilidad de dicha información en el futuro sería de gran ayuda a investigaciones posteriores.

No obstante, a nivel general, la correlación entre raza/cultura, condición social y distribución espacial en Houston, es bastante clara, distribuyendo a la población de la ciudad de acuerdo a raza y niveles de ingreso. Esta distribución conforma segmentos expresamente divididos a lo largo de los bordes que representan las autopistas, el Río Búfalo y sus tributarios, como demuestra la representación geográfica de los últimos censos de población realizados. (Figs. 30 a 33)

⁴⁹ Cf. Lagopoulos, A. *Meaning and Geography: The Social Conception of the Region in Northern Greece*. Berlin; New York: Mouton de Gruyter.

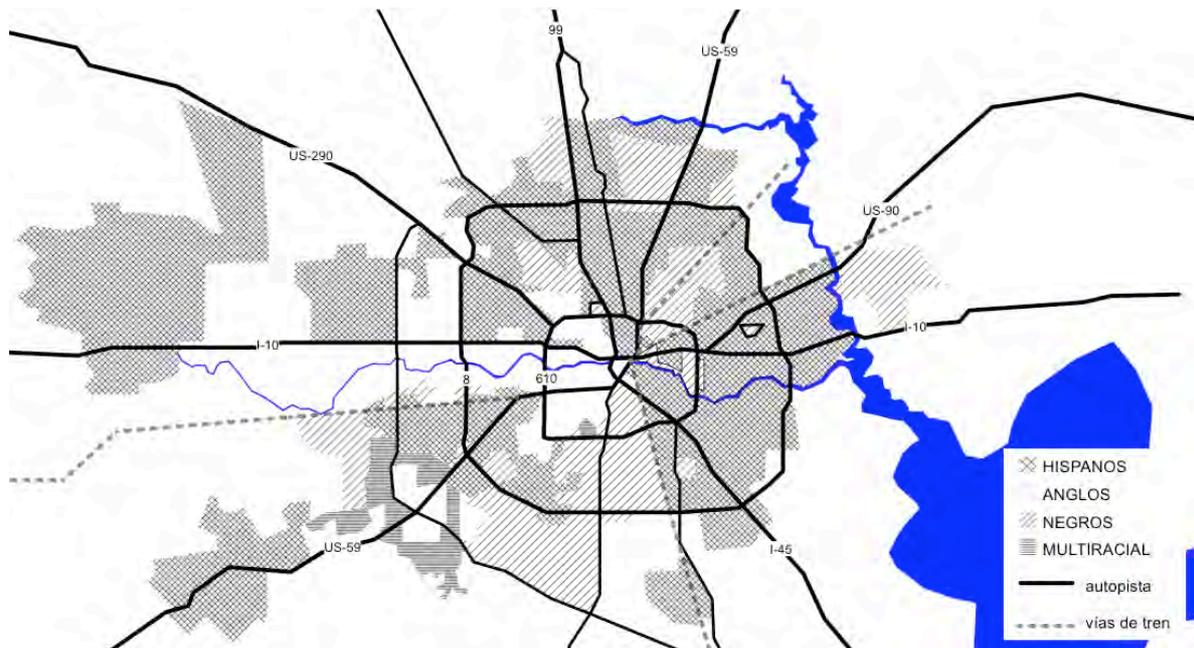


Fig. 30.- Distribución racial de Houston.

Fuente: Autor, a partir de datos del censo de población 2010, US Census Bureau y el New York Times (“Mapping the 2010 U.S. Census; en línea, URL: <http://projects.nytimes.com/census/2010/map>).

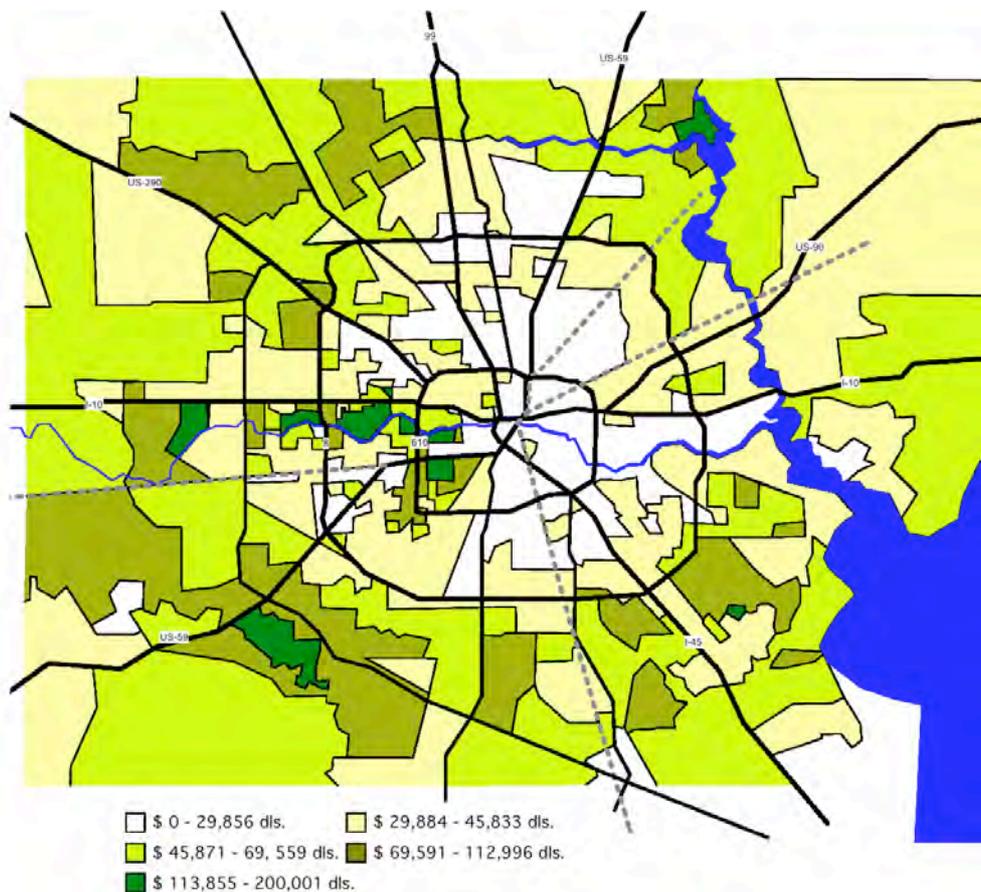


Fig. 31.- Distribución económica según ingreso anual por familia en Houston.

Fuente: Autor, a partir de datos del censo de población 2010, US Census Bureau.

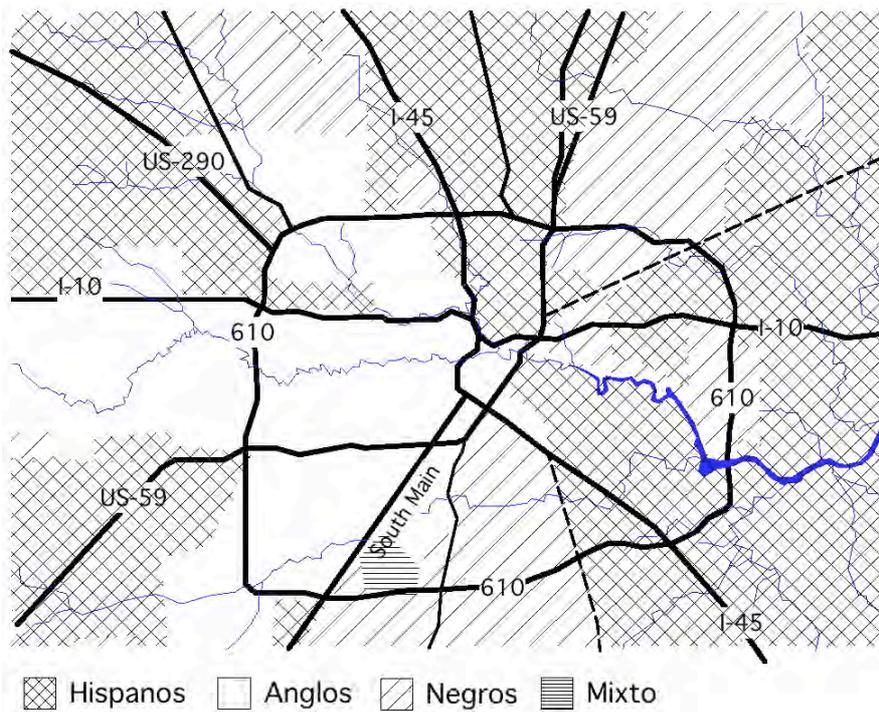


Fig. 32.- Distribución racial de Houston — Inner Loop.

Fuente: Autor, a partir de datos del censo de población 2010, US Census Bureau y el New York Times (“Mapping the 2010 U.S. Census; en línea, URL: <http://projects.nytimes.com/census/2010/map>).

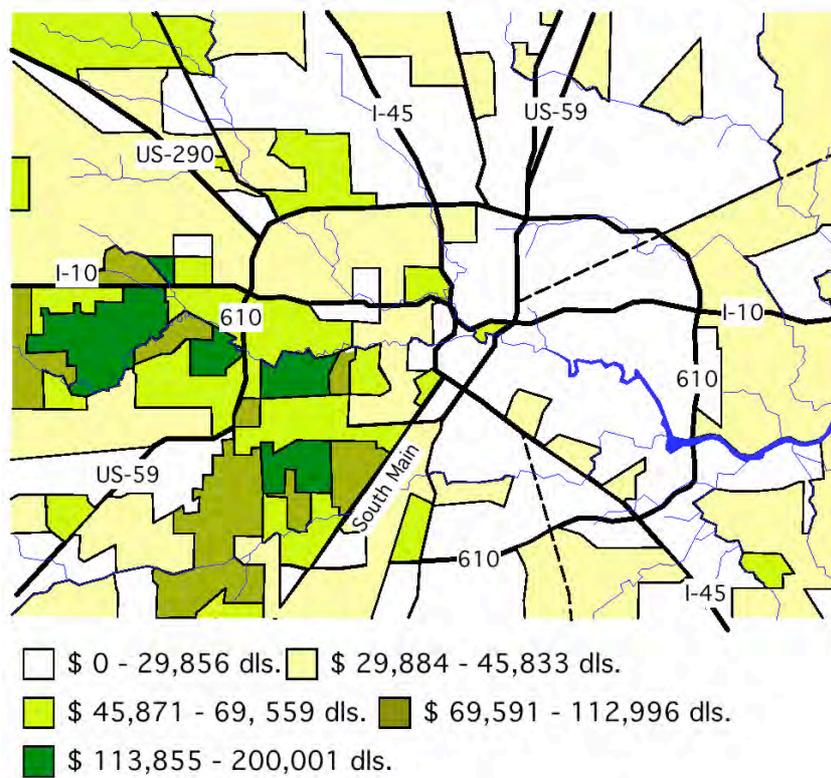


Fig. 33.- Distribución económica según ingreso anual por familia en Houston — Inner Loop.

Fuente: Autor, a partir de datos del censo de población 2010, US Census Bureau.

Ahora bien, debido a la temporalidad inherente al concepto de 'cultura' es necesario reconocer la manera en que las transformaciones espaciales se ven asociadas con los cambios sociales ocurridos a lo largo de la historia. Así, por ejemplo, las diferencias de actitud respecto a las relaciones interculturales han sufrido una serie de transformaciones a lo largo del siglo veinte pasando por una etapa "moderna" en la primera mitad del siglo, caracterizada por la discriminación abierta hacia las minorías raciales, seguida de la etapa "posmoderna" de las relaciones, definida por la aparente aceptación del "multiculturalismo" y la tolerancia a la diversidad.

Similarmente, en el espacio urbano de Houston, de acuerdo con el sociólogo Jan Lin, es posible descubrir las manifestaciones de estos cambios sociales en la explosión de lugares "étnicos" como consecuencia de la globalización del capitalismo tardío de la segunda mitad del siglo veinte pero también de la nueva sensibilidad "tolerante" del Posmodernismo.(50)

De acuerdo a Lin, a diferencia de las décadas de desarrollo urbano de la primera mitad del siglo veinte y la época de la posguerra, a partir de los años setentas en las ciudades americanas "han resurgido los lugares étnicos como distritos de importancia en un ambiente de desarrollo 'posmoderno' en el cual la cultura urbana tiene un potencial de preservación y persistencia más fuerte".(51) Para el sociólogo, en Houston esto es aparente en la postrimería de la recesión económica de los años ochenta en la que "'empresarios de lugares' étnicos han emergido para ganar la atención de una 'máquina de desarrollo' municipal que incorpora selectivamente sus esfuerzos dentro de los proyectos de rehabilitación de la ciudad central y el turismo urbano".(52)

Estos sucesos difieren de las décadas anteriores de desarrollo urbano correspondiendo a la época del movimiento moderno en urbanismo y arquitectura durante los cuales los barrios étnicos eran "mayormente 'invisibles' para las clases media y elite de Houston, debido a que generalmente habitaban terrenos no deseados adyacentes al centro urbano y en el lado este industrial de la ciudad".(53) Igualmente, a diferencia de los procesos de descentralización característicos del modernismo tardío de la era de la posguerra, estos nuevos desarrollos urbanos étnicos corresponden al surgimiento de los movimientos civiles en favor de los dere-

⁵⁰ Lin, Jan. 1995. "Ethnic Places, Postmodernism, and Urban Change in Houston". *The Sociological Quarterly*, Vol. 36, No. 4. s.l.: Blackwell Publishing, pp. 629-647. En línea, URL: <http://www.jstor.org/stable/4121344> (consultado el 10/7/2010).

⁵¹ *Op. Cit.*, p. 629.

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Op. Cit.*, p. 633.

chos de las minorías y un resurgimiento del interés en desarrollar la ciudad central, por muchos años abandonada.(54)

Analizándolo desde la perspectiva de la relación entre el capital y el espacio urbano, es posible advertir cómo estos desarrollos en Houston se han convertido en un medio para desviar la inversión capitalista de la industria petrolera en declive durante la recesión, así como de la sobreproducción de edificios de oficinas genéricos y conjuntos de apartamentos esparcidos por la ciudad. Como ya se ha comentado, en los años 1980s, la riqueza acumulada en Texas por la inflación petrolera de los setenta encontró en el mercado inmobiliario un atractivo lugar de refugio, construyendo decenas de magníficos rascacielos a la vez que proveía de, en palabras de Joel Barna, “un retorno derivado de la inflación que igualaba o superaba el retorno especulativo del negocio petrolero”.(55)

La desregulación gubernamental de las instituciones financieras que permitió este desvío, causando, en palabras de Joel Barna, “una hemorragia de capital hacia los bienes raíces justo cuando tenía menos sentido”, fue un factor determinante en la producción del espacio urbano houstoniano durante estos años.(56) El posterior colapso del mercado inmobiliario en Texas a finales de los ochentas provocó a su vez la quiebra de las mismas instituciones financieras que ayudaron a crearla, además de un excedente en lotes baldíos, oficinas abandonadas y miles de casas requisadas. De tal forma, la significación del contexto construido se ve re-semantizada por las transformaciones coyunturales de la realidad social. “Visto en este contexto”, comenta Barna, “los monumentos verticales intencionados por sus constructores y arquitectos para representar la vitalidad económica de regiones enteras, han terminado como monumentos a una colosal tragedia social”.(57)

Conjuntando este movimiento de capital al segundo circuito con la nueva sensibilidad “multicultural”, los intereses de cierto grupo de inversionistas capitalistas confluyen durante estos años con el de los preservacionistas históricos y los representantes de las minorías étnicas que buscan señalar la presencia histórica del grupo en cuestión (sean México-americanos, chinos, o afroamericanos) mediante la incorporación de elementos vernáculos en la produc-

⁵⁴ *Op. Cit.*, pp. 632-634.

⁵⁵ Barna, Joel Warren. 1992. *The See-Through Years: Creation and Destruction in Texas Architecture and Real Estate, 1981-1991*. Houston: Rice University Press, p. 25.

⁵⁶ *Op. Cit.*, p. 27.

⁵⁷ *Op. Cit.*, p. 32.

ción de estos nuevos espacios urbanos y la supuesta participación de la comunidad.(58)

Particularmente, en relación con la comunidad mexicana houstoniana, estos esfuerzos se representan visiblemente en el proyecto de 'El Mercado del Sol', el desarrollo de la ribera del Río Búfalo en su parte correspondiente al Segundo Barrio y Magnolia Park, y en la construcción del supermercado "étnico" de Harrisburg Plaza, en la intersección de Harrisburg Boulevard y Wayside Drive. Estos proyectos han sido promovidos por la Cámara de Comercio del Área Este (59) de la ciudad como una forma de revitalizar la economía de la zona.

No obstante, como señala Lin, estos desarrollos pueden ser vistos como "narrativas urbanas nostálgicas" cuyo objetivo es la comodificación del paisaje mediante el consumo turístico. Al mismo tiempo, dichos proyectos básicamente "camuflajan" el trasfondo histórico de lucha de clases y grupos étnicos mientras que los grandes desarrolladores y el gobierno de la ciudad se ven extraordinariamente beneficiados, a diferencia de los pequeños comercios, los habitantes de la zona y los trabajadores de servicio que son empleados en estos "mercados festivos".(60) Además, como comenta Lin, estos desarrollos pueden ser vistos estrictamente como un aspecto más de la "canibalización neocolonial" o del "reciclamiento" de la cultura latina por parte de Estados Unidos, "proyectando una imagen distorsionada de la comunidad y los asentamientos latinos en Houston".(61)

Finalmente, cabe señalar la aguda observación del sociólogo Stephen Klineberg respecto a la manera en que las actitudes para con la población México-americana en Houston varían de acuerdo con las presiones ejercidas sobre la sociedad en su conjunto a consecuencia de las transformaciones del ambiente económico. Por ejemplo, en 1997 el 39% de los residentes locales consideraban que la nueva inmigración "fortalecía mayormente la cultura americana", porcentaje que fue aumentando paralelamente con el bienestar económico, pasando a 54% en el 2001 y 57% en el 2005.(62) Tan sólo un año después, en el 2006 "todas las mediciones relevantes indicaban una creciente hostilidad, y la animosidad se incrementó más en el 2008".

⁵⁸ *Op. Cit.*, pp. 38-42, 180, 187-188.

⁵⁹ East End Chamber of Commerce.

⁶⁰ Lin, Jan. "Ethnic Places", p. 638.

⁶¹ *Op. Cit.*, pp. 638-639.

⁶² Klineberg, Stephen. s.f. *An Overview of Immigration History and Attitudes in Harris County, Texas, Based on the Houston Area Survey*. Houston: Department of Sociology, Rice University. En línea, URL: <http://has.rice.edu/default.aspx?id=30&linkidentifier=id&itemid=30> (consultado el 4 de septiembre 2010), p. 8.

(63) Para el año 2008, el porcentaje de residentes que consideraban que habría que tomar acción para reducir el número de nuevos inmigrantes alcanzaba ya el 63% de la población.(64) (Fig. 34)

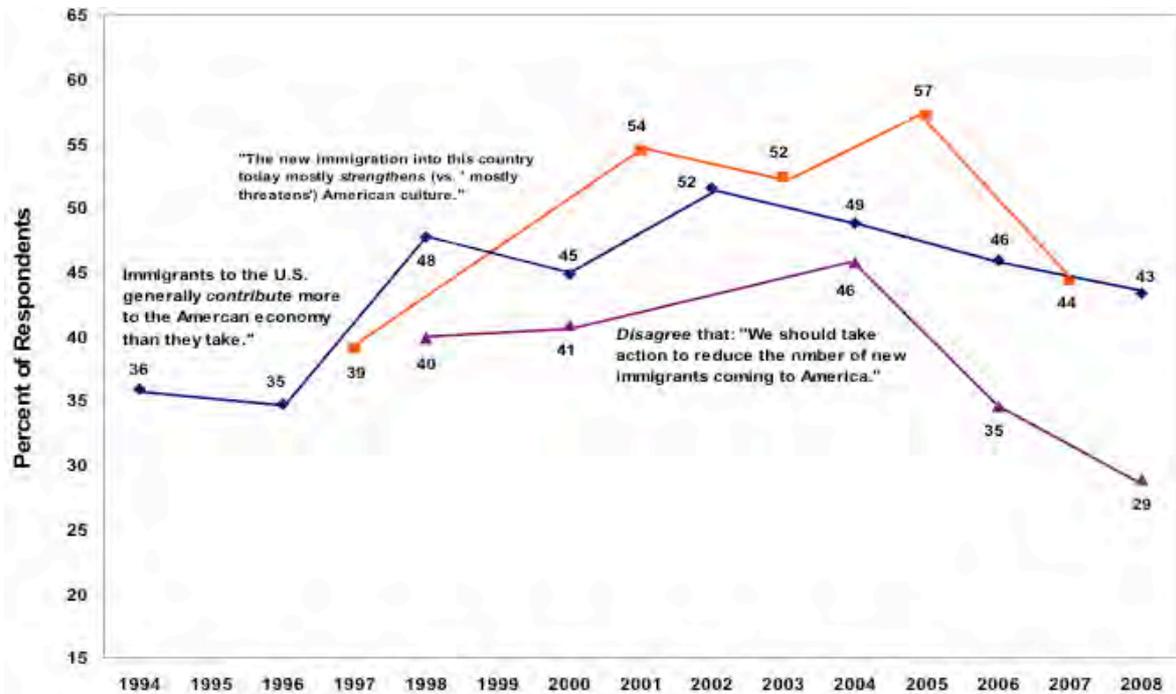


Fig. 34.- Cambio en la percepción de la población hacia los inmigrantes (1994 - 2008).

Fuente: Klineberg, S. *An Historical Overview of Immigration in Houston*.

Forma de la expresión: el paradigma espacial México-americano en Houston

Diacrónicamente, es factible observar el papel de la comunidad mexicana en la producción del espacio urbano houstoniano de acuerdo con las tres etapas históricas definidas anteriormente y ver reflejadas estas características en su desarrollo.

Primera Etapa — 1836 a 1950

Durante las primeras décadas de desarrollo, la ciudad de Houston presenta un espacio prácticamente homogéneo, conformado mayormente por dos grupos sociales: anglos y afroamericanos, segregados según raza y condición social. A partir del desarrollo industrial de principios de siglo, este espacio se diversifica a partir de la incipiente inmigración internacional (sobre todo mexicanos, pero también europeos y asiáticos), y regional (nativos americanos, afroamericanos y México-americanos).

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ *Ibid.*

A pesar de que el espacio urbano se diversifica, éste permanece segmentado. La comunidad mexicana se asienta cerca de sus lugares de empleo, concentrándose en un área delimitada (el Segundo Barrio y Magnolia Park). Algunos casos de integración al espacio de la clase media anglosajona ocurre por parte de algunos miembros de la elite profesional y comercial mexicana. Durante estos años (anteriores a la Depresión de 1930), la *colonia* mexicana conforma un espacio urbano social rico en manifestaciones culturales, como periódicos, clubes sociales, instituciones religiosas, y redes de apoyo para los recién llegados o los más desprotegidos.

El aislamiento socio-geográfico y el constante arribo de nuevos inmigrantes garantizan la continuidad cultural de las tradiciones mexicanas, como el lenguaje, las fiestas religiosas, la comida, etcétera. No obstante, en el contexto construido no se observan trazas significativas de identidad cultural. El motivo principal de esto es el alto costo que implica intervenir a esta escala. Con una condición general de austeridad económica dentro de la comunidad mexicana y una visión negativa de lo mexicano por parte de la sociedad dominante, el papel de este grupo social en la conformación del espacio urbano queda invariablemente mermado.

Algunas pequeñas manifestaciones simbólicas de la cultura mexicana ocurren dentro de este panorama. Estas son comúnmente dirigidas por la clase media mexicana, comerciantes y profesionales, produciendo gestos simbólicos de apropiación de espacios públicos que indican la presencia mexicana en la ciudad (e.g., la compra de un pequeño terreno en Magnolia Park y su donación a la ciudad de Houston para la construcción del parque Hidalgo y del quiosco que lo acompaña).⁽⁶⁵⁾ (Fig. 35)

⁶⁵ Fox, S. *Houston Architectural Guide*, p. 169.



Fig. 35.- Quiosco central en el Parque Hidalgo en Magnolia Park.

Fuente: Autor.

Comparado a la luz de otras intervenciones ocurridas en estos años —por ejemplo, los trabajos de dragado del Río Búfalo y la construcción del muelle, o el opulento desarrollo suburbano de River Oaks— las acciones de la comunidad mexicana tal vez no hayan causado un gran efecto en la forma urbana de Houston. No obstante, dentro de la comunidad representan símbolos de pertenencia y sirven para reproducir un ambiente familiar más navegable para quienes no dominan las convenciones sociales locales.

Segunda Etapa — 1950 a 1970

El espacio social de las comunidades de color (latinos y afroamericanos) adquiere una mayor relevancia en la arena política y económica durante esta segunda etapa, sobre todo durante las décadas de los 60s y 70s. Los problemas urbanos que aquejan mayormente a los más desprotegidos, comienzan a observarse como derivados del desarrollo desigual del sistema capitalista. El activismo político, tanto a nivel local como nacional, consigue la atención del gobierno a los problemas de habitación, salud y educación de estos grupos.

Un ejemplo de esto fue la implementación de programas de vivienda pública. A pesar de que en Texas la construcción de este tipo de vivienda no era apreciada (siguiendo la filosofía hegemónica del libre mercado, éste proveería de vivienda adecuadamente sin necesidad del gobierno) se logra la construcción de algunas unidades habitacionales públicas en Houston. Dos de las más representativas son: Allen Parkway Village en el Cuarto Distrito, construida en 1944 y Clayton Homes en el Segundo Barrio, construida en 1952.

La primera, llamada en un inicio San Felipe Courts fue construida en el vecindario históricamente afroamericano del Cuarto Distrito, demoliendo *de facto* una extensa área de esta zona y desplazando a miles de afroamericanos para alojar exclusivamente a familias anglosajonas.⁽⁶⁶⁾ En 1964 se le cambia el nombre a Allen Parkway Village, pero no es hasta 1968 que, gracias al activismo nacional para ponerle fin a la segregación racial, se abre este conjunto a la ocupación de personas de color.⁽⁶⁷⁾

Por su parte, Clayton Homes, ubicado a unos metros de la histórica Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe en el Segundo Barrio, fue construida para alojar a 2,500 familias méxico-americanas.⁽⁶⁸⁾ Aunque no fuera motivo de la controversia y los conflictos que inundaron el Allen Parkway Village, su construcción tuvo una fuerte oposición cuando el alcalde Holcombe convocó a un referéndum en 1950 para la edificación de ésta y varias más unidades habitacionales. Agrupaciones de desarrolladores privados, bancos y políticos libertarios (por ejemplo, el Consejo por la Libre Empresa) lanzaron una campaña negativa contra la propuesta de Holcombe, derrotándola en las urnas. Solamente gracias a la intervención de Susan Vaughan Clayton (esposa del algodónero y político William Clayton), quien donara los terrenos para su construcción, pudo ver la luz este desarrollo habitacional. Éste fue el último proyecto de vivienda pública en Houston en 23 años.⁽⁶⁹⁾ (Fig. 36)

⁶⁶ Aún en la práctica de asistencia pública social, el racismo es aparente en la adjudicación de vivienda, créditos y demás. Esto persiste a la fecha, discriminando a granjeros, indigentes y necesitados por el color de su piel; véase, por ejemplo, las recientes demandas civiles de granjeros afroamericanos "Pigford vs. Glickman" y "Brewington vs. Glickman". En línea, URL: http://www.blackfarmcase.com/index.php?option=com_content&view=article&id=46&Itemid=53.

⁶⁷ En 1964, gracias al Decreto oficial de los Derechos Civiles, la segregación y el racismo explícito quedaban prohibidos por ley, pero la práctica era muy distinta: al tiempo que se abre el conjunto a la habitación de afroamericanos, la Autoridad de Vivienda de la Ciudad de Houston (HACH) decide que no es costeable seguir manteniéndolo y tan sólo unos años más tarde, a pesar de recibir varios millones de dólares para su cuidado y operación, y a sabiendas de la escasez de vivienda pública, comienza a tramar planes para su demolición y la subsecuente venta del terreno. (Cf.: Lang, Curtis, "A Depleted Legacy: Public Housing in Houston", *Cite*, no. 33, 1995, pp. 10-15).

⁶⁸ De León, A. *Ethnicity in the Sunbelt*, p. 101.

⁶⁹ Lang, Curtis, "A Depleted Legacy", p. 11.



**Schrimpf's Field, circa 1955, with the Clayton Homes and US 59 construction.
Photo courtesy of TxDOT.**

Fig. 36.- Vista aérea de Clayton Homes en el Segundo Barrio; a la derecha, construcción de la autopista 59.
Fuente: Departamento de Transporte de Texas (TxDOT), en línea, (URL: <http://www.dot.state.tx.us/>).

En cuanto al papel de la clase media en la producción del espacio urbano local durante esta época, ésta puede ser ilustrada con el ejemplo del empresario mexicano Félix Tijerina, restaurantero y activista político. Tijerina emigró a Texas a corta edad del Estado de Nuevo León junto con su madre y hermanas a causa de la Revolución Mexicana. Nunca fue a la escuela y trabajó desde pequeño en los campos algodoneros y en las fábricas locales, así como en varios restaurantes de la ciudad. Con el tiempo pasó de ser garrotero y mesero en un restaurante de comida mexicana a abrir su propio restaurante de comida tex-mex en 1929. A la larga Tijerina construyó siete establecimientos populares en Houston y el área conurbada. (Fig. 37)



Fig. 37.- Felix Restaurant.

Fuente: Loopnet (URL: www.loopnet.com).

Su compromiso con la comunidad mexicana lo impulsó a varios puestos de liderazgo en asociaciones civiles y políticas como el de presidente nacional de LULAC (de 1956 a 1960), o puestos públicos, como el de director de la Autoridad de Vivienda de la Ciudad de Houston. Igualmente, es ampliamente reconocido por su programa educativo *Pequeñas Escuelas de 400*, en las cuales se enseñaba inglés a niños inmigrantes en edad preescolar a base de 400 palabras básicas. El programa, originalmente financiado por el propio Tijerina, tuvo tanto éxito en Houston que fue adoptado por la Agencia Central de Educación del gobierno regional e implementado por todo el Estado de Texas. Esto representó un importante avance para la integración de la comunidad hispana a la sociedad americana.⁽⁷⁰⁾

Tercera Etapa — 1970 a la fecha

Como se ha comentado, la actividad política de las minorías, los estudiantes, trabajadores y el descontento general de la población ante las desigualdades, conflictos bélicos y discriminación que ocurren en los Estados Unidos durante la segunda mitad de los años sesenta y principios de los setenta, estimulan, entre otras cosas, el '*derecho a la diferencia*'. México-americanos exigen sus derechos, como trabajadores, como hispanos y como estadounidenses. Un renovado orgullo por las raíces culturales los llevan a retomar su ascendencia indígena, expresado en el movimiento chicano.

⁷⁰ De León, A. *Etnicity in the Sunbelt*, pp. 133-137; *Handbook of Texas Online*, s.v. "Tijerina, Felix". En línea, URL: <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/TT/fti8.html> (consultado el 6/9/2010); Kreneck, Thomas H., "Remembering a LULAC Hero: Felix Tijerina". En línea, URL: http://www.lulac60.org/felix_tijerina (consultado el 6 septiembre 2010).

Al igual que los afroamericanos, manifiestan su inconformidad con las viejas actitudes racistas de antaño y las injusticias que siguen prevaleciendo en la sociedad. Utilizan el sistema político y legal para avanzar sus causas, pero, a veces, las continuas desigualdades del mismo sistema desembocan en resultados más violentos. Ejemplo de esto fue el violento disturbio de Moody Park del 8 de mayo de 1978, provocado por el descontento general de la población hispana ante la impunidad de los policías que asesinaron al veterano de guerra José (Joe) Campos Torres.

Estas demostraciones dejan una traza en el espacio de la ciudad, convirtiendo ciertos lugares en símbolos de una época y una gente. Pero la apropiación de este parque urbano por la comunidad méxico-americana, no solamente durante los disturbios sino a través de su uso y disfrute antes y después de este evento, implican ejercer su capacidad de agencia para producir un espacio significativo. La renovación posterior de Moody Park en el año de 1995 enfatiza esta agencia por medio de la implementación de formas arquitectónicas y elementos decorativos que señalan al origen hispano de sus usuarios. (Figs. 38 y 39)



Fig. 38.- Parque recreativo y centro deportivo Moody Park al noroeste del centro de Houston.

Fuente: Autor.



Fig. 39.- Parque recreativo y centro deportivo Moody Park (detalle).

Fuente: Autor.

El centro cultural de Talento Bilingüe de Houston es otro producto destacable del dinamismo cultural de la comunidad México-americana en la tercera etapa del crecimiento de la ciudad. Inaugurado en 1977 con el nombre de Teatro Bilingüe de Houston, este centro cultural, que ocupa un edificio rentado al municipio de Houston ubicado a un costado de Nuestra Señora de Guadalupe, tiene como misión “educar, preservar y promover la cultura latina” en Houston.⁽⁷¹⁾ A la fecha, esta organización sin ánimos de lucro además de presentar artistas y obras de arte latino, ha provisto de valiosas oportunidades educativas, incluidas clases de lectura y escritura en inglés y español a través de las artes; así como temas de sostenibilidad ambiental. Talento Bilingüe de Houston es una de las contadas manifestaciones sociofísicas culturales de carácter no-comercial de la ciudad de Houston. (Fig. 40)

⁷¹ Cita extraída de la página de internet del Centro Cultural Talento Bilingüe de Houston, URL: <http://www.tbhcenter.org/history.html> (consultado el 6 septiembre 2010).



Fig. 40.- Centro cultural “Talento Bilingue de Houston”.

Fuente: Autor.

Al mismo tiempo, durante esta etapa, la apertura a la migración internacional que genera una nueva oleada de inmigrantes, particularmente latinoamericanos, pero incluyendo asiáticos y africanos, también genera una expansión geográfica en el territorio urbano de Houston, diversificando vecindarios por toda la ciudad. Esta expansión generalizada implica que, a diferencia del desarrollo espacial México-americano contenido dentro del Segundo Barrio, las distintas zonas “étnicas” no se encuentren separadas por bordes físicos estrictamente definidos (e.g., la autopista 59 o las vías del tren), sino que forman bordes borrosos y zonas mixtas, en donde, por ejemplo, tiendas y restaurantes chinos, etíopes y salvadoreños comparten el mismo espacio comercial.

Al igual que lo hicieron los primeros inmigrantes mexicanos a principios de siglo, estos nuevos inmigrantes centroamericanos se asientan en las inmediaciones de sus fuentes de trabajo: las industrias de servicio concentradas en la zona central-oeste de la ciudad y extendiéndose hacia afuera del circuito interior. La mayoría se establece en vecindarios desarrollados para una clase media anglosajona que a raíz de la crisis de principios de los ochentas emigrara hacia los suburbios u otras ciudades más prósperas. Consecuentemente, su asentamiento se

realiza dentro de un espacio diseñado bajo los estándares del mercado anglosajón muy ajeno a las necesidades y preferencias de los hispanos. Debido en gran parte a sus capacidades económicas, esta nueva población extranjera no puede modificar en gran medida este espacio.

No obstante, algunas adaptaciones han tomado lugar, por ejemplo, en los muchos conjuntos de apartamentos en donde, solapados por la administración, los nuevos inquilinos han establecido pequeños locales comerciales (e.g., talleres mecánicos, peluquerías y fondas de comida tradicional que sirven a la comunidad y forman un entorno familiar para los recién llegados, ayudándoles a paliar las dificultades y carencias que suponen el cambio en su lugar de residencia y modo de vida.⁽⁷²⁾ Igualmente, ha habido transformaciones en la manera en que se apropian de los espacios comunes, a pesar de que estos no fueran diseñados para la convivencia pública. Al respecto, comentan Shelton y compañía: “Grandes grupos de inmigrantes hispanos se congregan en las banquetas y lotes de estacionamiento debido a que los conjuntos de apartamentos donde viven tienen poco o nada de espacios públicos recreativos, ya que fueron originalmente diseñados para gente que pasa la mayor parte de su tiempo libre en interiores o en establecimientos sociales o comerciales”.⁽⁷³⁾

Mientras tanto, en los viejos barrios del este de la ciudad, esta nueva inyección de inmigrantes permite el crecimiento y manutención de los pequeños negocios que son dirigidos a este mercado interno. Restaurantes, talleres de autos, de venta y reparación de electrodomésticos usados, así como pequeñas tiendas de abarrotes, brotan aquí y allá entre las antiguas casas del Segundo Barrio y Magnolia Park, apenas anunciando su presencia, pero visibles para quienes navegan cotidianamente estos rumbos. Otros siguen a su clientela, como los ‘taco trucks’, que se movilizan por toda la ciudad a los sitios de construcción, donde abundan hispanos contratados como peones y albañiles; o los pequeños carritos de paletas que recorren las calles del Segundo Barrio y hasta Montrose de vez en vez, como reminiscencia de las décadas anteriores en que este suburbio central, abandonado por la clase media en los años ochenta, fue ocupado por la creciente comunidad México-americana que se desbordaba del East End vecino.⁽⁷⁴⁾ (Fig. 41)

⁷² Hagan, Jacqueline M. & Nestor P. Rodriguez. 1992. “Recent Economic Restructuring and Evolving Intergroup Relations in Houston”. En *Structuring Diversity: Ethnographic Perspectives on the New Immigration*. Louise Lamphere (ed.). Chicago; London: University of Chicago Press, pp. 153-154.

⁷³ Shelton, B. A., et al. *Houston: Growth and Decline*, p. 110.

⁷⁴ Cf.: Longoria, Rafael. 2003. “Movable Feast”. *Cite*, no. 58, Summer, pp. 14-17.



Fig. 41.- Taco truck “Los Regios”.

Fuente: Autor.

A pesar de esto, durante toda esta tercera etapa de desarrollo, la ubicuidad de ciertos factores limita en extremo la participación de la comunidad México-americana y latina en la producción del espacio urbano. Si bien muchos de estos factores no afectan exclusivamente a estos grupos sociales, si es cierto que su combinación les afecta más incisivamente a comparación con otros grupos mejor establecidos. La recesión económica regional de los ochenta, y el excedente de construcción inmobiliaria provocado por el boom económico de unos años antes afectó a toda la población de Houston. Igualmente, el éxodo de comercios, industrias y habitantes de clase media y alta, aunado a la aversión generalizada hacia los impuestos, ejerce una fuerte presión sobre el reducido presupuesto de la ciudad para el mantenimiento y atención de la infraestructura pública.

Sumando a todo esto la discriminación racial, la falta de experiencia local y el desconocimiento del idioma inglés, se hace aún más difícil para este grupo navegar y adaptarse a este ambiente urbano. Además, prácticas discriminatorias institucionalizadas como el ‘redlining’ —legalmente prohibidas, pero implícitamente ejercidas— que demarcan ciertas zonas de la ciudad como no aptas para la inversión por considerarse poco rentables y que, en consecuen-

cia, congela cualquier tipo de inversión en la misma contribuye al estancamiento y deterioro de los barrios minoritarios.

Para algunos, el fracaso de 'El Mercado del Sol' a finales de los ochenta es el paradigma de los eventos que marcaron esta época. Un evento que puede ser resumido en palabras de una joven latina que habitaba en Magnolia Park y que, después de unos años fuera, comentara a su regreso en 1984: "Regresé y encontré todo tapiado. Escuche silencio, el silencio de las fábricas tapiadas. La actividad industrial que era el latido vital de la comunidad ha desaparecido [...] el edificio del Mercado [del Sol] se ha convertido en un monumento a la muerte económica del barrio".(75)

El Mercado del Sol, construido en el Segundo Barrio, entre la autopista 59 y la iglesia de Nuestra Sra. de Guadalupe, al costado oeste del centro de la ciudad en lo que era una antigua fábrica de colchones, era descrito como el centro comercial temático más grande de Norte América. Ideado como un mercado latino "típico", Este desarrollo comercial, tipo "mall", cerrado al exterior, tomaba elementos arquitectónicos formales, como arcos y portales de mampostería o acabados de estuco y colores brillantes, reproduciendo el ambiente urbano de alguna indeterminada ciudad o pueblo latinoamericano. (76)

Aunque ante el público los desarrolladores justificaban esta estética como un deseo de honrar y respetar el carácter hispano de la zona, su motivo real era el de presentar un atractivo comercial que atrajera a consumidores ajenos a este barrio con el incentivo de vivir una experiencia "exótica" en el ambiente esterilizado y seguro de una propiedad privada y vigilada. El Mercado del Sol reproducía las transformaciones y contradicciones que vivía Houston conjuntamente en su estructura socioeconómica; así como las transformaciones que afectaron al sistema capitalista en su conjunto.(77) Consecuentemente, debido a la recesión económica de la época, su duración fue más efímera de lo esperado, tanto que ni siquiera pudo verse terminada su construcción y a la fecha no queda traza alguna de su existencia.

Los últimos años

Al fracaso del Mercado del Sol en los ochenta siguió una lenta recuperación económica en

⁷⁵ Entrevista personal de Nestor Rodriguez con una organizadora comunitaria anónima de Houston el 18 de diciembre de 1990, en Rodriguez, N. P. "Recent Economic Restructuring", p. 114.

⁷⁶ Cf.: Ayele, Wolde-Ghiorghis. 1985. "El Mercado del Sol". *Cite*, Fall, pp. 9-11.

⁷⁷ Joel W. Barna atribuye el fracaso del Mercado del Sol a la falta de un estudio de mercado adecuado, comparándolo con el éxito que el mercado de Harrisburg, ubicado un par de kilómetros más adelante, tuviera. Sin embargo, en el fondo el problema va más allá, como se ha demostrado a lo largo de estas páginas. (Cf.: Barna, J. W. *The See-Through Years*, p. 180).

Houston durante las décadas de los noventa y principios del siglo veintiuno, pero no tan espectacular como en décadas anteriores. Mientras que empresas multinacionales se ubican en el cinturón de suburbios de la ciudad, el centro urbano comienza a vivir lentamente un proceso de gentrificación que de nuevo impacta directamente la experiencia urbana de mexicanos, latinos y el resto de las minorías que ocupan esta zona. Vecindarios como Montrose o The Heights en el Quinto Distrito (al oeste y noroeste del Segundo Barrio), donde muchos México-americanos del Segundo Barrio se habían extendido en los ochenta, comienzan a ser desplazados por familias anglosajonas de clase media que ante un mejor clima económico deciden regresar a la ciudad. Los bajos costos inmobiliarios y la cercanía de esta zona a los nuevos conjuntos de oficinas y comercio que se re-ubican de nuevo en el centro, atraen a muchos a estos vecindarios.

Mientras tanto, en la parte oeste de la ciudad, los miles de latinoamericanos y afroamericanos que ocupan los conjuntos de apartamentos abandonados por la clase media, se vuelven víctimas de las nuevas prácticas de las compañías arrendadoras, quienes comienzan a aplicar las políticas restrictivas que antaño pasaban por alto, limitando el acceso a familias con niños pequeños y prohibiendo de los establecimientos comerciales dentro de los conjuntos habitacionales. Esto con el propósito de atraer a los profesionales anglos jóvenes y solteros que regresan a Houston y reclaman entornos habitacionales funcional y demográficamente homogéneos.

El viejo Mercado del Sol vuelve a ser paradigma de este proceso, transformándose en “Alexan Lofts”, un conjunto de apartamentos tipo ‘loft’, de planta libre, falsos acabados industriales y rentas por encima de la media. Haciendo uso de la ausencia de zonificación urbana de uso de suelo, con fin de multiplicar el retorno de inversión, el área de estacionamiento del centro comercial se subdivide en dos lotes y una parte se destina a la construcción de viviendas tipo “townhouse”, también dirigidos a la clase media-alta, y la otra se convierte en el sitio de Guadalupe Plaza un parque urbano con una estética posmoderna tipo “colonial mexicano” que por su desconexión con el barrio permanece desierta o habitada sólo por indigentes la mayor parte del tiempo. (Figs. 42 y 43)

No obstante, durante este periodo también ha tenido lugar una nueva voluntad política que ha hecho posibles algunas intervenciones cuyo objetivo es impulsar la zona y reconocer la herencia cultural de sus habitantes. Estos incluyen la remoción de la plaza de Guadalupe y la entusiasta participación de la comunidad artística hispana en el Teatro Bilingüe de Houston

ubicado a un costado del parque, así como la construcción del Mercado de Harrisburg y el paso a desnivel en el bulevar del mismo nombre. (Figs. 44 a 47)



Fig. 42.- Guadalupe Plaza; al fondo, viviendas tipo “townhomes” de clase media-alta.
Fuente: Autor.



Fig. 43.- Guadalupe Plaza.
Fuente: Autor.



Fig. 44.- Harrisburg Plaza, en el Segundo Barrio.
Fuente: Autor.

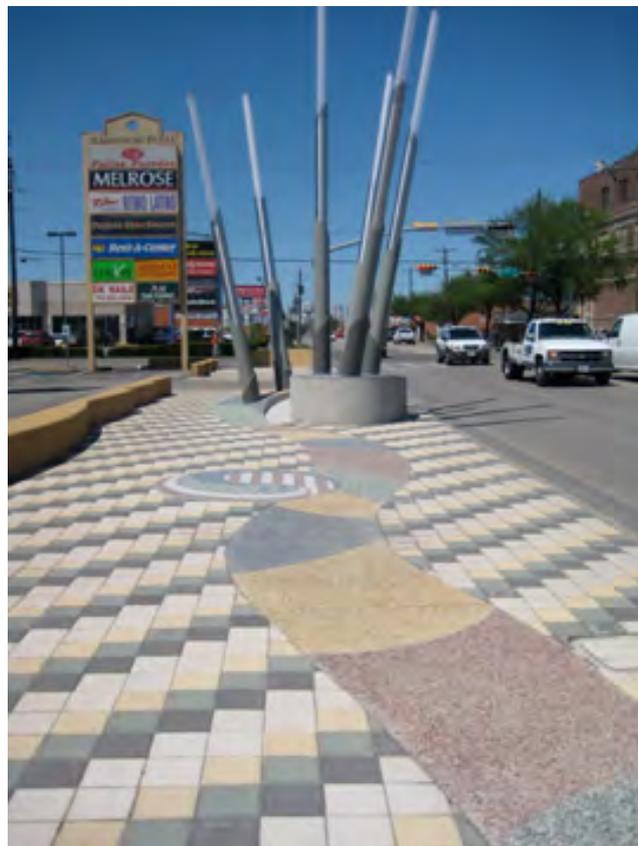


Fig. 45.- Harrisburg Plaza (detalle).
Fuente: Autor.



Fig. 46.- Harrisburg Plaza (detalle).
Fuente: Autor.



Fig. 47.- Harrisburg Plaza (detalle).
Fuente: Autor.

Algunos pequeños comerciantes han contribuido a la producción de un espacio característico, generando un número de negocios enfocados a la comunidad interna —por ejemplo, restaurantes típicos, cuyo nombre implica una conexión con el lugar de origen (e.g., “Gorditas Aguascalientes”, “Veracruz Mexican Restaurant”, o “Supermercados Teloloapan”). Debido a que su mercado es la comunidad, la mayoría de estos locales son modestos y basan su discurso semiótico-espacial en gestos poco onerosos y accesibles, comúnmente en la forma de letreros comerciales, pintura y algunos elementos decorativos que evoquen metonímicamente el mensaje de pertenencia cultural mexicana. (Figs. 48 a 52)

Igualmente, la organización de comercios del Greater East End, zona que incluye al Segundo Distrito y Magnolia Park, además de otras zonas mayormente afroamericanas ha tratado de impulsar la inversión comercial en la zona. Actualmente se realiza la nueva construcción de la segunda línea de tren ligero de Houston, conectando la zona del East End con el oeste de la ciudad, lugar donde se localizan importantes fuentes de trabajo, y que pasa por el centro de la ciudad, corriendo perpendicular a la primera línea que conecta el centro urbano con la zona de hospitales al sur (el Centro Médico). Además, recientemente se ha anunciado la construcción en el área de un estadio de fútbol para el equipo local, los Dínamos de Houston.⁽⁷⁸⁾ (Figs. 53 y 54)

Proyectos como estos prometen ser nuevos estímulos a la tan buscada inversión en la zona, e incluso ya es posible observar una apreciación en el mercado inmobiliario local. No obstante, la experiencia previa con este tipo de intervenciones indica que el encarecimiento de la zona y la constante especulación inmobiliaria termina provocando el eventual desplazamiento de la población original y no, como frecuentemente se argumenta, una mejoría en su calidad de vida. Con el retorno de la población de clase media y alta de la periferia de los suburbios a la zona central de la ciudad, este fenómeno ya ha sido observado en otras zonas habitadas por minorías raciales, por ejemplo, como se comentó anteriormente, en Montrose, y más recientemente al noroeste del centro, en el corredor de Washington Avenue y el vecindario de The Heights; lugares históricamente habitados por afroamericanos y latinos.

⁷⁸ Gunter, Ford. 2010. “Houston City Council approves Dynamo stadium”. *Houston Business Journal*, en línea, URL: <http://www.bizjournals.com/houston/stories/2010/04/05/daily34.html> (consultado el 3 agosto 2010).



Fig. 48.- Nuevo centro comercial “étnico” en el Segundo Barrio.
Fuente: Autor.



Fig. 49.- Nuevo centro comercial “étnico” en el Segundo Barrio.
Fuente: Autor.



Fig. 50.- Restaurante "Gorditas Aguascalientes". Nótese la limitada semantización del espacio.
Fuente: Autor.



Fig. 51.- "Veracruz" Mexican Restaurant. El nombre y logotipo comercial son la única traza que indique la existencia de un espacio México-americano.
Fuente: Autor.



Fig. 52.- Supermercados Teloloapan. Nuevamente, la actuación sobre el contexto construido se limita al letrero comercial. En este caso, una ocasión especial es marcada por la presencia de un jinete con atuendo típico, re-semantizando *temporalmente* el espacio.

Fuente: Autor.

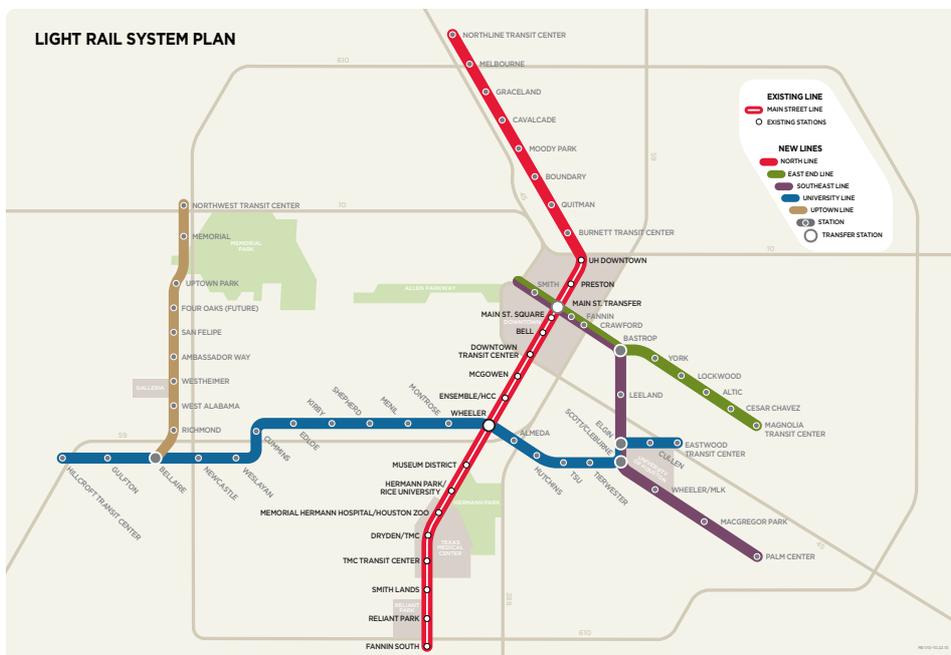


Fig. 53.- Plan maestro de las futuras líneas del tren ligero Fuente: METRO, en línea, (URL: <http://www.gometrorail.org/go/doc/2491/420203/>).



Fig. 54.- Estadio de futbol de los Dínamos de Houston, diseño de Populous
Fuente: Populous, en línea, (URL: [http:// portfolio.populous.com/projects/houstondynamo.html](http://portfolio.populous.com/projects/houstondynamo.html)).

En resumen, de acuerdo con las características sociales de este periodo, se pueden formular tres circunstancias que repercuten en la producción del espacio urbano México-americano. Primero, el compromiso de las clases profesionales y comerciales mexicanas de proteger y apoyar las costumbres e instituciones sociales de su país de origen al tiempo que buscan la integración del grupo a la sociedad en su conjunto. Segundo, los bajos niveles de migración (a comparación con años anteriores) y altos niveles de pobreza entre los miembros de la comunidad. Y, tercero, el conservadurismo social y la presión por conformarse a la cultura dominante.

A su vez, estas circunstancias varían diacrónicamente. Por lo mismo, puede esperarse que aquellas manifestaciones urbanas realizadas por o para este grupo social se caractericen según cuál sea su propósito, ya sea:

- a) Primera etapa: para integrarse al contexto local utilizando lenguajes formales convencionales (e.g., Clayton Homes).
- b) Segunda etapa: para presentar una versión domesticada de arquitectura “mexicana” (acompañada de un menú de comida Tex-Mex) que atraiga al público anglo en busca

de algo “exótico” (e.g., Felix Restaurant).

- c) Tercera etapa: para anunciarse hacia la propia comunidad, en cuyo caso se valen más de nombres propios que evoquen al lugar de origen y algunos elementos decorativos (e.g., Goditas Aguascalientes).

Finalmente, es preciso destacar otro punto importante de las pocas expresiones culturales materiales que tienen lugar en el espacio urbano de Houston. La mayoría de éstas ocurren en el ambiente comercial, por lo que una de sus funciones de mayor importancia es el reconocimiento de una imagen particular para la promoción de ventas. En otras áreas, por ejemplo, la vivienda, las expresiones materiales son muy escasas si no nulas.⁽⁷⁹⁾ (Figs. 55 a 58) Comparativamente, la producción del espacio urbano de Houston está casi por completo en manos de desarrolladores, empresarios relacionados con la industria petrolera y políticos anglosajones locales, encabezados por la influyente coalición público-privada de personajes como los miembros de la Suite 8F o la Cámara de Comercio de Houston.⁽⁸⁰⁾

Una importante excepción que matiza esta situación es la intervención muralista en varios lugares del contexto físico urbano. La re-semantización de las fachadas a través de estas representaciones pictóricas tiene varias connotaciones importantes. En primer lugar, aluden a la rica tradición muralista mexicana, formando una importante conexión con el pasado cultural originario. En segundo, también gozan de una función didáctica, representando alegóricamente la experiencia México-americana, buscando vías para su crecimiento al tiempo que busca preservar vínculos con las tradiciones mexicanas. Y, en tercer lugar, demuestran una voluntad para intervenir y hacerse de un espacio propio, que los identifique y acoja, a pesar de las carencias socioeconómicas del grupo. (Figs. 59 a 62)

⁷⁹ Hay que advertir que la documentación al respecto es poca, pero considerando que un número significativo de viviendas existentes a la fecha en el Segundo Barrio y Magnolia Park datan de 1930 - 1960 y no presentan características particulares que las distingan como viviendas “México-americanas”, podemos suponer que no las había en ese entonces, siendo que la comunidad era más pequeña y con menos recursos.

⁸⁰ Ver el capítulo primero de esta investigación.



Fig. 55.- Restaurante "Hacienda los Corrales" en el Segundo Barrio.
Fuente: Autor.

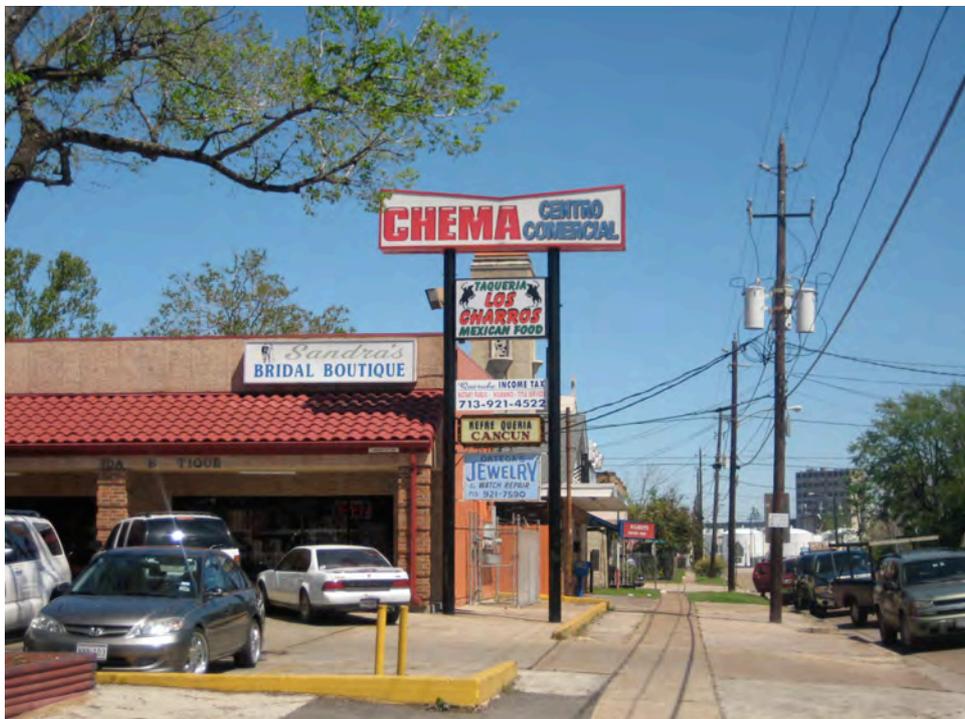


Fig. 56.- Centro comercial "Chema", en el Segundo Barrio.
Fuente: Autor.



Fig. 57.- “Bungalows” típicos del Segundo Barrio.
Fuente: Autor.



Fig. 58.- “Bungalows” típicos del Segundo Barrio.
Fuente: Autor.



Fig. 59.- Mural en la fachada del edificio de la Sociedad Mutualista Obrera Mexicana, ilustrando escenas alegóricas de la cultura mexicana

Fuente: Autor.



Fig. 60.- Mural del restaurante "Hacienda Los Corrales". La pintura sustituye iconográficamente los detalles arquitectónicos de una construcción rural típica mexicana.

Fuente: Autor.



Fig. 61.- Mural "Birth Place of Houston" (detalle) en el Segundo Barrio, por Jesse Sifuentes; obsérvese la relevancia del contexto construido enfatizando iconográficamente los' bordes' que delimitan la vida cotidiana de la comunidad méxico-americana: la autopista elevada I-59 y las vías ferroviarias.
Fuente: Greater East End Management District (GEEMD), en línea, (URL: <http://www.greatereastend.com/>).



Fig. 62.- Mural "Birth Place of Houston" (detalle).
Fuente: (GEEMD).

En conclusión, a partir del conjunto de estas circunstancias estructurales y coyunturales, es decir, diacrónicas y sincrónicas, se puede definir las expresiones formales culturales del espacio México-americano contemporáneo en la ciudad de Houston bajo los siguientes términos:

1. *Ficticias*, i.e., basadas en el espectáculo de las “narrativas urbanas nostálgicas”.
2. *Comerciales*, concentrándose en el consumo de signos y el consumo de mercancías.
3. *Semánticamente bipolares*, fluctuando entre connotaciones positivas y negativas de acuerdo con la situación coyuntural del entorno socioeconómico.
4. *Limitadas*, tanto físicamente (en su extensión territorial y material) como socialmente (en su capacidad de agencia). (Fig. 63)

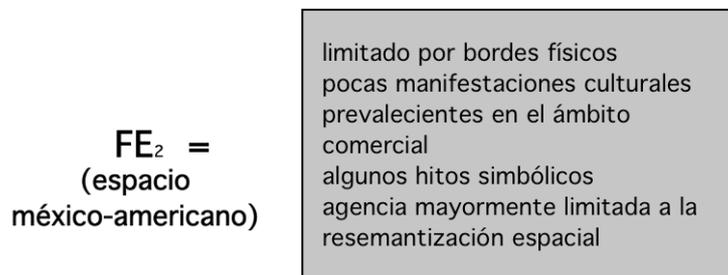


Fig. 63.- Forma de la expresión (FE₂) del signo espacial México-americano de Houston.

Fuente: Autor.

Como se verá a continuación, estas características se ven reflejadas en la substancia de la expresión del signo espacial México-americano.

Substancia de la expresión: elementos de la forma urbana

Morfológicamente, una importante característica a tomar en cuenta de las colonias mexicanas establecidas en las primeras décadas del siglo XX es su fragmentación física del resto de la ciudad, expresando físicamente la segregación de la comunidad de la vida social de la ciudad y reproduciendo la imagen de otredad que acompaña a este grupo. Esto es producto de lo que el urbanista Kevin Lynch denomina los “bordes” de la traza urbana: elementos físicos horizontales (como las avenidas, ríos, vías ferroviarias, murallas, etcétera) que pueden unir o dividir distintas partes de la ciudad, siendo la apertura o clausura el resultado de posibles interacciones sociales entre sus habitantes, según cómo se diseñen.⁽⁸¹⁾

En el caso de los asentamientos México-americanos en Houston esta característica es tan patente que incluso no escapa a la vista de un historiador como De León, quien describe al Se-

⁸¹ Lynch, Kevin. 2004. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, pp. 79-84.

gundo Barrio como “fragmentado de una forma sin igual en otras ciudades de Texas”.⁽⁸²⁾ La rivera del Río Búfalo, las vías ferroviarias, y las enormes estructuras industriales de los muelles y del ferrocarril forman bordes que contienen y separan a estas colonias, actuando como barreras físicas y psicológicas para sus habitantes.

Aunado a esto, al igual que en muchas de las ciudades americanas, esta escisión se vio exacerbada a mediados del siglo XX con el auge del desarrollo urbano enfocado al tráfico rodado. Este gran plan nacional de construcción de carreteras impulsó la masiva construcción de anchas supervías y autopistas elevadas que circunvalan el centro de las ciudades y conectan los suburbios aledaños a través de varios anillos periféricos. Al mismo tiempo, en concordancia con el privatismo de la población, y bajo la presión de la industria de vehículos particulares, la inversión en el transporte público colectivo se vuelve escasa o nula.

En el caso del Segundo Barrio, esto significó la construcción de la carretera interestatal 59, que atraviesa la ciudad de sur a norte, pasando por el borde occidental del centro de la ciudad en un tramo elevado, limitando las conexiones físicas y visuales entre éste y la colonia ubicada al oriente de la carretera. Varias de las calles locales que anteriormente cruzaban la ciudad de este a oeste, conectando las fábricas y las colonias de trabajadores industriales con el centro de la ciudad, fueron cerradas al paso. Y, aunque otras más permanecieron conectadas con el centro por debajo de la autopista, el desarrollo urbano se limitó a la parte oeste de la autopista, dándole la espalda al East End y convirtiendo el espacio residual debajo de los pasos elevados en una zona de nadie, es decir, en ‘no-lugares’. (Figs. 64 a 69)

⁸² De León, A. *Etnicity in the Sunbelt*, p. 14.

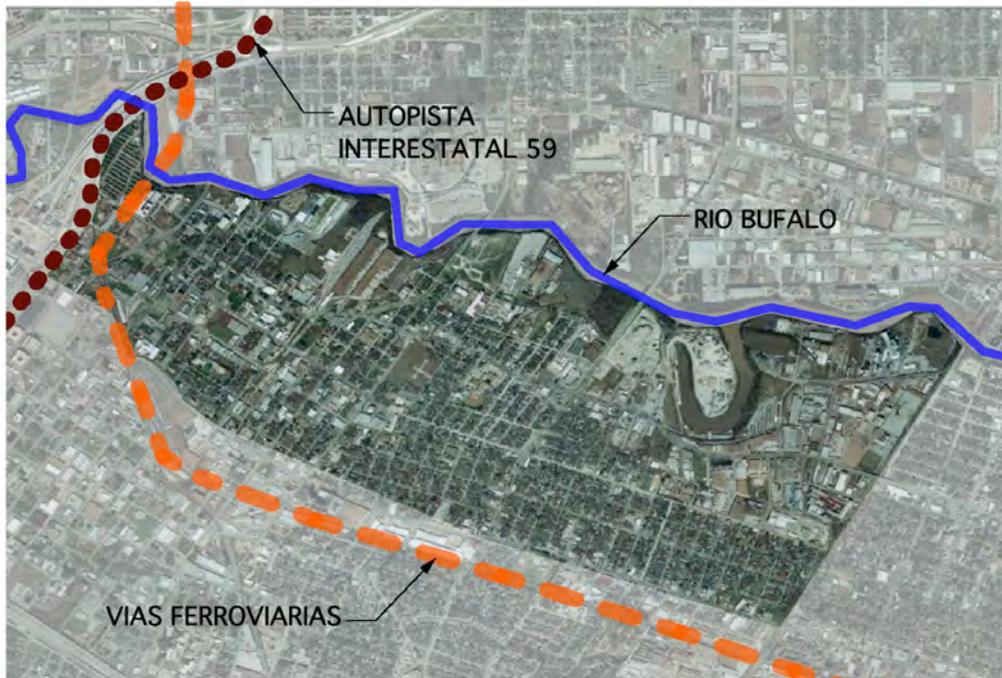


Fig. 64.- 'Bordes' limítrofes del Segundo Barrio.
Fuente: Autor.



Fig. 65.- Tramo elevado de la autopista I-59, frente al Segundo Barrio. Uno de los 'no-lugares' creado por el desarrollo desigual en Houston.
Fuente: Autor.



Fig. 66.- Otra vista del tramo elevado de la autopista I-59.
Fuente: Autor.



Fig. 67.- La gran escala del borde entre el centro y el Segundo Barrio conforma una potente barrera psicológica para sus habitantes.
Fuente: Autor.



Fig. 68.- Descomposición del tejido urbano a un costado del borde formado por las vías ferroviarias.
Fuente: Autor.

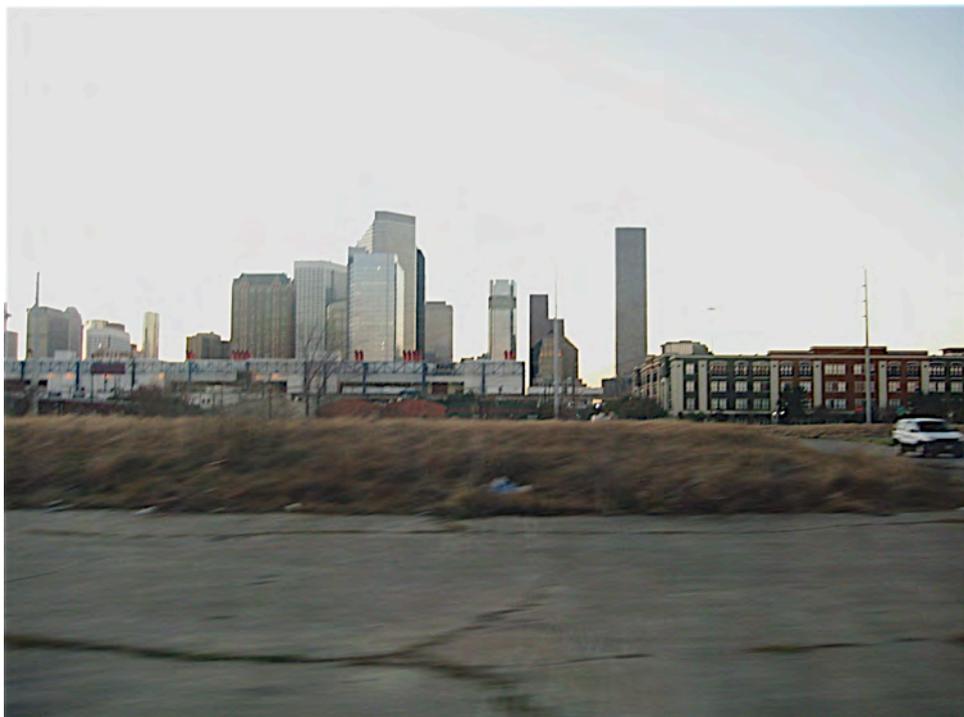


Fig. 69.- Otro ejemplo de descomposición del tejido urbano, éste a causa del borde de la autopista I-59. Al fondo los edificios de acero y vidrio del centro de la ciudad parecen lejanos pero se encuentran a sólo unos cientos de metros.

Fuente: Autor.

Consecuentemente, el borde colindante entre esta carretera y el barrio se fue conformando como una zona inhóspita, visible por el tipo de construcción que se encuentra en esta área, consistiendo en su mayoría de bodegas, lotes de automóviles, fábricas, y lotes baldíos. La desindustrialización de la economía en los ochenta y noventa empeoró el deterioro de esta zona, dejando cascarones vacíos de fábricas en desuso. Recientemente, con la gentrificación del centro de la ciudad, algunas de estas fábricas se han convertido en edificios de apartamentos tipo “loft” para jóvenes profesionales de clase media. Sin embargo, la rehabilitación se limita a los confines de la propiedad privada, mientras que el deterioro del espacio público continúa. (Figs. 70 a 75)

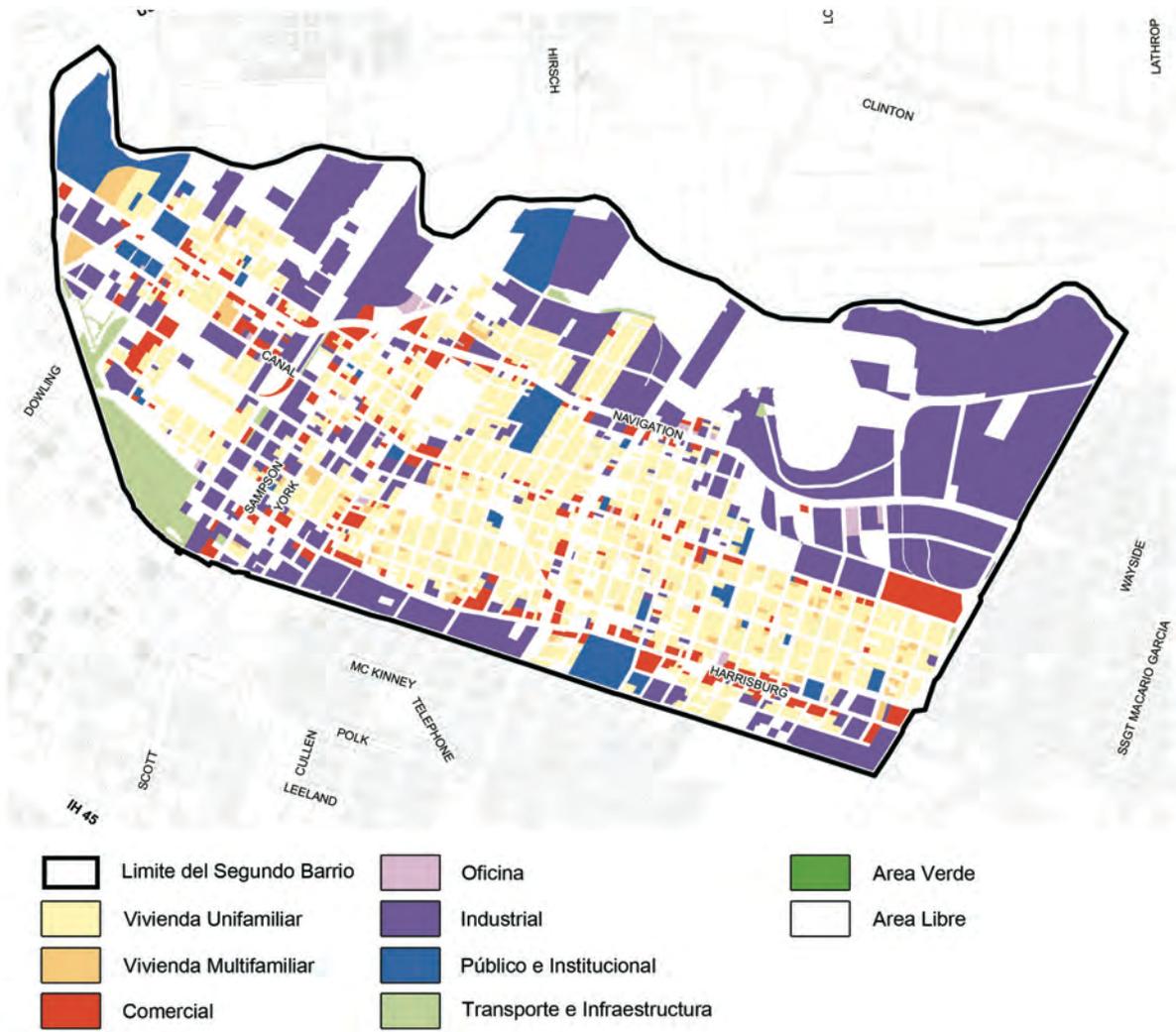


Fig. 70.- Fondo y figura; uso de suelo del Segundo Barrio.
 Fuente: Autor, a partir de planos del Departamento de Planeación de la Ciudad de Houston.



Fig. 71.- Borde colindante entre el centro de Houston y el Segundo Barrio. Nótese la baja densidad y el alto número de lotes baldíos alrededor de los bordes.

Fuente: Autor, a partir de planos del Departamento de Planeación de la Ciudad de Houston.

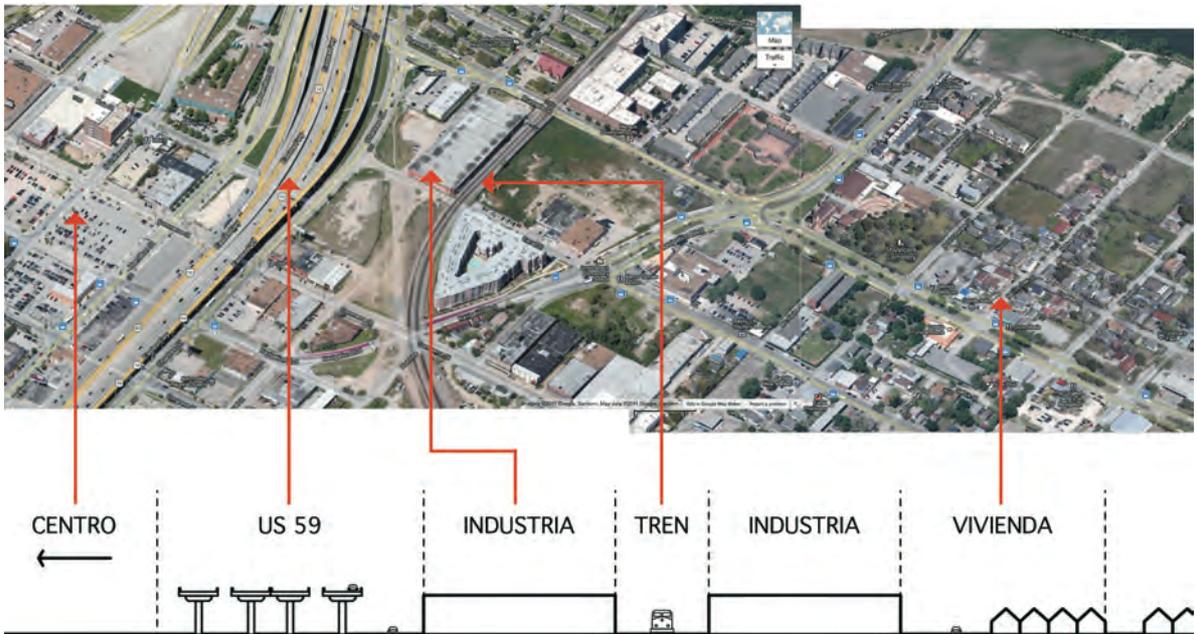


Fig. 72.- Corte esquemático del barrio.

Fuente: Autor; fotografía: Google Earth 2011.

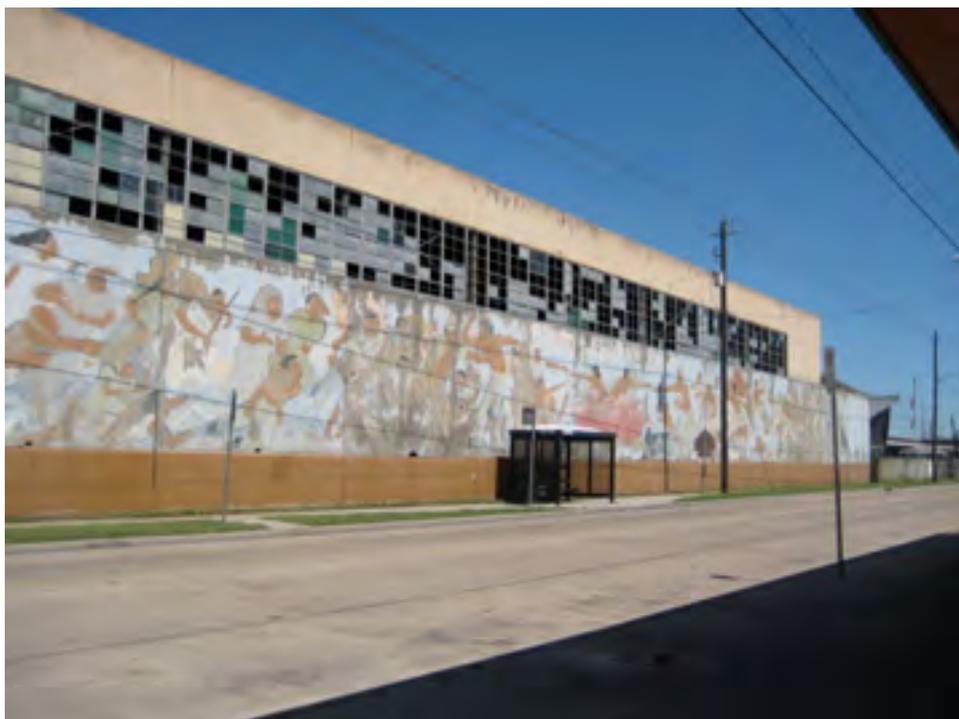


Fig. 73.- Fábrica abandonada. Desindustrialización, deterioro ambiental y re-semantización del contexto; factores estructurales y apropiación cultural local expresados en un mismo ejemplo. Sobre la fachada, el mural “Renacimiento Chicano de Nuestra Nacionalidad”, conocido como el “abuelo” de los murales del East End, pintado en 1973 por Leo Tanguma y otros artistas y estudiantes.

Fuente: Autor; con información de GEEMD.

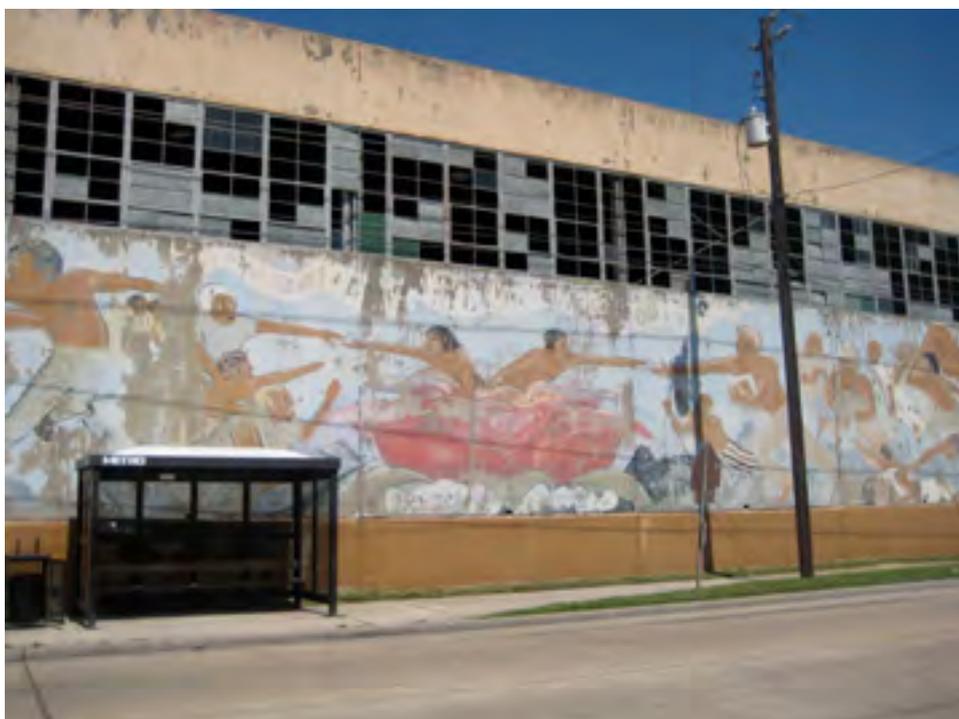


Fig. 74.- Detalle del mural “Renacimiento Chicano de Nuestra Nacionalidad”.

Fuente: Autor.



Fig. 75.- Conjunto de vivienda en alquiler de clase media alta a orillas de la autopista 59; ejemplo de la gentrificación del Segundo Barrio.
Fuente: Autor.

A partir de esta clasificación de los elementos morfológicos del espacio urbano México-americano se completa el análisis sociosemiótico. Consecuentemente, puede constituirse un modelo sígnico expresable diagramáticamente de acuerdo con la siguiente figura:

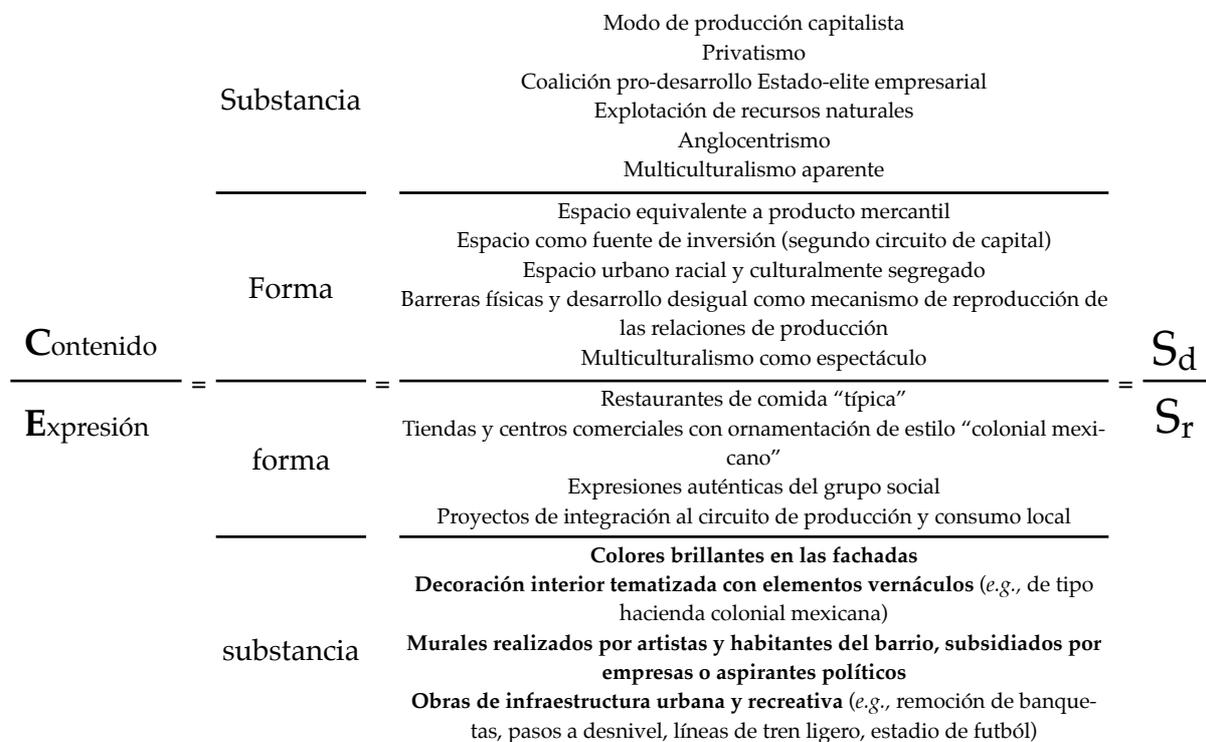


Fig. 76.- Modelo semiótico del espacio urbano México-americano en Houston, a partir del esquema planteado por Mark Gottdiener & Alexandros Ph. Lagopoulos.
Fuente: Autor.

En este caso el modelo representa las premisas analizadas en su lugar correspondiente dentro del cuadro semiótico. Vale la pena recordar que éste es tan sólo una expresión lógica parcial del objeto de estudio, localizado en un momento histórico determinado. La intención aquí es develar los distintos actores y la relación que tienen en la producción del espacio urbano del caso particular de la comunidad México-americana en Houston en el presente. Investigaciones posteriores podrían tomar estos agentes y estos elementos del objeto semiótico y desarrollarlos, en palabras de Muntañola, “en todas direcciones”, de tal forma que sea posible construir un modelo más cercano a la realidad.

Conclusiones

En el espacio de la comunidad México-americana es posible leer la relación entre ideologías dominantes (social y urbana) e ideologías propias de este grupo sociocultural expresada en términos semánticos y sintácticos espacio-materiales. En términos generales, esta relación es una de desigualdad social y hegemonía mono-cultural anglosajona. Además de la clausura física de la vida urbana y a pesar de los cambios ideológicos en materia racial ocurridos durante estos últimos años, la comunidad México-americana sigue viviendo bajo viejos estigmas y etiquetas arraigados en la idiosincrasia local.

Particularmente, destacan dos características de esta idiosincrasia. Por un lado, la idea comúnmente establecida acerca de la superación personal a base del esfuerzo y la calidad del individuo es utilizada para enmascarar la realidad de la explotación de la mano de obra de la clase trabajadora en general y las minorías en particular. Aunado a esto, el concepto de la “ilegalidad” que permanece asociado a los latinos, aún cuando lleven varias generaciones presentes en los Estados Unidos, integrando este concepto a las condiciones coyunturales que definen su identidad sociocultural (en el caso de México-americanos, su “mexicanidad”) y, por ende, marcando la voluntad de representar o no representar esta condición públicamente. Esto explica el hecho de que, a pesar de tratarse de la cuarta ciudad más grande de los Estados Unidos y una de las más diversas cultural y racialmente, el contexto urbano no refleje esta diversidad. Tratándose de la comunidad México-americana, son pocas las manifestaciones e hitos culturales que salpican el espacio urbano, como Guadalupe Plaza, la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, o Moody Park.

La excepción que confirma la regla es demostrada por los gestos de apropiación existentes en algunas áreas de la ciudad. Estas intervenciones son el resultado de los esfuerzos de algunos

cuantos miembros económicamente más afortunados, lo que apunta hacia una diversidad económica aún dentro de los mismos grupos sociales, haciendo más compleja la situación. No obstante, el éxito individual dentro de la estructura económica existente implica en gran medida la aceptación y colaboración con el sistema tanto económica como culturalmente, lo que, a su vez, implica el sacrificio de la cultura y creencia de las minorías.

Este tipo de manifestaciones culturales urbanas a manos de estos miembros se expresan comúnmente en el contexto comercial, en especial, en el entorno gastronómico. Por lo mismo, la gran mayoría busca atraer a un mercado más amplio y pudiente que el de la propia comunidad. Consecuentemente, se valen de ofrecer una imagen que a los ojos de otros grupos es representativa de la cultura. La estrategia es similar a aquella utilizada para representarse a la comunidad local, esto es, la utilización de motivos de la arquitectura colonial latinoamericana. Estos comercios regularmente se construyen a una mayor escala, con mayores recursos y de forma más elaborada. Este tema se continúa también al interior, e incluye no sólo la decoración sino también los utensilios de comida, el diseño de las cartas, la música y hasta el atuendo del personal. Mientras que algunos de estos establecimientos son propiedad de comerciantes México-americanos e hispanos, no todos lo son. En cambio, la gran mayoría de empleados (meseros, garroteros, cocineros, valets, etcétera) sí lo son. Lo que quiere decir que, aunque estos locales “latinizan” el espacio urbano, las relaciones materiales-sociales permanecen intactas.

En contraste con lo anterior, no hay que menospreciar algunas de las manifestaciones culturales artísticas que tienen lugar en el espacio urbano de Houston. Destacan en particular los murales del Segundo Barrio y el teatro de Talento Bilingüe de Houston. Incluso, algunos grupos de danza folklórica, artistas plásticos y la popularización de ciertas tradiciones como el Día de Muertos o las fiestas de “Quinceañeras” han ayudado a difundir la cultura mexicana. Estaciones de radio en castellano y eventos masivos de música popular latina (ranchera, tejana, salsa, etcétera) apuntan a la creciente importancia del mercado hispano. Estos elementos que constituyen el espacio sociofísico México-americano contienen el germen que hace posible transformar las relaciones sociales en el movimiento dialéctico que caracteriza al espacio. (Fig. 77)

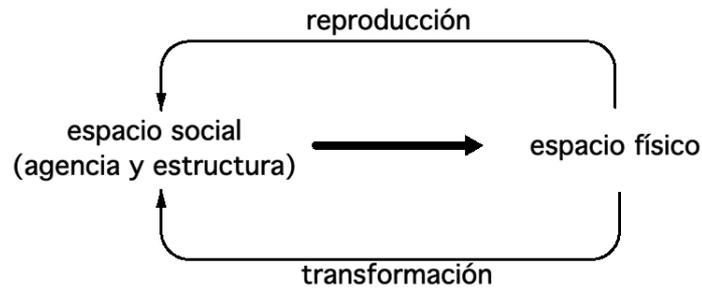


Fig. 77.- Movimiento dialéctico del espacio producido.
Fuente: Autor.

Sin embargo, los escasos recursos de la mayoría de los integrantes de las comunidades étnicas limitan sus posibilidades para actuar e intervenir en la producción de su entorno inmediato. La falta de voluntad política y el desconocimiento por parte de técnicos y profesionales del medio ambiente para responder a las distintas necesidades de estos grupos socioculturales afecta su calidad de vida. Estas circunstancias no sólo limitan su capacidad de agencia, también, faltos de opciones, muchos terminan en las manos de propietarios sin escrúpulos, que alquilan viviendas mínimamente habitables, deterioradas, insalubres y peligrosas.

Las décadas de abuso, extorsión y explotación de estos grupos sociales han marcado el espacio físico de varios de los centros urbanos de los Estados Unidos. La ciudad de Houston no es la excepción; en ella es posible encontrar que los signos materiales que conforman el discurso urbano de la comunidad mexicana se componen de morfemas *mudos*, *negativos* o *fragmentados*. En este caso, la *ausencia* de marcadores semánticos que indiquen de forma más o menos clara una apropiación espacial es la característica definitoria del papel de la comunidad hispana como agente partícipe en la producción social del espacio de Houston. Su confinamiento geográfico, su ocupación de viviendas dilapidadas, la modesta re-interpretación de la arquitectura vernácula mexicana, aventurada por los pequeños locales comerciales —en parte para identificarse culturalmente y en parte como estrategia comercial de “marketing” o “branding”— habla elocuentemente sobre este limitado papel.

Esta imagen de arquitectura y espacio urbano que se conforma por signos étnicos y se encuentra asociada con las condiciones socioeconómicas de sus habitantes es objeto de una *yuxtaposición* de significados que empata las características de estos grupos sociales con el subdesarrollo urbano que padecen, reproduciendo dentro de la esfera social mayor la ideología

de la inferioridad de las razas de color. Las condiciones negativas del espacio urbano son transferidas infundadamente al carácter de quienes lo habitan, ocultando las contradicciones en la estructura social que son la verdadera causa de este desarrollo desigual. A su vez, esta caracterización de la población mexicana sirve para limitar su actuación en la producción del espacio urbano. Aunado a la diseminación de la ideología del *laissez-faire*, la escasa participación social facilita a la coalición público-privada pro-desarrollo capitalista colocarse en una posición donde pueda controlar la dirección del crecimiento urbano de acuerdo con sus expectativas.

De esta forma, es posible observar el proceso de producción espacial en la ciudad de Houston y la participación de la comunidad México-americana como un caso práctico del urbanismo como reproducción del sistema capitalista estadounidense. En donde, la hegemonía de dos ideologías imperantes, la primera respecto al espacio como mercancía y la segunda sobre el origen “orgánico” de la desigualdad racial, limita la participación de los grupos sociales más desprotegidos —que en el caso de la sociedad americana son mayoritariamente racial y étnicamente distintos a la cultura anglosajona dominante— en la producción del espacio urbano que habitan. El resultado es la cancelación de la amenaza que el autocontrol del espacio urbano habitado, es decir, el *derecho a la ciudad* podría representar para el *status quo*. (Fig. 78)

hegemonía cultural y socioeconómica	espacio homogéneo, culturalmente indiferente	resemantización espacial (murales)
PRE-FIGURACION	CON-FIGURACION	RE-FIGURACION
espacio mental	espacio físico	espacio social

Fig. 78.- Los tres momentos de la producción del espacio México-americano de Houston. Debido a la hegemonía cultural anglosajona en las etapas de pre-figuración (concepción) y con-figuración (producción), la agencia de los habitantes México-americanos como grupo social se ve limitada a la re-figuración (apropiación) del espacio.

Fuente: Autor.

El crecimiento de la población hispana (que de acuerdo con los estimados demográficos realizados se convertirá en unos años en la minoría étnica mayoritaria en la ciudad de Houston)

hace innegable la urgencia de revisar el arreglo social vigente. En todo el país, el crecimiento de este grupo social étnico es mucho mayor que el de otros grupos. De hecho, al menos el 50% del crecimiento interno (sin contar inmigrantes) de los Estados Unidos de los últimos años se debe a este grupo, mientras que el contingente angloamericano en varias regiones del país sigue disminuyendo. Mucho se ha hablado de las transformaciones sociales que la “hispanización” de esta nación acarrea y de como el “potencial latino” se ha convertido en “una fuerza básica determinante del futuro americano”, así como de la importancia de integrar a este grupo social a la sociedad y “transformarlo en la espina dorsal de la próxima clase media americana”.(83)

Al respecto, cabe señalar la advertencia de Ferhenbach, quien hace una analogía interesante: Para este historiador tejano, al igual que en Quebec, en donde históricamente el 80% de sus habitantes son francocanadienses, pero el 80% del capital, empresas y propiedades se encuentra en manos del 20% anglo-canadiense, la mayoría numérica de hispanos en Texas no garantizará la igualdad o siquiera mejoría de su condición social.(84) No es difícil extrapolar esta situación al resto del país.

Igualmente, aunque Ferhenbach se equivoca en su apreciación de que la desigualdad entre hispanos y anglo-tejanos se deriva de la incapacidad del primero para asimilar la ética del segundo, sí atina cuando comenta que el asenso de políticos México-americanos (e hispanos, en general) esta vinculado a su capacidad para asimilarse al sistema de valores e intereses de la hegemonía.(85) La confabulación de la elite de cualquier grupo étnico minoritario con el grupo dominante ha sido explícitamente demostrada a lo largo de la historia y en distintas culturas y, nuevamente, no es un gran salto hipotético imaginar la misma situación aconteciendo en el Texas moderno.

La ‘hispanización’ del espacio urbano de Houston es resultado de la explosión de crecimiento de este grupo social, tanto por la inmigración como por el crecimiento interno. Sin embargo, esta hispanización no ha supuesto una transformación radical en la calidad de vida de los latinos en esta ciudad; se trata, metafóricamente hablando, de nada más que un *eufemismo*

⁸³ Cisneros, Henry G. & John Rosales. 2009. “By Way of Introduction and Acknowledgement”. En *Latinos and the Nation’s Future*. Henry G, Cisneros & John Rosales (eds.). Houston: Arte Público Press, pp. xiii-xiv.

⁸⁴ Ferhenbach, T.R. *Seven Keys*, pp. 114-116.

⁸⁵ *Ibid.*

espacial.

La continuidad de ciertas ideologías dominantes, así como la desigualdad en la capacidad de agencia sobre la producción del espacio urbano contribuyen a esta circunstancia. Pero más importante es la noción de que, como parte de un espacio urbano capitalista, estas manifestaciones físico-culturales reproducen las mismas contradicciones del sistema. Consecuentemente, en el mejor de los casos son un apoyo para la comunidad y, a la vez, expresiones simbólicas de apropiación, pertenencia y continuidad histórica. En el peor de los casos —y, lamentablemente, en su mayoría— forman parte de la comodificación de la ciudad, de la estrategia formal del ‘espectáculo’, o, en otras palabras de la ‘disneyificación’ de las ciudades, e, inevitablemente, de los mecanismos de producción y reproducción del capitalismo.(86)

⁸⁶ Cf.: Sorkin, Michael (ed.). 1992. *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. New York: Hill and Wang; Gottdiener, Mark. 2001. *The Theming of America: Dreams, Media Fantasies, and Themed Environments*. 2nd. Ed. Boulder: Westview Press; Sukin, Sharon. 2007. “Learning from Disney World”. En *Urban Design Reader*. Mathew Carmona & Steve Tiesdell (eds.). Amsterdam: Elsevier / Architectural Press.

CONCLUSIONES GENERALES

El espacio como producto

El 11 de diciembre de 2008 el Buró Nacional de Investigación Económica (NBER), la organización privada líder en investigación económica en los Estados Unidos de América, declaró en un reporte publicado en su página en internet que la economía estadounidense había alcanzado su pico en diciembre del año anterior.⁽¹⁾ Con esto anunciaba el inicio de una recesión que al día de hoy ha dado la vuelta al mundo y afectado a millones de personas como nunca anteriormente había ocurrido. Este acelerado y expansivo descenso económico tiene su origen en una crisis hipotecaria de vivienda que ha venido generándose en ese país desde el año 2006 y que ha supuesto el embargo de miles, si no millones de viviendas, la devaluación del sector inmobiliario y despidos masivos en varias partes del mundo seguidos por protestas ciudadanas en países de los cinco continentes. Inclusive ha llegado a provocar el colapso financiero de naciones enteras como Islandia y Grecia.

Este suceso ha servido para sacar a la luz de manera muy visible el hecho de que *el espacio y el contexto construido están estrechamente ligados a la estructura económica, política y cultural de la organización de nuestra sociedad presente, tanto a nivel local, regional y nacional, como global*. Esta es la premisa principal que fundamenta la presente investigación. En otras palabras, el desarrollo de la sociedad y el desarrollo del espacio, particularmente del espacio urbano, están dialécticamente unidos. La implicación de esta premisa es que, a fin de que exista un equilibrio entre la vida del individuo y la convivencia social que haga posible la permanencia y trascendencia del ser humano, es preciso reconocer la importancia del papel del espacio y su adecuación a las necesidades físicas y sociales de los mismos.

Este argumento ha sido planteado desde hace varias décadas y desde diferentes disciplinas relacionadas con el contexto sociofísico. A la larga, su difusión ha ejercido una importante influencia en el discurso de la teoría urbana contemporánea. No obstante, en la discusión sobre la epistemología del diseño arquitectónico esta premisa ha gozado, si acaso, de tan sólo una moderada presencia; incluso siendo vista en varias ocasiones con franco escepticismo.

Este escepticismo puede ser visto como una consecuencia más de otro de los argumentos

¹ En línea, URL: <http://www.nber.org/cycles/dec2008.html> (consultado el 2 de febrero 2009).

abordados en esta investigación: *la manera en que un determinado grupo del sistema social se sirve de representaciones ideológicas absolutas (o mitologías) para mantener el status quo, permeando estos mitos tanto en el mundo del pensamiento (a través de las instituciones que lo difunden) como la vida cotidiana de las personas.* Uno de los errores frecuentes en el tratamiento de los conflictos que aquejan a la sociedad es dar por sentado las bases y no, como sugería Marx, “poner al mundo de cabeza” para observarlo desde una perspectiva que ponga en entredicho estos fundamentos, o, parafraseando a Lefebvre, quitarse las anteojeras que limitan la visión de la realidad.

El desplazamiento de los temas sociales, la creciente balcanización de las disciplinas del contexto construido, el determinismo tecnológico y la retirada de la teoría y praxis arquitectónica al campo de la estética y la técnica —al servicio de, en el mejor de los casos, un desempeño “eficiente” de los edificios, en el peor, al servicio del espectáculo y la banalidad (del cliente y del arquitecto)— son algunas de las consecuencias visibles de esta influencia. Consecuentemente, el análisis *crítico* de la arquitectura es relegado paulatinamente a los rincones del ámbito académico y profesional de esta disciplina.

Agencia y estructura

En esta investigación se ha tratado de destacar la importancia del contexto construido en la configuración de la comunidad, no sólo como fenómeno, sino como agente activo que participa en la modificación de las relaciones sociales. Por supuesto, es preciso rechazar la pretensión de la arquitectura como algo capaz de determinar el comportamiento humano. La lección de los trágicos resultados del determinismo material que dominó la práctica del movimiento moderno de la primera mitad del siglo XX (aunque no fuera su intención) sigue siendo memorable. Paradójicamente, la catástrofe del “heroico” proyecto modernista fue precisamente la cosificación de la arquitectura y los nuevos proyectos que buscan remediar sus limitaciones no escapan de ésta falta.⁽²⁾

Por lo mismo, a la fecha, la desilusión generalizada que provocaran los grandes fracasos de los experimentos modernistas causa si no el rechazo generalizado de cualquier intento de planeación urbano-arquitectónica con fines sociales, sí un sonado escepticismo respecto a sus beneficios. Y, a veces, con razón, ya que en muchos casos, así como pasó con el movimiento

² El más claro ejemplo de esto es el movimiento del Nuevo Urbanismo, que, además, ha tenido gran aceptación por parte tanto de desarrolladores, como políticos, arquitectos y público en general, cada uno por motivos diversos y a pesar de sus aparentes defectos y fallidas consecuencias.

moderno, estos proyectos son secuestrados por intereses particulares, pero pregonados como obras de beneficio social.

La postura favorecida aquí difiere de este determinismo en la medida en que considera al espacio como *uno* de los elementos de la trama de relaciones y procesos que componen a la sociedad, pero no el único, ni el más importante. *El valor del espacio es una convención social*. El espacio, por sí solo, es baladí. Es sólo en su relación con el ser humano (como individuo y como ser social) que adquiere significado. Igualmente, la arquitectura, como modeladora de espacios, juega un papel importante en las relaciones sociales y la vida de las personas, pero en principio es siempre la actuación de diversos agentes (personas, organizaciones, instituciones, etcétera) que participan en la producción y significación de estos objetos monumentales de concreto, cristal y acero —así como del espacio delimitado por estos— la que determina el contexto habitable.

Sin embargo, a su vez, el contexto construido y, en particular, el contexto urbano es una herramienta que hace posible tanto la reproducción como la transformación de la sociedad que le dio forma. “¿Puede la realidad urbana ser definida como una ‘superestructura’ en la superficie de la estructura económica, ya sea capitalista o socialista?” pregunta Lefebvre. “Para nada”, contesta él mismo, “la realidad urbana modifica las relaciones de producción *sin ser suficiente para transformarlas*. Se vuelve una fuerza productiva, como la ciencia”.(3) “El lugar *puede desencadenar* lo que de hecho ya existe entre el cuerpo y la historia”, nos advierte Muntañola, “pero nada nos garantiza que funcione”.(4)

Como hemos visto, varios estudios han señalado la importancia del espacio y el contexto construido como factores que afectan el desempeño y la capacidad de las personas que lo viven —o que en algunos casos lo padecen—. Tanto la consideración del espacio y el contexto construido como elementos que se relacionan pasivamente con sus habitantes, como la consideración contraria del contexto como gran determinante social, permean la postura ecológica positivista de finales del siglo XIX; consideraciones que aún tienen huella en la epistemología de la sociología urbana y el urbanismo, sobre todo en los Estados Unidos.

No obstante, se ha demostrado que la capacidad de las personas (así como de las instituciones y grupos sociales) para determinar activamente la forma del espacio que habitan, es decir, de *producir su propio espacio*, es innegable. A lo largo de este trabajo se ha enfatizado tanto

³ Lefebvre, H. *The Urban Revolution*, p. 15; énfasis añadido.

⁴ Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*, p. 19.

en la importancia del papel de la *estructura* de la organización social, como en la relevancia que la *agencia* de estos actores tiene en la definición del espacio.

Para esto, se utilizó el fundamento de una de las teorías que abordan mejor la problemática de esta relación socio-espacial: la *teoría de la producción del espacio*, tal como es concebida por el filósofo/sociólogo francés Henri Lefebvre y avanzada más adelante por varios estudiosos del espacio urbano, entre ellos, el sociólogo americano Mark Gottdiener, el geógrafo marxista David Harvey, y otros. Lefebvre pretendía con esta teoría adjudicar al marxismo un componente espacial que hasta el momento había sido ignorado. Desde su punto de vista el menosprecio de esta dimensión espacial socavaba los fundamentos del proyecto marxista, haciendo irrealizable la anhelada revolución social. Para Lefebvre, las consignas marxistas de: ‘¡cambia la vida!’ ‘¡cambia la sociedad!’, significan nada sin la producción de un espacio apropiado.(5)

Lo que distingue a la teoría de la producción del espacio —o la *perspectiva socio-espacial*, como la llaman Mark Gottdiener y Ray Hutchison— de otras teorías del contexto construido es su fundamento en la relación dialéctica entre los elementos estructurales y las circunstancias coyunturales en el proceso de la configuración del espacio social y material que habita el ser humano.(6) Para Gottdiener, esta teoría supone la superación del objetivismo de las posturas estructuralistas y culturalistas por un lado y del subjetivismo de las posturas ecológicas por el otro, que explican los procesos sociales desde polos opuestos, presentando explicaciones parciales que no se sostienen al aplicarse a la diversidad de escenarios que exhibe el mundo real.

Sin embargo, la teoría de la producción del espacio no escapa del todo de esta situación. Lefebvre veía su teoría espacial como un trabajo en proceso, capaz de adaptarse a través del tiempo para reflejar los mismos cambios que los centros urbanos presentan a lo largo de su evolución. Por lo mismo, ciertos aspectos de su teoría nunca fueron desarrollados y muchos de los esfuerzos de quienes han retomado esta fuente de análisis se han concentrado en trasladar los fundamentos planteados por Lefebvre al mundo presente, buscando preservar su esencia teórica pero también observando sus limitaciones.

De acuerdo con esto, un análisis del espacio urbano contemporáneo fundamentado en la teoría de la producción del espacio debe complementarse con otras premisas mencionadas en

⁵ Lefebvre, H. *The Production of Space*, p. 59.

⁶ Cf.: Gottdiener, M. & R. Hutchison. *The new urban sociology*.

ésta, mas no desarrolladas del todo. Particularmente, de acuerdo con las condiciones actuales de un gran número de centros urbanos, aquellas referentes a la *multiculturalidad* de las ciudades y su complemento necesario, el *derecho a la diferencia*.

En la actualidad, el destino de las ciudades, con sus industrias y comunidades locales, está directamente ligado a intereses transnacionales particulares localizados a miles de kilómetros de distancia. Y el desarrollo geográfico desigual es más marcado que nunca. El papel de las migraciones transnacionales y el asentamiento de grupos culturales diversos en ciudades de todo el mundo es cada vez de mayor importancia. Su entendimiento es necesario para una correcta interpretación de la forma urbana, la sociedad y la arquitectura del futuro.

La inmigración y el multiculturalismo de las ciudades son estampas de la evolución del capitalismo y el desarrollo tecnológico de nuestros días. Su relación con la economía política mundial y las relaciones de producción es aparente. Debido a la explosión demográfica y a la migración (del campo a la ciudad y de países en desarrollo a países desarrollados) la ciudad es ahora una parte (no siempre la más importante) de extensas regiones metropolitanas que abarcan centros urbanos, suburbios, zonas conurbadas, y hasta ciudades vecinas, desplegadas en vastas redes de infraestructuras viales, comerciales y energéticas visibles desde el espacio.

La teoría de la producción social del espacio explica la relación dialéctica existente entre estos procesos sociales y su representación material en el espacio físico de los asentamientos humanos. Tanto la traza de las ciudades como la arquitectura de sus edificios son resultado de la interacción de factores económicos, políticos y culturales que ocurren a nivel local, regional y global. La transformación de la composición social significa una transformación en la producción, significación y uso del espacio físico. Es en este aspecto donde radica la importancia de la consideración de la producción del espacio en el análisis crítico de la arquitectura de las ciudades.

Houston como paradigma de la ciudad del siglo XXI

La ciudad de Houston posee varias características que la ubican como un modelo paradigmático de la urbanización del nuevo capitalismo. Su patrón de desarrollo demuestra lo que Lefebvre denomina el movimiento de *'implosión-explosión'* característico de las ciudades post-industriales del siglo XX, concentrando un sinnúmero de objetos, personas, conocimientos, y demás, en un espacio central a la vez que se esparce y fragmenta en periferias, suburbios y

ciudades satélite (7).

El desarrollo de la ciudad de Houston es reconocido por estar impulsado por un sistema de valores capitalistas basados en el concepto de *'laissez-faire'*, esto es, en pro de la propiedad privada y de la no-intervención del Estado en los asuntos privados, excepto en su participación en la creación de un buen 'clima empresarial'. El resultado ha sido un contexto urbano sumamente fragmentado, privatizado y árido para la interacción social cotidiana, con escasos espacios públicos y el dominio de los automóviles. Houston es, parafraseando al sociólogo houstoniano Stephen Klineberg, una ciudad extensa, de escasa densidad y multi-céntrica; una colección de 'aldeas descentralizadas'.

Este mismo clima emprendedor, en línea con los intereses transnacionales que dominan el panorama socio-económico mundial y produce un ambiente inhóspito para ejercer la ciudadanía, no sin un poco de ironía, ha convertido a Houston en una ciudad destino. A ella llegan cada año miles de inmigrantes de todas nacionalidades siguiendo a las fuentes de trabajo, aquellas empresas que se establecen en ciudades como Houston por su laxitud hacia los abusos laborales, la contaminación ambiental y las bajas o nulas contribuciones fiscales requeridas.

Por su cercanía, la comunidad mexicana es de los grupos étnicos más representativos de Houston. Pero, igualmente, la población de inmigrantes asiáticos crece constantemente, mientras que inmigrantes nacionales, venidos de estados vecinos como Luisiana, llegan a la ciudad a buscar trabajo. Esto convierte a Houston en una de las ciudades cultural, étnica y racialmente más diversas de los Estados Unidos de América. Sin embargo, semejante diversidad en Houston se ve acompañada de una considerable segregación residencial. La deficiencia de apoyos institucionales, la desatención a las diferentes necesidades de los grupos inmigrantes y el subyacente racismo anglosajón ha dividido al espacio urbano de esta ciudad en guetos, áreas de gran concentración de poblaciones mono-étnicas o mono-raciales, exacerbando las desigualdades y conflictos entre estos grupos sociales.

Aunado a esto, como la mayoría de las ciudades estadounidenses de la década de los ochentas y principios de los noventa del siglo anterior, la ciudad de Houston se ha extendido en su periferia, construyendo innumerables desarrollos habitacionales unifamiliares que son impulsados por las políticas federales y locales que incentivan el "sueño americano", incremen-

⁷ Lefebvre, H. *The Urban Revolution*, p. 14.

tando aún más la segregación demográfica de acuerdo a su posición socioeconómica, raza, cultura y etnia. En esta situación, el privatismo dominante de la ideología anglosajona se ve exacerbado por la baja densidad y, consecuentemente, poco contacto entre individuos distintos. Esto, como han demostrado varios estudios, implica la falta de convivencia en la diversidad, lo que conlleva a la hostilidad hacia el 'otro' inherente a nuestros instintos genéticos.

A través del análisis semiótico, hemos visto como estos factores afectan la participación de la comunidad México-americana en la configuración del espacio urbano de Houston. Este análisis reveló que la presencia de símbolos materiales 'mexicanos' en comercios y restaurantes es, en su gran mayoría, una *tematización* cultural ideada con fines comerciales, explotando y banalizando el contenido de una cultura 'exótica'. Esta tematización por otro lado sirve para presentar una apariencia de tolerancia cultural, una actitud 'multiculturalista' de respeto a la diversidad cultural. Esta apariencia esconde la realidad de la explotación, desigualdad y discriminación con que se trata, no sólo a mexicanos, sino latinos en general y no sólo a inmigrantes, sino a ciudadanos hispano-americanos.

Aunado a esto, encontramos el hecho de que dentro de la *narrativa* urbana de la ciudad de Houston, en su conjunto, el discurso que compone el espacio de la comunidad México-americana, en particular, e hispana, en general, se encuentra escindido del resto. Esta escisión opera tanto en el espacio social, haciendo casi invisible la presencia de estos grupos sociales en la vida política, cultural y económica de la ciudad (aún cuando dependen de su trabajo para operar), como en el espacio físico; coartando las posibilidades de participación en el proceso productivo del espacio y segregándolos a través de barreras físicas que forman obstáculos para esta participación.

En resumen, la ciudad de Houston exhibe varias de las tendencias que las ciudades del nuevo capitalismo presentan. Entre ellas: una composición multi-étnica y multi-cultural, segregada espacial y socialmente; una constante expansión territorial planificada de acuerdo con intereses capitalistas; acompañada de una carencia de espacios públicos y servicios que favorezcan la integración, capacidad y desempeño de las personas en la sociedad.

Arquitectura, espacio urbano y sociedad

Por mucho tiempo, el análisis de la arquitectura se ha concentrado en sus aspectos técnicos y estéticos. Pero, la creciente importancia que el espacio y el contexto urbano tienen en el desa-

rrollo social hacen necesario revisar la relación entre la arquitectura —como profesión y como objeto— con el contexto social, cultural, político y económico que le rodea. Este estudio pretende acercarnos a un mejor entendimiento de cómo podemos construir ciudades que sean más acordes a las sociedades multiculturales del futuro, con entornos más inclusivos y ambientes más apropiados para sus habitantes.

A lo largo de toda esta investigación se presenta un tema recurrente: la necesidad del diálogo como único medio para resolver los problemas, conflictos y/o carencias presentes. La ciudad del siglo XXI se caracteriza por una relación inversa entre la homogeneización de su espacio y la heterogeneidad de sus habitantes. Es importante reconocer que la relación entre el espacio social y el espacio físico, o en otros términos, entre la arquitectura y sus habitantes es una relación dialéctica, es decir, que funciona en ambos sentidos. Una vez *con-figurado* a través del uso cotidiano de la arquitectura (incluida su significación), de lo que es permitido por las normas sociales y lo que es permitido por la forma física, la relación entre elementos y la experiencia estética del objeto arquitectónico *re-figuran* la práctica e interacción de los individuos. La negligencia de las circunstancias físicas y sociales en el proyecto arquitectónico, esto es, en la *pre-figuración* del espacio, resulta en un contexto construido perjudicial (en más de un sentido) para las personas.⁽⁸⁾ En la medida en que la teoría y praxis de la arquitectura se interesen por estas relaciones, los arquitectos serán capaces de producir entornos habitables más apropiados y pertinentes para las personas como individuos y para la sociedad en su conjunto.

⁸ Cf.: Muntañola Thornberg, J. 2000. *Topogénesis*.

BIBLIOGRAFÍA

Obras citadas

- Amin, Ash. 2006. "The Good City". *Urban Studies* Vol. 43, nos. 5/6 [May], pp. 1009-1023.
- Ayele, Wolde-Ghiorghis, "El Mercado del Sol". *Cite*, Fall 1985.
- Bachs, Isabel. 2003. "Plaza dels Àngels". En *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Jordi Borja & Zaida Muxí, pp. 146-149. Barcelona: Diputació de Barcelona/Electra.
- Bakhtin, M. M. 1981. *The Dialogic Imagination*. Ed. Michael Holquist. Austin: University of Texas Press.
- Barna, Joel Warren. 1992. *The See-Through Years: Creation and Destruction in Texas Architecture and Real Estate, 1981-1991*. Houston: Rice University Press.
- Barthes, Roland. 1990 [1985]. *La aventura semiológica*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Bauböck, Rainer. 1994. *Transnational Citizenship: Membership and Rights in International Migration*. Aldershot, Hants, England: Edward Elgar.
- . 2002. "Farewell to Multiculturalism? Sharing Values and Identities in Societies of Immigration". *Journal of International Migration and Integration* Vol 3, no. 1 [winter], pp. 1-15. En línea, URL: <http://www.eui.eu/Import/ResolvedResources/PDF/J/Jimi-Farewell-Multiculturalism.pdf> (consultado el 25/09/2009).
- . 2003. "Reinventing Urban Citizenship". *Citizenship Studies* Vol. 7, no. 2, pp. 139-160. En línea, URL: <http://www.eui.eu/Import/ResolvedResources/PDF/C/CitizenshipStudiesfinal0403.pdf> (consultado el 25/09/2009).
- . 2006a. "Introduction". En *Migration and Citizenship: Legal Status, Rights and Political Participation*. Rainer Bauböck (ed.), pp. 9-13. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- . 2006b. "Citizenship and migration — concepts and controversies". En *Migration and Citizenship: Legal Status, Rights and Political Participation*. Rainer Bauböck (ed.), pp. 15-31. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- . 2006c. "Multiculturalism". *Routledge Encyclopedia of Social Theory*. Austin Harrington, B. Marshall, Hans-Peter Müller (eds.). En línea, URL: <http://www.eui.eu/Import/ResolvedResources/PDF/R/Routledge-Encycl-multicult.pdf> (consultado el 25/09/2009).
- Baum, Howell. 2000. "Culture Matters —But it Shouldn't Matter Too Much". En *Urban Planning in a Multicultural Society*. Michael A. Burayidi (ed.), pp. 115-136. Westport; London: Praeger.
- Berry, Brian J. L. & John D. Kasarda. 1977. *Contemporary Urban Ecology*. New York: Macmillan Publishing Co.
- Bishop, Bill. 2009. *The Big Sort: Why the Clustering of Like-minded America is Tearing Us Apart*. New York: Mariner Books.
- Borja, Jordi & Zaida Muxí. 2003. *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Diputació de Barcelona/Electa.
- Brenner, Neil. 2008. "Henri Lefebvre's critique of State productivism". En *Space, difference, everyday life*. Kanishka Goonewardena, et al. (eds.), pp. 231-249. New York; London: Routledge.
- Broadbent, Geoffrey. 1977. "A plain man's guide to the theory of signs in architecture". *Architectural Design* July/August, pp. 474-482.
- Buchanan, James E. (ed.). 1975. *Houston: A Chronological and Documentary History: 1519-1970*. New York: Oceana.
- Burayidi, Michael (ed.). 2000. *Urban Planning in a Multicultural Society*. Westport; London: Praeger.
- Casey, Edward. 1998. *The fate of place: a philosophical history*. Berkeley: University of California Press.
- Centro Cultural Talento Bilingüe de Houston, En línea, URL: <http://www.tbhcenter.org/history.html> (consultado

el 6/9/2010)

- Cisneros, Henry G. & John Rosales. 2009. *Latinos and the Nation's Future*. Houston: Arte Público Press.
- Cobley, Paul & Litza Jansz. 1999. *Introducing Semiotics*. Cambridge: Icon Books.
- Davis, Mike. 2001. *Magical Urbanism: Latinos Reinvent the US City*. London; New York: Verso.
- De Genova, Nicholas. 2005. *Working the Boundaries: Race, Space, and "Illegality" in Mexican Chicago*. Durham; London: Duke University Press.
- De León, Arnolando. 2001. *Ethnicity in the Sunbelt: Mexican Americans in Houston*. College Station: Texas A&M University Press.
- De Navas-Walt C., B. D. Proctor & J. C. Smith. 2009. "Income, Poverty, and Health Insurance Coverage in the United States: 2008". En *U.S. Census Bureau, Current Population Reports*, pp. 60-236. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- Díaz Moore, Keith (ed.). 2000. *Culture-meaning-architecture: critical reflections on the work of Amos Rapoport*. s.l.: Ashgate Publishing.
- Eco, Umberto. 1994 [1968]. *La Estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Engels, Frederick. 1998 [1895]. *The Condition of the Working Class in England*. Documento electrónico transcrito por Tim Delaney a partir de la edición publicada en 1969 por Panther Edition. La primera versión inglesa del texto fue publicada en Nueva York (1887) y Londres (1891). En línea, URL: <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1845/condition-working-class/>
- Feagin, Joe. 1988. *Free Enterprise City: Houston in Political-Economic Perspective*. New Brunswick; London: Rutgers University Press.
- Feibel, Carrie. 2011. "Texas Lags in Measure of 'Human Development'". En *KUHF*. Reportaje radiofónico del 7 de febrero 2011. En línea, URL: http://app1.kuhf.org/houston_public_radio-news-display.php?articles_id=1297059078
- Ferhenbach, T.R. 2003. *The Seven Keys to Texas*. New York: e-reads.
- Florida, Richard. 2004. *The Rise of the Creative Class*. New York: Basic Books.
- Fox, Stephen. 1999. *Houston Architectural Guide*. 2nd. Ed. Houston: The American Institute of Architects/Houston Chapter.
- Frey, William H. 2009. "Immigration and the Comming 'Majority-Minority'". *The Brookings Institution*. En línea, URL: http://www.brookings.edu/opinions/2009/1218_immigration_frey.aspx.
- Gibson, Christine. 2006. "Our 10 Greatest Natural Disasters", *American Heritage*, August/September. En línea, URL: <http://www.americanheritage.com/events/articles/web/20060905-natural-disasters.shtml> (consultado el 10/06/2010).
- Giddens, Anthony. 1986. *The Constitution of Society*. s.l.:University of California Press.
- . 1994 [1971]. *Capitalism and modern social theory: An analysis of the writings of Marx, Durkheim and Max Weber*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Giddens, Anthony & Mitchell Duneier. 2000. *Introduction to Sociology*. 3rd. Ed. New York; London: W.W. Norton & Company, Inc.
- Gilbert, Liette & Mustafa Dikeç. 2008. "Right to the city: politics of citizenship". En *Space, difference, everyday life: reading Henri Lefebvre*. Kanishka Goonewardena, et al. (eds.), pp. 250-263. New York: Routledge.
- Global Commission on International Migration. 2005. *Migration in an interconnected world: New directions for actions*. En línea, URL: <http://www.gcim.org/attachements/gcim-complete-report-2005.pdf>
- Goonewardena, K., S. Kipfer, R. Milgrom & C. Schmid (eds.). 2008. *Space, difference, everyday life: reading Henri Le-*

febre. New York: Routledge.

Gottdiener, Mark. 1986. "Recapturing the Center: A Semiotic Analysis of Shopping Malls". En *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. M. Gottdiener & A. Ph. Lagopoulos (eds.). New York: Columbia University Press.

—. 1997 [1985]. *The social production of urban space*. Austin: University of Texas Press.

—. 2001. *The Theming of America: Dreams, Media Fantasies, and Themed Environments*. 2nd. Ed. Boulder: Westview Press.

—. 2002. "A Marx for Our Time: Henri Lefebvre and The Production of Space". *An Architektur*. Vol. 1. Berlin: An Architektur e.V. En línea, URL: http://www.anarchitektur.com/aa01_lefebvre/aa01_lefebvre_en.html (consultado el 5/5/2009).

Gottdiener, M. & Alexandros Ph. Lagopoulos (eds.). 1986. *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. New York: Columbia University Press.

Gottdiener, Mark & Ray Hutchison. 2006. *The new urban sociology*. Boulder: Westview Press.

Greimas, Algirdas Julien. 1986 [1976]. "For a Topological Semiotics". En *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. M. Gottdiener & A. Ph. Lagopoulos (eds.). New York: Columbia University Press.

Greimas, A.J. & J. Courtés. 1990 [1979]. *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Editorial Gredos.

—. 1991 [1986]. *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Tomo II. Madrid: Editorial Gredos.

Gunter, Ford. 2010. "Houston City Council approves Dynamo stadium". *Houston Business Journal*. En línea, URL: <http://www.bizjournals.com/houston/stories/2010/04/05/daily34.html> (consultado el 3/8/2010)

Hagan, Jacqueline M. & Nestor P. Rodriguez. 1992. "Recent Economic Restructuring and Evolving Intergroup Relations in Houston". En *Structuring Diversity: Ethnographic Perspectives on the New Immigration*. Louise Lamphere (ed.). Chicago & London: University of Chicago Press.

The Handbook of Texas Online. URL: <http://www.tshaonline.org/>

Harvey, David. 1989. *The Urban Experience*. Baltimore: John Hopkins University Press.

—. 1990. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Malden; Oxford: Blackwell Publishing.

—. 2000. *Spaces of Hope*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press.

—. 2006. *Spaces of Global Capitalism*. London; New York: Verso.

—. 2009 [1973]. *Social Justice and the City*. Athens, Georgia: University of Georgia Press

Hawley, Amos. 1950. *Human Ecology: A Theory of Community Structure*. New York: The Ronald Press Company.

—. 1986. *Human Ecology: A Theoretical Essay*. Chicago; London: The University of Chicago Press.

Hayden, Dolores. 1984. *Redesigning the American Dream*. New York; London: W.W. Norton & Company.

—. 1990. "Using Ethnic History to Understand Urban Landscapes", *Places*, Vol. 7, No. 1, Fall.

—. 1994. "The Power of Place: Claiming Urban Landscapes as People's History", *Journal of Urban History*, Vol. 20, No. 4.

—. 1996. "What Would a Non-sexist City Be Like? Speculations on Housing, Urban Design, and Human Work". En *The City Reader*. Richard T. LeGates & Frederic Stout (eds.). pp.142-157. London; New York: Routledge.

—. 2011. "Building the American Way: Public Subsidy, Private Space" En *American Democracy and the Pursuit of Equality*. Merlin Chowkwanyun & Randa Serhan (eds.). pp. 60-72. Boulder; London: Paradigm Publishers.

Herzog, Lawrence. 1999. *From Aztec to High Tech: Architecture and Landscape across the Mexico-United States Border*. Baltimore; London: The Johns Hopkins University Press.

Hill, R. 1974. "Capital Accumulation and Urbanization in the U.S". *Comparative Urban Research* 2.

- Hjelmslev, Louis. 1971 [1943]. *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. José Luis Díaz de Llaño (trad.). Madrid: Editorial Gredos.
- Jacobs, Jane. 1992 [1961]. *The Dead and Life of Great American Cities*. New York: Vintage Books.
- Jan Lin. 1995. "Ethnic Places, Postmodernism, and Urban Change in Houston", *The Sociological Quarterly*, Vol. 36, No. 4.
- Kipfer, Stefan. 2008. "How Lefebvre urbanized Gramsci: Hegemony, everyday life, and difference". En *Space, difference, everyday life*. Kanishka Goonewardena, et al. (eds). pp. 193-211. New York; London: Routledge.
- Klineberg, Stephen. s.f. *Public Perceptions in Remarkable Times: Tracking Change Through 24 Years of Houston Surveys*. s.l.: Department of Sociology, Rice University. En línea, URL: <http://has.rice.edu/default.aspx?id=30&linkidentifier=id&itemid=30> (consultado el 4/10/2010)
- . s.f. *An Historical Overview of Immigration in Houston, Based on the Houston Area Survey*. s.l.: Department of Sociology, Rice University. En línea, URL: <http://has.rice.edu/default.aspx?id=30&linkidentifier=id&itemid=30> (consultado el 4/9/2010)
- Kofman, Eleonor & Elizabeth Lebas. 1996. "Lost in Transposition - Time, Space and the City". En *Writings on cities*. Henri Lefebvre. Oxford: Blackwell Publishing.
- Krampen, Martin. 1997. "Semiotics of architecture, semiotics of space — looking back and ahead". En *Arquitectura, semiótica i ciències socials*. Josep Muntanola (ed.). Barcelona: EdicionsUPC.
- Kreneck, Thomas H. s.f. "Remembering a LULAC Hero: Felix Tijerina". En línea, URL: http://www.lulac60.org/felix_tijerina (consultado el 6/9/2010)
- Lagopoulos, Alexandros Ph. 1988. "Marxism, Semiotics, and Urban Space: The Social Semiotic Typology of Urban Texts". En *Semiotic Theory and Practice: Palermo 1984*. Michael Herzfeld & Lucio Melazzo (eds.). Berlin; New York; Amsterdam: Mouton de Gruyter.
- . 1992. *Meaning and Geography: The Social Conception of the Region in Northern Greece*. Berlin; New York: Mouton de Gruyter.
- . 1993. "The Social Semiotics of Spaces vs. the Semiotics of Space". En *Signs of Humanity: Proceedings of the IVth International Congress, International Association for Semiotic Studies, Barcelona/Perpignan, 1989-30/3/06-04*. Vol. II. Gérard Deledalle (ed.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter.
- . 1996. "Space as the articulation of the material and the semiotic". En *Semiotics around the World; Synthesis in Diversity: Proceedings of the Fifth Congress of the International Association for Semiotic Studies, Berkeley 1994*, Vol. 1. Irmengard Raunch, Gerard F. Carr (eds.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter.
- . 1998. "Semiotics of space: A fuzzy field". En *The Man and the City: Spaces, Forms, Meanings: Reports to the International Congress of the International Association for the Semiotics of Space (St. Petersburg, 27-30 July 1995)*. Vol. 1. Pierre Pellegrino, A. Ph. Lagopoulos, A. Barabnov (eds.). Ekaterinburg: Architecton.
- . 2009. "The social semiotics of space: Metaphor, ideology, and political economy". *Semiotica*. Vol. 173 - ¼. Paul Copley & Anti Randviir (eds.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter.
- Lang, Curtis. 1995. "A Depleted Legacy: Public Housing in Houston". *Cite*, no. 33.
- Le Corbusier. 1973 [1957]. *Principios de Urbanismo (La Carta de Atenas)*. Juan-Ramón Capella (trad.). Barcelona: Editorial Ariel.
- Ledrut, Raymond. 1986 [1973]. "The Images of the City". En *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. M. Gottdiener & A. Ph. Lagopoulos (eds.). New York: Columbia University Press.
- Lefebvre, Henri. 1991 [1974]. *The Production of Space*. Donald Nicholson-Smith (trad.). Malden; Oxford: Blackwell Publishing.

- . 1996. *Writings on cities*. E. Kofman y E. Lebas (trad., sel. e intro.). Malden; Oxford: Blackwell Publishing.
- . 2003 [1970]. *The Urban Revolution*. Robert Bononno (trad.). Minneapolis: University of Minneapolis Press.
- . 2008 [1947]. *The Critique of Everyday Life, Vol. I*. J. Moore (trad.). London; New York: Verso.
- . 2008 [1961]. *The Critique of Everyday Life, Vol. II*. J. Moore (trad.). London; New York: Verso.
- . 2008 [1981]. *The Critique of Everyday Life, Vol. III*. G. Elliot (trad.). London; New York: Verso.
- . 2009 [1940]. *Dialectical Materialism*. John Sturrock (trad.). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lévi-Strauss, Claude, 2008 [1973]. *Antropología Estructural: mito, sociedad, humanidades*. México; Buenos Aires; Madrid: siglo xxi editores.
- Levy, Albert. 1996. "A semiotic modelization of the architectural conception". En *Semiotics around the World; Synthesis in Diversity: Proceedings of the Fifth Congress of the International Asociation for Semiotic Studies, Berkeley 1994*, Vol. 1. Irmengard Raunch, Gerard F. Carr (eds.). Berlin; New York: Mouton de Gruyter.
- Lezama, José Luis. 2002 [1993]. *Teoría social, espacio y ciudad*. México: El colegio de México.
- Longoria, Rafael. 2003 "Movable Feast". *Cite*, no. 58, Summer.
- Low, Setha M. 1988. "Cultural Aspects of Design: An Introduction to the Field". *Architecture & Behavior*. Vol. 4, no. 3, pp. 187-190.
- Low, Setha M. & Denise Lawrence-Zúñiga (eds.). 2003. *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden; Oxford: Blackwell Publishing.
- Lynch, Kevin. 2004 [1960]. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Marx, Karl. 1852. *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. s.l.: Marxists Internet Archive. En línea, URL: <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1852/18th-brumaire/ch01.htm> (consultado el 19/10/2010).
- . 1887 [1867]. *Capital*. Vol. I, Sec. I. Documento electrónico transcrito de la primera versión inglesa publicada por Progress Publishers, en Moscú, USSR. Samuel Moore y Edward Avling (trads.). Fredrick Engels (ed.). En línea, URL: <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1867-c1/ch01.htm#S1> (consultado el 2/5/2009).
- . 1973 [1939]. *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*. Trad. Martin Nicolaus. London; New York: Penguin Books.
- Montejano, David. 1987. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*. Austin: University of Texas Press.
- Moreno, Jenalia. 2008. "Neighborhood markets growing into local chains: Supermercados compete with bigger stores by serving immigrants' tastes". *Houston Chronicle*, Julio 23. En línea, URL: <http://www.chron.com/dispatch/story.mpl/business/5904536.html> (consultado 15/10/2010).
- Mumford, Lewis. 1963 [1934]. *Technics and Civilization*. New York, London: Hartcourt Brace Jovanovich.
- . 1989 [1961]. *The city in history: its origins, its transformations, and its prospects*. San Diego: Harcourt Inc.
- Muntañola i Thornberg, Josep. 1974. *La Arquitectura Como Lugar*. Barcelona: Gustavo Gili.
- . 1978. *Topos y Logos*. Barcelona: Kairos.
- . 1979a. *Topogénesis Uno: Ensayo sobre el Cuerpo y la Arquitectura*. Barcelona: Oikos-tau.
- . 1979b. *Topogénesis Dos: Ensayo sobre la Naturaleza Social del Lugar*. Barcelona: Oikos-tau.
- . 1980. *Topogénesis Tres: Ensayo sobre la Significación en Arquitectura*. Barcelona: Oikos-tau.
- . 1990. *Retórica y Arquitectura*. Madrid: Hermann Blume.
- (ed.). 1997. *Arquitectura, semiótica i ciències socials*. Barcelona: EdicionsUPC.
- (ed.). 1999. *Arquitectura: Texto y contexto. Transcripciones I*. Barcelona: EdicionsUPC.
- . 2000. *Topogénesis: fundamentos de una nueva arquitectura*. Barcelona: EdicionsUPC.
- Nesbitt, Kate (ed.). 1996. *Theorizing a New Agenda for Architecture: An Anthology of Architectural Theory, 1965-1995*. New York: Princeton Architectural Press.

- Nöth, Winfried. 1995. *Handbook of Semiotics*. Bloomington; Indianapolis: Indiana University Press.
- O'Hear, Anthony. 2001. "Zeitgeist". *Enciclopedia Oxford de Filosofía*. Carmen García Trevijano (trad.). Madrid: Editorial Tecnos.
- Ortman, Jennifer M. & Christine E. Guarneri. 2009. "United States Population Projections: 2000 to 2050". *US Census Bureau*. En línea, URL: <http://www.census.gov/population/www/projections/analytical-document09.pdf>
- Ottaviano, Gianmarco y Giovanni, Peri. 2004. *The economic value of cultural diversity: Evidence from US cities*. En línea, URL: http://www.international.ucla.edu/cms/files/ottaviano_peri_nber.pdf
- Pacey, Arnold. 2000. *The Culture of Technology*. Cambridge: The MIT Press.
- Page, Scott. 2007. *The Difference: How the Power of Diversity Creates Better Groups, Firms, Schools, and Societies*. Princeton; Oxford: Princeton University Press.
- Parekh, Bhikhu. 2006. *Rethinking Multiculturalism: Cultural Diversity and Political Theory*. New York: Palgrave Macmillan.
- Park, Robert E., Ernest W. Burgess & Roderick D. McKenzie. 1967 [1925]. *The City*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Peirce, Charles Sanders. 1931-58. *Collected Papers*. Vols. 1-6, Charles Hartshorne & Paul Weiss (eds.). Cambridge: Harvard University Press. Citado en Winfried Nöth. 1995. *Handbook of Semiotics*. Bloomington; Indianapolis: Indiana University Press.
- Preziosi, Donald. 1979. *The Semiotics of the Built Environment. An Introduction to Architectonic Analysis*. Bloomington; London: Indiana University Press.
- Putnam, Robert D. 2007. "E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-first Century. The 2006 Johan Skytte Prize Lecture". *Scandinavian Political Studies*, Vol 30 - No. 2, pp. 137-173.
- Rapoport, Amos. 1969. *House form and Culture*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall.
- . 1977. *Human aspects of urban form*. Oxford: Pergamon Press.
- . 1990. *The Meaning of the Built Environment. A Non-verbal communication Approach*. Tucson: The University of Arizona Press.
- . 2003. *Cultura, arquitectura y diseño*. Barcelona: EdicionsUPC.
- Richardson, Rupert N., Adrian Anderson, Cary D. Wintz & Ernest Wallace. 2005. *Texas: The Lone Star State*. New Jersey: Prentice Hall.
- Rodriguez, Nestor P. 1993. "Economic Restructuring and Latino Growth in Houston". En *In the Barrios: Latinos and the Underclass Debate*. Moore, Joan & Raquel Pinderhughe (eds.). New York: Russell Sage Foundation.
- Rosales, F. Arturo. 1981. "Mexicans in Houston: The Struggle to Survive, 1908-1975". *The Houston Review*, III (Summer).
- Sandercock, Leonie. 2003. *Cosmopolis II: Mongrel Cities of the 21st Century*. London; New York: Continuum.
- Sassen, Saskia. 2001. *The Global City: New York, London, Tokio*. Princeton: Princeton University Press.
- Saussure, Ferdinand de. 1959 [1916]. *Course in General Linguistics*. Charles Bally & Albert Sechehaye (eds.). Wade Baskin (trad.). New York: Philosophical Library.
- Schmid, Christian. 2008. "Henri Lefebvre's theory of the production of space: towards a three-dimensional dialectic". En *Space, difference, everyday life: reading Henri Lefebvre*. K. Goonewardena, et al. (eds.). New York: Routledge.
- Scott, Florence J. 1935. "Spanish Land Grants in the Lower Rio Grande Valley", tesis de maestría, sin publicar: University of Texas.
- Sennet, Richard. 1990. *The Conscience of the Eye: The Design and Social Life of Cities*. New York; London: W.W. Norton & Company.

- Shelton, Beth Anne, Nestor P. Rodriguez, Joe R. Feagin, Robert Bullard, & Robert D. Thomas (eds.). 1989. *Houston: Growth and Decline in a Sunbelt Boomtown*. Philadelphia: Temple University Press.
- Singer, Audrey. 2007. "The Impact of Immigration on States and Localities". *The Brookings Institution*. En línea, URL: http://www.brookings.edu/testimony/2007/0517demographics_singer.aspx.
- Smith, Neil. 2008 [1984]. *Uneven development: nature, capital, and the production of space*. Athens, Georgia: The University of Georgia Press.
- Soja, Edward W. 1989. *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London; New York: Verso.
- Sorkin, Michael (ed.). 1992. *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. New York: Hill and Wang
- Statistics Canada. *Population Projections for Canada, Provinces and Territories, 2005-2031*. En línea, URL: <http://www.statcan.gc.ca/pub/91-520-x/00105/4095095-eng.htm>
- Stein, Stanley & Thomas Harper. 2000. "The Paradox of Planning in Multicultural Liberal Society: A Pragmatic Reconciliation". En *Urban Planning in a Muticultural Society*. Michael A. Burayidi (ed.), pp. 67-82. Westport; London: Praeger.
- Sukin, Sharon. 2007. "Learning from Disney World". En *Urban Design Reader*. Carmona, Mathew & Steve Tiesdell (eds.). Amsterdam: Elsevier/ Architectural Press.
- Thomas, Robert D & Richard W. Murray. 1991. *Progrowth Politics: Change and Governance in Houston*. Berkeley: IGS Press, University of California.
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division. 2009. *International Migration Report 2006: A Global Assesment*. En línea, URL: <http://www.gcim.org/attachements/gcim-complete-report-2005.pdf>
- U.S. Census Bureau: *State and County QuickFacts*. En línea, URL: <http://quickfacts.census.gov/qfd/states/48/4835000.html>
- U.S. Census Bureau. *American Community Survey, 2005-2009*. En línea, URL: http://factfinder.census.gov/servlet/SAFFactsCharIteration?_submenuId=factsheet_2&_sse=on
- Weber, Max. 1958. *The City*. Don Martindale & Gertrud Neuwirth (trads. y eds.). Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Wikipedia Contributors. "Edward Burnett Tylor". *Wikipedia, The Free Encyclopedia*, URL: http://en.wikipedia.org/w/index.php?title=Edward_Burnett_Tylor&oldid=300775457 (revisado el 7/7/2009).
- Williams, Raymond. 1976. *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. New York: Oxford University Press.
- Wood, Phil & Charles Landry. 2008. *The Intercultural City: Planning for Diversity Advantage*. London, Sterling, VA: Earthscan.
- Zinn, Howard. 2005. *A People's History of the United States: 1492-Present*. New York: Harper Perennial.

Obras consultadas

- Castells, Manuel. 2004 [1997]. *The Power of Identity*. Malden; Oxford: Blackwell Publishing.
- Chomsky, Noam & Edward S. Herman. 1979. *The Washington Connection and Third World Fascism*. Boston: South End Press.
- Delgado, Manuel. 1999. *El Animal público: hacia una antropología de los espacios urbanos*. 4a. ed. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, Michel. 1979 [1966]. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: siglo XXI editores.

- Hall, Edward T. 1973 [1959]. *The Silent Language*. New York: Anchor Press.
- . 1990 [1966]. *The Hidden Dimension*. New York: Anchor Books.
- Jameson, Frederic. 1991. *Postmodernism, or, The cultural logic of late capitalism*. Durham: Duke University Press.
- Klineberg, Stephen L. 2002. *The Houston Area Survey 2002. Houston's Economic and Demographic Transformations*. Houston: Rice University Press.
- Llorens, Tomàs (ed.). 1974. *Arquitectura, historia y teoría de los signos: El Symposium de Castelldefels*. Barcelona: La Gaya Ciencia.
- Merrifield, Andy. 2002. *Dialectical urbanism: social struggles in the capitalist city*. New York: Monthly Review Press.
- Mitchell, Don. 2003. *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space*. New York: The Guilford Press.
- Perkins, John. 2006. *Confessions of an Economic Hit Man*. New York: Plume.
- Rapoport, Amos. 1972 [1967]. "¿Quién da el significado en arquitectura?" En *La significación del entorno*. Xavier Sust (ed.). Barcelona: Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares.
- . 1999. "On the Cultural Responsiveness of Architecture". En *Classic Readings in Architecture*. Jay M. Stein & Kent F. Spreckelmeyer (eds.). Boston: WCB/McGraw-Hill.
- Sennett, Richard. 2006. *The culture of the new capitalism*. New Haven; London: Yale University Press.
- Sim, S. & B. Van Loon. 2002. *Introducing Critical Theory*. Cambridge: Totem Books.
- Soja, Edward W. 2000. *Postmetropolis: critical studies of cities and regions*. Malden; Oxford: Blackwell Publishing.
- Stephens, A. Ray & William M. Holmes. 1989. *Historical Atlas of Texas*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Sust, Xavier (ed.). 1972. *La significación del entorno*. Barcelona: Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares.
- University of Notre Dame. "Colere". *Latin Dictionary and Grammar Aid*. En línea, URL: <http://www.nd.edu/~archives/latin.htm>.
- Zárate Marsili, Marcelo. 2001. *Perspectivas cognoscitivas y proyectuales posibles para el urbanismo ambiental alternativo : indagación en el problema metodológico de un conocimiento holista y una aproximación especialista desde un enfoque sociofísico al desarrollo sustentable*. Tesis doctoral/ doctorando: Marcelo Zárate ; director: Josep Muntañola Thornberg ; Dpto. de Proyectos Arquitectónicos. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. Universidad Politécnica de Cataluña, 2000.

INDICE GENERAL

- aculturación, 101, 102, 119, 133, 213, 214, 226. Ver también: *cultura*
- agencia, 3, 4, 70, 75-83, 94, 142, 144, 153, 182, 189, 226, 239, 259, 270-273, 275, 276; *passim*.
- agente(s) social(es), 10, 19, 33, 42, 43, 63, 77, 78, 80, 85, 94, 110, 145, 221, 222, 224, 268, 270, 275, 276; *passim*
- Amin, Ash, 116n, 137n, 139-141
- Ayele, Wolde, 244n
- Bachs, Isabel, 121n. Ver también: *Borja, Jordi*.
- Bajtín, Mijaíl, 192, 193
- Bakhtin, Mikail, Ver *Bajtín, Mijaíl*
- Barna, Joel, 44n, 231, 232n, 244n
- Barthes, Roland, 8, 11, 155, 159, 160, 162, 164, 171n, 188n, 197n
- Bauböck, Rainer, 6, 104n, 113n, 116n-119n, 120-124, 137n, 138n, 141-143
- Baum, Howell, 98
- Berry, J. L., 59n-62n. Ver también: *ecología*.
- Bishop, Bill, 140n
- borde(s): geográfico(s), 12, 16; urbano(s), 205, 241, 258, 259-265
- Borja, Jordi, 121n, 137, 138n
- Boudon, Phillipe, 11
- Boudon, Pierre, 165, 188n, 190, 195, 196, 199
- Brenner, Neil, 116n
- Broadbent, Geoffrey, 11, 165, 171n
- Buchanan, James, 27n
- Burayidi, Michael, 6, 98n, 106n, 113n, 135
- Burgess, Ernest W., 58-60. Ver también: *Escuela Ecologista*
- capital: circuitos de, 67, 68, 78, 91, 185, 231, 267; teoría de la acumulación, 68-70 Ver también: *capitalismo*
- Casey, Edward, 51-54
- Castells, Manuel, 125
- Centro Cultural Talento Bilingüe de Houston, 240, 241, 269
- chora, 51n, 199. Ver también: *khôra*.
- Cisneros, Henry, 272n
- ciudadanía, 6, 21, 116, 137-143, 147, 148, 279
- ciudad buena: teoría de, 102, 140-143
- Clayton Homes, 236, 237, 253
- Cobley, Paul, 155n, 156n, 158n, 160n, 183n
- cosificación, 146, 275. Ver también: *reificación*
- cosmopolitanismo, 116n. Ver también: *Sandercock, Leonie*.
- De Genova, Nicholas, 106n, 113n, 117n, 121n, 126, 146
- De León, Arnoldo, 201-220, 236n, 238n, 259, 260n
- De Navas-Walt C., B. D., 125n
- desarrollo desigual, 4, 48, 71, 211, 218, 235, 261, 271; *passim*
- dialéctica(o), 7, 8, 12, 56, 57, 67, 70-76, 82-84, 93-95, 100, 148, 151, 153, 174, 178, 189, 199, 227, 269, 270, 274, 277, 278, 281; *passim*. Ver también: *materialismo dialéctico*
- Díaz Moore, Keith, 5n
- disneyificación, 273. Ver también: *tematización*.
- Dikeç, Mustafa, Ver *Gilbert, Liette*.

- Duneier, Mitchell. Ver *Giddens, Anthony*.
- East End, 206, 232n, 242, 249, 260, 266,
- ecología: teoría de, 58-66, 70, 79, 94, 276, 277
- Eco, Umberto, 8, 11, 153n, 160, 164, 166-174, 179, 197, 198
- Engels, Frederick, 56, 65
- Escuela Ecologista. Ver *ecología*.
- estructuración: teoría de, 75-79, 110, 190
- Feagin, Joe, 9n, 31n, 36n, 38n, 39n, 42n, 43n, 44n, 48n, 205n
- Feibel, Carrie, 219n
- Ferhenbach, T. R., 14n, 16n, 19n, 21n, 25-28, 48n, 210, 272
- Florida, Richard, 101n, 137n
- Foucault, Michel, 8, 51n, 155
- Fox, Stephen, 207n, 234n
- Frey, William, 98n
- gentrificación, 245, 264, 267
- Gibson, Christine, 34n
- Giddens, Anthony, 50n, 70n, 71n, 105n, 182. Ver también: *estructuración, teoría de*.
- Gilbert, Liette, 132n
- Global Commission on International Migration, 98n
- globalización, 37, 71, 101, 113, 116n, 138, 146, 147, 222, 230
- Goonewardena, Kanisha, 9, 70n, 71n, 72n, 96n, 113n, 116n, 117n, 127n, 137n, 155n
- Gottdiener, Mark, 8-11, 26n, 48, 56n, 57n, 58n, 59, 60n, 61n, 62, 63, 64, 65n, 66-71, 76, 77, 78n, 80n, 83n, 127n, 136, 155n, 165, 175, 176n, 178n, 184-190, 197n, 199, 222, 267, 273, 277; *passim*.
- Greimas, A. J., 8, 11, 160, 162n, 164, 175, 176-185
- Guarneri, Christine E., 98n
- Gunter, Ford, 249n
- Hagan, Jacqueline, 242n
- Hall, Edward, 165
- Handbook of Texas Online, 24n, 207n, 238n
- Harper, Thomas, 106n
- Harvey, David, 5n, 9, 67-71, 84, 86, 91n, 124, 125, 127n, 137n, 165n, 277. Ver también: *capital: teoría de la acumulación*.
- Hawley, Amos, 61, 62. Ver también: *ecología: teoría de*.
- Hayden, Dolores, 128-130
- Herder, Johann, 103-105, 111, 112, 119
- hegemonía, hegemónico, 43, 51, 65, 80-82, 85, 87, 90, 96, 115-118, 121, 123, 124, 143-145, 147, 222, 226, 236, 268, 271, 272; *passim*.
- Herzog, Lawrence, 131n
- Hill, R., 67n
- Hjeltslev, Louis, hjelmsleviano, 160-163, 176, 185-187, 193, 195, 197, 222
- interculturalismo, 121, 136, 147
- Jacobs, Jane, 127, 134, 135
- Jameson, Frederic, 71
- Jansz, Litza. Ver *Cobley, Paul*.
- Kasarda, John D., Ver *Berry, J. L.* Ver también: *ecología*.
- khôra, 196. Ver también: *chora*.
- Kipfer, Stefan, 9n, 117, 144, 145. Ver también: *Goonewardena, Kanisha*.
- Klineberg, Stephen, 220n, 232, 233, 279
- Kofman, Eleonor, 71, 72, 153
- Krampen, Martin, 164, 165n, 175n
- Kreneck, Thomas H., 238n

- Landry, Charles, 4n, 6, 101n, 102, 110, 111n, 113n, 118, 121n, 127, 136, 137
- Lagopoulos, Alexandros Ph., 11, 165, 175, 176n, 178n, 183n, 184-188, 197, 198n, 199, 222, 227n, 267
- Lang, Curtis, 236n
- Lebas, Elizabeth. Ver *Kofman, Eleonor*.
- Le Corbusier, 139, 173
- Ledrut, Raymond, 83n, 165, 186n
- Lefebvre, Henri, lefebvreano(a), 8-10, 51n, 52n, 56, 69, 71-96, 106n, 107-109, 115n, 116, 117n, 126, 127, 135, 140, 151-155, 164, 183, 184n, 186n, 189, 190, 275-278; *passim*.
- Lévi-Strauss, Claude, 104, 107, 110, 111, 155, 178, 197
- Levy, Albert, 172n
- Lezama, José Luis, 55, 57n, 58n, 59n, 60n, 65n, 66,
- Lin, Jan, 230-232
- Longoria, Rafael, 242n
- Low, Setha M., 5n
- LULAC, 212, 238
- Lynch, Kevin, 128, 259
- Marx, Karl, 7, 56, 58, 65, 73, 83, 85, 86, 91, 93, 275; teoría marxista, 8, 51n, 58, 61, 65-67, 70-72, 79, 94, 185, 186, 277
- materialismo dialéctico. 8, 56, 73, 153. Ver también: *dialéctica*.
- McKenzie, Roderick D. Ver *Burgess, Ernest W.*
- Mercado del Sol, 232, 244, 245
- Merrifield, Andy, 71n, 127n
- Mitchell, Don, 127n
- Montejano, David, 16, 17, 18n, 24n, 25n, 29n, 204n, 211n, 213n, 214n
- Moreno, Jenalia, 1n
- multiculturalismo, 4-7, 104, 118-127, 147, 199, 230, 267, 268
- Mumford, Lewis, 8, 90
- Muntañola i Thornberg, Josep, .11, 100, 165, 171n, 172n, 175, 184n, 188n, 189-199, 222, 268, 276, 281. Ver también: *topogénesis*.
- Murray, Richard W., 29-49, 216
- Muxí, Zaida. Ver *Borja, Jordi*.
- Nesbitt, Kate, 100n
- Nöth, Winfried, 155-165
- Nuestra Señora de Guadalupe: Iglesia de, 13, 207, 208, 236, 240, 268
- O'Hear, Anthony, 100n
- Ortman, Jennifer M. Ver *Guarneri, Christine E.*
- Ottaviano, Gianmarco, 137n
- Pacey, Arnold, 131n
- Page, Scott, 101n
- Parekh, Bhikhu, 6, 7n, 104n, 105n, 106n, 109, 111n, 112, 113n, 114, 115, 116, 117n, 120n, 121n, 122n, 132
- Park, Robert E. Ver *Burgess, Ernest W.*
- Peirce, Charles Sanders, 156, 157, 160
- Peri, Giovanni. Ver *Ottaviano, Gianmarco*
- posmodernismo, 9, 118, 230
- Preziosi, Donald, 11, 165n, 171n, 172n
- Putnam, Robert D., 141n
- Rapoport, Amos, 5, 10, 98, 100n, 105n, 106, 111, 112, 131n, 132, 133n, 136n, 164n, 174n, 175n, 205n
- Richardson, Rupert N., 16n, 18, 19n, 21, 24n,
- reificación, 111, 121. Ver también *Cosificación*.

Rodriguez, Nestor P., 207n, 212, 220n, 242n, 244n

Rosales, F. Arturo, 195n

Rosales, John. Ver *Cisneros, Henry*.

Sandercock, Leonie, 6, 101n, 113n, 122n, 137. Ver también: *cosmopolitanismo*.

Sassen, Saskia, 6n, 125

Saussure, Ferdinand de, 156-161, 163, 164, 168, 197

Schmid, Christian, 9n, 72n, 79, 151n, 152, 153, 154n. Ver también: *Goonewardena, Kanisha*.

Scott, Florence J., 18n

Sennet, Richard, 8, 89n

Shelton, Beth Anne, 211n, 213n, 218n, 223, 242

Singer, Audrey, 98

Smith, Neil, 9, 52n, 54, 55n, 57, 68, 69n, 71, 72, 96, 125. Ver también: *capital: teoría de la acumulación*.

Soja, Edward W., 9, 71

Sorkin, Michael, 173n

Statistics Canada, 4n

Stein, Stanley. Ver *Harper, Thomas*.

Sukin, Sharon, 273n

tecnología: y ecología urbana, 61, 62; y desarrollo, 66, 68, 70, 75, 88, 117; y cultura, 131, 132

tematización, 280. Ver también: *disneyificación*.

Thomas, Robert D. Ver *Murray, Richard W*.

Tijerina, Felix, 237, 238

topogénesis, topogenética, 175, 189-197; *passim*

United Nations, 98n

U.S. Census Bureau, 3n, 4n, 125n, 217n, 220n

Weber, Max, weberiano, 57, 58, 65, 85, 180

Williams, Raymond, 102-104, 105n

Wood, Phil. Ver *Landry, Charles*.
ville radieuse, 173

Zinn, Howard, 17n, 216n